

失格から始める 魔導師道! 成り上がり

Start up from disqualification. The rising of the sorcerer-road.

～ 呪文開発とときどき戦記 ～

3



Story by Hitsuji Gannei
Illustration by Fushimi Saika
イラスト／ふしみさいか

樋辻臥命

SHIKKAKU KARA HAJIMERU NARIAGARI MADŌ SHIDŌ

< Volumen 03 >

SINOPSIS:

Los Raytheft son una antigua casa noble menor definida por el talento mágico y el servicio militar. Cuando Arcus Raytheft, de seis años de edad, hijo primogénito de la familia, se muestra decepcionantemente inepto para la magia, es despojado de su herencia y desechado por sus padres. Su hermana adoptiva, Lecia, sigue adorándolo, pero como nueva heredera, tiene prohibido relacionarse con alguien que pueda arrastrarla. Pero cuando una herencia se pierde, el destino dispone otra: Arcus recuerda su otra vida, en un mundo donde la ciencia prevalece y la magia pertenece al reino de la ficción. Repentinamente dotado de la experiencia de vida de un hombre adulto y presionado para encontrar un propósito mientras su familia se vuelve contra él, Arcus decide encontrar la manera de romper las leyes de la magia y vengarse de la tradición de los Raytheft.

GENERO:

Acción, Aventura, Fantasía, Harén, Romance.

AUTOR:

Gamei Hitsuji 鼻から牛肉／樋辻臥命

TIPO:

Novela Ligera

TRADUCTOR ESP:

<https://aymtraducciones.blogspot.com/>

RECOPILABDO:

<http://nlspace.blogspot.pe/>

SHIKKAKU KARA HAJIMERU NARIAGARI MADŌ SHIDŌ

The Magician Who Rose From Failure:

Tales of War and Magic

Prólogo: El Truco De Las Sombras

Un hombre caminaba por la carretera, siguiendo el flujo de gente que recorría el camino hacia el este de la capital, pero su destino era diferente. Estaba concentrado únicamente en su propio objetivo.

Abandonó el camino en cuanto atravesó las llanuras de Mildoor, en el territorio de Nadar. Había un atajo aquí, uno que ni siquiera los lugareños conocían. Este hombre lo había utilizado antes, huyendo de los hombres del reino hace tiempo. Atravesaba un bosque tan espeso que nadie podría encontrar la salida. Sólo había un camino a través de él, que apenas era perceptible. El hombre había hecho ese camino para él y sus compañeros, por si alguna vez necesitaban utilizarlo. Corría junto a la carretera principal, pero no era conocido por nadie más que por ellos.

El crepúsculo estaba casi sobre ese bosque cuando cruzó la línea de árboles, cuando las esperanzas del hombre se desvanecieron de repente.

“Oye. Detente ahí”.

Una voz le llamó de la nada, poniendo fin a su segura huida. Se detuvo y esperó hasta que una criatura apareció ante él desde la oscuridad. Al menos, había *pensado que* era una criatura, pero pronto se hizo evidente que era un hombre con la estatura de una bestia.

Bien arreglado era la última palabra que usarías para describirlo. Las ropas que llevaba eran raídas. Sólo algunas eran de tela; el resto estaban hechas de un mosaico de pieles. No era un aspecto que se viera en alguien que se relacionara regularmente con la civilización. El viajero lo tomó por un ladrón que tenía su hogar entre las montañas y los campos de los alrededores. Debió de tropezar con el camino del hombre por casualidad.

“¿Qué quieres de mí?”

“Oh, no mucho. Quédate quieto y todo acabará en un momento”. Ante las palabras del hombre, sus compañeros salieron de las sombras de los árboles. Sus ojos brillaron ante la promesa de un botín. “Danos todo lo que tienes y te dejaremos salir vivo de aquí”.

“Me temo que eso me dejaría en un aprieto. Necesito esto para mi propio encargo”.

“No nos importan tus problemas. Si no quieres morir, entrégalo”.

“Oh, cielos. Y yo que pensaba que este camino era seguro”.

“No, se te acabó la suerte, eso es todo”.

“¿Suerte? Sí, tal vez sea eso”, dijo el hombre, exasperado y sin aliento, antes de abrir la boca para recitar un conjuro.

“La urraca canta una melodía sencilla. Esa canción fluye desde los cielos y llega a los oídos de todos los que se interponen en su camino. Una ronda interminable. Los aleros empapados de lluvia. La desesperación de los cielos. La lluvia que cae sabe a hierro.”

En el momento en que las palabras salieron de sus labios, Artglyphs se dispersó a su alrededor.

“¿Este tipo es un mago?!”

“¡Golpéenlo! Rápido, antes de que empiece su hechizo”. Los bandidos empezaron a entrar en pánico, pero apenas tuvieron tiempo de actuar.

El mago se burló. Su conjuro ya estaba completo. “Todo depende de la suerte, tal y como has dicho. Si la suerte está hoy de tu lado, puede que incluso sobrevivas”. Activó su hechizo justo cuando el arquero terminó de apuntar, con su marca fijada firmemente en el corazón de su objetivo. Era un tiro seguro a esta distancia, pero su certeza se desmoronó cuando una flecha desconocida salió disparada por detrás del mago. Las puntas de las flechas cayeron del cielo. Sin poder huir, los bandidos cayeron al suelo, convertidos en alfileros por la lluvia de fuego. Por un golpe de intervención divina, aunque la mayoría estaban heridos, ninguno había muerto.

“Hmph. Parece que has tenido una suerte increíble”.

“¿Tú... no estás solo?”

“No estabas solo. Fue una tontería asumir que debía estarlo”.

Otro hombre salió silenciosamente de las sombras. Luego otro, y otro más, reuniéndose en formación mientras se situaban ante los bandidos. Sus miradas eran agudas y observaban a los bandidos como bestias voraces.

El hombre viajaba solo, así que ¿de dónde venían todos estos aliados? Estos compañeros suyos estaban claramente entrenados para luchar en este terreno. Eso era obvio a primera vista.

El jefe de los ladrones supo entonces que éste no era un hombre con el que debieran haberse involucrado. Sus compañeros eran una manada de lobos hambrientos que vagaban por las sombras más oscuras de este lugar, más oscuras que los lugares que el ladrón y su banda conocían.

El mago frunció el ceño pensativo. “Esto es perfecto. Puedes ayudarnos. Todos somos parias; deberíamos ser capaces de coger a este reino con la guardia baja fácilmente. ¿No suena bien?” Los labios del mago se torcieron en una sonrisa enloquecida. Era la sonrisa de un hombre que lleva un profundo rencor en el pecho, dejado en la oscuridad para envejecer. Aquí, por fin, se presentaba su oportunidad. Su plan era una locura, un desafío planteado a un enemigo que lo aplastaría como a una mosca, todo para poder infligir una sola herida.

Los bandidos caídos no tenían derecho a negarse. Negarse significaba la muerte.

El hombre dejó a los bandidos en manos de sus compañeros y continuó su camino.

Venganza; todo era para vengarse de los que le habían hecho probar la humillación a él y a sus aliados.

Parte 1: Viajar al Oeste

Arcus y Sue caminaron juntos por uno de los bazares de la capital. El enorme río Louro -una arteria comercial que atravesaba la ciudad- bordeaba el mercado por un lado, manteniéndolo alimentado con mercancías de todo tipo, desde alimentos frescos hasta artículos de primera necesidad, pasando por la ropa no deseada de los nobles y las herramientas de sellado; como tal, era el mayor de su clase en la capital. Recordaba a un mercado europeo, con puestos sencillos y coloridos colocados en hileras y cajas llenas de frutas y verduras. Los vendedores extendían sus mercancías sobre alfombras y los puestos de comida rápida estaban repartidos por los alrededores. El aire brillaba con la vida de los entusiastas vendedores que anunciaban en voz alta sus productos para captar el interés de los consumidores que pasaban.

Al igual que el café y la plaza donde estudiaban magia, Arcus y Sue solían acudir juntos a este mercado. Venían sobre todo por los puestos de comida, pero al mismo tiempo siempre estaban a la búsqueda de hallazgos raros. En el centro no había nada de lujo, pero el precio era adecuado y, además, tenía buen sabor.

La crême de la crême era el famoso sándwich de pato de la capital. Consistía en carne de pato frita recubierta de una salsa clásica y metida entre enormes bollos de harina cocidos al vapor. Se parecía a la comida china del mundo de ese hombre, pero el relleno occidental le daba un giro interesante. Se sirvieron en cuanto los bollos se cocinaron al vapor, y el interior estaba bien caliente. Por si el olor no fuera suficientemente apetitoso, la salsa marrón rebosaba tentadoramente sobre el bollo blanco y seco.

Sue se llenó la boca todo lo que pudo. “¡Mmph!” Fue un grito ahogado de satisfacción. Su euforia era evidente por la enorme sonrisa en su rostro.

“Te encantan, ¿no?”

“¡Sí! ¡No se puede ir al centro sin comer un sándwich de pato! Aah, ¡esto es celestial!” Sue sacó otro sándwich de la bolsa y siguió atiborrándose. Una chica de su posición probablemente no tenía muchas oportunidades de comer comida rápida como ésta. Cada bocado hacía que su cara se iluminara de felicidad. No era una exageración; los sándwiches eran realmente tan deliciosos.

Mientras ella caía en un estupor de borrachera por el regusto, Arcus vislumbró un rastro de salsa goteando de la comisura de su boca. “Sue, tienes salsa en la cara”.

“¿Eh? ¿Dónde?”

“Justo ahí”. Arcus tocó el punto correspondiente en su propia cara. Conocía a Sue: ella iría al lado que él señalara como si estuvieran mirando en la misma dirección, y no vería el punto por completo. Siempre lo hacía, y eso le molestaba, así que decidió coger un pañuelo y limpiárselo él mismo.

Sue dejó escapar un chillido de sorpresa.

“Quédate quieta”.

“S-Seguro...” Sue encorvó ligeramente los hombros, lo que era raro en ella. Probablemente le daba vergüenza confundir su izquierda con su derecha. Cuando Arcus terminó, le dio las gracias en silencio.

“No hay problema”, dijo Arcus, guardando su pañuelo en el bolsillo. Miró a su alrededor, a algunos de los otros puestos. Había uno que vendía kebabs al estilo oriental, y otro que vendía zumo de frutas al estilo occidental. Al igual que el bocadillo de pato, en la capital se vendían varias comidas rápidas que parecían mezclar la cocina oriental con la occidental, posiblemente porque la familia Crosellode, fundadora de Lainur, procedía del este. Cuando esta región aún estaba en plena guerra, reunieron a varios clanes para forjar el reino. Las influencias orientales en su conjunto también habían aumentado últimamente debido al intercambio cultural.

Así, aunque el reino tenía una base occidental, había puntos aquí y allá en los que las culturas se mezclaban. La comida era probablemente el mejor ejemplo. Personalmente, Arcus lamentaba la escasez de hamburguesas en este mundo.

Uno de los propietarios de los puestos conocidos les llamó con entusiasmo. “¡Hola, Sue! ¿Otra vez en una cita con tu novio? Siempre están tan cariñosos juntos”.

“¡H-Hey! ¡Arcus no es mi novio! ¿De dónde has sacado esa idea?”

“Si no lo es, ¿cómo es que están encima del otro?”

“¡No lo estamos!”

“¿No? Pero acaba de limpiar esa salsa de tu...”

Sue lo interrumpió con un grito, agitando frenéticamente las manos delante de ella. El dueño del puesto se limitó a sonreír ante su reacción, lo que la enfureció aún más. Incluso la gente que los rodeaba empezaba a sonreír divertida ante la situación. Arcus y Sue se habían convertido en objetivos frecuentes de este tipo de bromas. Sue solía pegarse descaradamente a Arcus como si fuera pegamento, pero últimamente se había vuelto más punzante. Estaba superando la mentalidad sin tacto típica de los niños. Una vez que fue más consciente de que eran amigos y de lo que eso significaba, había empezado a evitar el contacto físico innecesario. Arcus, por su parte, echaba de menos sus desenfundadas muestras de afecto.

“¿Por qué no echa un vistazo a lo que tenemos, Señorita Sue? Algunos de estos podrían interesarle”.

“La última vez dijiste eso, ¡y todo lo que me enseñaste era raro!”

“¡Sue! ¡Tenemos algunas manzanas buenas! Toma una”.

“¡Oh! ¡Gracias!”

Sue era popular. Fuera donde fuera, era capaz de llevarse bien con casi todo el mundo. Debía de ser por su carácter alegre e inocente. También tenía un buen sentido del espacio personal. La mayoría de la gente se sentía incómoda cuando los demás se acercaban demasiado, física

y mentalmente, pero en el caso de Sue, parecía saber cuánto espacio había que dejar a la gente, lo que podría explicar por qué era tan querida. Era extraño, pues, que Arcus pareciera ser su único amigo de verdad, pero no le dio demasiada importancia.

Tomando prestada una palabra del mundo de ese hombre, la describiría como dotada de descaro. La palabra la describía de cabo a rabo: un encanto inefable que desprendía y que atraía a la gente. Eso incluía a Arcus, incluso cuando la analizaba en ese momento. Era una de esas personas que podían fundar su propia religión o conseguir un papel de liderazgo dondequiera que lo solicitaran. Si decidía dar un paso al frente y pronunciar un discurso en medio del bazar, seguramente todo el mundo se detendría a escuchar.

¿Soy yo, o todos los que me rodean son ridículamente increíbles de alguna manera?

Arcus no podía evitar sentirse claramente mediocre cuando se comparaba con sus asociados. Lo único que lo diferenciaba de ellos eran las experiencias y los conocimientos que tenía del mundo de ese hombre. A diferencia de los héroes de las obras de ficción de ese mundo, Arcus no tenía ningún tipo de poderes especiales, y solo tenía tanto éter como cualquier otro.

Sue, por su parte, era excepcional. Le salía éter por las orejas y tenía una cualidad misteriosa que parecía hacer que su magia fuera mucho más poderosa que la de los demás. También era físicamente fuerte; Arcus tendría que estar loco para intentar compararse con ella. El otro día, presumió de lo fuerte que era gracias al entrenamiento diario de su tío, a lo que Sue respondió retándole a un pulso.

Perdió espectacularmente.

Sue era inexplicablemente fuerte, y no era el tipo de fuerza que se podía superar simplemente entrenando un poco más. Era desconcertante saber dónde escondía semejante poder en sus delgados brazos. En este mundo, había quienes poseían una fuerza increíble al igual que los magos. La vida era injusta. En el momento en que enorgullecías de algo, llegaba alguien que podía hacerlo mejor y aplastaba ese orgullo. La única opción que quedaba era la desesperación.

Sue tenía ahora trece años y asistía al Instituto Real de Magia. Era una maravilla que todavía se las arreglara para reunirse con Arcus tanto como lo hacía. Él le había preguntado si debía estudiar, pero ella decía que las únicas clases a las que iba eran las del profesor String. Al parecer, las clases que no estaban a cargo de Magos Estatales no eran útiles, y estudiar junto a Arcus era mucho más valioso. Seguramente porque tenía un tutor de magia en casa. Su tutor le enseñaba todo lo relacionado con la historia mágica, la gramática y demás, lo que hacía que las clases del instituto tuvieran muy poco valor para Sue.

Eso no quiere decir que las clases en sí sean malas. Sólo que sus estudios con Arcus eran más útiles en el sentido de que allí aprendía cosas que no podía aprender en ningún otro sitio.

“Entonces, ¿has terminado?” preguntó Arcus.

“¡No me culpes a mí! Los profesores siguen trayendo esos textos raros dramatizados! Es totalmente innecesario”.

“¿Qué, te refieres a historias creativas 'inspiradas' en los textos originales?”

“¡Sí, ellos! Los llaman 'interpretaciones' sólo para poder forzarlos! Disminuye la efectividad de tus hechizos, pero puedes usar un 'rango más amplio', y además son 'más fáciles de usar', ¡así que acaban enseñando esas cosas en las clases! Y luego tienen el descaro de llamarlo educación”.

“Nunca te he visto enfadarte así”.

“¡Eh, puedo enfadarme!” Sue refunfuñó e hizo un puchero.

Sin embargo, tenía razón; había varias guías de las Crónicas Antiguas que mezclaban las opiniones de sus autores. Para elegir la palabra adecuada para un hechizo, había que extraer su significado y las intenciones más profundas que se escondían en él. Por eso, algunos autores leían demasiado las palabras y acababan incluyendo en sus escritos conclusiones demasiado analizadas. Es probable que entonces los profesores enseñaran esas ideas como nuevos descubrimientos y no como interpretaciones excesivamente elaboradas. Eran absurdas para cualquiera que estudiara las Crónicas Antiguas directamente de su fuente. Peor aún, Sue hablaba ahora de “historias”.

A pesar del incidente con la salsa, Sue volvió a atiborrarse de un sándwich de pato. Por muy enfadada que estuviera, no pudo evitar sonreír una vez que le llegó el delicioso sabor.

Sue llevaba su habitual capa blanca, combinada con un traje con el que era fácil moverse por debajo. Su pulcro cabello negro ondulaba bellamente en su espalda, y sus profundos ojos azules brillaban con salpicaduras de jade entremezcladas. Aquellos ojos eran amplios y brillaban de felicidad, pero Arcus sabía que podían estrecharse y volverse penetrantes en un instante.

“¿Qué pasa?”

“Oh, eh, nada”. Arcus apartó rápidamente la mirada, pero parecía que Sue pensaba que le estaba mirando a la cara por una razón diferente.

“¿Quieres un poco, Arcus? Puedes tomar un pequeño bocado si quieres”.

“Eso no es muy generoso de tu parte”.

“¡Bien, entonces no puedes tener ninguno!”

“De acuerdo, tomaré un pequeño bocado”.

“¡Aquí!”

Arcus mordió el sándwich que Sue le ofrecía, e inmediatamente el rico sabor del pato se extendió por su boca. El bollo que lo rodeaba no hacía más que acentuar el sabor.

“Es delicioso”.

“Lo sé, ¿verdad?”

Los dos siguieron paseando por el mercado, sin que su conversación fuera mucho más profunda que los bocadillos de pato. Hoy no salieron a estudiar magia; Arcus tenía que hacer un recado. Cuando se lo mencionó a Sue, ella insistió en acompañarlo. Los recados de Arcus eran su máxima prioridad y, sin embargo, cuando Sue dijo que quería echar un vistazo al bazar, acabaron viniendo aquí primero. Ninguno de los dos podía decir si eso se debía a que Arcus se sentía amable con ella o a que había algún desequilibrio de poder invisible en su relación.

Arcus se dirigía a uno de sus lugares habituales, un gran vendedor de materiales para sus eterómetros y sellos. La corona le había encargado que produjera aún más eterómetros, pero para ello necesitaría más Plata del Hechicero. Normalmente encargaba los materiales a esta tienda en particular, y hoy estaba aquí para informarse sobre sus existencias.

“¿Se te acabó la Plata del Hechicero?” Arcus se hizo eco de lo que el dependiente le dijo sólo unos instantes después de entrar.

El empleado bajó la cabeza en señal de disculpa. “Me temo que sí, señor. Estamos completamente agotados. Sólo puedo disculparme por no haber cumplido sus expectativas cuando es usted un cliente tan fiel”.

“¿Pero por qué has vendido tan de repente? Pensé que te había dicho que necesitaría algo”.

“Lo hizo, señor. Por desgracia, es un problema con el proveedor”.

“¿El proveedor?”

“Sí, señor. Hace poco, recibimos menos de lo habitual de nuestro proveedor. Pudimos arreglárnoslas con lo que teníamos en stock, pero eso se agotó por completo el otro día”.

“¿Has recibido menos?”

“Así es”.

No era inaudito que un artículo se agotara. La cuestión era *cómo*. La Plata del Hechicero era un producto innegablemente esencial, pero se necesitaba muy poco para los sellos, y el número de personas que realmente tallaban los suyos era limitado. No había ninguna razón para que la demanda del material superara la oferta. Arcus estaba dándole vueltas al asunto cuando el empleado volvió a hablar.

“Nunca antes habíamos tenido un problema como este con nuestras existencias de Plata del Hechicero. No se me ocurre por qué puede haber ocurrido esto”.

“¿Tal vez la producción de la plata que se utiliza para hacerla ha disminuido?”

“No por lo que he oído. Deberían estar produciendo lo mismo que siempre. Sin embargo, también he oído que hay un pequeño número de minoristas que compran la Plata del Hechicero a un alto precio a los mayoristas, dejando menos para nosotros.”

Si no hubo cambios en la producción o en la salida, esa tuvo que ser la razón. Alguien lo estaba comprando primero. Eso, o alguien estaba usando la fuerza para conseguir lo que quieren.

“¿Pero eso no haría que todo el mundo se quejara?” preguntó Arcus.

“Al parecer, hay gente noble involucrada, así que los mayoristas no pueden oponer mucha resistencia”.

“Bien...”

Si bien es cierto que eso significaba que se podía hacer menos al respecto, daba lugar a otro problema. Es de suponer que los nobles en cuestión utilizaban a los mercaderes alineados para acumular plata. ¿Para qué la querían?

“¿Sabes quién está involucrado exactamente?”

“Nadie lo sabe con seguridad, pero he oído rumores de que es obra del Conde Nadar. No son más que rumores, ya sabes”.

“¿Nadar?”

El Conde Porque Nadar tenía territorio al oeste, en la frontera con el Imperio Gillis. Así que eran pequeños comerciantes con conexiones con él los que compraban la Plata del Hechicero a precio de mercado...

“¿Podría estar comprándolo para preservar su poder militar?”

“Me temo que no sé mucho más de lo que te he dicho”.

“Hmm...”

La principal razón para comprar Plata del Hechicero era la fabricación de sellos. Era un producto militar importante— cualquier cuerpo militar necesitaba suficiente Plata del Hechicero para grabar suficientes armas de sello para equipar a sus soldados.

“Eso no tiene sentido. Si ese era su objetivo, no debería necesitar tanto como para crear una escasez...”

“No conocemos los detalles. Sin embargo, hasta que no se resuelva el problema, no podremos reabastecernos fácilmente.”

La única opción de Arcus era probablemente ir por encima de la propia tienda y ejercer presión allí. Tenía una orden real de producir más eterómetros. Sospechaba que Craib o Godwald podrían hacer algo al respecto si se lo pedía. Eso, por supuesto, llevaría tiempo y podría no estar exento de obstáculos. Arcus tendría que conseguir la plata que quería antes de eso.

“¿Dónde puedo conseguir Plata del Hechicero?”

“Te sugiero que vayas al oeste, a Rustinell, donde podrás comprarla directamente. La señora de allí posee varias minas de plata a su nombre, y también producen la Plata del Hechicero en ese condado.”

“Rustinell”. Le preguntaré a Noah. Bien, gracias. Lo intentaré”.

“De nada, señor. Gracias por su continuo patrocinio”.

Sólo cuando salieron de la tienda, Sue abrió la boca. “¿Alguien está comprando toda la Plata del Hechicero?”

“Sí. Aunque no sé por qué alguien haría eso”.

“La explicación más probable es que necesitan mucho para algo, ¿no?”

Sí, es cierto. La Plata del Hechicero no era barata, así que, a diferencia de la sal o el trigo, no era algo que se pudiera almacenar fácilmente. Si la expansión militar no era el objetivo, entonces el objetivo más probable era la manipulación del mercado; eso era ilegal y no era un truco fácil de realizar. La Oficina de Vigilancia vendría a husmear si eras demasiado obvio. Te castigarían en un instante.

“Tal vez sólo quiere mejorar su ejército, entonces”.

Mantener un territorio fronterizo como el de Nadar requería frecuentes y constantes demostraciones de fuerza para intimidar a tus vecinos y desistir de cualquier plan de invasión que pudieran tener. Mejorar el ejército era una buena forma de respaldar una estrategia de disuasión. Era eso, o Nadar estaba jugando a ponerse al día con los ejércitos de las naciones fronterizas. Arcus estaba convencido de que el objetivo de Nadar estaba en su ejército y no en la manipulación del mercado. Explicó sus pensamientos a Sue.

“Otra posibilidad es que lo esté vendiendo a otra persona”.

“¿Venderlo?”

“Sí. No me refiero a otra persona dentro del país, sino tal vez a otra nación, con la que tenga una buena relación o algo así”.

“No sólo la gente de nuestra nación está detrás de nuestros materiales”.

“¿Claro! Nadar ya comercia en moneda extranjera, ya sabes, como con el Imperio”.

“¿El Imperio Gillis? ¿Está permitido?”

“Depende, pero comerciar con ciertos artículos está bien. Al fin y al cabo, da beneficios. También hay ventajas económicas, dependiendo de lo que se exporte. Además, establece una buena relación con la otra nación y, aunque sólo sea superficial, hace más difícil que te declaren la guerra. Oh, pero el comercio de la Plata del Hechicero es ilegal”.

“Un acuerdo con una nación enemiga...”

Lo primero que le vino a la mente a Arcus cuando oyó hablar de naciones hostiles (probablemente debido a su sueño) fueron las sanciones económicas. La perspectiva de que este conde pudiera comerciar con el mayor enemigo del reino era un mal presagio.

“Es necesario”, dijo Sue. “Quiero decir, ahora estamos en paz”.

Hace unos años estalló una pequeña disputa entre el Imperio de Gillis y Lainur, pero no había habido ningún conflicto importante del que hablar recientemente. Aunque a veces había pequeñas disputas entre condados contiguos, el reino estaba generalmente en paz, tal y como dijo Sue.

“Déjame hacerte una pregunta entonces, Arcus. Esta es para un crédito extra”.

Por qué de repente hablaba como una profesora, Arcus no estaba seguro.

“Sí, madam”, respondió con un suspiro. “Adelante, señora”.

“¡Te quitaré puntos si vas a ser así!”

“Oh, no. ¿Y si suspendo la clase?” preguntó Arcus, con un tono despreocupado.

“¡Te haré mi esclavo temporalmente!”

“No es justo. Será mejor que sea una pregunta que pueda responder, entonces”.

“¡Oh, me has dado una idea! Gracias”.

“¡No eres bienvenido, así que devuélvelo!”

Sue era imprevisible en el mejor de los casos, así que Arcus no quería ni imaginar lo que podría hacerle hacer como su esclavo.

“Continúa, entonces. ¿Cuál es la pregunta?”

“¿Por qué Lainur mantiene la paz con el hostil Imperio Gillis? ¿Por qué es *necesario*? No es sólo “porque nos gusta la paz”. Nada tan patético”.

Arcus pensó que Sue debía tener unas ideas muy grandiosas sobre el reino si disfrutar de la paz le parecía indigno.

“Porque no queremos ir a la guerra, ¿verdad?”

“De acuerdo. ¿Y por qué no queremos ir a la guerra?”

“Causaría mucho daño, supongo”.

“Bien, pero el Imperio quiere extender su territorio hacia el sureste, lo que significa que algún día intentará avanzar sobre nosotros. Entonces, ¿qué debe hacer Lainur?”

Arcus empezaba a ver a dónde quería llegar.

“En algún momento, el reino se verá obligado a luchar con el Imperio. Lainur querrá ser lo suficientemente poderoso para enfrentarse a él cuando eso ocurra. Por eso quiere mantener la

paz el mayor tiempo posible, y para ello puede utilizar el comercio y el intercambio cultural para mantener una amistad superficial. Por eso quiere que los nobles de la frontera mantengan esa “amistad” lo mejor posible”.

“Lo tienes. Bien hecho, Arcus”. Sue le dio un pequeño aplauso.

Ahora la idea de que Nadar hiciera un trato con el Imperio tenía sentido. También significaba que Lainur podría conseguir material e información del enemigo, lo que sería estratégicamente vital.

“¿No significa todo el asunto de la Plata del Hechicero que las políticas del reino están funcionando entonces? Pero también, para los territorios fronterizos donde las tensiones son altas, ¿no existe la posibilidad de que hagan algo por accidente que desencadene una lucha con el Imperio?”

“Eso es cuando los nobles son trasladados a otro lugar. Se les sustituye por otro que no tenga relación con la nación enemiga y que sea bueno en diplomacia. Entonces son ellos los que están en la línea de fuego. Ese nuevo noble y todos los que están por encima de él hacen todo lo posible por evitar la guerra, y el desencadenamiento accidental no acaba siendo tan grave”.

“Qué truco más sucio...” Obligar a un noble a trasladar territorios por completo parecía un poco extremo. “¿No se quejaría el noble?”

“Claro que no les va a gustar, pero es mejor que la guerra, ¿no?”

“Tampoco podrían decir nada contra el rey, supongo”.

Pero a Arcus le pareció excesivo. En una sociedad feudal en la que la tierra de uno lo era todo, intercambiar territorios estaba casi prohibido. Si bien no sería un problema para un noble nuevo que acabara de recibir sus tierras, para uno que llevara años cultivándolas y gobernando a su pueblo con orgullo y afecto, el hecho de que se las intercambiaran causaría descontento, suavemente. Arcus no dudaba de que los nobles sometidos a tal orden se quejarían, pero eso sólo demostraba lo imperativo que era que el reino utilizara tales métodos para ganar tiempo antes de la inevitable guerra.

“No todo es malo. Por ejemplo, su nuevo lugar podría ser incluso mejor que el anterior, o podrían obtener una orden a cambio de seguir adelante. O la corona podría encontrar una excusa para decir que el noble no es apto para el puesto -tal vez inculparlo por algo- y luego tomar el territorio por la fuerza”.

“Estoy bastante seguro de que eso es pura tiranía, lo que da un poco de miedo pensar. De todos modos, ¿dices que esto es lo que tiene que aguantar el Conde Nadar en la frontera?”

“Lo entiendes.”

“Esta bien, pero ¿y si el nuevo noble que instalan no es de fiar? Eso sería muy peligroso. No estoy acusando a nadie de nada, pero habría riesgo de traición, ¿no?”

Los rasgos de Sue se endurecieron de repente. “Por eso siempre hay una casa militar leal que los respalda, vigilándolos constantemente para asegurarse de que no traicionan al reino. Eso hace más difícil que intenten algo inteligente”.

“Amenazado desde dentro, ¿eh?” Arcus no sabía qué decir. Era un poco espeluznante.

Espeluznante, pero eficaz. La traición significaba llevar al enemigo a tu propio país, pero si esa traición estaba prevista, las consecuencias podían ser controladas, y los nobles de los territorios cercanos podían moverse para rodear al infractor.

Arcus se dio cuenta de repente de algo. “Seguro que sabes mucho de esto, Sue”.

“Oh, sí. He leído todo sobre ello”.

“¿Esta es la clase de cosas que se pueden leer?”

“¡Puedes aprender sobre cualquier cosa leyendo! De todas formas, ¿cómo es que sabes tanto de esto si *no has* estudiado?!”

“Oye, tengo un—”

“¿Eh? ¿Qué? ¿La casa Raytheft realmente tiene guías estratégicas como esa? ¿Sabes lo malo que es eso?”

“¿Qué? Bueno...” Arcus titubeó.

Su conocimiento de estos asuntos provenía principalmente de los libros que el hombre leía. El hombre era del tipo que leía un libro sólo una vez antes de terminar con él, y Arcus era del tipo que recordaba cualquier cosa después de verla sólo una vez. Mientras el hombre leyera la información en alguna parte, no le resultaba difícil a Arcus seleccionarla y almacenarla.

“De todos modos, ¿qué te importa?”

“Bueno, ya sabes. Yo también soy de la nobleza”.

Arcus lo dejó pasar por ahora. “Un trato con el Imperio, ¿eh?”

“No sé si es verdad o no. Era sólo una idea”. Fue entonces cuando Sue se tensó, y su tono se volvió frío de nuevo. “De cualquier manera, está comprando demasiada Plata del Hechicero. Hay que hacer algo al respecto”.

Arcus ya había visto antes ese lado más agudo de ella, y normalmente aparecía sin previo aviso. Era como si soplara un viento helado en torno a ella que le helaba hasta los huesos. Entonces se llevó la mano a la boca y entrecerró los ojos, pensativa. Había una dignidad en esa postura que incluso un adulto encontraría difícil de replicar.

“Puedo oler carne podrida...”, murmuró.

Su cambio de tono y comportamiento eran extraños, pero a Arcus le preocupaba más el asunto en cuestión. “¿Hay que hacer algo?”, insistió.

“Sí. Así es”.

“¿Y qué puedes hacer?”

Sue levantó la vista de repente con una luz de comprensión en sus ojos. “¿Eh? ¡Oh! Vamos Arcus, ¿qué clase de pregunta es esa? ¡Por supuesto que no puedo hacer algo! Eres un bromista”, se rió.

“Sin embargo, tu padre es un duque. Tiene que tener alguna influencia...”

“¡No tengo nada! Nada en absoluto”.

“¿Eh? ¿Qué hay de esos tipos que tenías en las sombras cuando estábamos...?”

“¡Sólo eran, eh, nuestros sirvientes!” Dejó escapar otra risa incómoda, tratando claramente de desviar a Arcus del camino.

Como solía hacer, Arcus sintió una gran curiosidad por saber quién era exactamente su amiga. Durante el tiempo que pasaron con Gown se enteró de que era una hija del Ducado de Algucia, y no ocultaba que tenía un grupo de asistentes a su disposición. Cada cosa nueva que Arcus aprendía sobre ella sólo la hacía más misteriosa. Arcus la miró con desconfianza, a lo que ella respondió con una mirada.

“¡Sigue mirándome así y te aplastaré las mejillas!”

“Estaba pensando que tú... ¡Oye! ¡Déjalo! ¡No me toques las mejillas!”

“¡Aaah, siempre son tan suaves!”

Tal vez no sea sorprendente que muchas de sus interacciones terminen así.

Rustinell. Un territorio en el oeste de Lainur, gobernado por Louise Rustinell. Al ser una región montañosa, no era apta para la agricultura, pero tenía abundantes minas, desproporcionadamente de plata. Se decía que el treinta por ciento de la plata utilizada en Lainur procedía de Rustinell.

Arcus había ensillado y cabalgado desde la puerta oeste de la capital, por el largo camino que conducía al oeste y por encima de una montaña, hasta llegar a los límites del reino, donde Rustinell esperaba. No hace falta decir que estaba siguiendo la pista del otro día en lo que respecta a su mejor oportunidad de hacerse con un nuevo lote de Plata del Hechicero. Había informado al Gremio y les había pedido que comprobaran con otras empresas, pero ninguna de ellas tenía suficiente para vender; estaban esperando a que se procesara más. Arcus recibió una carta de autorización del rey para requisar la Plata del Hechicero que necesitaba por el momento, así como algunos fondos para el viaje, y se puso en marcha.

Su caballo mantuvo un ritmo constante a lo largo del camino. Noah y Cazzy le acompañaban como siempre, así como un guía local que había contratado para que le guiara. Gracias al entrenamiento de su tío, estaba bien acostumbrado a montar a caballo; si por alguna razón tuviera que lanzar un hechizo en medio de la galopada, podría hacerlo con facilidad.

Sujetando las riendas del caballo, Arcus observó el tranquilo entorno. “Nunca pensé que tendría que ir hasta la fuente sólo para conseguir un poco de Plata del Hechicero”, murmuró para sí mismo.



“La plata tiene muchas aplicaciones: utensilios de cocina, revestimiento decorativo y acuñación de monedas, por poner algunos ejemplos más comunes”, explica Noah.

“¿Cómo es que dejan que falte si es tan importante entonces? Justo cuando empezamos la producción en masa también”, refunfuñó Arcus.

Tras un largo periodo de investigación, Arcus tenía por fin un plan establecido para su éter templado. Ya había enseñado a unos pocos magos selectos, vinculados por contrato, a crearlo y utilizarlo. Todo lo necesario para aumentar aún más la producción masiva de plata templada (como era su nombre provisional) acababa de ponerse en marcha.

Y ahora estaban aquí sin la materia prima para hacerlo. Aunque Arcus sabía que la vida no siempre era un camino de rosas, sentía que se encontraba con aguas agitadas con mucha más frecuencia que la mayoría.

Cazzy cacareaba para sí mismo en voz baja, como si no tuviera nada que ver con la expedición. “¿Es realmente tan difícil? El rey los obliga a producir estas cosas, ¿por qué no puede obligarlos a entregar la plata?”

“Bueno, quiero decir, técnicamente podría, pero...”

“Podría causar problemas”, terminó Noah.

Hacer un gran alarde de utilizar la influencia del rey para obtener la plata, rápidamente difundiría la noticia de que la Corona necesitaba el metal. Despertaría las sospechas de las naciones vecinas, incitándolas a investigar para qué necesitaba exactamente Lainur esa plata. Eso, a su vez, supondría el riesgo de que descubrieran el eterómetro. Tras discutirlo con el Gremio, decidieron que lo mejor era que Arcus recogiera la plata que necesitaba por el momento y alegara que era para un proyecto personal.

Mientras tanto, el gremio había investigado a Porque Nadar; al parecer, *estaba* acaparando plata, pero la investigación no había dado buenos resultados hasta el momento. Si bien descubrieron que había comprado al por mayor hasta hace poco, desde entonces se había detenido, lo que provocó un problema en la circulación. La pregunta ahora era a dónde iba la plata, pero eso no era algo que Arcus necesitara responder por sí mismo.

“Esto va a ser eterno”. Arcus estiró las piernas y se recostó en su silla de montar para mirar el cielo azul intenso.

Noah frunció el ceño. “¿Estás seguro de eso? Son apenas dos semanas, incluyendo el viaje de vuelta”.

“¡Sí! Es muy largo”.

Aun así, sus asistentes le miraron con el ceño fruncido, como si no pudieran entender su queja.

Sabiendo lo rápido que los aviones, trenes y automóviles del sueño de ese hombre podían llevarlos hasta allí, dos semanas le parecieron inevitablemente mucho tiempo a Arcus.

Agradeció los intermitentes comentarios amistosos del guía, que distraían de la monotonía del viaje. Llevaba veinte años guiando a la gente por este camino, y eso se notaba en las diversas historias que compartía con ellos.

Arcus miró al sol y se tapó la cara con una mano. “Odio el sol”.

“Sí, hoy hace mucho calor”.

“Asegúrese de mantener la calma, Maestro Arcus”.

“Dios, echo de menos el aire acondicionado”. Arcus se dejó caer encima de su caballo.

Cazzy parecía preocupado. “Oye, no puedes bajar la guardia así, por muy tranquilo que parezca”.

“En efecto. Las cosas sólo se pondrán más peligrosas a partir de este momento”.

“¿Cómo es eso?”

“La mayoría de los peligros a los que nos podemos enfrentar serán directos. Los ladrones, por ejemplo”.

“¿Te refieres a los bandidos?”

“Así es”.

“No sabía que había bandidos por aquí...” Arcus suspiró. Los exmercenarios que se convertían en bandidos y causaban problemas en sus barrios era un tema común en algunos de los libros que ese hombre leía. En cuanto los personajes salían de las murallas de la ciudad, los bandidos. Si daban un solo paso hacia las montañas, bandidos. Bandidos, bandidos, bandidos, por todas partes. “Bandidos...”

En sentido estricto, Arcus no tenía una idea clara del aspecto de los bandidos. Para ese hombre, que vivía en un país relativamente seguro, no eran más que criaturas míticas. Lo más parecido a los bandidos que se le ocurría eran los asaltantes. Había oído que en el extranjero había delincuentes parecidos a los bandidos, pero no sabía mucho más que eso.

“Si te cuesta imaginarlos, intenta recordar a los mercenarios contratados por el marqués Gastón. Son así, pero aún menos respetables. Se esconden en cuevas, viejos túneles mineros o pueblos abandonados en las montañas y salen periódicamente a robar”.

“¿Cómo es que no los habías mencionado antes?”

Cazzy respondió. “La zona alrededor de la capital está bien cuidada, ¿no? Tienen guardias que patrullan y todo eso, así que nunca vas a ver a ningún bandido allí. Por eso no hay que tener tanto cuidado”.

“La situación es diferente aquí en el campo. Rustinell es un territorio más extenso que la mayoría, y muy montañoso. Hay varias regiones vacías que no se pueden mantener de esa manera”.

“¿Y ahí es donde prosperan los bandidos?”

Tiene sentido...

“Un momento, todos”, dijo de repente su guía, deteniendo su caballo.

Arcus miró hacia delante. Un hombre estaba agazapado de forma poco natural en medio del camino. Iba vestido como cualquier otro viajero, con una capa para protegerse de la arena y un gorro negro que parecía un gorro de punto. Junto a él había un solo caballo y, al verlo más de cerca, parecía estar atendiendo a alguien que se había desplomado.

Noah impulsó su caballo hacia adelante mientras Cazzy llevaba el suyo hacia atrás, sin perder de vista lo que había detrás de ellos. De repente, Arcus sintió que la linterna que llevaba en la cintura temblaba.

“¿Hm?”

Gown le había regalado la linterna de acero como agradecimiento por su ayuda. Al abrir la pequeña ventana de la linterna, se invocaba a la Manada Fantasmal del elfo. Pero Arcus no la había tocado, así que se preguntó por qué se comportaba así. Decidió dejar que su guía, Bud, hiciera algunas preguntas primero.

“¿Qué pasa?”

“Vi a este joven desplomado en la carretera y me pregunté cómo ayudarlo”.

“¿Está enfermo?”

“No estoy seguro; no soy médico”. El viajero se giró hacia el hombre desplomado y empezó a hablarle para ayudarlo a mantenerse consciente. Parecía del tipo bondadoso, ayudando a mantener al hombre cómodo.

Ante la mención de la enfermedad, Arcus bajó de su caballo. “¿Puedo echar un vistazo?”

“¿Un chico noble? ¿Tienes conocimientos de medicina?”

“No, pero sé por qué alguien se derrumbaría con este calor”.

“Hmm.”

El hombre caído llevaba ropas sencillas y su piel estaba curtida. Debía de ser un agricultor o campesino de algún tipo, probablemente de un pueblo cercano. Arcus lo estudió detenidamente. Tenía la piel flácida y la lengua seca como un hueso.

“¿Estás bien?”

“S-Sí. De repente empecé a sentirme mal”.

“¿Has tomado suficiente sal y agua?”

“Mucha agua, pero nada de sal...”

“Bien. Golpe de calor, entonces”.

“¿Qué es un 'golpe de calor'?", preguntó Noah.

“Es cuando sudas demasiado bajo la luz directa del sol y tu cuerpo se queda sin agua. Tu cuerpo no logra regular su temperatura, lo que lleva a un deterioro físico como éste”.

“Pero dijo que estaba bebiendo agua”, dijo el viajero.

“Aunque bebas agua, si no tienes suficiente sal y minerales, tu cuerpo no podrá absorberla correctamente. Por eso te apetece la sal cuando sudas”.

“Ya veo. Así que por eso puedes sentirte mal si no ingieres suficiente sal...”

Hacía tanto calor, y la luz del sol era tan fuerte, que Arcus no tenía ninguna duda sobre su diagnóstico. Ahora sólo tenía que tratarlo.

“Su cuerpo está caliente, pero todavía está consciente, así que no es demasiado grave todavía. Tenemos azúcar y sal en el botiquín, ¿verdad, Cazzy?”

“Claro que sí”.

“Tráeme un poco. Y una petaca”.

“Entendido. Aquí tienes”. Cazzy sacó los artículos de su caja de medicinas.

Arcus los mezcló, los calentó con un rápido hechizo único y los volvió a enfriar.

“¿Eres un mago?”, preguntó el viajero.

“Más o menos”.

“Pareces muy hábil. Es raro ver a un hombre tan joven como tú usar la magia sin esfuerzo”.

“Gracias, pero esto es algo muy básico”.

Arcus hizo que el hombre bebiera su improvisado brebaje mientras Noah enfriaba su cuerpo con magia. No pasó mucho tiempo antes de que el hombre se viera un poco mejor y se sentara. “Muchas gracias. Ahora me siento mucho mejor. Gracias a usted también, señor”.

“No hice nada. Sólo tuviste suerte”.

Arcus le devolvió la caja de medicinas a Noah. “¿Vives por aquí? Te llevaremos de vuelta”.

“¿No es posible que le pida algo así a un chico noble!”

“¿Y si te derrumbas de nuevo? Toda mi ayuda habría sido en vano. Deja que te llevemos de vuelta para asegurarnos de que estás bien. Es una orden, por cierto. Te castigaré en nombre de mi casa si desobedeces”. Arcus notó que empezaba a sonar como Sue.

El hombre hizo una pausa. “Gracias, señor”. El joven inclinó la cabeza obedientemente.

El hombre explicó que iba de regreso a su pueblo cuando cayó enfermo y se desmayó.

“¿Y tú?” preguntó Arcus al hombre del sombrero.

“Estoy en mi camino de regreso al oeste.”

“¿Oeste? ¿Por qué no viajamos juntos un rato, entonces?”

“Podríamos, pero dudo que viajar conmigo te beneficie”.

“Si pudieras compartir algunas historias con nosotros, sería suficiente”.

“Una petición típica de un joven noble aburrido hasta la médula”.

“¡Sí! Apenas salgo de la capital, así que no hay mucha variedad en las historias que escucho. De todos modos, no es que viajar juntos o separados suponga una gran diferencia, ¿no?”

El hombre también viajaba a caballo. Mientras fueran a la misma velocidad, naturalmente acabarían viajando juntos de todos modos. Arcus sabía que podía ser un descuido invitar a un desconocido a ir con ellos, pero se trataba de un hombre al que encontraron cuidando a otro en el borde del camino. Eso parecía poco característico de un villano.

Con el aldeano montando detrás de Arcus en su caballo, el grupo se puso en marcha de nuevo. El hombre del sombrero se presentó como Eido.

“Si ibas de “vuelta” hacia el oeste, ¿significa que pasaste por la capital?” preguntó Arcus.

“Así es”, respondió el hombre. “No tengo muchos buenos recuerdos de la capital, así que me fui de allí lo antes posible”.

“Oh.”

“Mm.”

Estaba claro que Eido no quería dar más detalles.

“¿Así que vives en el oeste?” dijo Arcus.

“Se podría decir que sí. Siempre estoy en movimiento”.

“Huh”.

Después, Eido les contó historias de las partes occidentales del reino, así como de Sapphireberg, que estaba un poco más al sur. Mientras que el oeste era un lugar pacífico, Sapphireberg albergaba ruinas repletas de espíritus oscuros que causaban todo tipo de problemas a la gente que vivía allí. Los relatos de Eido sobre Sapphireberg distaban mucho de lo que Arcus había escuchado en la capital.

“¿Has estado en Sapphireberg, Noah?”

“Sí. Me parece recordar un mayor número de criaturas oscuras en comparación con otros países”.

“¿De verdad?”

“Efectivamente”, dijo Noah. “Quizá por eso los mercenarios se llaman a sí mismos 'aventureros' allí, y exploran las zonas no desarrolladas del país”.

“¡Vaya! ¡Aventureros! ¿También tienen un gremio de aventureros o algo así?”

“¿Hm? Bueno, creo que *hay* algún tipo de organización así”.

“¡Whoa! No puedo creerlo”. La cara de Arcus estaba llena de asombro. Noah, por su parte, parecía un poco apagado por su entusiasmo.

“Los aventureros atraen a los que les gusta pensar a lo grande en sus habilidades”, explicó Eido, “así que hay muchos rufianes. Aunque he oído que las cosas mejoraron una vez que construyeron su propio gremio”.

“¿De verdad?” dijo Arcus.

En ese momento se acercaban a la siguiente montaña. Arcus estaba pensando en cómo la cruzarían cuando su guía detuvo su caballo. Siguiendo su mirada, Arcus vio una abertura en la montaña y, por alguna razón, una multitud de personas reunidas alrededor de ella.

“Iré a ver qué pasa”, dijo el guía, dejándolos atrás. Volvió un rato después. “Dicen que la carretera está cerrada”.

“¿Cerrado?”

“Sí. Al parecer hay bandidos más adelante, así que han cerrado este camino temporalmente”.

Parecía que los funcionarios de la región estaban actuando para evitar daños o lesiones. Tal como Arcus sospechaba, este mundo estaba plagado de bandidos.

“¿Sabes cuánto tiempo estará cerrado?” preguntó Arcus.

“Ni siquiera los guardias lo sabían”.

“¿Hay otra ruta?”

“Bueno, técnicamente sí, pero es un camino muy largo de hecho”.

“Oh...”

O bien podían dar un rodeo muy largo, o bien podían esperar sin hacer nada indefinidamente hasta que la carretera volviera a estar abierta. Algunas personas habían montado tiendas de campaña junto a la entrada para esperar a que se levantaran las restricciones, pero Arcus y su grupo no tenían nada de eso. Tomar el desvío podría ser la única opción. Sólo había un problema.

“Si ese otro camino tarda demasiado, ya sabes que el sol se va a poner”, señaló Cazzy. “Eso sería un problema”.

El tiempo no estaba de su lado, simplemente porque no esperaban hacer una ruta tan larga. El crepúsculo podría caer antes de que encontraran un lugar para descansar. Arcus no quería viajar de noche si podía evitarlo.

“¿Por qué no te quedas en mi pueblo?”, sugirió el aldeano. “Si sales mañana por la mañana, deberías poder llegar a tu destino por la tarde”.

“Hmm. De acuerdo. Hagamos eso”.

Al escuchar su decisión, Eido salió de la formación. “En ese caso, aquí es donde nos separamos”.

“¿Qué? ¡Pero el camino está bloqueado!”

“Esperaré cerca, aunque si empieza a tardar mucho, puede que me una a ustedes”.

Eido abandonó el grupo y los demás siguieron las indicaciones del aldeano. Cuando se fueron, un viajero solitario se escabulló de entre la multitud frente al bloqueo, acercándose a Eido y entregándole una hoja de papel. “Toma”.

Eido lo leyó. “Ya veo. Qué mala suerte”, murmuró, volviéndose a mirar en la dirección en que se habían ido Arcus y su grupo.

Con el paso de montaña hacia la capital de Rustinell bloqueado, Arcus y sus compañeros optaron por seguir las indicaciones del aldeano. Se desviaron de la carretera principal que conectaba el este y el oeste de Lainur, y desde hacía un rato seguían un camino menos transitado que atravesaba masas de árboles. Recién ahora pudieron divisar una estructura hecha por el hombre en la distancia. Era un simple muro de protección hecho con troncos desiguales. Arcus no pudo evitar soltar un grito de asombro al verlo. Le recordaba a las ciudades fortaleza de las películas fantásticas e históricas que conocía del mundo de ese hombre.

Al acercarse, pronto vieron otra fila de personas y carros más adelante. Parecía que el grupo de Arcus no era el único afectado por el cierre de la carretera. Estaban esperando en una fila junto a las puertas del pueblo para obtener el permiso de entrada. Al ver la longitud de la fila, Arcus se preparó para una larga espera.

El joven aldeano miró hacia atrás por encima de su hombro. “Me adelantaré y hablaré con ellos”.

“Oh, no lo hagas. No quiero que haya problemas”.

“¿Estás seguro?”

Si entraban en la aldea antes que la gente que había estado esperando, podría causar fricciones, algo que Arcus quería evitar. Llevaron sus caballos hasta el final de la fila y comenzaron a esperar su turno pacientemente. Arcus se apartó de la fila para mirar hacia adelante, donde vio una multitud de personas justo al frente. Parecía haber un grupo de hombres jóvenes y otros más viejos y sabios del pueblo de pie frente a la puerta. Debían de estar allí para juzgar brevemente si las personas que querían entrar podían causar problemas o no. Los hombres más jóvenes estaban ligeramente armados y estaban inspeccionando rápidamente cada carro.

“No me di cuenta de que revisarían a todos los que quisieran entrar”.

“Los revisan para asegurarse de que no son peligrosos”, explicó el guía.

Aunque era inevitable que los viajeros fueran armados en cierta medida, era probable que la aldea no quisiera que nadie trajera artículos prohibidos. Los hombres ignoraban los arcos y las armas de asta que llevaban los escoltas de los viajeros, y en su lugar revisaban su equipaje y les preguntaban detalladamente sobre los objetos que llevaban dentro. Una vez que permitieron la entrada al grupo de mercaderes que tenían delante, el joven aldeano bajó de su caballo.

“Ahora hablaré con ellos. Por favor, esperen aquí un momento”, dijo, desapareciendo entre los demás aldeanos. Le sonrieron cuando levantó la mano en señal de saludo. No pudo decir más que unas pocas palabras antes de empezar a correr de vuelta hacia Arcus y los demás.

“¿Estamos dentro?”

“Por supuesto. Me has salvado la vida, Arcus, así que están contentos de dejarte entrar. Además...”

“¿Además de qué?”

El aldeano sonrió mansamente. “Les dije que eras un chico noble, así que *no deberías* tener ningún problema, pero...”

“Oh, claro. Está bien; lo entiendo”.

Es probable que el aldeano no quisiera iniciar ningún problema con los inspectores. Este no era el tipo de lugar en el que los nobles se detenían muy a menudo, por lo que nadie conocía realmente las formas adecuadas de dirigirse a la nobleza. El aldeano le pedía a Arcus que fuera indulgente con quien se dirigiera a él de forma inapropiada.

Cuando llegaron a las puertas, se acercó un hombre mayor. “Soy el alcalde de este pueblo. Me temo que este no es un lugar especialmente interesante, pero por favor, siéntanse como en casa”.

“Perdón por aparecer de la nada”.

“Ya nos hemos enterado de la situación del puerto de montaña. Es muy lamentable”.

“Debo estar de acuerdo. ¿Sucede a menudo este tipo de cosas por estos lares?” preguntó Noah.

“De vez en cuando, sobre todo porque últimamente hemos visto más bandidos”.

Arcus miró a Noah, a Cazzy y al guía, y todos parecían tan desconcertados como él por la noticia; debía de ser raro que la población de bandidos aumentara así. Se preguntó si una gran banda se había colado en la región recientemente.

“Y...”, comenzó el alcalde, con cara de disculpa. Miró detrás de él, recorriendo con la mirada a los jóvenes que parecían inseguros sobre cómo saludar a Arcus. “Como pueden ver, aquí todos somos habitantes del campo. Les pido que perdonen cualquier falta contra ustedes”.

“No tienes que preocuparte por ese tipo de cosas”.

“Gracias”, dijo el alcalde.

Noah se adelantó. “¿Podríamos discutir el pago por pasar una noche en este pueblo?”

“¡Oh! ¡Muchas gracias! No estaba seguro de cómo abordar ese tema yo mismo, ya ves...”

Exigir dinero a un noble debía parecerle un acto de gran descortesía. Dicho esto, alojar a los viajeros no era una tarea sencilla. Necesitaban preparar agua, comida y ropa de cama, suponiendo que los viajeros no tuvieran tiendas de campaña. Ninguna de esas cosas era gratis, y si no pedían a los viajeros que cubrieran sus gastos, los aldeanos tendrían que hacerlo ellos mismos. El alcalde y los jóvenes que lo acompañaban parecían aliviados de haber dejado de lado la charla sobre el dinero.

“¿Por qué no te ofreces a tallar algunos sellos para pagar?” sugirió de repente Cazzy.

“¿Sellos?”

“Sí, como en sus herramientas agrícolas. Puedes hacerlo fácilmente, ¿verdad?”

“Bueno, sí”. Arcus había traído las herramientas necesarias y la Plata del Hechicero para tallar sellos, por si acaso. “¿Pero realmente vale la pena?”

“¿Qué quieres decir?”

“Maestro Arcus. Grabar sellos es un trabajo altamente especializado”.

Tanto Cazzy como Noah parecían estar intentando contener un suspiro de disgusto. Craib hizo que Arcus tallara sus propios sellos tan pronto que había olvidado lo buena que era su habilidad. Y sin embargo, en la mente de Arcus nada garantizaba que esta aldea necesitara un trabajo como ése, fuera o no especialista.

“No todo el mundo puede coger un poco de Plata del Hechicero y empezar a grabar, ya sabes. Especialmente en un lugar como este. Creo que estos chicos realmente lo apreciarán”.

La mayoría de los hogares de la capital tenían sus propias herramientas de grabado, pero debían ser mucho más raras en un pueblo pequeño como éste.

“¿Sabes tallar sellos?”

“Sí”. Arcus asintió.

El alcalde intercambió una mirada con los demás aldeanos. Parecían no estar seguros de creerle o no, sobre todo teniendo en cuenta su edad y la complejidad del arte.

“Las herramientas que utilizo son cosas que se pueden comprar en cualquier gran almacén de la capital. Esto es algo que tallé yo mismo. Echa un vistazo”. Arcus hizo una demostración sacando un pequeño encendedor y encendiéndolo, ante el leve asombro de los aldeanos.

El alcalde intercambió otra mirada con su séquito. “En ese caso, ¿podríamos solicitar sus servicios?”

“Sí, pero no puedo hacer demasiado, porque quiero tener algo de plata a mano para el resto del viaje”.

“Lo entendemos. Sólo pediremos lo mínimo que necesitamos”.

“De acuerdo”.

La alegre sonrisa del alcalde se iluminó aún más. Incluso lo poco que Arcus tenía que ofrecer parecía hacerles felices. Algunas de las personas que se habían reunido se apresuraron a volver a la aldea, presumiblemente para conseguir los objetos que querían que Arcus grabara.

“¿Y ahora qué?” preguntó Arcus.

“Ahora las cosas serán más fáciles para nosotros porque has hecho algo bueno por ellos”, respondió Cazzy, agricultor de nacimiento.

Este lugar era una comunidad cerrada, lo que significaba que les gustaban los forasteros. Un favor bien escogido podía cambiar la situación a tu favor hasta cierto punto. La comodidad de cualquier estancia en un lugar como éste dependía totalmente de lo que los aldeanos sintieran por ti. Aunque no ofrecieran una hospitalidad abierta, al menos así no tendrían que preocuparse de ser tratados cruelmente.

Al entrar en el pueblo, vieron varias tiendas de campaña ya montadas en espacios vacíos. Este pueblo no tenía posadas, así que los que tenían los preparativos adecuados para enfrentarse a la intemperie estaban montando sus propios refugios. Arcus y los demás esperaron hasta poder ir a la casa del alcalde.

“Bandidos...” Arcus volvió a murmurar.

“¿Crees que podría tener una premonición siniestra de algún tipo?” preguntó Noah. “El maestro Arcus ha estado repitiendo esa palabra desde que discutimos por primera vez el asunto”.

“¡Apuesto a que nos van a atacar *esta noche!*” Cazzy estalló en un ataque de risa.

Ahora que estaban los tres solos, esos dos consideraron oportuno empezar a hacer predicciones incómodas.

“Chicos...” Arcus no pudo evitar suspirar, como haría cualquiera. Les lanzó una mirada poco entusiasta, pero ellos sólo parecían confundidos.

“¿Pasa algo?”

“Todavía no, pero si sigues diciendo cosas así, nos atacarán de verdad”.

“¡No, sólo estás siendo supersticioso!”

“Tienes tendencia a pensar en negativo”, dijo Noah. “Temo que te vuelvas paranoico a medida que crezcas... O quizás debería decir *más* paranoico”.

“¡Apuesto a que sí!” dijo Cazzy, riendo.

No sentían ningún remordimiento al entretenerse tergiversando las palabras de su maestro. En pocas palabras, eran incorregibles. Aun así, su falta de preocupación preocupaba a Arcus.

“No lo entiendes, ¿verdad?” dijo Arcus con severidad. “Las palabras son mágicas. Cuando dices algo así en una situación como ésta, se activa una determinada ley”.

“¿Una ley?”

“¿Qué tipo de ley?”, preguntó Noah con dudas.

“Ya sabes, como la ley de la atracción, o la ley de Murphy”.

Sólo cuando lo sondearon, Arcus se dio cuenta de que no tenía una respuesta precisa. Ninguno de los ejemplos que dio le pareció del todo correcto, y si el maestro no lo sabía, ¿cómo iban a entenderlo los sirvientes? Los tres intercambiaron miradas perplejas en medio de la plaza del pueblo.

“Lo que digo es que si nos atacan esta noche, los culpo a ustedes dos”.

Una maldición era lo que era, y no se había encontrado con uno tan premonitorio desde la primera vez que conoció a Sue, así que por supuesto no pudo evitar sentirse un poco inquieto.

El grabado de sellos era el arte de tallar Artglyphs en objetos utilizando Plata del Hechicero para imbuirlos de efectos mágicos. Se podían grabar en cualquier tipo de material: madera, cuero, resina, etc. El uso de un cincel para grabar metal era un escenario particularmente común. Los Artglyphs también debían ser tallados con un patrón distinto al que se obtendría con un pincel y tinta, pero el estilo en sí se dejaba a la discreción del individuo.

Un grabador inexperto copiaría el Artglyphs casi trazo a trazo, creando algo que difícilmente podría llamarse “patrón”. Los grabadores más famosos creaban sus sellos con tanta belleza que el producto final era una obra de arte en sí mismo.

El grabado de sellos requería varios materiales. El primero era, por supuesto, la Plata del Hechicero. Luego se necesitaban pigmentos minerales para afinar el efecto del sello. Para realizar el grabado propiamente dicho se necesitaba un pequeño cuchillo o un cincel y un mazo. También se necesitaba una lima para alisar la superficie cuando se terminaba.

La finalidad de la mayoría de los sellos era hacer que el objeto durara más tiempo, por lo que los sellos con efecto antioxidante o antierosión eran muy comunes. La dificultad de grabar armas, como los cuchillos, aumentó considerablemente. Aunque hacerlos más afilados o resistentes a la oxidación no era demasiado difícil, hacerlos más duraderos, como la gente quería a menudo, era un asunto diferente. Si se limitaba a grabarlos con los sellos para hacerlos más resistentes, los haría demasiado duros para afilarlos cuando se necesitara. Equilibrar la utilidad de los sellos con la capacidad de mantener la herramienta era vital.

Por suerte, el trabajo de Arcus esta vez no era tan difícil. Sólo necesitaba grabar unos cuantos sellos y arreglar algunas Herramientas de Sello antiguas. Para empezar, no tuvo mucho tiempo para tallarlos, así que la petición no le llevó demasiado tiempo, ni necesitó utilizar demasiados recursos.

Hizo su trabajo en la sala de estar del alcalde, comprobando los sellos en busca de astillas o rozaduras y reparando los que encontraba. Cuando Arcus se puso a grabar nuevos sellos, ya había pasado la hora del almuerzo. Sus sirvientes no debían quedarse de brazos cruzados mientras su Maestro trabajaba, así que salieron a cuidar de los caballos, a buscarles un lugar para dormir y a negociar con los mercaderes, entre otras cosas. Cazzy era especialmente útil cuando se trataba de conocer las reglas tácitas de este lugar.

Los aldeanos se reunieron con curiosidad en torno a la piedra de afilar que Arcus acababa de terminar de trabajar, chillando como niños con juguetes nuevos al ver lo mucho más eficiente que era ahora. Fue entonces cuando el alcalde entró con un té para Arcus.

“Muchas gracias por su ayuda”.

“No es ningún problema, en realidad. La mayor parte ha sido revisar y reparar cosas”.

“Puede que no sea mucho para usted, pero nos ha ayudado enormemente haciendo esto”. El alcalde le dio las gracias por enésima vez. “Mi esposa está ocupada preparando la mejor comida que puede”.

Arcus siguió la mirada del alcalde para ver que la cocina ya estaba cargada de comida: plantas silvestres, huevos e incluso pato, que debía haber sido sacrificado esa mañana.

“No he hecho nada que merezca una recompensa como ésta”.

“Por favor, insisto. Has revisado tantas de nuestras herramientas que realmente deberíamos pagarte por el servicio”.

Arcus sólo podía ver las palabras del alcalde como una exageración. En lo que a él respecta, revisar y arreglar sus Herramientas de Sello era un intercambio justo por una noche de estancia aquí; si las dos cosas no tenían exactamente el mismo valor, se acercaban lo suficiente. Preparar una comida abundante para él, además, significaría que el pueblo pagaría más por su trabajo de lo que lo haría normalmente. A menos que...

“¿No me digas que el coste de este tipo de servicios se ha disparado?” Arcus señaló la herramienta en la que estaba trabajando.

El alcalde respondió con una mirada preocupada y un movimiento de cabeza. “Me temo que sí”.

Si la Plata del Hechicero se estaba encareciendo, también lo harían los sellos. No era difícil llegar a la conclusión de que incluso un pueblo como éste estaba sintiendo los efectos de la escasez de plata, y el alcalde parecía confirmarlo.

“Solíamos comprar herramientas de sellado y servicios de grabado de vez en cuando, pero los precios recientes, incluso para un simple servicio, te dejarían boquiabierto”.

“Realmente se dispararon tanto, ¿eh?”

“Hay otros productos básicos que de repente han subido de precio también. Para ser sinceros, ha sido una verdadera lucha para nosotros”, explicó el alcalde con un suspiro de peso, poniendo como ejemplos el trigo y la sal.

Estaban sufriendo incluso aquí en Rustinell, justo en el corazón del comercio de plata de Lainur.

Esto podría ser un problema aún más grave de lo que pensaba.

“¡Oh! ¡Aquí están!” una tercera voz interrumpió su discusión. Arcus se giró para ver a un joven con un sombrero tulip. Se había abierto paso entre la multitud de gente que admiraba la piedra de afilar, y un hombre regordete de mediana edad que jadeaba le seguía. Parecía que tenía negocios con el alcalde, pero por su forma de vestir era obvio que no era un aldeano. Llevaba ropa de viaje, y probablemente había pasado por aquí del mismo modo que el grupo de Arcus.

El hombre del sombrero de tulipán parecía tener más o menos la edad de Noah, si no un poco más. Llevaba una capa y una gran espada curva en la cadera. En la espalda llevaba una pequeña mochila. Tenía los ojos rasgados, como los zorros míticos que Arcus conocía del mundo de ese hombre. Esos ojos eran realmente el único rasgo que lo diferenciaba de una persona normal.

Su acompañante era la viva imagen de un típico comerciante. Aparte de su cintura redondeada, era completamente normal en todos los demás aspectos.

“Ah, señor Gilles”, se dirigió el alcalde al hombre del sombrero de tulipán.

“Hola. Sólo pasaba por aquí”. Gilles sonrió y le guiñó un ojo al alcalde antes de volver su sonrisa hacia Arcus. Arcus le devolvió la mirada con un poco de recelo. “Escuché que un noble se hospedaba aquí, así que pensé en venir a saludar. Creo que es lo correcto. Eso es lo que dicen, al menos”.

“C-Cierto”.

Gilles tenía un fuerte acento rural. Ese acento, unido al hecho de que divagara tan abiertamente con un desconocido, le recordó a Arcus a las ancianas que vivían en el campo en el mundo de ese hombre. Inseguro de cómo tratar a un personaje tan abrumador, Arcus miró al alcalde en busca de ayuda, pero sus ojos también iban de un lado a otro. Estaba claro que él también estaba perdido.

Al notar su incomodidad, el compañero de Gilles tomó la palabra. “Sr. G-Gilles. No debería hablarle así a un noble; es de mala educación”.

“¿Por qué? En Imeria, hablamos amistosamente con cualquiera que nos encontremos. No te quejarás allí, ¿verdad? ¿Verdad?” Los ojos de Gilles se arrugaron mientras sonreía y se acercaba a Arcus, que sintió que no tenía más remedio que asentir.

“S-Sí”.

“¿Ves? ¡Hasta el niño noble está de mi lado! ¡No era un gran problema!”

Cada faceta del comportamiento de Gilles tenía un extraño encanto que hacía que a Arcus le costara ver su atrevimiento como algo grosero. Su sonrisa estaba repleta de amabilidad y cada gesto que hacía era un poco exagerado. Eso hacía que fuera casi imposible que le cayera mal.

Arcus dejó sus herramientas para tomar un descanso y beber el té que le había traído el alcalde. Miró hacia el patio y vio a Noah. Debía estar allí para vigilar. Arcus miró hacia atrás y vio a Gilles sentado cómodamente en la silla de enfrente y a su compañero tomando asiento con cautela a su lado. Gilles se quitó la mochila de la espalda.

“Me llamo Gilles. Supongo que me llamarías un comerciante viajero. Vendo cosas en el este, en el oeste, en el norte y en el sur, y a países de todo el mundo. Este tipo es... ¿Cómo te llamabas?”

“Soy Pilocolo, y también soy comerciante. Un placer conocerla, um... ¿Mi lady?”

“Ngh...” Arcus sabía que Pilocolo no quería decir nada, pero esa última palabra hizo que su rostro se pusiera rígido. Apenas logró abrir de nuevo su boca crispada, Arcus se atragantó: “Soy un niño...”.

“¡Oh! ¡Por favor, discúlpeme!” Pilocolo agachó la cabeza inmediatamente.

“Te debo una, Pilocolo”, dijo Gilles. “Yo mismo no sabía cuál era”.

“Sr. Gilles...”

“Bueno, pareces serio, así que pensé en traerte para que le preguntaras. ¿Sin rencores?”

Pilocolo se quedó mirando a Gilles, abriendo y cerrando la boca repetidamente antes de acabar dejando caer la cabeza entre las manos. Formaban un extraño dúo, si es que la palabra dúo era adecuada.

“¿No se conocen?” preguntó Arcus.

“No. Acabo de conocer a este tipo”.

“Así es. Estaba montando mi tienda cuando el señor Gilles se acercó y me preguntó si le acompañaría a saludar al noble...” Pilocolo se interrumpió.

“Cuando dices 'pedido', ¿quieres decir 'forzado'?” dijo Arcus, planteando la pregunta en su mente.

“Sí”, respondió el comerciante con cansancio. Arcus no podía culparlo por parecer cansado. Había estado tratando de seguir el ritmo de Gilles todo este tiempo.

“No, no es eso. Sólo parecías aburrido, así que pensé en invitarte”.

Arcus observó que habría sido más educado preguntar a Pilocolo si se aburría, pero parecía que Gilles ya se había decidido.

“Me llamo Arcus. No vamos a quedarnos aquí mucho tiempo, pero es un placer conocerte de todos modos”.

“Entonces, ¿se supone que debo llamarte Lord Arcus o algo así?”

“Puedes llamarme como quieras”.

“¿Seguro?”

“Nadie aquí te va a castigar por ello, ni va a pensar menos de mí por ello”.

Hacer un escándalo sobre su posición social aquí sólo atraería problemas. Además, no es que vayan a volver a encontrarse con esa pareja de mercaderes, así que nadie saldría beneficiado si Arcus fuera prepotente.

“¿Entonces puedo llamar a Arcus?” preguntó Gilles.

“Sí”.

Pilocolo se encogía incómodo, como si no pudiera imaginarse llamando a Arcus sólo por su nombre de pila.

“Entonces, ¿han venido aquí porque el puerto de montaña también estaba cerrado?”, preguntó Arcus.

“Sí. Tanto yo como Pilocolo nos quedamos tirados por culpa de eso. Yo viajo solo, así que estoy bien, pero Pilocolo está con un grupo enorme”.

“Así es”, confirmó Pilocolo con dudas.

“Quieres decir... ¿Eran ese grupo con todos los carros?” preguntó Arcus.

“Sí, eramos nosotros”.

“Huh”.

Gilles lanzó una sonrisa sugerente a Pilocolo. “¿Quiero saber qué es lo que llevas contigo! Tiene que ser grande si usas carros tan resistentes”.

“Es plata refinada. La estamos transportando desde una mina cercana para Su Señoría”.

“¡Woah! ¡Plata!”

“¿Plata?” Arcus aguzó el oído. ¿Este hombre realmente llevaba lo que buscaba? Sería una extraña coincidencia, pero había algo más que le llamaba la atención sobre la situación. “¿La plata no se transporta sólo por orden de un lord?”

“Sí; tenemos el permiso de Su Señoría. La logística es parte de mi trabajo también, así que me pidió que transportara esta plata para ella esta vez”.

“Ya veo...”

Así que subcontrataron el transporte. El transporte de materiales pesados requería dinero y mano de obra, por lo que probablemente era más rentable contratar a los expertos.

Pilocolo sacó un permiso del bolsillo del pecho y se lo mostró. Gilles lo cogió y lo miró con curiosidad. “Ese bloqueo debe de haberles hecho mucho daño entonces”.

“Sí. No me entusiasmó precisamente lo de los ladrones”. El rostro de Pilocolo estaba pálido al pensar en la posibilidad de que le robaran su carga. Por la forma en que temblaba, Arcus tuvo la impresión de que era un hombre de voluntad débil.

“Plata”. ¿Crees que podrías venderme un poco? Todo el mundo la busca ahora”, dijo Gilles.

“Sólo lo estoy transportando para Su Señoría, como he dicho, así que no puedo venderte nada. Además, aunque te vendiera algo, ¿no tendrías forma de llevarlo!”

Gilles se rió a carcajadas. “¡Bien, me has pillado!”

Nadie más se unió.

Saber que el material por el que había venido aquí estaba tan cerca hacía presa en la mente de Arcus, pero no podía olvidar el objetivo original de su viaje. No podía simplemente negociar con Pilocolo, comprar algo de su plata y dar por terminado el viaje. Además, comprar algunas de las acciones de su empleador aquí estaba destinado a meterlo en agua caliente. Tenía una carta del rey, así que siempre era posible obligar a Pilocolo a entregar algo, pero eso sólo haría que se agriaran las relaciones entre la corona y la casa Rustinell. Tenía que preguntar a la propia lady y pasar por los canales adecuados para conseguir lo que quería sin hacer nada precipitado.

“¿Qué haces entonces, Arcus?”

“Estoy trabajando en estos sellos. ¿No te das cuenta?”

“Oye, estoy haciendo una conversación. Pero hombre, eres bueno para ser un niño. Incluso estás metiendo todos esos detalles”. Gilles cogió una de las piedras de afilar con las que había terminado Arcus y empezó a inspeccionarla. “¿Tienes más cosas como ésta?”

Arcus le mostró el encendedor.

“Oh, hey. Esto es genial”. Gilles jugó con él, encendiéndolo y dejando escapar un zumbido impresionado. “Tus sellos se ven bien, están bien tallados y funcionan bien. Tienes un buen par de manos si puedes hacer una herramienta tan inteligente como esta”.

“¿Conoce bien los sellos, Sr. Gilles?”

“He visto unos cuantos en mi vida. Pero ninguno con un patrón como este. ¿En qué escuela estudias, Arcus?”

“En ninguna”.

“Lo has aprendido tú mismo, ¿no?”

Por lo que parece, Gilles estaba juzgando el sello más por el patrón que por otra cosa. “¿Qué otras herramientas de sellado haces, Arcus?”

“Sólo cosas pequeñas, o cosas que son útiles en el día a día como ese encendedor”.

“¿Así es?” Gilles sonaba profundamente impresionado. Durante una fracción de segundo, sus ojos se abrieron de par en par y estudiaron a Arcus con una mirada penetrante, como si lo estuviera evaluando. Luego esbozó una sonrisa. “¿Qué te parece, Arcus? ¿Me dejarás vender algunas de tus Herramientas de Sello?”

“Me temo que no puedo”, respondió Arcus, tratando de mantener un tono neutro para que Gilles no pudiera detectar sus verdaderos pensamientos al respecto. Hacía tiempo que había aprendido que prometer demasiado a alguien como él sin la debida consideración *no era* en absoluto una buena idea.

Una sugestiva sonrisa surgió en los labios de Gilles. “Arcus Raytheft”.

Arcus saltó.

“¡Ah! ¡Lo sabía!” Su expresión era de suficiencia.

Arcus sintió que su rostro palidecía. “¿Cómo sabes mi nombre?”

“Lo escuché a través de un rumor”, dijo Gilles.

“La información tan específica no es algo que se escuche a través de rumores”, dijo Arcus.

“¿Seguro? Piénsalo. ¿Cuántas familias en este reino tienen el pelo plateado como ese? Eso reduce las cosas en una tonelada”.

Tenía razón. La casa Raytheft era famosa por producir herederos con cabello rubio plateado. No era una conclusión difícil de llegar si ya sabías que Arcus era de la nobleza.

“Dijeron que no tenías talento y que te desheredaron por ello, pero supongo que los rumores no siempre tienen razón”.

Así que esos rumores se extendieron incluso entre los comerciantes ambulantes. Arcus sintió que su ira hacia su padre Joshua aumentaba por primera vez en mucho tiempo.

“Buscas plata, ¿no? Por eso estás aquí”.

Arcus no respondió, sin permitir que la irritación que sentía en su interior se reflejara en su rostro. ¿Cómo es que Gilles sabía tanto? Arcus lo miró con desconfianza y Gilles, aparentemente consciente de que había abordado un tema delicado, se puso nervioso.

“Eso también es fácil de resolver, ¿no? Hacer sellos significa usar Plata del Hechicero. La Plata del Hechicero significa obtener plata normal. Tiene sentido, ¿no?”

“Bien...” Arcus respondió con desgana.

“Maestro Arcus”, dijo Pilocolo en un intento de cambiar de tema y disipar el aire incómodo, “Si necesita plata, tal vez pueda ayudarle cuando haya terminado mis asuntos en la capital”.

“¿De verdad? Te lo agradecería”.

La ayuda de Pilocolo no sería necesaria, dada la carta de Arcus del rey, pero decidió darle un vago agradecimiento de todos modos. Pilocolo inclinó la cabeza, diciendo que estaba feliz de ser de ayuda.

“Deberíamos irnos, ¿no?”, dijo Gilles.

“Estoy de acuerdo”.

“Nos quedaremos en las tiendas, así que avísanos si necesitas algo”.

Y con eso, el peculiar hombre salió de la casa del alcalde, llevándose a Pilocolo con él.

Su estancia en la aldea fue menos tranquila de lo que Arcus había previsto. No había ninguna casa noble que le diera la bienvenida, ni nadie asignado para ocuparse de él o de sus asuntos. Tuvo que hacerlo todo él mismo. Gracias a Noah, Cazzy y su guía, Arcus no tenía demasiadas tareas, pero aun así le llevó hasta la noche terminar su trabajo con los sellos, prepararse para mañana y planear una nueva ruta hacia la capital.

Entonces llegó la hora de la cena. La mesa de caoba que tenía delante era aún más elegante de lo que había previsto: sopa de huevos y verduras silvestres, pastel de pescado fresco, pato asado a las hierbas. Y eso era sólo el principio.

Arcus se deleitó con la comida que tenía delante, de la que estos aldeanos probablemente sólo veían en ocasiones especiales. Las Sol Glasses que colgaban del techo lo iluminaban todo de forma brillante. La piel de pato dorada brillaba en color ámbar, el fragante vapor de la sopa se arremolinaba hacia arriba y el pastel de pescado tenía un aspecto aún más increíble. La corteza en forma de pescado, de color crema, estaba salpicada de una hermosa caramelización. Encima había rodajas de limón redondas y los bordes estaban adornados con verduras hervidas. Y...

“Es enorme”.

Los ojos de Arcus se abrieron de par en par ante el pastel, que era más grande que los patos asados juntos. Cuando Arcus vio que el plato, lo suficientemente grande como para dominar

más de la mitad de la mesa, era traído desde el horno exterior, no pudo imaginar lo que había encima. Su sencillez y tamaño eran algo que sólo había visto en los dibujos animados del país de ese hombre.

“Esto es trucha blanca”, explicó Noah. “Me han dicho que es un pez común aquí en las regiones occidentales”.

“Trucha blanca, ¿eh? Normalmente esperarías salmón en tartas como esta”.

“¿Conoces un plato similar? Supongo que no debería sorprenderme que sepas mucho de comida”, comentó Cazzy.

Arcus empezaba a preguntarse si realmente serían capaces de comérselo todo. Incluso con el guía incluido, sólo eran cuatro. Ni siquiera estaba seguro de que pudieran hacer algo. Mientras Arcus entraba en pánico, la esposa del alcalde se reía en voz baja.

“No se supone que vayamos a comer todo esto, sabes”, dijo Cazzy. “Deberíamos dejar al menos la mitad”.

“Es tradición, sea cual sea el lugar, preparar una comida abundante para un invitado de honor. Cuando ese invitado se ha saciado, las sobras van para los niños”.

“Oh, eso es lo que es”.

Ahora el gran volumen de comida tenía sentido, pero aun así Arcus se estremeció al pensar en lo caro que era todo aquello. En este mundo no escaseaba la comida, pero ofrecer varios patos asados junto con un pastel como ese no era algo que se pudiera hacer todos los días. Los aldeanos debían de estarle muy agradecidos por haber ayudado al joven y por haber mirado sus Herramientas de Sello. El aldeano al que ayudaron volvió a dar las gracias a Arcus después de su regreso, y la gente le daba las gracias cada vez que ponía un pie fuera. Tanto él como sus sirvientes se relamían ante la primera comida copiosa que habían tenido en mucho tiempo. La tarta era especialmente exquisita, con el queso derritiéndose entre el pescado blanco y la corteza. Combinado con las rodajas de limón, el pescado y su regusto estaban perfectamente equilibrados.

Continuaron comiendo mientras la esposa del alcalde describía la receta. Hubiera sido una velada maravillosamente relajada, si no fuera por una cosa.

“¡Perdón! ¿Podría tener un poco más de este pastel? Es tan bueno, creo que nunca he tenido nada como esto.

Un tenso silencio llenó el aire. Arcus y sus compañeros miraron hacia la voz, sólo para encontrar a un sonriente Gilles sentado allí. Se sentó junto a su guía, que luchaba con una persistente ristra de queso, con su corto cabello castaño ahora descubierto por su sombrero. Él también era un invitado a la cena; el alcalde lo había invitado como agradecimiento por prestarle varios bienes. Arcus no tenía nada en contra de él, pero su personalidad tenía una forma de abrumar la mesa de la cena.

“Maestro Arcus. ¿Puedo sugerirle que seleccione a sus conocidos con un poco más de cuidado en el futuro?”

“¿Por qué me miras, Noah? Bastardo...”

“Simplemente lo has imaginado. ¿O significa que eres consciente de tu propia idiosincrasia?”

Cazzy frunció el ceño ante el apuesto mayordomo, que se limitó a sonreír con serenidad en respuesta. Arcus estaba acostumbrado a que discutieran así. Sus personalidades eran completamente opuestas, pero aun así se las arreglaban para comunicarse jovialmente entre ellos. Noah no le diría esas cosas a alguien con quien no se sintiera cómodo, y Cazzy, siendo Cazzy, no se preocupó en absoluto; simplemente se encogió de hombros.

Pero Cazzy no era la única persona a la que Noah se refería, por supuesto.

“Tu nivel de exigencia es demasiado alto, guapo”, dijo Gilles.

“Por qué, estoy encantado de recibir tales elogios”.

“Eres un descarado. Es más fácil charlar con el tipo que está a tu lado”, dijo Gilles, acercándose a Cazzy.

“No te metas. No me gusta juntarme con tipos de peces como tú”, dijo Cazzy con una carcajada.

Incluso Cazzy piensa que hay algo raro en Gilles...

Para Arcus, Gilles era más sospechoso que su cena. Era como si sus verdaderos motivos estuvieran ocultos en lo más profundo de su ser, tan profundo que Arcus lo tenía catalogado como alguien con quien había que tener especial cuidado. Cazzy sonreía, pero Arcus podía ver la ligera cautela que había detrás del gesto. Tal vez Cazzy se había dado cuenta de lo que Gilles buscaba en realidad.

“¡Aaah, rechazado! No es gran cosa! Supongo que Arcus puede ser mi mejor amigo, entonces!”

“Yo no iría tan lejos”.

“Ya que somos amigos, ¿podrías ayudarme? ¿Sabes lo que dije sobre las herramientas de los sellos?”

“¿Por qué no escuchas nada de lo que te dicen?”

“¿Y bien? ¿Te lo vas a pensar?”

“No sé”. La segunda respuesta imprecisa de Arcus no sirvió para desanimar a Gilles.

“¡Te garantizo que no hay nada que perder! Te haré rico! ¿Ves? ¡¿Ves?! ¡Así de fácil!”

“¿Has terminado?”

“Sabes, es raro ver sellos tan elegantes como la tuya. ¡Quiero ver a dónde vas desde aquí!”

Arcus refunfuñó internamente. Sabía que Gilles le estaba elogiando, pero no podía entender qué pretendía el mercader. Los elogios le agradaban, pero se sentía reacio a tomarlos al pie de la letra de la boca de un mercader. Al mismo tiempo, le parecía demasiado precipitado rechazar su oferta de forma rotunda. Arcus no sabía lo suficiente sobre él y, sobre todo, sobre sus actividades como mercader. Quizás era el momento de hacer algunas preguntas.

“¿Cuántos mercados tienes? ¿Qué tipo de conexiones?”

“Oh, ¿estás picando? Vendo en la Confederación del Norte, Sapphireberg... Al sur, tengo conexiones desde Graniel hasta el Archipiélago Hanai”.

“Huh...”

Sus conexiones parecían abarcar varios lugares con relación a Lainur. No todos, por supuesto, pero la escala de sus negocios no podía ser subestimada.

“Eso es bastante impresionante”, dijo Noah con un zumbido de satisfacción.

“¡No viajo por medio mundo y de vuelta para nada!”

“Sólo porque hables mucho no significa que te creamos”, dijo Cazzy.

“¡Es justo!” Gilles dejó que la insinuación rodara como el agua de la espalda de un pato.

Si Gilles decía la verdad, entonces Arcus podría ponerse en desventaja al *no* hacer negocios con él. No se trataba sólo de vender sus productos; si Arcus se hacía amigo de un mercader, también podría comprar información y bienes valiosos. Sin embargo, Gilles viajaba solo. Arcus no tenía ni idea de si tenía algún tipo de equipo detrás, y si lo tenía, quiénes eran. Era natural que tuviera dudas, y Gilles parecía reconocerlo.

“Mira, no me gusta mostrar esto a cualquiera, pero...” Gilles se agachó para coger algo de la mochila que tenía a sus pies, como si eso pudiera convencer a Arcus de quién era. Sacó un trozo de resina que brillaba tanto como cualquier gema. A continuación, una fruta de color rojo oscuro que olía a hierro empalagoso. Luego vino una rama cuyo fruto redondo parecía brillar en varios colores diferentes.

Noah jadeó. “Estos son artículos valiosos en verdad”, dijo, recogiendo el trozo de resina a través de un pañuelo.

“¿Es eso un clavo de hierro? Hombre...” Cazzy estaba inspeccionando la fruta, que provenía de una rara planta que sólo se podía encontrar en las profundidades de la Cordillera de la Cruz.

Arcus cuestionó sus reacciones, y ambos explicaron que estos artículos eran especialmente raros, algunos de ellos hasta el punto de que ni siquiera las tiendas más grandes de la capital los tenían. Noah susurró que Gilles tenía que ser legítimo si llevaba existencias tan valiosas.

Gilles sonreía ampliamente, pero era difícil saber si era por autocomplacencia o simplemente por felicidad al ser creído. “¿Y bien? ¿Crees que podrías llegar a un acuerdo conmigo ahora?”

“Hm...”

Gilles había demostrado que Arcus saldría ganando si se involucraba con él. Tenía una red de gran alcance, y los artículos con los que comerciaba eran raros. Ni siquiera tenían que llegar a un acuerdo; era perfectamente posible que Arcus estableciera una relación más básica con él. El problema era que aún no estaba claro quién era exactamente Gilles. Eso era suficiente para desanimar a Arcus, pero seguía dudando. ¿Eran las ventajas de negarse más deseables que las desventajas de aceptar?

La cara de Noah estaba perfectamente calmada. Cazzy volvía a comer como si la decisión de Arcus apenas le importara. Estaba claro que en ese momento lo dejaban todo al criterio de su maestro. Arcus no sabía si eso se debía a que confiaban en él o a que pensaban que era demasiada molestia pensar en ello, aunque estaba seguro de que le darían la respuesta si les preguntaba.

Justo en ese momento, el farol de la cadera de Arcus empezó a temblar.

“¿Eh?”

Hizo un sonido claro, como de campana, mientras se sacudía. Fue como lo que ocurrió antes, sólo que esta vez el temblor fue más fuerte.

“¿Pasa algo, Arcus?”, preguntó Gilles.

“No. Nada.”

Se disponía a continuar donde lo habían dejado cuando oyeron fuertes ruidos en el exterior. Un frenético golpeteo provenía de la puerta. La esposa del alcalde se apresuró a abrirla, dejando entrar a un joven aldeano. Se apoyó en una estantería, doblado mientras se esforzaba por recuperar el aliento.

“¡Alcalde! ¡Hay problemas!”

“¿Qué pasa?”

“¡El guardián ha visto luces fuera del pueblo! ¡Hay un montón de ellas!”

“¿A estas horas de la noche? ¿Seguro que no es la guarnición del condado la que está patrullando?”

“¡No lo sabemos con seguridad, pero podrían ser bandidos! ¡Estamos reuniendo a todos los aldeanos aptos para la lucha ahora!”

“No puede ser. Es demasiada coincidencia”, murmuró Cazzy.

“¿La Casa Raytheft ha dado a luz a un profeta?” se preguntó Noah en voz alta.

“¿Perdón?” Arcus miró fijamente a sus sirvientes. Ambos desviaron la mirada torpemente. Arcus volvió a mirar a Gilles como si no hubiera pasado nada. La sonrisa despreocupada de su rostro seguía perfectamente intacta, a pesar de la urgencia de la situación.

“¿Algo te preocupa, Arcus?”

“No entiendo cómo puedes estar tan tranquilo en este momento”.

“Esperaba esto hasta cierto punto; por eso”.

“¿Esperabas bandidos?” Dijo Arcus. “Espera, puede que no sean bandidos, pero aún así...”

“Creo que eso es exactamente lo que son”.

“¿Cómo es eso?”

“Es obvio, ¿no? Los bandidos siempre buscan gente a la que robar, así que por supuesto van a aparecer donde está esa gente”.

“¿Por eso no tienes pánico?”

“Sí. Si estaban rondando la carretera de la montaña, hay que esperar que aparezcan en uno de estos pueblos cercanos”.

Arcus no podía discutirlo. Era curioso por qué Gilles eligió pasar la noche en uno de esos “pueblos cercanos” si esperaba un peligro como éste. Cualquiera mercader viajero con un sentido decente de la autopreservación seguramente habría hecho el movimiento menos arriesgado disponible, lo que significaba permanecer lejos de esta aldea.

Gilles seguía con su misteriosa sonrisa en la cara. Arcus estudió sus ojos entrecerrados, pero no pudo averiguar lo que el hombre estaba pensando... y ahora mismo no tenía tiempo para averiguarlo.

“Noah. Cazzy”.

“Sí, maestro”.

“Ugh.”

Los dos se pusieron a trabajar inmediatamente. Arcus puso a Noah a preparar las armas y envió a Cazzy a comprobar la situación en el exterior.

La voz del alcalde adquirió un tono preocupado al ver lo que estaban haciendo. “Um, Arcus...”

“Lucharemos contigo si hay problemas”, dijo Arcus.

“P-Pero...”

“No te preocupes. Esos dos están acostumbrados a pelear. Espera aquí, Bud”.

El guía asintió. Estarían en problemas sin él; Arcus no podía arriesgarse a enviarlo al peligro.

“Seguro que eres valiente para ser un niño. Como un príncipe o algo así. Bastante genial”.

“¿También vas a pelear, Gilles?”

“No, tengo las manos llenas con mis propias cosas. Me voy a esconder en algún sitio”.

Eso dijo, pero seguía rondando a Arcus.

¿Qué es lo que hace?

¿Estaba planeando esconderse detrás de Arcus, Noah y Cazzy?

Noah se inclinó para susurrar al oído de Arcus. “Ten cuidado con él. Yo también estaré atento”.

“Gracias”.

Cazzy apareció entonces desde el umbral de la puerta, con su habitual sonrisa inquietante en el rostro. “Creo que eres una especie de profeta después de todo, oh maestro”.

“Tal vez sea mejor que empieces a adorarme”.

Cazzy cacareó. “¿Qué, mi fiel servicio no es suficiente?”

Cazzy blandía un bastón con un mango peculiar. Había afirmado que se lo había llevado para el largo viaje, pero Arcus no le había visto usarlo antes, así que era de suponer que se trataba de algún tipo de arma si lo llevaba ahora.

“¿Cómo van las cosas por ahí?”, le preguntó el alcalde a Cazzy.

“Están tratando de derribar la puerta del sur. Los aldeanos los están conteniendo por ahora, pero creo que no podrán aguantar para siempre”.

“Ya veo...” El rostro del alcalde estaba pálido. Esta no podía ser una situación a la que se enfrentara muy a menudo.

Arcus tampoco había vivido nunca algo así, pero tenía el conocimiento de su parte. Tenía un plan en mente.

“Sr. Alcalde. Por favor, salgan y prepárense para luchar. Prepare también algunas hogueras. Después de eso, vaya por ahí y asegúrese de que la gente sepa que no debe salir de sus casas”.

“¡Entendido!”

“¡Sr. Alcalde! Maestro Arcus!” gritó Pilocolo, corriendo hacia ellos.

“Pilocolo. Hay problemas”.

“Lo sé, pero tengo que pensar en mi carga. ¿Podemos trasladarla a la puerta norte para que espere allí?”

“¿No pondrá eso en peligro a los aldeanos?” Dijo Arcus.

“Sólo puedo disculparme, pero mi carga debe ser entregada a Su Señoría en persona. No puedo permitir que le ocurra nada, y si los bandidos aparecen en la puerta norte, me aseguraré de que se ocupen de ellos. Por favor”.

“De acuerdo, pero por favor envía a alguien para ayudar en el extremo sur si puedes prescindir de él”.

“Por supuesto”.

Arcus se dirigió a la puerta sur junto con Noah mientras Gilles les seguía. Allí ya se había levantado una sencilla barricada, y detrás de ella había un grupo de aldeanos armados. Como informó Cazzy, los aldeanos más jóvenes estaban tratando de asegurar la puerta.

Arcus vio acercarse al hombre que habían salvado aquella tarde. “Siento mucho que esto esté pasando, Arcus”.

“Parece que han venido aquí porque el camino de la montaña estaba bloqueado. No te preocupes, lucharemos contigo”.

Los demás aldeanos miraron atónitos la declaración de Arcus. Era consciente de lo tonto que sonaba que un chico joven como él anunciara su intención de luchar.

“No quiero ser grosero, pero creo que deberíais evacuar”.

“Soy un mago; puedo luchar”.

“Ah... esta bien”. El hombre asintió, y la expresión de los rostros de los aldeanos cambió de sorpresa a comprensión. No necesitaron convencerse mucho, ya que habían visto su habilidad con los sellos.

“¡No aguantará mucho más!”, gritó uno de los hombres de la puerta.

La puerta daba fuertes golpes a intervalos regulares, que hacían vibrar el cuerpo de Arcus. Arcus supuso que habían traído algún tipo de ariete. La madera comenzó a astillarse y a salir volando de la superficie, y se oyeron gritos desde el otro lado de la frontera. El desgastado cerrojo comenzó a deformarse y a gemir en señal de protesta. Sería cuestión de segundos que cediera por completo. En el momento en que lo hiciera, este lugar se llenaría de bandidos. Por la fuerza ejercida sobre la puerta, Arcus supuso que estaban ansiosos por matar, saquear y violar.

Con lo que no habían contado era con el hecho de que éste era el peor lugar que podían haber elegido para atacar.

Arcus no había esperado que el pueblo estuviera tan oscuro bajo la cortina de la noche. Estaba acostumbrado a las noches de la capital, iluminadas por deslumbrantes Sol Glasses allá donde miraras. La luz de las estrellas y de la luna era demasiado inconstante, y dejaba la aldea oprimida por una oscuridad tenebrosa. Incluso cuando las Sol Glass derramaban su luz desde las ventanas de las viviendas, no hacían más que profundizar las sombras que se arrastraban desde el espacio entre las casas. Las antorchas, las hogueras y los Sol Glass adicionales preparados por los habitantes del pueblo daban algo de visibilidad, pero la mayor parte de los alrededores estaban sumidos en la oscuridad.

Dejar que cualquiera de los bandidos se les escapara ahora casi garantizaba que no los encontrarían nunca más. Arcus podía verlo: se esconderían en las sombras y atacarían sin ser vistos. Tendrían que ser derrotados aquí, junto a la puerta.

“¡Lleva la barricada hacia delante todo lo que puedas! ¡Martillamos las estacas lo más profundo posible en el suelo! No dején las manos quietas”. Las indicaciones de Noah a los aldeanos que estaban detrás de ellos se escuchaban con claridad por encima de los fuertes golpes que se daban al otro lado de la puerta.

La barricada, las cuerdas y las estacas se dispusieron al azar, rompiendo los caminos claros en el interior y permitiendo a los defensores reclamar la primera sangre desde una distancia segura con armas de asta y arcos.

“¿Sabes lo que estás haciendo, eh, niño bonito? ¿Has hecho esto antes?” Preguntó Gilles.

“Mi primera batalla se libró en el lado de la defensa”, dijo Noah.

“¿Ah sí? Debe haber sido difícil”.

Noah asintió en silencio. Arcus siempre supuso que la primera batalla de Noah había sido junto a su tío Craib, pero tal vez no fuera así después de todo.

Arcus se concentró en prepararse para luchar. Se puso la capa blanca del revés y sacó su espada de la funda. Buscó en su cadera la linterna de Gown, asegurándose de que estaba disponible en caso de que se vieran realmente acorralados. Luego, se acercó a la barricada.

“¿Están listos los dos?”

“Cuando sea”.

“¡Ya lo creo!”

“De acuerdo”, dijo Arcus, “lanzaré el primer ataque. Cuando eso esté hecho, Noah, tú ve adelante; Cazy y yo nos quedaremos atrás”.

Cazy se adelantó y le tocó el hombro con su largo bastón. “Déjame tomar la primera línea también esta vez”.

Como Arcus sospechaba, parecía que quería hacer uso de ese bastón. Tenía un perfil irregular; una multitud de empuñaduras y mangos se proyectaban desde él en ángulos extraños. Arcus no tenía ni idea de cómo se suponía que había que usarlo, pero aceptó la petición de Cazy antes de desviar su atención hacia los aldeanos que intentaban sostener la puerta.

“¡Salten hacia atrás, todos, y tápense los oídos!”

“Eso es lo que estás haciendo, ¿eh?” Dijo Cazy.

“Sí, así que pónganse los tapones, chicos”.

“Sí, maestro”.

“¡Bien!”

“¿Qué estás haciendo?” Los ojos de Gilles brillaban de curiosidad al acercarlos demasiado a la cara de Arcus.

“Tápate los oídos, cierra la boca y observa”, instruyó Arcus, con una irritación que se reflejaba en su voz.

Los aldeanos que comandaba cerca de la puerta reaccionaron con confusión. Sabían que si se alejaban de la puerta ahora, ésta se desmoronaría bajo el asalto del enemigo. El propio Arcus probablemente dudaría en seguir sus propias órdenes en su posición. Sólo cuando añadió que estaba a punto de usar la magia, hicieron lo que él decía. Sin el apoyo de los aldeanos, la puerta y su cerrojo se debilitaron aún más rápidamente. La puerta se deformó desde el centro a medida que la presión aumentaba contra su otro lado, y el crujido del cerrojo se hizo aún más desagradable cuando empezó a resquebrajarse.

Arcus repitió la orden para que los aldeanos se taparan los oídos. Pasó una fracción de segundo en la que no estaba claro si los bandidos habían atravesado o no, y Arcus abrió la boca.

“Estallar. Furia. Un fuerte ronquido y la corneta al amanecer. Una torpe cacofonía de músicos entre los estridentes ladridos de los perros. Un bebé llora mientras su padre se queja. Reúnanse, hagan ruido y suéltense aquí como una cascada de burbujas que perforan los oídos”.

“Burbuja Desconcertante.”

Inmediatamente después del conjuro, los Artglyphs llenaron el aire y se dispersaron ampliamente. Los brillantes personajes blancos, teñidos de azul, se inflaron hasta convertirse en burbujas. Su película jabonosa se reflejaba en las tonalidades del arco iris mientras las burbujas flotaban, tomando cada una su propio camino. Era un espectáculo tan inocente como si Arcus se hubiera limitado a soplarlas con una varita de burbujas. Sólo su mayor tamaño y la magia infundida en ellas las diferenciaban. La vista de esas burbujas y de la puerta detrás de ellas se volvió casi etérea cuando la luz de los fuegos las iluminó suavemente.

“¡Eso sí que es magia de la buena!”

“¡Te dije que te callaras!”

“Arcus, sí que eres escurridizo, ¿no?” Gilles sonrió y se tapó las orejas.

Arcus se deshizo rápidamente de la indignación que surgió en su interior. Hizo un gesto a los aldeanos desprotegidos para que se alejaran de las burbujas y tuvieran cuidado de no tocarlas. La puerta se rompió, arrojando a los bandidos que se aferraban al tronco hacia la aldea. Otros empezaron a entrar tras ellos, pero no llegaron muy lejos antes de que su vanguardia se estrellara contra las burbujas que los esperaban.

Una serie de estruendos, como decenas de petardos detonados a la vez, atravesó el aire. Ninguno de los bandidos pudo resistir el ataque directo a sus tímpanos, que ahogó incluso sus gritos. Los aldeanos que habían seguido las instrucciones de Arcus estaban bien, pero los bandidos empezaron a echar espuma por la boca y a derrumbarse donde estaban. Los que se mantenían en pie se tambaleaban y tropezaban como borrachos. Tropezaban y caían sobre sus compañeros caídos y se arrastraban sin intentar ponerse de pie de nuevo. Los montones de bandidos desplomados se apilaron frente a la puerta de la aldea.

Al perder su ventaja, la segunda oleada de bandidos vaciló. Gritaban a los que estaban fuera de la puerta, probablemente advirtiéndoles de que se enfrentaban al menos a un mago. Parecían confusos, incapaces de calibrar su propio volumen y sin saber si alguno de sus compañeros podía realmente oírles.

Los bandidos no podían coordinarse ni entre sí. No sólo habían perdido a demasiados de los suyos, sino que también quedaban varias burbujas flotando en el aire. Si avanzaban ahora intentando evitarlas, sus movimientos se volverían torpes, e inevitablemente las activarían de todos modos. Uno de los bandidos más valientes avanzó solo, sólo para chocar de frente con una burbuja que uno de los aldeanos había reventado con un puñado de guijarros lanzados.

“¡Destruye primero todas las burbujas!”, ordenó uno de los bandidos.

Los ataques más eficaces eran los difíciles de defender. Los sonidos no podían ser bloqueados por escudos u obstáculos físicos, y sus efectos se sentían en un instante. Arcus podría haber ganado fácilmente el tiempo que la aldea necesitaba, haber inutilizado a los atacantes y haber quebrado la moral de los supervivientes, lanzando su hechizo una y otra vez, pero por el bien de los aldeanos consideró que un solo uso era suficiente. Sin los tapones para los oídos grabados con el sello que llevaban él y sus sirvientes, era posible que su audición resultara dañada si los exponía al hechizo durante demasiado tiempo. Aunque era eficiente en cuanto al éter y relativamente fácil de usar, este era su inconveniente cuando se luchaba en grupos grandes.

Flechas y piedras volaron hacia las burbujas desde el exterior de la puerta. Estallaron estrepitosamente en Artglyphs fragmentados que se disolvieron en el aire, permitiendo que más bandidos se infiltraran cautelosamente en la aldea. Sólo eran una decena, más o menos; la Burbuja Desconcertante de Arcus parecía haber eliminado a la mayoría de ellos. Puede que hubiera más vacilantes fuera de la puerta, pero incluso entonces esa vacilación era un factor más a favor de los magos.

Cazzy saltó de repente delante de Noah. Pensando claramente que se estaba descuidando, los bandidos se movieron para rodearlo de inmediato.

“La hoz de Algol. Que la hoja bien afilada corte la hierba y las enredaderas del jardín. Corta las malas hierbas. Corta los cañaverales. Corta y arranca todo.”

“La Hoz Cortadora De Hierba De Algol.”

El hechizo citaba un cuento de *la Era Espiritual* al que se hace referencia a menudo en las leyendas e historias: el del agricultor Algol y su semana de trabajo. El primer día, el lunes, fue un día para limpiar el terreno. Los Artglyphs de color cobrizo comenzaron a reunirse en la punta del palo de Cazzy antes de tomar forma. Dibujaron una hermosa curva: una gran hoja. Parecía una guadaña digna de la propia Muerte.

“¡W-Wow! ¡Es una hoja de rayo! ¡Una guadaña de rayos!”

Arcus recibió una batería de miradas confusas tras su proclamación. Mientras saltaba de emoción, Cazzy torció el cuerpo a la altura de la cadera y bajó el arma.



Giró la guadaña en círculo, cortando todo lo que le rodeaba. Ni que decir tiene que eso incluía a los bandidos que intentaban agolparse a él. Sus cuerpos fueron cortados limpiamente, para no volver a reunirse.

“Ew...”

“Esa es toda una hoja”, comentó Noah.

“Tienen una tonelada de estos impresionantes hechizos, ¿eh?”

Las reacciones a la guadaña de Cazzy pueden dividirse en tres categorías. Algunos pusieron cara de asco ante los brutales y sangrientos resultados. Algunos no pudieron evitar soltar un grito de asombro ante su fuerza bruta. Otros silbaron con aprecio.

“¡Mantengan la distancia!”, gritó uno de los bandidos al ver el charco de sangre que rodeaba a Cazzy.

Con la guadaña de Cazzy y el estoque de Noah en el camino, los bandidos no podrían pasar fácilmente. Lo mismo ocurría en el otro lado; los bandidos seguían lanzando una ráfaga de flechas a través de la puerta, limitando las opciones de contraataque. Los aldeanos mantenían sus posiciones detrás de la barricada con sus lanzas, otros seguían lanzando flechas y piedras. El estancamiento continuó durante un tiempo.

“Noah”.

“Sí, creo que sí”. Noah asintió, sabiendo ya lo que Arcus iba a decir.

Las tácticas de los bandidos dejaron una extraña impresión, como si no tuvieran una verdadera lucha detrás de sus acciones. Como mínimo, parecía que intentaban ganar, pero sus ataques parecían demasiado pasivos, especialmente para un asalto en grupo. Con todo derecho, *deberían haber aprovechado* al máximo su número para abrirse paso.

Todavía había bandidos detrás -eso estaba claro por las flechas y piedras que volaban a través de la puerta-, pero no se estaban comprometiendo más allá de lanzar proyectiles. Hay que reconocer que mantenían la presión, pero podrían haber hecho algo mucho más eficaz.

Sólo podía significar una cosa.

“¡Los bandidos vienen de la retaguardia!” Uno de los aldeanos que había estado vigilando la puerta norte corrió hacia ellos, jadeando mientras daba su informe.

“¡Ngh! Están atacando desde varios lados”. Arcus se dio cuenta un poco tarde.

“Son un grupo astuto, ¿eh?” dijo Gilles con una fina sonrisa. Arcus no recordaba en qué momento el mercader había terminado junto a él. Incluso si había bandidos que venían del otro lado, el pueblo debería haber tenido la ventaja. “Pilocolo tiene a su guardia con él, y déjame decirte que hay un montón de ellos. Ellos los resolverán. Sólo tenemos que lidiar con estos tipos de aquí”.

“Sí”, dijo Arcus.

Los guardias que protegían el cargamento de Pilocolo eran soldados entrenados, y darían todo lo que tenían para protegerlo de los bandidos. Puede que incluso tuvieran más poder de combate que el grupo de la puerta sur, y si realmente necesitaran ayuda, podrían enviar a alguien hacia Arcus. Lo mejor que podría hacer el grupo de Arcus mientras tanto sería concentrarse en derrotar a estos bandidos aquí.

Fue entonces cuando el deslucido ataque se hizo más serio. Viendo su oportunidad, los bandidos de la retaguardia comenzaron a abalanzarse sobre la puerta.

“Qué molestia. ¡Todos, retrocedan!” Noah llamó a los aldeanos.

“¿Por qué están cambiando los patrones de ataque ahora?” Cazy se quejó.

“Es probable que su comandante haya cambiado”, dijo Noah.

Apenas había terminado su frase cuando una gran roca salió volando por encima de la puerta. Se estrelló contra el suelo y la tierra tembló. Arcus dudaba que tuvieran una catapulta en un lugar como éste, y su sospecha se confirmó cuando la roca se disolvió en el aire en una nube de maleficio.

“¡También tienen magos! ¡Todos retrocedan y sepárense, o sólo serán un blanco más fácil para que la magia los alcance!”

“Las cosas no se ven bien, ¿eh? ¿Qué vas a hacer, Arcus?”

“Quedan toneladas de cosas por probar”.

“¿Oh? ¡Sabía que eras muy listo! Entonces, ¿qué tienes bajo la manga?”

“Sólo mira”. Era el momento de probar la primera idea de muchas. “Es hora de que salgas al campo de batalla por primera vez. Protege a los aldeanos por mí”.

Arcus abrió la pequeña ventana de la linterna de Gown. Una luz blanca y azulada chispeó en su interior y comenzó a poner en marcha su misterioso poder. Parpadeó con fuerza, y luego se estabilizó en un parpadeo como el de un testamento antes de salir de la linterna. Se dividió en varias llamas más pequeñas, hasta que finalmente esas llamas se reunieron de nuevo y ardieron como una sola. Cambió de forma una y otra vez, como si fuera amasada por una mano invisible, hasta que finalmente adoptó una silueta grande y vagamente canina. Le salieron seis patas, cuernos y una lengua bífida. Llamarle perro o lobo no parecía del todo correcto y, sin embargo, no estaba claro de qué otra forma se le podría llamar.

Era el Sabueso Fantasma de Gown, Tribe, una criatura de otro mundo bajo el mando del duende.

Gilles soltó un silbido impresionado, inclinándose hacia delante con una mano sobre su sombrero de tulipán para mantenerlo en la cabeza. La criatura emitió un inquietante rebuzno, que se convirtió en un profundo gruñido mientras miraba a los bandidos. Cada paso que daba hacía brotar llamas blancas y azules del suelo, como si caminara por la superficie de un lago ardiente. Saltó hacia los bandidos, dejando un rastro de llamas pálidas.

“¿Qué demonios es eso?!” gritaron los bandidos.



“¿Es algún tipo de hechizo?”

“¡No! ¡Es un perro fantasma! ¡Pertenece al duende errante, Gown!”

“¿¿Qué hace *aquí*?! ¡No le hemos hecho nada a Gown!”

Los bandidos parecieron reconocer a la criatura. Sabiendo que se enfrentaban a uno de los monstruos místicos de *La Era Espiritual*, los bandidos cayeron en pánico. Ya ni siquiera se molestaban en mirar a los aldeanos. Atacaron temerariamente, desesperados por deshacerse del sabueso. Las espadas se balanceaban, fallando por completo mientras la criatura corría por el aire suspendida por alguna superficie invisible, con llamas parpadeando a sus pies. Parecía un meteorito que se acercaba al cielo nocturno.

Las flechas y las piedras volaron a través de su cuerpo fantasma, pero cuando la criatura se abalanzó sobre los bandidos, éstos cayeron de inmediato como si hubieran perdido el conocimiento de repente.

“¡No hay manera de que podamos ganar contra algo así!”

“¿Cómo vamos a vencerlo?”

“¡Retírense! ¡Retírense!”

Antes de que los bandidos pudieran romper filas, una voz habló a través de la oscuridad. “Impresionante”.

Venía del exterior de la puerta. La voz era tranquila, pero tenía peso. Arcus miró a quien había hablado. Momentos después, una figura solitaria se dibujó lentamente en la oscuridad, como la tinta vertida en un tintero. Era un hombre delgado vestido de negro que llevaba lo que más se parecía a un gorro de lana. Llevaba el pelo atado por detrás y una única cicatriz recorría una de sus huesudas mejillas. Sus ojos eran tan agudos como los de un lobo hambriento, y Arcus y sus compañeros lo reconocieron.

“¡Oye!”

“Tienes que estar bromeando...”

“Mi...”

El hombre se adelantó entre las oleadas de bandidos que se retiraban. No era otro que Eido, el hombre que había atendido al aldeano en el camino. “Nunca pensé que me encontraría con ustedes tres de nuevo. ¿No es divertido el destino a veces?”

“¿¿Eido?! ¿Eres un bandido?” Arcus se quedó boquiabierto.

“Desgraciadamente lo soy. Pero debes saber que no tengo intención de dañar a estos aldeanos”.

“¿Piensas que vamos a creer eso después de todo lo que acabas de hacer?”

“No, pero es la verdad”.

“Dirás algo así como *que no tienes* intención de hacerles daño, pero tus hombres sí, o que no harás nada, siempre que te entreguen a sus mujeres y su dinero sin rechistar, ¿verdad?”

“No. No haré nada, siempre que te comportes durante un rato”.

“¿Eh?” Arcus frunció el ceño. Aceptó que era uno de los bandidos, ¿pero ahora afirmaba que no iba a hacer nada? Eso no podía ser cierto.

Uno de los bandidos que aún estaba consciente llamó a Eido. “¡Nos has mentido! Dijiste que aquí sólo había aldeanos”.

“Yo tampoco me lo esperaba. La vida está llena de sorpresas, ya sabes. Ustedes sólo tuvieron mala suerte”.

El bandido escupió. “¡No creas que vamos a esperar y seguir tus órdenes ahora!”

“Bien. Ve. Sigue el resto del plan”.

Los bandidos se retiraron por completo y Eido se volvió hacia Arcus. “¿Y bien? ¿Me harás el favor de esperar tranquilamente un rato?”

“¿Qué te parece?”

“Así que esa es tu respuesta. Qué desafortunado”.

“Sí, lo es. Ya sabes, te tenía por un buen tipo, ya que estabas ayudando a un extraño en la carretera”.

“No hay que juzgar a toda una persona por una faceta de su personalidad. Todo el mundo tiene un lado oculto”.

“Sí, *ahora* lo sé”.

Cazzy se acercó a Arcus con la guadaña colgada del hombro. Sonrió de forma ladeada. “¿Vas a pelear con nosotros, Eido, viejo amigo?”

“Parece que ya nos hemos quedado sin opciones”, dijo Noah, desenvainando su estoque.

“Sabes que te superan totalmente en número, ¿verdad?” Señaló Arcus.

“¿Lo estoy, ahora?”

Las formas comenzaron a formarse una tras otra en las sombras detrás de Eido. No eran sólo una o dos. Había al menos diez, quizás más cerca de veinte.

“Esos no son el resto de los bandidos, ¿verdad?” dijo Arcus lentamente.

“¿A qué demonios están jugando? ¡Estos tipos parecen cien veces más serios que los anteriores!”

Aunque no estaba claro en la oscuridad, Arcus tuvo la fuerte impresión de que las figuras eran una manada de lobos hambrientos, y que Eido era su líder.

“Escuchen, ustedes dos”, dijo, dirigiéndose a Noah y Cazzy. “Vamos a derrotar a Eido primero. Eso debería hacer que sus subordinados se retiren”.

Noah se adelantó y Cazzy comenzó a recitar la Hoz Cortadora de Hierba de Algol una vez más. La compostura de Eido no se rompió. Ni siquiera se movió para preparar un arma.

“No puedes ganar contra mí”, dijo.

“¡No lo sabremos hasta que lo intentemos!” gritó Arcus. “¡Noah!”

Noah se precipitó hacia delante con su estoque preparado. No estaba claro qué haría Eido sin un arma, pero Arcus confiaba en que Noah era lo suficientemente hábil como para responder a cualquier tipo de ataque.

Eido abrió la boca, su voz tranquila. “No lo sabrás hasta que lo pruebes, ¿dices? Tal vez pueda mostrarte algo para que cambies de opinión”.

En la fracción de segundo en que Noah estaba al alcance de Eido, el hombre misterioso soltó una ola de éter. Salió de él y golpeó a Noah, haciéndole saltar del suelo. En el momento en que aterrizó, Noah dio un ligero salto hacia atrás para recuperar el equilibrio, levantando de nuevo su estoque para disuadir cualquier otro ataque.

El cuerpo de Eido seguía rebosante de éter, cuya presión creaba una poderosa barrera a su alrededor. La oscuridad que le rodeaba parecía extenderse aún más bajo el efecto de su poder. Era lo suficientemente abrumadora como para rivalizar con la presión que Craib podía emanar.

En este mundo, la gente poderosa tiende a exudar un aire de majestuosidad como una fuerza física para intimidar a su oponente. Estaba claro lo fuerte que era Eido por el aire que le rodeaba.

“¡Sólo porque tengas mucho éter no significa que tengas la habilidad para respaldarlo!” gritó Arcus.

“Estoy muy de acuerdo, pero como mago que eres, no puedes negar que eso le da a uno cierta ventaja”, respondió Eido.

“¡Cállate! No puedes saber lo mucho que he trabajado para nivelar el campo de juego!”

Mientras Arcus discutía, Noah hizo su siguiente movimiento. Aprovechó su juego de piernas para presionar al enemigo, y sólo cuando Eido se volvió hacia él, Arcus aprovechó su oportunidad.

“Black Bullet”. Mantén el caballo pálido galopando por los cielos en un abrir y cerrar de ojos de la Muerte. “

Mientras recitaba su hechizo, Arcus transformó su mano derecha en una pistola, preparándose para disparar su munición negra. Eido pareció darse cuenta de lo que estaba planeando al instante. En el momento en que Arcus disparó, saltó hacia un lado. La bala se

disparó sólo una fracción de segundo demasiado tarde, golpeando la pared de la aldea detrás de él.

“¿Lo esquivó?!” Arcus jadeó.

“¿Un hechizo ofensivo invisible? Impresionante, sobre todo teniendo en cuenta lo corto que es el conjuro”.

“Sí, invisible, pero aun así lo esquivaste...”

“Recuerda esto. La experiencia puede enseñarte instintos que mantendrán la muerte lejos de tu puerta”.

¿Significa eso que fue la experiencia y la intuición lo que le permitió esquivar el ataque de Arcus?

“¿Eso no puede ser suficiente para esquivar!”

“Estoy de acuerdo. ¿Pero no aprendiste de las *Crónicas Antiguas* que señalar te pone en desventaja?”

“Darné hua Neut... el monstruo tuerto que convertía en hierro negro todo lo que miraba”.

“Así es. *La Fábula De Los Santos Y Sabios Punteros*”.

Noah aprovechó que Eido se detuvo para explicarse, acercándose de nuevo a él. Eido esquivó sin esfuerzo el hábil y preciso golpe de su estoque. Noah continuó el asalto, cada estocada no era más que un destello de luz, ya que igualaba fácilmente la velocidad de cualquier ametralladora. Eido esquivó cada una de ellas como si pudiera ver su trayectoria con claridad.

“Eres bastante hábil”, admitió Noah.

“El arte de la esgrima con estoque es común en Lainur. Por supuesto, he aprendido a contrarrestarlo con la expectativa de que pueda luchar contra los de tu calaña, aunque no haya aprendido a usarlo para mí”.

“¿La esgrima no es todo lo que tenemos! ¡Noah!” gritó Cazzy. Noah saltó hacia él, como si se tratara de una señal que ambos habían preparado de antemano. Cazzy golpeó con su guadaña, barriéndola por el suelo y sobre los pies de Eido, pero los atravesó. “¿Qué? ¿Algún tipo de magia?”

“No se puede atribuir a la magia cualquier suceso inexplicable”, dijo Eido.

“Algún tipo de baile raro entonces, ¿no?”

Eido levantó el brazo. La oscuridad del exterior de la puerta comenzó a ondularse, dando lugar a un círculo mágico que brillaba con luz. Al igual que antes, una gran roca salió disparada por encima de la puerta antes de caer al suelo. Debía de tener un metro de diámetro y era tan pesada como cabía esperar; los aldeanos cercanos cayeron sobre sus espaldas

conmocionados cuando se estrelló contra el suelo. Si seguían cayendo más, todo el mundo corría un peligro mucho más grave de lo previsto.

“Peligro en la carretera más adelante. Cruce de animales; obras en la carretera más adelante. Cuidado con la caída de rocas y los vientos cruzados. La carretera está resbaladiza cuando está mojada. Manténgase alerta. Más vale prevenir que curar.”

“¿Hm?”

“¡Señal De Advertencia!”

El Artglyphs Amarillo cobró vida y giró en un vórtice que adoptó la forma de un círculo mágico mientras se pegaba a la pierna derecha de Arcus. Una vez que el círculo se abrió paso hasta la planta de su pie, lo estampó en el suelo. La tierra tembló ligeramente y, al segundo siguiente, surgieron señales de tráfico familiares a su alrededor. Las rocas que se precipitaban sobre el muro eran aspiradas hacia la señal de tráfico que advertía de su presencia.

“¡Tribe! ¡Ayuda a los aldeanos ahora!”

Tribe dejó escapar un breve ladrido. Comenzó a agarrar a los aldeanos que estaban demasiado cerca de la escena por el cuello, alejándolos de un solo salto. En ocasiones, una persona daba dos saltos cuando le agarraba la manga. No parecía suponer una amenaza para ningún humano que no tratara de herirlo, pero aun así soltaban gritos de sorpresa cuando tiraba de ellos hacia atrás.

Noah y Cazzy retrocedieron cautelosamente para abrir algo de distancia entre ellos y Eido, cuando éste comenzó a conjurar.

“La urraca canta una melodía sencilla. Esa canción fluye desde los cielos y llega a los oídos de todos los que se interponen en su camino. Una ronda interminable. Los aleros empapados de lluvia. La desesperación de los cielos. La lluvia que cae sabe a hierro.”

“Flechas En Cascada.”

“Ya sea flecha o una pistola, la lluvia es lluvia: desagradable, húmeda. Poner fin a la lluvia. Trae cielos despejados sin pensar en el mañana. Que la oración del encanto de la lluvia se calle.”

“Muñeca resistente a la lluvia.”

Innumerables flechas cayeron en picado desde el cielo negro. Segundos después, el hechizo de Arcus surtió efecto. Un enorme muñeco blanco con forma de medusa apareció en el aire y apartó las flechas. Eido no dudó antes de lanzar su siguiente hechizo.

“Baja el colorín sobre la tinta derramada. Nubes oscuras galopantes. Arrojen pesadas capuchas sobre los ojos. Los rodeados no pueden moverse con discreción.”

“Pabellón Negro”.

“Trae el eco cegador del sol, ya sea de noche o de día. Llena el cielo y cubre la tierra. ¡Trae el sol a sus ojos!”

“Flash Cegador”.

El oponente estaba tratando de impedir la visión de Arcus, así que era justo que él le devolviera el favor. Si Eido oscurecía el entorno, Arcus sólo tenía que aportar luz. Los hechizos se anularon mutuamente, perdiendo ambos su eficacia. Arcus aprovechó su oportunidad para dar el siguiente golpe primero.

“Un hombre codicioso anhela poseer todo lo que pueda sin discreción. Tiene hambre hasta de las motas de polvo del suelo. Toma este desprejuiciado brazo derecho y recibe todo lo que contiene.”

“Armas desechadas”.

“La escoria y la basura no deben ser arrojadas donde se complace. Llévalo al vertedero, donde debe estar. Cuanto más grande sea la papelera, más cabrá en ella.”

“Polvo De Esquina”.

Las armas y flechas abandonadas de los bandidos se reunieron alrededor del brazo derecho de Arcus. En cuanto llegó al punto en que no podía soportar nada más, tiró de su brazo hacia adelante, junto con su cuerpo.

“¡A-Ah! ¡Rápido, vuela!”

Arcus lanzó la basura apresuradamente. Le hubiera gustado guardar parte de ella, pero no era un lujo que se permitiera. La basura en forma de brazo fue absorbida por el círculo mágico formado por el hechizo de gestión de residuos de Eido. Probablemente no se trataba de un hechizo defensivo, sino de uno de apoyo para el uso diario cuya potencia Eido había ajustado.

“Un abanico de diez en la mano. Desde la arena hasta la nieve, sopla todo.”

“El Abanico Gigante De Curcelrus.”

Arcus agitó su mano, que tenía un círculo mágico verde, como si convocara un viento. Al segundo siguiente, una poderosa ráfaga de viento recorrió la zona. Estalló hacia Eido, obstaculizando sus movimientos con una fuerza tan poderosa que luchó por mantenerse en pie. Aunque no le causaría ninguna herida grave, era suficiente para que recitar fuera una lucha.

“Hmph...”

Como esperaba Arcus, Eido no estaba lanzando nada. En cambio, se protegía la cara del viento con ambos brazos. Encontrando su oportunidad ahora que el enemigo estaba indefenso, Cazy aprovechó el viento de cola para acercarse, portando su guadaña.

“¡Lo tengo!”

“Guantelete incoloro, ¡retira la espada! Hierro sin forma. Ornamento ostentoso. ¡Protégeme con una fuerza invisible! “

“¡Guante izquierdo de la transparencia! “

El hechizo defensivo de Eido le quitó la guadaña a Cazzy.

“¡Gah! ¡Maldición! ¡El barril de lluvia de Algol! ¡Un barril es más que suficiente para siete días! ¡Vengan, vuelquen por todos lados! ¡Recoger y transportar el agua no es una carga! “

“¡Regadera De Algol!”

La zona se inundó cuando Cazzy se dio la vuelta y escapó en el breve momento de distracción que había comprado. Aunque dar la espalda al enemigo nunca era una buena idea, Cazzy casi pudo salir a salvo sin sufrir un nuevo asalto.

Sin embargo, una vez que Eido recuperó sus sentidos, fue tras Cazzy, lanzando una espada oculta para golpear al sirviente en retirada.

“Trabajo, trabajo. Un solo par de manos es insuficiente. Préstame una mano más. No me importa la fuente. Dámela. “

“Mano Prestada”. “

Una mano apareció en el aire y agarró la guadaña de Cazzy, arrastrándola torpemente hacia él. Este hechizo era una versión mejorada de la Psicoquinesis. Con la guadaña en la mano, Cazzy consiguió desviar el ataque de Eido.

“¡Gracias! Te debo una”.

“¡No hay problema!” dijo Arcus.

“¡Cazzy! Por favor, quédate atrás”. gritó Noah, comenzando un encantamiento propio.

“Un asesino frío como una piedra corre hacia su objetivo. La niebla de la mañana se acerca. El rocío de la tarde cae. Tiembla ante la columna que atraviesa los ojos. Que los carámbanos corran por el suelo y se hagan añicos. “

“¡Sprint congelado! “



Los Artglyphs azules cubrieron el suelo de escarcha, y de ellos brotaron carámbanos. Revolotearon por el agua dejada por el hechizo de Cazzy, levantando un rocío, y alcanzaron a Eido rápidamente, dirigiéndose hacia él. Sus puntas se rompieron mientras seguían corriendo por el suelo.

“Brisa de primavera. Un viento suave para derretir la nieve y el hielo. “

“Aliento de descongelación primaveral”.

La suave brisa trabajó contra los carámbanos. Todos ellos, los que ya se habían formado y los que estaban a medio camino, comenzaron a derretirse. No fue suficiente para anular el hechizo de Noah por completo, pero lo detuvo lo suficiente como para que Eido lograra escapar.

Aunque Eido se estaba enfrentando a los tres, no había ningún rastro de petulancia en su rostro. Estaba tan tranquilo y sereno como siempre. Los hechizos combinados de los cuatro magos habían arrasado el área frente a la puerta. Los aldeanos que se encontraban detrás de ellos estaban congelados por la conmoción.

“¡Son tres contra uno! Se supone que esto es fácil”. se quejó Arcus.

“Tiene una habilidad considerable”, admitió Noah.

“Y sus hechizos originales no son nada del otro mundo. Es un buen luchador, y apuesto a que le daría a algunos de los profesores del Instituto una carrera por su dinero”.

Había impresionado a los tres, a lo que Eido respondió (con el rostro aún compuesto): “Si no fuera por la ayuda que tuve, bien podría estar luchando en este momento”.

“Ni siquiera parece que estés cansado”, dijo Arcus.

“No conviene mostrar abiertamente las emociones en medio de la batalla. Eso es doblemente cierto para el mago, que debe mantener la calma en todo momento”.

“Estás demasiado acostumbrado al combate mágico para tu propio bien...”

Una voz chillona sonó de repente detrás de ellos. Arcus miró a un lado y encontró a Gilles aplaudiendo como si acabara de ver una obra de teatro especialmente divertida.

“¡Hablando de entretenimiento! Podría verlos durante horas”.

“¡Gilles! ¡Mierda! ¡Deja de molestar y ve a ayudar a los aldeanos! No es muy difícil para ti, ¿verdad?” Dijo Arcus.

“Aye aye, señor. ¡Vamos, amigos! ¡Por aquí!”

Sin que su tarea le entusiasmara, Gilles se puso a trabajar arrastrando a los aldeanos que tenían problemas para levantarse. Mantenía su estrecha mirada fija en el campo de batalla, reacio a perderse un solo segundo de la lucha.

Más flechas llegaron volando desde la oscuridad a través de la puerta, que Noah se movió para hacer un trabajo rápido. “Maestro Arcus. Los hombres detrás de él no son simples bandidos. Están muy bien entrenados”.

“Me preocupaba que dijeras eso. Eido es demasiado bueno también. ¿Quiénes son estos tipos?”

A este ritmo, estarían en un punto muerto durante horas. Era el momento de aumentar la potencia.

“Infinitesimal. Unir. Enfocar. Estallar suavemente.”

Era su hechizo Estrella Enana. Los Artglyphs salieron volando al azar y se reunieron en un círculo mágico que se adhirió a Eido. Arcus empezó a cerrar la mano, listo para apretar el gatillo.

“¿Hmph? Tch! El sueño de un embaucador. Ilusiones en la oscuridad. Burbujas flotantes. Sombras crepusculares. Mudar la piel vacía y dejarla caer.”

“Caparazón de escape”.

Una explosión de llamas floreció, seguida de una poderosa onda expansiva. Eido apareció a una pequeña distancia de la explosión, aunque no parecía hacer ningún movimiento para escapar.

“Ese tipo es demasiado rápido...” Cazzy murmuró con asombro.

Arcus vio movimiento con el rabillo del ojo. Eran fragmentos de la capa de Eido, que ardían en el aire. “¿Cambió el objetivo del hechizo a su capa! ¿Hay algo que *no pueda* contrarrestar?”

La técnica era muy parecida a la de un insecto que muda su piel y la deja atrás; algo que Arcus sólo conocía de las películas de ninjas.

Entonces, Eido comenzó a abrir la distancia entre él y Arcus. “Quizás me equivoqué contigo, Arcus. Tú y tus sirvientes sois realmente impresionantes”.

“Gracias. Estoy tan contento que podría llorar”, respondió Arcus.

“No puedo evitar acordarme de ese hombre cuando veo tu pelo plateado”, suspiró Eido.

“¿Qué hombre?”

“Craib Raytheft. Bueno, Craib Abend, como se le conoce ahora”.

“¿Conoces a mi tío?”

“Yo no iría tan lejos, aunque he hablado con él en varias ocasiones. Lo conozco más como la mano derecha de otro”.

“¿Quién?”

No se me ocurrió nadie inmediatamente. Después de convertirse en Mago Estatal y unirse al ejército del reino, el rey le había dado a Craib su propia fuerza militar. Si bien los Magos Estatales eran dirigidos por el líder del Gremio de Magos, Godwald Sylvester, no parecía ser de quien hablaba Eido. Tampoco Eido parecía dispuesto a responder a la pregunta de Arcus. En su lugar, se giró hacia Gilles.

“Gilles el Errático”.

“¿Eh? No creo que nos hayamos encontrado, eh... ¿De dónde me conoces?”

“¿También tienes intención de luchar?”

“No. No me gusta mucho la violencia, como puedes ver claramente”.

“¿De verdad, ahora?” La voz de Eido goteaba de sarcasmo.

De repente, un silbido atravesó el cielo nocturno.

“Parece que la hora está cerca de llegar”.

“¿Qué hora?” Arcus frunció el ceño.

“Adiós”. Eido giró sobre sus talones.

“¿Eh? ¡Eh, espera!”

¿Estaba huyendo? Si era así, ese silbido tenía que ser una señal de algún tipo, pero Arcus no estaba dispuesto a dejar escapar a un bandido tan hábil. Tribe apareció de repente a su lado.

“¿Eh? ¿Qué pasa, Tribe? E-Esp—” No bien salió la pregunta de su boca, Tribe lo tiró al suelo. “¡Oye! ¿Qué estás haciendo?”

Cuatro de sus patas sujetaron cada una de sus extremidades. Comenzó a olfatear rápidamente, antes de que su boca encontrara la pequeña palanca en el lado de la linterna de Arcus. Tomándola entre sus dientes, abrió hábilmente la pequeña ventana de la linterna, luego se fundió en una llama blanca y azulada y regresó a la linterna.

“¡Oye, vuelve! ¡Hey! ¡Todavía necesito tu ayuda!”

El farol ni siquiera se movió en respuesta, y para entonces, Eido y su tropa ya habían aprovechado la confusión para desaparecer. El aire, antes cargado de peligro por los lobos hambrientos de fuera de la puerta, volvía a estar quieto.

Noah fruncía el ceño en la oscuridad al otro lado de la puerta. “¿Qué vamos a hacer ahora, Maestro Arcus?”

“No sé. ¿Qué piensas? ¿Deberíamos ir tras ellos?”

“Yo no lo recomendaría. No hay garantía de que el ataque de los bandidos haya terminado, y su retirada bien podría ser una trampa. Creo que el mejor curso de acción sería revisar la zona alrededor de la aldea con cuidado mientras se asegura de que se deja con una protección adecuada en el interior.”

Arcus asintió y comenzó a dar la orden de detener a los bandidos caídos. Su mente era un torbellino de preguntas sin respuesta.

Seguramente su pelea no terminaría así, ¿verdad?

El asalto a la puerta sur no dejó prácticamente ninguna víctima. Tras la retirada de los bandidos, los que cayeron ante la Burbuja Desconcertante de Arcus y el ataque de Tribe fueron reunidos y detenidos. Los aldeanos colocaron otra barricada y estacas dentro de la puerta por si acaso. La puerta del norte también había sido destruida, pero el destacamento de bandidos de ese lado había huido con los demás. Aún por ver si había víctimas del lado norte, pero por el momento Arcus había dejado a Cazzy en la aldea mientras él, Noah y un puñado de aldeanos (e invitados) salían a patrullar la zona en busca de rezagados escondidos dentro de los muros de la aldea. Era lógico sospechar que la retirada podría ser una estratagema para lanzar un segundo ataque.

“Hmm...”

“Maestro Arcus, si se siente mal, ¿puedo sugerirle que regrese a la aldea?”

“Sabes que no puedo”, respondió Arcus, llevándose una mano a la boca. La mayor parte de su atención se dedicó a evitar que su estómago se vaciara al examinar el terreno. Habría sido peor si Noah no hubiera estado frotando una mano reconfortante por su espalda, pero eso no fue suficiente para calmar el asco en su pecho.

“Huh, así que ni siquiera tú puedes soportar ver un par de tipos muertos.”

“¿Puede alguien?” Arcus refunfuñó a su acompañante.

En el fragor de la lucha, Arcus había estado demasiado concentrado en el lanzamiento como para registrar realmente las crecientes bajas; ahora observaba la escena con ojos sobrios. Había percibido el olor de las entrañas de los hombres convertidas en exteriores -la mezcla de los elementos separados de un ser vivo en un residuo sin vida- y las náuseas le asaltaron. Había visto morir a hombres en la batalla de la finca del marqués Gastón, pero allí el final siempre había sido rápido y limpio: atravesados por la punta de la espada de Noah, congelados de golpe, con el cuello roto por la magia de Cazzy, o consumidos de golpe en la explosión de Arcus. Hasta ese momento, Arcus se había permitido una agradable distancia con la realidad de que un cuerpo humano es una bolsa de basura que espera ser abierta y volcada.

El hedor húmedo de la sangre y los despojos le recordó a Arcus las representaciones del infierno del mundo de ese hombre. Incluso algunos de los aldeanos quedaron vomitando tras la retirada de los bandidos. Y sin embargo, Gilles, que había presenciado todo el espectáculo, parecía totalmente despreocupado.

“¿Por qué has venido con nosotros, Gilles?” preguntó Arcus.

“Pensé que sería más seguro que quedarme en el pueblo, ya que hay un par de poderosos magos aquí para protegerme”.

“Estoy obligado a priorizar la seguridad del Maestro Arcus”.

“Cazzy está en el pueblo, así que allí también es seguro”.

“Sí, pero él es un tipo y ustedes son dos tipos”. Gilles se rió.

Arcus no se fiaba de la respuesta de Gilles; si realmente estaba tan asustado como decía, no debería haber estado aquí. Dejando de lado a los bandidos, seguía sin tener una buena idea del comerciante.

“Pero oye, tu magia era realmente especial, ¿sabes? Derribando a los compañeros con ruido, o enviándolos a volar en llamas. Hay que tener una mente muy creativa para inventar cosas así”.

“Se puede hacer cualquier cosa con la magia”, dijo Arcus. “Sólo tienes que tener las palabras adecuadas y suficiente éter”.

“¿Creo que prefiero tenerte como amigo que como enemigo!”

“Claro”, murmuró Arcus. “Sin embargo, sueñas muy impresionado para ser alguien que reconoció mi magia como 'furtiva’”.

“¿Eh? ¿Qué quieres decir?”

“Ya sabes a qué me refiero. ¿Recuerdas cuando hice magia con todas esas burbujas?” Arcus entrecerró los ojos hacia Gilles y frunció los labios.

Gilles le sacó la lengua jugueteonamente. “Me has pillado, ¿eh? Puede que no lo parezca, pero creo que sé un poco de magia”.

“Me lo imaginaba”.

Cuando Gilles comentó el hechizo de Arcus, le pareció que sabía exactamente lo que iba a ocurrir. Sólo había necesitado mirar las burbujas para saber que escondían un efecto más siniestro, mientras que para una persona normal habrían parecido burbujas normales -aunque de gran tamaño-. Arcus pensó que debía haber deducido el efecto del hechizo a partir del encantamiento. Se llamaba a sí mismo comerciante, pero el hecho era que tenía un conocimiento más profundo de la magia de lo que dejaba entrever, aunque ciertamente sería un conocimiento útil en sus viajes de país en país. Los secretos de Gilles podrían ser más profundos de lo que Arcus creía.

“La verdad es que me impresiona más esa cosa de ahí”. Gilles miraba la linterna de Arcus. “Eso es... ¿qué era? Lo he visto antes. La cosa de Gown”.

“Sí, la linterna de Gown”.

“¿Creí reconocerlo cuando lo vi por primera vez! No puedo creer que sea real”.

“Gown me obligó a ayudarlo, y luego me empujó esta cosa como agradecimiento”.

“Sí, sí. Sí que sé elegir a mis mejores amigos! ¡Hasta los elfos confían en ti! Estoy muy orgulloso aquí”.

“¿Quién es ese mejor amigo? Me gustaría conocerlo”.

“¿Bromeas, Arcus? Eres tú”.

“En ese caso es algo unilateral”. Arcus volvió a mirar el farol. “Todavía estoy un poco sorprendido de que Tribe se haya puesto en mi contra de esa manera. Simplemente volvió a su linterna sin escucharme”.

“Tal vez no te acepte todavía”.

“Sí, eso es lo que estaba pensando”.

A Arcus no se le ocurrió una razón mejor. Hizo el mínimo de lo que se le pidió y luego decidió que había terminado. Esa fue la sensación que recibió Arcus.

“Probablemente sea lo mejor, ¿no? Creo que no deberías perseguir a un tipo peligroso como ese demasiado lejos”.

“Sí, estoy de acuerdo”.

“Quiero decir, él estaba tratando de pelear contigo en la oscuridad. ¡Si sales corriendo te tendrá como un bocadillo de medianoche antes de que sepas lo que te golpeó!”

“Hay algunos -espías, por ejemplo- que confían más en la manipulación de la oscuridad y el ruido que en el poder de su magia”, dijo Noah, que caminaba por delante. “Por ejemplo, podría contar con el hecho de que tus ojos no están acostumbrados a la oscuridad y utilizarla para rodearte antes de que seas consciente de ello”.

“Sí, eso es. Tal vez eso es lo que Tribe estaba pensando también”.

Arcus tuvo que admitir que Gilles podría tener razón. Tribe podría haberse dado cuenta de que estaba considerando ir a por Eido y se movió para detenerlo.

“¿Conociste a ese tipo entonces?” preguntó Gilles al aldeano.

“Yo no diría eso. Lo conocimos en nuestros viajes, hablamos un poco con él y luego viajó con nosotros durante un tiempo antes de separarse. Nunca imaginé que sería un bandido”, dijo Arcus.

“Sí. No parecía ni se comportaba como tal”, añadió el aldeano.

“Ayudó a un hombre caído. No pensé que alguien así terminara siendo una mala persona”. Arcus lanzó una mirada al joven aldeano, que asintió con la cabeza.

Mientras el aldeano se encontraba mal, Eido no se había separado de su lado, vigilándolo de cerca. A Arcus aún le costaba entender la verdadera identidad del mago, y estaba convencido de que había algo más.

“Siempre son los buenos los que pescan, ¿sabes?”, dijo Gilles, como si supiera lo que pasaba por la mente de Arcus.

“También se pueden conseguir malos de la pesca”, contraatacó Arcus.

“¿Sí? Si puedes mostrarme algo, te lo agradecería mucho”.

“Lo haría, si tuviera un espejo encima”.

Aunque Noah y Arcus estrecharon sus ojos hacia él, su compañero de pesca no mostró ninguna preocupación.

“Eido dijo que conocía a mi tío, ¿verdad? ¿Lo has visto antes, Noah?”

“Me temo que no. Es probable que sea un conocido -o quizás un enemigo- de Craib desde antes de que yo entrara a su servicio”.

“Huh...”

Era frustrante lo poco que sabían de Eido. Lo único que podían hacer era seguir buscando en la zona a la que huyeron los bandidos sin alejarse demasiado de la aldea, pero no había nada que encontrar. Pronto quedó claro que no había nadie escondido aquí, así que decidieron regresar a la aldea.

Arcus seguía sin poder evitar preguntarse cuál era el propósito del ataque. No podía entenderlo, por más que analizara la situación. Le hubiera gustado atribuir su retirada a la constatación de que no podían ganar, pero ni siquiera habían robado o ganado nada con el ataque. Sólo habían causado daños. Suponiendo que el asalto del sur fuera una distracción para abrir la puerta del norte, su ataque sólo debería haber sido más intenso. Y sin embargo, se retiraron tan pronto después de atravesar el lado norte, como si su único objetivo fuera abrir ambas puertas. Tal vez sólo querían fatigar las defensas de las aldeas de ambos lados. Estas y otras posibilidades se le ocurrieron, pero pronto se disiparon cuando Arcus se dio cuenta de que ninguna tenía sentido.

El cielo nocturno sobre la aldea se tiñó de rojo; los aldeanos habían encendido más hogueras. No tenían muchas Sol Glasses, así que el fuego era su principal fuente de luz. El alcalde se acercó en cuanto el grupo atravesó la puerta.

“¡Bienvenido de nuevo!”, gritó.

“No encontramos ninguna señal de bandidos acampano en la zona. ¿Cómo están las cosas aquí?” preguntó Arcus.

“Hemos echado un vistazo, pero no hay daños importantes. No podemos agradecer lo suficiente su ayuda”. El alcalde hizo una profunda reverencia, y los aldeanos reunidos detrás de él siguieron su ejemplo.

“No hay que ser tan formal, en realidad”, dijo Arcus.

“¡Pero Lord Arcus! ¡Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que un elfo te había concedido poderes! ¡Seguramente fue el elfo, o de hecho los Fantasma Gemelos, quienes te guiaron hasta aquí! Muchas gracias”.

Arcus se rió nerviosamente mientras los demás aldeanos, incluido el hombre al que ayudaron, le daban las gracias. Todos los ojos lo miraban como si fuera una especie de héroe divino. Como si fuera una deidad a la que hay que adorar. ¿Era realmente tan sorprendente ver a Tribe ayudándole?

Los cuentos decían que Tribe era un perro que pertenecía al Gown de los Espíritus de las Tumbas; luchaba con él contra los espíritus malignos que buscaban vengarse de la humanidad, y ayudaba a capturar a cualquiera que se atreviera a perturbar los lugares de descanso de los muertos. Las aldeas solían albergar a seguidores especialmente devotos de los fantasmas y los elfos, por lo que para ellos Arcus debía parecer un mensajero divino. Mientras hubiera aldeanos sin nada mejor que hacer, la gratitud no iba a dejar de llegar. Quizás, pensó Arcus, esto era lo que se sentía al ser el fundador de una nueva religión.

“¿Veremos pronto la formación del Arcusismo?” dijo Noah.

“No. No estoy aquí para iniciar un culto extraño. Además, eso sólo haría que los fantasmas y los elfos se enfadaran conmigo”.

“Viendo que has ayudado a uno de ellos, estoy seguro de que no será un problema”.

“También lo haría. Si eres lo suficientemente libre como para gastar bromas, ve a ver qué pasa o algo así”.

Por lo que Arcus pudo ver, las únicas víctimas del ataque fueron las puertas, aunque probablemente el terreno alrededor de la puerta sur también podría contarse, dado el desorden en que lo había sumido el intercambio de hechizos. Los aldeanos se afanaban en sacar las estacas y las cuerdas que habían colocado; pronto terminarían. Fue entonces cuando Arcus recordó.

“¿Dónde están Pilocolo y sus hombres?”, preguntó al alcalde.

“Partieron inmediatamente”.

“¿Qué? ¿De verdad?”

“Sí, aunque intentamos detenerlos”. El alcalde bajó la cabeza con pesar.

Se han ido, ¿eh? ¿Pero por qué se van ahora?

Arcus frunció el ceño. No tenía ningún sentido. Gilles parecía albergar las mismas dudas.

“¡¿Qué?! ¡Pero si la noche acaba de empezar! No importa lo ansiosos que estén por irse, ¡tienen que estar locos para irse a estas horas!”

“Lo sé. Le dije varias veces que sería peligroso salir a estas horas, pero insistió en que debía ir a informar a la capital lo antes posible.”

“¿Necesitaba “informar” de esto?”, dijo Arcus. “¿Por qué?”

“Dijo que su carga fue robada cuando la puerta norte fue atacada”.

“¿Robado?”

El alcalde asintió.

Así que los bandidos iban tras la carga de Pilocolo... pensó Arcus.

El ceño de Noah se arrugó. “Qué peculiaridad. ¿No tenía ese caballero varios guardias protegiéndole?”

“Al parecer, los bandidos aprovecharon la confusión al derribar el portón para robar todo su carro”.

“¿En serio?” murmuró Arcus en voz baja.

Cuando esperaban que se les concediera el acceso a la aldea, Pilocolo llevaba tantos guardias con él que formaban un convoy entero. Aunque Arcus no los había contado, apostaba que había entre diez y veinte guardias. ¿Qué tan astutos debían ser los bandidos para burlar a todos esos hombres y robar el cargamento? Ni siquiera había pasado tanto tiempo entre la ruptura de la puerta norte y la retirada de los bandidos. Era desconcertante, como mínimo.

“¡Sr. Alcalde!”

Arcus se giró para ver a un aldeano que se acercaba a ellos a toda prisa.

“¿Qué pasa?”

“Hemos conseguido contactar con la guarnición. Dijeron que estarían aquí tan pronto como pudieran”.

“¡Eso *sí que es* una buena noticia!”, gritó el alcalde con alegría.

Una vez que Arcus y los demás se marcharon a inspeccionar los alrededores, los aldeanos se pusieron a trabajar para informar a los asentamientos vecinos de que había bandidos. Uno de esos asentamientos había logrado hacerse con una guarnición desplegada en la zona precisamente para la supresión de los bandidos.

Esperaron un rato, todavía en guardia, y finalmente una tropa de hombres armados se presentó en la aldea. Sus armas variaban entre espadas, lanzas y arcos y flechas, pero sus armaduras eran uniformes. Su equipo parecía perfectamente hecho a medida para cada uno de ellos, y todo tenía grabados los sellos correspondientes. Su bandera colgaba sobre sus poderosos caballos, prueba de su lealtad al Estado. Incluso tenían un cuerpo de transporte que les seguía.

Su escala hacía volar cualquier tipo de cuerpo de vigilantes. A Arcus no le cabría duda de que se trataba de una fuerza de combate del Estado, si no fuera porque los dirigía un joven pelirrojo con una gran espada a la espalda.

Arcus calculó que este muchacho tenía más o menos su misma edad, aunque parecía un poco más alto. Arcus no sabía qué asunto tenía que hacer sentado en un caballo y dirigiendo una guarnición, pero incluso los miembros más antiguos del grupo parecían tratarlo como un superior. Tal vez fuera el hijo de un noble de alto rango. Mientras observaba al muchacho, Arcus pensó que debía ser una familia bastante estricta si enviaba a su hijo en un momento como éste a acorrallar bandidos.

Más que una armadura, llevaba el tipo de ropa práctica que se ve en la ciudad bajo una capa. Lo único que tenía para protegerse eran un par de botas cuidadosamente elaboradas y un brazalete. Tenía una venda en la nariz que daba la impresión de que era un poco bribón; había una vitalidad en su expresión que chocaba con la oscuridad de la noche. Tal vez “hijo de noble” no era la frase adecuada para describirlo. Parecía más bien un joven lleno de espíritu aventurero. Lo más sorprendente de él era la gran espada que llevaba a la espalda. Parecía imposible que alguien fuera capaz de llevar una espada que era incluso más alta que él, independientemente de los sellos de la hoja y del brazalete del muchacho, que probablemente trabajaban juntos para aligerar la carga.



El alcalde se arrodilló frente al caballo del niño.

Definitivamente es un noble o algo así...

El alcalde comenzó a explicar la situación y, cuando terminó, los soldados salieron uno a uno, ya sea para ayudar a reparar las puertas o para comprobar las defensas de la aldea.

Sólo entonces el chico se giró para mirar a Arcus. Al principio parecía receloso, pero tras una explicación del alcalde, esbozó una sonrisa de satisfacción. El muchacho desmontó su caballo junto con algunos de los hombres que venían detrás y se acercó.

“Has protegido a nuestros ciudadanos, ¿verdad? Muchas gracias”. Su discurso estaba lejos de los refinados modales de un típico niño noble.

“S-Seguro”. Arcus no sabía qué más decir; no había esperado que el chico fuera tan amable.

El chico frunció el ceño.

“¿Qué ocurre?”, preguntó Arcus, frunciendo el ceño al ver al chico que le miraba dubitativo a la cara.

El chico saltó de un lado a otro, observando bien a Arcus desde varios ángulos. Entrecerró los ojos y tarareó como si tratara de concentrarse.

¿Soy una persona para él, o un rompecabezas?

“Eres... una chica, ¿verdad? Sí. Tienes que serlo. Quiero decir, ¡eres tan linda!”

“Mira, Noah, dijo que eras guapo”, dijo Arcus, lanzando una mirada al hombre que estaba detrás de él.

“No sirve de nada apartar los ojos de la realidad, maestro Arcus”, dijo Noah. “Esas palabras estaban claramente dirigidas a ti”.

“¡Sigue el juego, maldita sea! Gaaaaaaaah!” Arcus dio un pisotón y soltó un poderoso rugido. Se estaba acostumbrando a que lo confundieran con una chica, y no le gustaba. Arcus dirigió su siguiente grito no sólo al chico que lo estudiaba con curiosidad, sino a los hombres que estaban detrás de él. “¡Soy un chico! Un *chico!* Varón”.

“¿Eh? ¿En serio? ¿Seguro?”

“¡Sí, estoy seguro! ¿No te das cuenta por mi ropa? Ninguna chica se pondría algo así”.

“Lo siento, realmente pensé que eras una chica. Quiero decir, eres más bajo que yo y todo.”

“¡Por una pulgada! Eso no es nada”. Arcus gritó de nuevo.

El chico soltó una risa alegre. No había nada que sugiriera que se sintiera mínimamente incómodo por su error. Uno de los hombres se adelantó para susurrarle al oído. Ese hombre debía de ser su consejero o algo así.

“Maestro. Maestro...”

“¿Eh? Oh, claro. Sí, lo sé. Como esto es trabajo, voy a tener que hacerte algunas preguntas”.

Sin duda estaban aquí para averiguar quiénes eran exactamente Arcus y sus compañeros.

“Vayamos a mi casa”, sugirió el alcalde, y así fueron a continuar las cosas allí.

“Me temo que sólo tenemos sobras, Lord Deet”.

“¡Está bien! Me encanta este pastel de pescado”. El chico de pelo rojizo sonrió mientras cogía la porción de pastel de pescado que le ofrecía el alcalde. Su ayudante le increpó incrédulo mientras procedía a llenarse la boca de comida.

Más tarde, estaban sentados en el salón del alcalde, cada uno en su silla. Frente a Arcus estaba el chico pelirrojo, sonriendo felizmente ahora que tenía la barriga llena. Arcus se sintió como si estuviera siendo interrogado por la policía, pero sin ninguna amenaza, aunque eso podría deberse a que no había hecho nada malo al proteger la aldea. Más que acusar, el chico parecía emocionado y curioso por saber más sobre el desconocido que tenía delante.

Arcus tendría que describir al chico como... alegre, aunque sea. La forma en que le sonreía con el cuerpo abatido sobre la mesa le recordaba a Arcus a un cachorro. Mientras tanto, sus dos asistentes se colocaron detrás de ellos para la reunión. Una vez que todo estuvo en su lugar, el muchacho de pelo rojizo habló.

“Déjame presentarme de nuevo. Mi nombre es Dietr...”

“¡Maestro!”, le interrumpió bruscamente el consejero del chico.

Los ojos del chico se abrieron ligeramente por la sorpresa, pero luego sacudió la cabeza, como si se diera cuenta de algo. “¿Eh? O-Oh, claro. Me llamo Deet. Sólo Deet. Encantado de conocerte”.

“Encantado de conocerte...” Arcus sólo pudo responder con normalidad a su misterioso saludo. En el momento en que dijo que su nombre era “sólo” Deet, era obvio que algo estaba mal. El nombre era claramente falso, pero no estaba del todo claro si era su propia idea o la de alguien más. En cualquier caso, no estaba aquí como su verdadero yo; más bien, estaba “encubierto”.

Sin embargo, por la forma en que se comportó y por cómo reaccionaron los demás ante él, Arcus tenía una buena idea de quién podía ser; mientras tanto, decidió que sería más prudente mantener la boca cerrada y escuchar en silencio.

“Este es mi asesor y acompañante, Galanger. Los chicos de afuera son todos míos también”.

Su asesor inclinó la cabeza cortésmente. Tenía un físico fino, pero los cabellos de su cabeza parecían estar en pleno éxodo masivo. Aunque parecía ser de cierto estatus, había una crudeza en su forma de hablar. Daba la impresión de que era un veterano de larga data y no un soldado común o, para ser más específicos, un sargento experimentado al que se le había encomendado la tarea de asistir a un oficial recién comisionado. Si incluso él trataba a Deet con respeto, entonces Deet era sin duda el líder de estos hombres.

Está claro que Deet era demasiado joven para hacer algo así, pero en este mundo, incluso los niños tan jóvenes como él podían ser encargados de estos asuntos si su estatus era lo suficientemente alto. La idea solía ser darles experiencia en la dirección de tropas desde una edad temprana para prepararlos para el futuro. El grado de juventud dependía de la casa.

“Mi nombre es Galanger”, repitió el ayudante tras su maestro con otra reverencia. “Por su atuendo y la dignidad con la que se comporta, sólo puedo suponer que proviene de la nobleza”.

La mirada de Galanger era aguda, todo lo contrario a los ojos brillantes de Deet. Era una mirada despiadada que decía que estaba decidido a descubrir el origen de Arcus costara lo que costara. Arcus dudaba que el consejero lo aceptara si decía que *no era* de la nobleza.

Se trataba de Rustinell. Que otro noble viniera de fuera sin una buena razón era seguro que levantaría las cejas e invitaría a la disputa. Había un proceso a seguir si uno quería cruzar la frontera, pero eso no era de conocimiento común, de ahí la sospecha del hombre hacia Arcus.

“Mi nombre es Arcus Raytheft. Estos son mis sirvientes, Noah y Cazzy. Detrás de ellos está Bud, nuestro guía”.

“¿Raytheft?” Deet parecía estar hurgando en su memoria.

“Son un antiguo vizcondado de Lainur. Creo que Arcus es el nombre de su hijo mayor”. Una curiosa luz apareció en los ojos de Galanger, sin duda porque había escuchado los mismos rumores que Gilles.

“¿Qué quiere alguien como tú aquí?” preguntó Deet.

“Algo importante”.

“¿Importante?”

“Sí. Toma: Tengo una carta de permiso de Su Majestad”.

“¿El rey?”

“Así es”. Arcus sacó de su bolsa la carta y el sobre cerrado dirigido a Lady Louise Rustinell. Galanger se puso rígido de repente. Presentar algo con el sello del rey funcionaba especialmente bien con personas de cierto estatus. Su educación les había inculcado lo que significaba ese sello, por lo que no había necesidad de dar más explicaciones. Funcionaba doblemente con el personal militar, especialmente con los altos mandos.

“¿Puedo echar un vistazo?”, preguntó Galanger.

“Sí, pero por favor mantén esta dirigida a Su Señoría sellada. Es una carta privada”.

“Lo entiendo”.

Tanto Arcus como la persona a la que se la pasara estarían en serios problemas si la carta fuera abierta. En lugar de eso, Galanger ojeó la carta de permiso. Al principio leyó con

calma, pero no pasó mucho tiempo hasta que empezó a fruncir el ceño, como si quisiera asimilar hasta la última frase. Cuando llegó a la mitad, dejó escapar un profundo suspiro.

“¿Qué piensas, Galanger?”

“Esta es ciertamente una carta oficial, y una particularmente urgente. Puedes ver el sello de Su Majestad justo aquí”. Galanger mostró a Deet el sello distintivo en la parte inferior de la carta.

“¡Oye, tienes razón!” Satisfecho de que esta carta provenía de la familia Crosellode, Deet asintió.

El rey también había sellado la carta de permiso, para indicar que la búsqueda de Arcus de más plata era una orden de la corona. Así se aseguraría de que no se sometieran a ningún molesto proceso oficial, al menos dentro del propio reino.

Deetladeó la cabeza. “¿Por qué no has contactado con nadie de antemano sobre esto? Podríamos haber ido a recibirte si nos hubieras avisado”.

“Quiero decir, es más o menos por lo que tenemos esa carta...”

El viaje de Arcus por la plata debía mantenerse en silencio. Si hicieran una canción y un baile anunciando su llegada, seguramente serían atendidos, pero también se convertiría en un gran asunto. Sería mucho más difícil mantener en secreto la existencia del eterómetro bajo tales presiones.

Deet y Galanger comenzaron a susurrar entre ellos. Probablemente Deet estaba preguntando a su ayudante a qué se refería exactamente Arcus. Éste captó la frase “orden de alto secreto”, y pronto Deet volvió a asentir.

“Lo tengo. Creo que también sé por qué paraste en este pueblo”.

“Sí. Estamos aquí porque el camino de la montaña estaba bloqueado”.

“Este es el mejor lugar para parar si tienes que desviarte. No me extraña que hayas acabado aquí”, añadió Galanger.

“Sí. Aunque tengo que preguntar: ¿ya has pagado tu estancia?”

“Hice algo de mantenimiento y reparaciones en algunas Herramientas de Sello como pago”.

“Fue una gran ayuda”, añadió el alcalde.

“¿Eh? ¿Sabes cómo grabar sellos, Arcus?”

“Bueno, sí, um... ¿Por qué lo preguntas?” Arcus no esperaba que Deet estuviera tan interesado, pero el chico continuó con entusiasmo.

“¿Podrías echar un vistazo a la mía también, entonces? Aquí, en mi espada. Lleva un tiempo actuando de forma extraña, así que estaba pensando en llevársela a alguien”. Deet se volvió hacia la gran espada que había apoyado en la pared antes de saltar de su asiento.

“Maestro...” Galanger comenzó, la decepción en su voz mordiendo.

“¿Qué? ¡Hay que arreglarlo! Es mi arma”.

“Lo entiendo, pero hay un momento y un lugar”.

“¡No cuando se trata de algo tan importante! ¿Y si hay otro ataque antes de la mañana y no puedo cortar con esta cosa?” Deet hizo un puchero.

“Con un arma de ese tamaño, incluso un golpe de refilón resultaría mortal”, respondió Galanger con calma.

Parecía que Deet podía ser inmaduro cuando la situación lo requiera.

“No me importa echar un vistazo”, dijo Arcus. “Aunque acabo de usar una tonelada de éter, así que déjame descansar un poco primero”.

“¿De verdad?! Muchas gracias”. Deet le sonrió. Era una sonrisa rebosante de inocencia, y Arcus volvió a recordar a un cachorro.

Galanger bajó la cabeza en señal de disculpa.

“¿Estaban tratando de deshacerse de esos bandidos en el camino de la montaña entonces?” preguntó Arcus.

“Sí. Ha habido una tonelada de ellos por aquí últimamente. Es un verdadero problema”.

“Maestro”, advirtió Galanger con brusquedad.

“¿Eh? O-Oh, whoops”. Deet sonrió tímidamente. Hablar tan abiertamente de los problemas de su condado era lo mismo que exponer sus debilidades. En presencia de ciertos nobles, un error así podía ser mortal, pero Deet se había dado cuenta demasiado tarde.

El siguiente suspiro de Galanger tenía un matiz de resignación cuando se dirigió a Arcus. “Si tienes la amabilidad de guardarte esa información”.

“Por supuesto”.

“También en los condados de alrededor”, dijo Galanger. “He oído que los bandidos están apareciendo y causando problemas por todas partes”.

“Y siempre llegamos demasiado tarde para hacer algo al respecto”, murmuró Deet. “Incluso cuando intentamos emboscarlos, nunca sale bien, y no entiendo por qué”.

Arcus tuvo la sensación de que Deet tampoco debería compartir estos pensamientos con él, pero todavía era un niño, así que era de esperar cierto grado de honestidad.

“¿Cómo has estado tratando de atraparlos?” preguntó Arcus.

“Nos hemos disfrazado de bandidos para atraerlos”.

Arcus no sabía qué decir.

“O hemos llevado objetos valiosos para intentar atraerlos también por ahí”.

De nuevo, Arcus se quedó sin palabras.

“Hemos probado casi todo...”

“¿Y ha funcionado?” preguntó Arcus, temiendo saber ya la respuesta.

“En absoluto. Yo mismo pensaba que eran planes seguros, pero...” El suspiro de decepción de Deet fue superado por el de Galanger. Debió ser duro para el consejero, ya que probablemente tuvo que obedecer la mayor parte de lo que dijo Deet. “Estamos en un aprieto aún mayor porque el príncipe Ceylan está en la zona”.

“¿El príncipe está por aquí?”

“Sí, así es. No sé por qué, pero he oído que ha ido al territorio de Nadar para una inspección. Entonces estará por aquí, pero no estoy seguro de dónde está exactamente ahora. Puede que todavía esté por Nadar. Pero serán malas noticias si se entera de nuestros problemas con los bandidos. Esperaba que pudiéramos arrestarlos antes de que apareciera”.

“Probablemente hay alguien que debería preocuparte más que el príncipe”, dijo Galanger.

“Ugh... ¡Mamá me va a gritar mucho si no hago algo!” Deet enterró la cabeza entre las manos y se dejó caer sobre la mesa, con los ojos llorosos. Arcus sólo podía suponer que su madre era una mujer realmente aterradora.

“En cualquier caso, estamos increíblemente agradecidos por tu ayuda”, dijo Galanger, dirigiéndose a Arcus. “Sobre todo porque te has abstenido de matarlos. Eso significa que ahora podemos interrogar a los que has capturado”.

“¡Oh, Oye! Gran idea”. Dijo Deet.

“¿No lo había pensado aún, maestro?”

“¡Claro que sí!” insistió Deet, sin convencer a nadie.

“Pero los miembros más importantes se escaparon”, señaló Arcus. Comenzó a contar la historia de Eido y de cómo se encontraron con él en su camino; cómo era un mago poderoso, y de cómo lograron repeler sus ataques, pero que finalmente no pudieron seguirlo.

“¿Era realmente tan poderoso?”, preguntó Deet.

“El aire intimidatorio que sentía de él estaba en la misma liga que el de mi tío”.

“Te refieres al renombrado Crisol, ¿no es así?” dijo Galanger.

“Sí. Eido incluso parecía conocerlo”.

“Por lo que parece, no parecía tenerle mucho cariño”, añadió Noah.

“Ya veo”. Galanger frunció el ceño.

“Hablando personalmente por un segundo”, dijo Cazzy, “su magia era realmente impresionante. Creo que incluso podía enfrentarse a los profesores del Instituto. Bueno, tal vez con una excepción”.

“A pesar de su aspecto, la Señorita Mercuria es bastante poderosa”, intervino Noah. “Por cierto, creo que esa maga tiene más éter que Cazzy o yo”.

“¿Más de 7.000 entonces?”

“Sí”.

“Whoa...” Arcus sintió que su espíritu se hundía. No sabía que había magos con más de cuatro veces su propio éter. Una vez más le recordaron lo injusta que puede ser la vida.

“¡Aún así, has atrapado un montón de ellos! Eso debería ser una gran ventaja, ¡así que gracias!” Deet habló.

Arcus siguió describiendo el ataque de los bandidos, sus detalles y peculiaridades. Como Galanger insinuó, lo único que había que hacer ahora era esperar a que saliera más información de los labios de esos bandidos.

Sólo unos minutos antes de que Arcus y sus compañeros se retiraran para pasar la noche llegó la noticia: los bandidos capturados habían sido encontrados muertos en sus celdas. Se habían envenenado.

Parte 2— La ofensiva capital

La pregunta de por qué se suicidaron los bandidos jugaba en la mente de Arcus. Al parecer, habían ocultado el veneno en la boca y ya estaban muertos cuando Deet y sus hombres fueron a interrogarlos. Los encontraron en el granero con sus cuerpos congelados en medio de la convulsión, con los rostros retorcidos en muecas de agonía. Era una forma horrible de morir. Lo que Arcus no entendía era por qué lo habían hecho.

La administración de justicia aquí no era tan sofisticada como en el mundo de ese hombre, pero a menos que los crímenes de un malhechor fueran especialmente atroces, no se enfrentarían a una sentencia de muerte. En primer lugar, los bandidos no se enfrentaban a ningún castigo inmediato. Primero serían llevados a un lugar apropiado, e incluso podrían planear una fuga si fuera necesario. Si hacían algo para expiar sus crímenes, podrían incluso ganarse la liberación.

Lo han estropeado y les han pillado. Llenos de desesperación por su futuro, bebieron el veneno y se suicidaron. La narración no se sostenía.

Deet y Galanger parecían tan confundidos como Arcus. Deet estaba especialmente frustrado por haber perdido sus pistas, viéndose ahora obligado a reiniciar la investigación desde el principio. Por ello, Arcus fue interrogado de nuevo sobre lo sucedido. No es que el pelirrojo sospechara de ellos; sólo quería reunir toda la información posible. Incluso interrogaron a Gilles por separado, pero lo dejaron ir casi de inmediato.

Era un hombre extraño, y su identidad estaba rodeada de misterio. Arcus esperaba que lo detuvieran, al menos hasta que Deet pudiera llevarlo a la capital del condado, pero en lugar de eso lo dejaron ir sin más. Arcus preguntó por ahí y descubrió que la liberación de Gilles se debía a que el alcalde había hablado bien de él. Arcus se lo preguntó al alcalde nada más levantarse aquella mañana.

“Hay algunos en nuestro pueblo que padecen una enfermedad que sólo se puede aliviar con una hierba que no crece en estos lugares. El Sr. Gilles nos proporcionó esa hierba”.

Arcus recordó que se había dicho algo similar en la cena de la noche anterior.

“¿Y por eso hablaste bien de él?”

“Sí. Nos lo vendió como una transacción independiente a un precio muy generoso, probablemente con una pérdida considerable. Pensé que era justo que le devolviera el dinero”.

“¿Pero por qué te lo vendió tan barato en primer lugar? No tiene ningún arraigo en este lugar ni nada, ¿verdad?”

“No lo hace. De hecho, ayer fue la primera vez que vino aquí”.

Arcus no se sorprendió al escucharlo. Con un fuerte acento de Imeriano como el de Gilles, era imposible que viniera de estos lugares.

“A mí también me pareció extraño y le pregunté. El Sr. Gilles respondió diciendo que actualmente está visitando varios pueblos y comunidades rurales como la nuestra”.

“¿Cómo es eso?”

Un mercader afortunado y avisado podría encontrar objetos raros o valiosos en aldeas empobrecidas como éstas, pero no valdría la pena el coste. No podía obtener beneficios; al contrario, parecía una buena forma de vaciar las arcas. Arcus no podía entender por qué Gilles podía estar viajando por estos lugares. El alcalde sonrió amablemente, como si supiera exactamente lo que Arcus estaba pensando.

“Lord Arcus, el comercio de bienes es más que una simple ganancia”.

“¿Qué quieres decir?”

“En este mundo, hay quienes se motivan por los sentimientos más que por el dinero”.

“Sentimientos y acciones... El tipo de cosas que no se pueden medir en una escala”.

“¿No puedes relacionarlo?”

“Sí puedo. Es que esas historias me parecen extrañas, ¿sabes? Aquellas en las que alguien dedica seriamente su vida a ser desinteresado, y no por la presión de sus compañeros o por un capricho repentino”.

“Eso es comprensible. Mucha gente está motivada puramente por sus propios intereses”.

Algunas personas, cuando tenían los medios y el espacio mental para hacerlo, anhelaban hacer felices a los demás y escuchar las palabras “gracias”.

“Nuestra gratitud por la existencia de personas como él no tiene límites”, explicó el alcalde.

Algo de la vida de ese hombre vino entonces a la mente de Arcus. Un reportaje especial en un programa nocturno de información y entretenimiento sobre un vendedor ambulante que iba a las comunidades rurales a vender a las personas mayores que no tenían la movilidad suficiente para ir a comprar por su cuenta. Tal vez Gilles era como ese vendedor. No hacían exactamente lo mismo, pero ambos pensaban en los habitantes de las zonas rurales mientras realizaban su trabajo.

Había un montón de motivaciones para tal actitud, desde simplemente querer ayudar a la gente hasta querer pagar una deuda de gratitud. Eso explicaría por qué Gilles estaba dispuesto a venir a un pueblo como éste cuando estaba plagado de peligros.

Arcus se rascó la cabeza. “Uf. Siempre siento que no puedo entender a alguien a menos que sepa exactamente de qué tipo de origen viene”.

“Eso es natural. Es el tipo de entorno en el que has nacido”.

“La nobleza es un dolor...”

Una sonrisa divertida iluminó el rostro del alcalde.

“Es como ese cuento de los Antiguos... bueno, esa vieja historia. Ya sabes— ¿Dunweed?”
Dijo Arcus.

Dunweed era un personaje de las Crónicas Antiguas. Era un viajero que siempre vendía las necesidades de la vida a los necesitados a un precio que pudieran soportar. Era conocido por ser totalmente desinteresado, ayudando a muchos y ganándose su gratitud a cambio. Los plebeyos de este mundo lo citaban a menudo cuando enseñaban a sus hijos sobre la magnanimidad.

“El Sr. Gilles sí me contó esa historia cuando nos suministraba la hierba ayer, así que quizá le inspiró”. El alcalde dejó escapar un pequeño y preocupado suspiro. “Soy consciente de que hablar bien de él podría haber sido un poco atrevido”.

Arcus hizo una pausa. “Tendría que estar de acuerdo, sí”.

“No puedo creer que alguien que habla con tanta pasión del Dunweed pueda ser una mala persona. Esperaba que esa hierba fuera bastante cara, pero cuando le pregunté por el precio...”

“¡Ah, no te preocupes! Sólo invítame a una buena comida, por favor”.

“Fue una gran ayuda para nuestro pueblo. No puedo creer que sea una mala persona”.

“Ya veo por dónde vas”, dijo Arcus.

“Gracias. En lo que a nosotros respecta, ese hombre es el propio Dunweed”.

“Tengo que tener cuidado, entonces. Podría verme como alguien fácil de estafar o algo así”.

“¡Estoy seguro de que no es el caso! ¡Nadie se dirigiría a alguien con el poder de Gown de su lado!”

“No lo sé. Ha estado actuando de forma extraña conmigo todo el tiempo que he estado aquí”.

Aunque Gilles tratara a los aldeanos con cortesía, siempre parecía haber una capa extra de significado en su comportamiento con Arcus. Para el alcalde era un Dunweed, pero para Arcus podría haber sido un ladrón caballeroso, uno que desafiaba la autoridad y se aliaba con la gente común. Tal vez incluso uno que arrebatara las ganancias mal habidas de los ricos para repartirlas entre los pobres. Dicho esto, ninguna de las ganancias de Arcus eran mal habidas, y no había hecho nada malo, así que le hubiera gustado pensar que no sería un objetivo.

Aunque trató de mantener su línea de pensamiento con ligereza, no pudo sacar ninguna conclusión sobre Gilles. Le parecía demasiado inverosímil tomar al pie de la letra las palabras del alcalde, pero, no obstante, optó por apuntar la posibilidad de que Gilles no se moviera únicamente por el beneficio.

Una vez terminada su discusión matutina con el alcalde, Arcus comenzó a reparar el Arma del Sello de Deet, tal como el muchacho de pelo rojizo le había pedido la noche anterior. Ya

le habían pagado por su trabajo, y como tenía que terminarlo antes de que Deet y sus hombres abandonaran la aldea, se levantó especialmente temprano.

Las dos armas que había que reparar eran su gran espada y su brazaletes. La espada era ancha y más larga que Arcus o Deet. Cada centímetro estaba cubierto de sellos, un arma temible. La complejidad de los sellos estaba en total desacuerdo con la forma simple de la espada. Los Artglyphs estaban tallados de forma similar a la taquigrafía del mundo de ese hombre; cada sigilo se enredaba y trenzaba con el siguiente, arabesco y caligrafía todo en uno. Estaba claro que esta arma había sido grabada por un verdadero maestro.

Arcus se había encontrado con varios estilos de sellos en su tiempo de estudio. Había visto varias Herramientas de Sello en su tienda favorita, y a veces dedicaba tiempo a revisar los catálogos que compraba en la librería. La espada de Deet no se parecía a nada que hubiera visto antes. Arcus dedujo que debía ser un arma antigua.

Había sellos para mantener la hoja robusta y el filo afilado, sellos para guiar la hoja con elegancia en las manos del portador; sellos repelentes al agua, probablemente para evitar que la sangre o los aceites se adhirieran al metal, aparecían aquí y allá en el diseño. El grabador los había dispuesto en un patrón perfecto, cada uno de los cuales se engarzaba con todos los demás sin interferir. Arcus dudaba que quedara alguien vivo en este mundo capaz de realizar un trabajo tan intrincado. Incluso Arcus, que conocía bien las Crónicas Antiguas, no podía entender varios de los símbolos.

Arcus estaba terminando su trabajo de reparación cuando Deet se despertó. Había dormido bastante para los estándares de este mundo, pero eso se debía probablemente a lo tarde que se quedaba con la investigación, además de estar de patrulla antes de eso. Todavía era joven, y por su primera impresión algo descarado, pero estaba claro que se dedicaba a su trabajo.

Deet bostezó y se frotó los ojos mientras se tambaleaba somnoliento para ir a buscar un vaso de agua para él y su ayudante, Galanger. Sólo cuando estuvo más despierto se acercó a Arcus.

“Muchas gracias por esto. Mi espada dejó de funcionar de repente como estaba acostumbrado hace un tiempo. Es un alivio tenerla arreglada”.

“¿Ah sí?”

“No cortaba tan limpiamente y se sentía más pesado. Tampoco pasó mucho tiempo después de que la obtuviera. No sé qué locuras hizo mamá con ella...”

“No creo que seas de los que hablan”, dijo Galanger.

“¡Hey! ¡Yo lo cuido bien!”

“¿Considera que “cuidarlo bien” incluye forzarlo en el suelo como lo hizo el otro día?”

“¡No tuve elección! Lo cuido *lo mejor que puedo*”. protestó Deet antes de volverse hacia Arcus. “Me alegro de que hubiera alguien aquí que pudiera echarle un vistazo”.

“Mm hmm”. Galanger asintió con la cabeza.

“¡Ahora podré rebanar limpiamente a cualquier bandido que se interponga en nuestro camino fácilmente!”

Puede que Deet tuviera una sonrisa dulce, pero estaba claro que tenía una vena increíblemente violenta. Según la experiencia de Arcus, los hijos de los militares solían ser un poco más tranquilos, pero supuso que ese tipo de cosas provenían de la tradición familiar.

Deet se inclinó hacia delante para observar el trabajo de Arcus. “¿Cómo va? Ahora parece más brillante”.

“Sí, he terminado con el trabajo en sí. Sólo lo estoy revisando para asegurarme de que no me he perdido nada”.

“¡Eh! ¡Lo has hecho muy rápido!” comentó Deet alegremente.

“Toma, sujétalo y mira lo que piensas”.

“¡Oooh!” Con su brazalete alrededor del brazo, Deet levantó la gran espada con facilidad.

El cerebro de Arcus aún tenía problemas para procesar la realidad de un niño tan pequeño sosteniendo una espada tan grande, pero al menos sabía que eso significaba que su trabajo había tenido éxito. “¿Y bien?”, preguntó.

“¡Esto es increíble! *Realmente increíble!*” Deet se rió.

“Um-”

Deet movía la espada salvajemente por la habitación. Era un espectáculo aterrador. Las puntas de las espadas pasaban por encima de los muebles de la habitación por no más de un pelo. Un movimiento en falso, y el alcalde tendría que redecorar.

Sin embargo, Galanger no hizo ningún movimiento para detener a su maestro. De hecho, estaba sonriendo al chico. “¿Cómo está, Maestro?”

“¡Mucho mejor que antes! Mucho mejor que cuando estaba en buena forma también! ¿Cómo has hecho esto, Arcus? Es increíble”.

Deet parecía sentir la diferencia con sólo sostenerlo. Arcus recordó que antes se había quejado del peso, lo que lo explicaría. Con el brazo levantado y sosteniendo la espada, parecía un verdugo esperando a cumplir con su deber, y como el que estaba frente a él, Arcus tenía la clara impresión de haber hecho algo digno de la pena de muerte.

Puso las manos delante de él. “U-Um, mira dónde estás balanceando esa cosa, ¿quieres?”

“¿Hm? O-Oh. Lo siento”. Deet sacó la lengua tímidamente y apoyó su espada en la pared. Aunque estuvo a punto de herir gravemente a Arcus, parecía más bien un chico al que habían pillado a mitad de la broma. Tal vez el hecho de blandir la espada de esa manera no era tan importante para él. Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Arcus.

“De todos modos, no hice mucho. Sólo lo arreglé un poco”.

Galanger se acercó a la espada y la examinó. “El patrón parece más definido. No creo que estuviera tan claro ni siquiera cuando empecé a trabajar con la Maestra”.

“Probablemente era más claro cuando era nuevo. Debe haberse desgastado con el uso, y algunas de las juntas desaparecieron por completo sin que nadie estuviera cerca para arreglarlas correctamente.”

“¿Significa eso que has restaurado esas partes?”

“Lo intenté, pero no es perfecto. Había lugares que ni siquiera yo podía descifrar”.

“Vaya...” murmuró Galanger.

“No entiendo muy bien lo que dices”, dijo Deet, “pero me aseguraré de traértelo cuando necesite otro arreglo”.

“Claro, si no encuentras a nadie más que pueda. Si sigo estudiando, quizá pueda dejarlo como nuevo”.

“¿Como nuevo? ¿Te refieres a dejarlo como cuando se hizo originalmente?” preguntó Galanger.

“Sí. Aunque podría llevar un tiempo”.

“¡¿En serio?! ¡Entonces definitivamente te preguntaré la próxima vez que se ponga raro! Gracias, Arcus”. Deet estaba prácticamente saltando de alegría ahora que se había decidido por un maestro del sello oficial. “¡Voy a probar lo bien que corta!”

“No lo trate con demasiada brusquedad, Maestro”, advirtió Galanger.

“¡Sí, sí!” Deet se subió la espada al hombro y salió corriendo.



Arcus suspiró. Con o sin brazaletes grabados, verle levantar esa enorme arma seguía siendo impresionante. “Es un chico fuerte, ¿eh?”

“Está en su sangre”.

“Oh. Es uno de esos 'talentos naturales', entonces”.

Galanger asintió. Arcus se dio cuenta de que le miraba con extrañeza.

“¿Qué?”

“Estaba pensando que los rumores no son necesariamente ciertos”.

“Oh.”

“Gracias por ayudar con la espada del maestro”. Aunque el ayudante había mirado a Arcus con cierta suspicacia antes, ahora no había ni una pizca de ella en sus ojos.

“Está bien. Ustedes me pagaron por ello”.

“Tal vez, pero todavía tengo cuotas de sentimiento que pagar”. Galanger se giró para mirar por la ventana, con el ceño fruncido. “Me pregunto si el maestro estará bien. Ahora que el estado de su espada ha mejorado, me preocupa que pueda forzarse demasiado”.

Deet se dio cuenta de que le estaban observando. “¡Oye! Si estás tan preocupado, ¿por qué no vienes aquí y lo ves por ti mismo?”

Galanger suspiró. “Sí, sí. Ahora mismo”, murmuró, siguiendo los pasos de su Maestro hacia el exterior.

Arcus miró por la ventana. Deet estaba blandiendo su espada como antes con una enorme sonrisa en la cara. Debía de estar encantado de haberla arreglado por fin. Arcus estaba atacando como una tormenta, y le preocupaba que las ondas de presión que se desprendían de sus movimientos pudieran arrancar las casas de madera de la aldea, como si fuera un lobo feroz que derribara las casas de cerdos inocentes. Era como si no se hubiera levantado de la cama hacía unos instantes.

“Sí que está animado”, murmuró Arcus cuando uno de sus ayudantes apareció de la nada a su lado.

“Es un niño como corresponde a su edad. A diferencia de otras personas”.

“Estoy dispuesto a tomar eso como un insulto”.

“Te estaba alabando. Hace que las molestas tareas de mi trabajo sean mucho más fáciles de manejar”.

“No me lo creo. Siempre estás refunfuñando sobre cómo te meto en problemas o causando extraños 'disturbios’”.

“Si es consciente de ese hecho, le sugiero de corazón que tenga en cuenta esos comentarios”.

“Lo siento, no se puede. Es un asunto de tipo resbaladizo”.

“Tal vez hubiera sido más prudente haber evitado esa pendiente en primer lugar”, comentó Noah con calma.

Arcus se encogió de hombros. “De todos modos, estos recién llegados sí que son extraños, ¿no?”.

“En efecto”.

Deet afirmó que el objetivo de su tropa era investigar a los bandidos con el fin de acabar con ellos. Aunque a Arcus le resultaba extraño que fueran vagos en los detalles de su procedencia, le resultaba difícil dudar de sus vínculos oficiales con Rustinell. No sólo por el uso del emblema militar del territorio, sino por el hecho de que el alcalde los reconoció inmediatamente.

Aun así, Arcus seguía teniendo dudas. En comparación con lo que decían ser, estaban demasiado bien equipados y tenían una composición inmaculada, y los aldeanos los trataban con un nivel de respeto inusual. Arcus había hablado con algunos de los otros integrantes del grupo y descubrió que eran tan valientes y voluntariosos como Deet y Galanger, algo que parecía imposible para una unidad militar ordinaria.

“Hola”. El segundo asistente de Arcus se unió a ellos.

“Buenos días”.

“¿Cómo va la preparación, Cazzy?” preguntó Arcus.

“Básicamente hemos terminado. Estamos listos para irnos cuando sea”. Cazzy levantó la barbilla en dirección a la puerta. Había estado haciendo los preparativos para que se fueran con su guía. “También he comprobado el grupo que ha aparecido. Tienen una formación muy sólida. Y no sólo sus cosas. Tienen magos ahí dentro y todo”.

“¿Cuántos?”, dijo Noah. “¿Tres?”

“Cinco. Dos de ellos están con la vanguardia y encubiertos. Estos tipos no están jugando”.

“Vaya, qué curioso”.

“Su formación no es como las que aprendemos en el Instituto, pero supongo que es por lo poderosa que es su vanguardia”.

Noah entrecerró los ojos, pensativo.

“Entonces, ¿qué? ¿Entonces son los mejores soldados de este lugar?” preguntó Arcus.

“No lo creo”, respondió Cazzy.

“¿Eh?”

“Claro, son fuertes, pero... no sé cómo decirlo...” Cazzy se quedó sin palabras.

Una vez que quedó claro que no sabía cómo terminar su frase, Noah tomó el relevo. “En mi opinión personal, son menos una colección de soldados, y más una colección de generales. Creo que estos hombres que el joven Deet ha traído consigo son cada uno poderoso por derecho propio; tanto física como socialmente hablando.”

“¿Eh?” Arcus parpadeó.

“Eso es. Probablemente serían capaces de arrasar con ese amasijo de bandidos sin problemas con esa fuerza”, coincidió Cazzy.

Un grupo de generales... En otras palabras, un grupo de líderes. Pero de alguna manera, eso no parecía describir lo que estaban viendo aquí. Probablemente tenía más que ver con su posición social que con lo que realmente *hacían*.

“¿De dónde sacaste esa idea, Noah?”

“Cuando ese asesor se presentó como Galanger”.

“¿Es famoso?”

“Creo que es una de las figuras principales de Rustinell. Galanger Uiha, que preside Azil. Es un luchador intrépido, famoso por sus muchas hazañas en la lucha contra el Imperio. También hay otros que reconozco entre ellos. Clayton Baran, gobernante de Gardalia. Skall Rosta, líder de Lowbell...”

Noah nombró a estos líderes de los territorios de Rustinell uno tras otro.

“¿Eh? ¡Espera! ¡Espera! ¿Estás diciendo que Deet reunió a todos estos líderes para que le siguieran?”

“Parece que sí”.

“¡No puede ser! ¡Eso no tiene ningún sentido! Se supone que hay una cadena de mando, ¿no?”

Acorrallar a los bandidos no debería ser el trabajo de un grupo de gente tan poderosa. Era totalmente incomprensible.

“Las diferentes regiones tienen diferentes sistemas de mando, estilos de formación, etc. Puede tener sentido”.

“¿Cómo?”

“Como si dijeran que se preocupan más por la región y su gente que por lo que creen que está por debajo de ellos”, añadió Cazzy. “O supongo que es más bien que no son tan snobs como los nobles que hay en este reino”.

Fue entonces cuando Arcus se dio cuenta de algo. La Casa Rustinell era una de las monarquías regionales bajo el dominio del reino. Eso no sólo significaba que era pequeña, sino también que tenía una familia real propia aceptada. Al igual que Lainur, Rustinell se dividiría en territorios más pequeños con lores designados para gobernarlos.

Si la explicación de Noah y Cazzy era correcta, entonces los lores de Rustinell podrían ser tratados más como comandantes militares que como nobles. Podrían haber utilizado una práctica similar a la de ciertos daimyo del periodo Sengoku, que mantenían a sus vasallos y lores viviendo más cerca de los dominios de la familia real mientras sus gobernantes vivían más lejos.

En ese caso, sería posible que un grupo tan poderoso se reuniera así y trabajara junto. Viéndolo así, una cosa estaba clara.

“¿Significa eso que Deet es parte de la familia real?”

“Eso parece, sobre todo porque he oído que los Rustinell tienen un hijo más o menos de su edad”.

“Y si va a estar a cargo de todo Rustinell, querrán que establezca una relación jerárquica con toda esa gente importante más pronto que tarde, supongo”.

“Con toda probabilidad”.

Las débiles sospechas de Arcus se confirmaron. Eso explicaba cómo podía liderar un grupo de hombres que representaban una amplia gama de importancia social.

Cazzy miró hacia afuera. “¿Eso hace que esa cosa sea la Guillotina de Rustinell?”

“Es muy probable. Su apariencia ciertamente está a la altura de las historias que he escuchado”.

Las orejas de Arcus se agudizaron ante la curiosa elección de palabras. “¿Guillotina? ¿Te refieres a un dispositivo de ejecución?”

“No, nos referimos a un arma famosa que ha pasado por la Casa Rustinell durante generaciones. La espada que estabas reparando hace un rato”.

Arcus casi se ahoga con su propio aliento.

“He oído que cortó cabezas a diestro y siniestro en la lucha contra el Imperio. Y oye, yo sólo soy del campo, así que ya sabes lo famoso que es cuando hasta yo lo conozco”. Cazzy se rió.

“He oído decir que la hoja fue reutilizada a partir de una guillotina real en servicio”, dijo Noah.

“Bueno, eso es aterrador”. Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Arcus al darse cuenta de repente de la importancia del arma en la que acababa de trabajar. No era de extrañar que Galanger empezara a mostrarle respeto después de que la reparara con éxito.

“Pero si Deet lo tiene...”

“Debe haberla heredado de la cabeza de familia, Louise Rustinell -conocida por algunos como la Bruja Cazadora de Cabezas y Nuestra Lady de la Navaja Nacional-. El Imperio Gillis la teme mucho, incluso ahora”.

“Hay una historia especialmente famosa de ella pegando las cabezas que recogió en la batalla en picas y alineándolas a lo largo de la frontera después de que el Imperio se retiró”.

“Es una maravilla que no la llamen Louise la Empaladora...”

Parecía salvaje, violenta y cruel. Ciertamente, parecía más una gobernante militar que una noble sofisticada, pero así era el caso de muchas de las figuras de mayor rango en este mundo. La mayoría de los monarcas regionales como ella dependían de la fuerza militar para gobernar sus tierras, por lo que se comportaban más como las poderosas familias de las que descendían que como sus homólogos más sofisticados. Las escaramuzas eran habituales en los alrededores de Lainur, por lo que los monarcas regionales y los nobles marciales no tenían precisamente tiempo para sentarse a tomar el té con sus mejores galas todo el día.

En el momento en que tuvieran un posible sucesor, ese niño sería enviado a la batalla lo antes posible; esa era una práctica común entre estas familias. Era algo que sólo podía ocurrir debido al poder individual innato de la magia.

“¡Hey, Arcus!” una voz llamó desde afuera. “¡Estamos listos para irnos ahora!”

Arcus sacó la cabeza por la ventana. “¡Estaremos allí en un segundo!”

Él, Noah y Cazzy se dirigieron al exterior.

Arcus y sus compañeros habían aceptado viajar con el grupo de Deet a la capital de Rustinell. Su guía también vino con ellos, por lo que el grupo de Arcus era de cuatro. Deet había dejado a algunos de sus hombres para patrullar los alrededores de la aldea, por lo que ahora quedaban alrededor de dos tercios de ellos. Su dudoso acompañante también había decidido acompañarlos.

Antes de partir, todos los aldeanos se acercaron a despedirlos. Agradecieron el trabajo de Arcus en sus Herramientas de Sello y la ayuda de su grupo para minimizar los daños en la aldea. Eso no sorprendió a Arcus. Lo que le sorprendió fue que *hasta el último miembro* de la aldea se había reunido en la plaza. Muchos corearon su nombre como una oración, y sospechó que eso podría tener algo que ver por Tribe de testigos. Le pidieron que volviera a visitarlo si estaba en la zona, y el alcalde y su mujer le prometieron otro pastel de pescado si lo hacía. Tras prometer que volvería algún día, Arcus se marchó con Deet y sus hombres.

Mientras que antes su guía los había entretenido en el camino, esta vez fue Deet quien hizo la mayor parte de la conversación. Las interminables preguntas que planteaba hacían pensar que no conocía a mucha gente que viviera en la capital real, y cuando terminaba, Gilles no perdía tiempo en tomar el relevo. Al menos, en el caso de Gilles, compartía sobre todo historias de sus viajes, por lo que no había preguntas que cansaran el cerebro de Arcus.

En el momento en que Deet se alejó, Gilles se acercó a Arcus como si quisiera compartir un secreto. Le preguntó qué quería con esa plata -si la iba a usar sólo para sellos o para otra cosa- y otras preguntas de ese tipo. Sus preguntas eran indiscretas e implacables. Arcus

seguía empeñado en esquivarlas, diciéndole a Gilles que sólo necesitaba el material para los sellos, pero sentía una curiosidad infinita por lo que pudiera estar pensando el mercader. Primero había sido la comparación con Dunweed, y ahora estas preguntas tan descaradas. Arcus seguía sin poder entender bien el carácter de Gilles.

El grupo se desvió mucho de la ruta habitual. Atravesaron montañas bajas y bordearon ríos, y sólo cuando el sol volvía a ponerse llegaron a su destino.

Como muchas otras del reino, la capital de Rustinell era una ciudad fortaleza redonda, y el asentamiento más próspero de la zona. Los cuarteles se encontraban dispersos fuera de las murallas de la ciudad. A diferencia de la capital de Lainur, el río corría fuera de esta ciudad, desapareciendo lejos, muy lejos en el oeste. La ciudad se asienta sobre una ligera meseta, lo que le da una ilusión de mayor escala.

El grupo entró por las puertas y se adentró en la ajetreada ciudad. La calle principal estaba iluminada por Sol Glasses, pero no eran tan frecuentes como en la capital de Lainur. Debido a la abundancia de plata en la zona, había varias piezas decorativas de plata alrededor, así como tiendas que incorporaban temas de plata en sus nombres.

Gilles les dejó nada más entrar, alegando que iba a hacer unas transacciones. Arcus y los demás también dejaron a Deet y, tras encontrar un lugar donde alojarse, se dirigieron al restaurante para tomar un descanso. Mañana tendrían una audiencia con la líder de Rustinell, Louise Rustinell. Le habrían anunciado su llegada inmediatamente, pero Deet y sus hombres iban a hacerlo por ellos mientras daban su informe sobre lo ocurrido. Galanger se lo aseguró cuando se separaron.

Después de terminar una comida satisfactoria, Arcus se sentó en su silla y suspiró.

“¿Soy yo, o el trigo se ha vuelto más caro?”

“He oído que las cosechas han sido malas este año. La sal también ha subido”.

“Oh sí, tienes razón. Me pregunto qué está pasando”.

“¿Quién sabe? Aunque estoy seguro de que Lady Louise hará algo al respecto en algún momento”.

“Sí”.

Arcus no pudo evitar escuchar la conversación de los otros clientes. No parecían demasiado preocupados por el aumento de los precios de los que hablaban, sino que brindaban efusivamente por Lady Louise. Su profunda confianza en su líder les permitía mantener el ánimo alto.

Los rumores que Arcus había escuchado del alcalde de la aldea sobre el aumento de los costes de los productos básicos han resultado ser ciertos.

“Noah, ¿qué piensas de los precios del trigo y la sal?”

“¿Te refieres a la conversación de esos clientes? Creo que esos artículos en particular están subiendo de precio simplemente porque todo lo demás lo hace”.

“Sé que esto es un poco extremo, pero ¿no es esto lo que significa que hay una guerra en el horizonte?”

Si la expresión de su cara era algo a tener en cuenta, Cazzy no estaba nada impresionado. “Siempre hay algo que te deprime, ¿no?”

“Pero escucha. Los precios del trigo y la sal suelen ser bastante estables, ¿no? Una vez que empiezan a subir, el Estado tiende a intervenir antes de que se ponga demasiado mal”.

El esfuerzo realizado para mantener estable el coste de los productos básicos públicos no tiene fin. El Estado no hacía la vista gorda si alguien intentaba manipular el mercado para inflar masivamente su valor. Ese valor tenía implicaciones directas en los beneficios de la región, y había leyes que impedían a los comerciantes intentar interferir en ello. Las únicas razones por las que esto ocurriría eran las malas cosechas o la interferencia de otra región.

“Seguro que tienes razón. Sólo me pregunto si hay algún pensamiento pacífico ahí dentro, es todo”.

“¡Deja de estropear mi pelo!”

“Yo no me preocuparía por la guerra”, dijo Noah. “Si el reino se estuviera preparando para la guerra contra el Imperio, estos cambios de precios afectarían a todo el país, no sólo a la región occidental. Tampoco hay líderes hostiles en esta zona que sean lo suficientemente poderosos como para considerar un conflicto de este tipo.”

“Buen punto. No sé quién iría a la guerra por aquí...”

Una guerra necesitaba dos jugadores, y Arcus no pudo pensar en un segundo, lo que hizo imposible su hipótesis. Incluso así, era demasiado extraño. Había oído que la cosecha era buena este año, así que ¿por qué subían los precios, y además en una zona tan concentrada?

“Puede ser que haya algún comerciante idiota en algún lugar de la zona comprando todo. Sucede a veces”.

“Si es así, el Estado probablemente se encargará de ellos pronto”. Arcus dio un sorbo a su té. Probablemente no estaría pensando tan profundamente en esto si no tuviera las páginas de tantos libros almacenadas en su memoria.

“¡O-Oh! ¡Maestro Arcus!” Una voz le llamó desde atrás.

Arcus se giró para ver a un hombre corpulento vestido con la ropa habitual de los mercaderes— Pilocolo.

“Eres tú...”

“¡Por favor, perdóname por molestarte! Es que te he visto y quería disculparme por haber dejado la aldea sin decir nada”. Pilocolo inclinó profundamente la cabeza.

Por el horario, debió dirigirse directamente hacia aquí después de salir del pueblo. Sus modales eran tan humildes como siempre.

“Me alegro de que estés a salvo”, dijo Arcus. “Aunque he oído que te han robado la carga en el pueblo”.

“Sí, así fue. Todo, en ese momento en que la puerta se rompió durante el ataque”.

“¿Y la plata?”

“Sí...” Pilocolo contestó sin entusiasmo. “Me enteré del aumento de la actividad de los bandidos en la zona, y tomé precauciones, pero se aprovecharon cuando estaba distraído ayudando a los aldeanos”.

Su carga había sido robada porque había priorizado la seguridad de los aldeanos.

“¡Así que me apresuré a venir tan rápido como pude para informar a Su Señoría!”

“¿Cómo reaccionó?”

Pilocolo había actuado bajo las órdenes de su gobernante. Permitir que le robaran ese cargamento delante de sus narices era motivo claro de castigo.

“No fue tan malo. Fui multado y regañado, pero mi castigo fue sorprendentemente leve. Su señoría se siente responsable por no haber podido reprimir a los bandidos en primer lugar, ya ves”.

“Bien”.

Sonaba comprensiva. Era probable que tuviera que castigarlo de *alguna* manera -de ahí la multa-, pero no había llegado a encerrarlo ni nada tan severo.

“¿Qué vas a hacer ahora entonces?” preguntó Arcus.

“¿Yo? Oh, bueno...”

“¿Tienes otro trabajo previsto?”

“Er...”

Arcus sólo pretendía seguir conversando, pero Pilocolo se mostraba extrañamente evasivo, de hecho, sospechosamente. Arcus frunció el ceño, confundido, y finalmente le dio una respuesta.

“No puedo aceptar más trabajo, porque debo dirigirme a la región de Nadar”.

“¿Nadar?”

“S-Sí”.

Nadar compartía frontera con Rustinell, por lo que viajar hasta allí no era precisamente una gran empresa; sólo había que seguir el río para llegar. Cualquier carga podía transportarse en barco.

Aunque no esperaba volver a escuchar “Nadar”... Últimamente sale mucho.

“¿Fue otra orden del líder de Rustinell?” preguntó Arcus.

“No, es otra cosa”.

“¿Estás transportando más cosas?”

“¡Sí, sí! Así es!”

Pilocolo se había comportado de forma extraña desde que surgió el tema. No paraba de dar vueltas, y la conversación no avanzaba de forma fluida ni lógica. Pilocolo había saludado a Arcus con total naturalidad, dando a entender que el problema era este tema en particular. A Arcus le recordaba a un niño al que han pillado portándose mal y que intenta inventar una excusa sobre la marcha. Decidió intentar seguir con el asunto, pero Pilocolo habló antes de que pudiera preguntar.

“Si me disculpan...”

“¡Eh, espera!” llamó Arcus, pero Pilocolo le ignoró y salió a toda prisa del restaurante. Lo vio irse y suspiró. “¿Cómo es que siempre me tocan los raros?”.

“Ese comentario es aún más profundo teniendo en cuenta de quién viene”.

“¡Ya lo tienes!”

“¡Yo también me refería a ustedes dos, ya sabén!” Arcus hizo una pausa. “Ese tipo seguro que tiene un montón de trabajo alineado sin embargo”.

“¿Es tan raro?”

Arcus frunció el ceño. “No, pero piénsalo así. Acaba de estropear un trabajo, ¿y ahora ya tiene algo en otro territorio? Si fuera yo, me plantearía cancelar mi petición para él”.

“Es probable que el señor Pilocolo sea un comerciante conocido tanto en Rustinell como en Nadar. No sería tan extraño para él tener tanto trabajo viajando entre los dos”.

“Probablemente es que iba a Rustinell, o volvía a Rustinell, lo que sea, así que cogió algo de trabajo en Nadar antes de irse”.

Noah asintió con la cabeza, y Arcus tuvo que admitir que tenían razón. El río que conectaba los dos territorios lo hacía fácil. Podía transportar carga a lo largo de él en un sentido, aceptar un trabajo en su destino para el camino de vuelta, y luego hacer lo contrario. Este era un mundo en el que la comunicación no era tan sencilla como coger un teléfono. Aceptar el trabajo con más antelación tenía mucho sentido desde el punto de vista comercial.

De antemano...

“¿Por adelantado?” murmuró Arcus. La palabra le llamó la atención por alguna razón.

Pilocolo aceptó un trabajo por adelantado. Su carga fue robada. Se marchó inmediatamente. Eido no se comportó como un bandido típico. Los bandidos actuaron de forma irracional tanto al retirarse como al suicidarse. El nombre de “Nadar” aparecía una y otra vez.

De repente, estas piezas de información aparentemente aleatorias empezaron a conectarse entre sí.

“¡Así que estaban confabulados!” Arcus se sentó de golpe en su asiento de madera.

Él y sus compañeros seguían en el gran restaurante donde habían cenado. Las piezas del rompecabezas en su mente se habían alineado todas a la vez para formar esa respuesta. Volvió a repasar sus pensamientos uno por uno para evaluar si había llegado a la conclusión correcta.

Cazzy le lanzó un ceño sospechoso tras su arrebató. “¿Qué pasa ahora?”

“Pilocolo y los bandidos. Estaban trabajando juntos”.

“Ellos... ¡¿Eh?!”

“Maestro Arcus...”

Sus asistentes parecían estar luchando por creerle.

“Estoy bastante seguro de esto. Los bandidos, Pilocolo y Eido también”.

Aunque Pilocolo y Eido no habían actuado explícitamente como si fueran co-conspiradores, Arcus no podía pensar en otra explicación por mucho que lo intentara. Su conclusión se basaba principalmente en el comportamiento de Eido y su equipo de bandidos.

Primero, atacaron una aldea en plena noche, una distracción. Luego, irrumpieron en las puertas del sur y del norte. El plan no tenía nada de malo hasta el momento; de hecho, era bastante sólido. El problema era lo que venía después.

Una vez que las puertas fueron derribadas, simplemente perdieron el tiempo antes de retirarse. Eso habría sido más o menos cuando arrebataron el cargamento de Pilocolo. El pueblo tenía dinero, bienes, mujeres... todo tipo de objetivos principales, pero nunca mostraron un poco de interés por ellos. Mientras no les importaran unas cuantas pérdidas, podrían haber cargado contra las puertas y abrumar las defensas de la aldea.

Después de destruir las puertas, podrían haber prendido fuego a las cosas. Eso habría obligado a los aldeanos a concentrarse en apagar los incendios además de defenderse. Luego podrían haber aprovechado el caos para saquear a gusto. Su decisión de retirarse fue tomada demasiado pronto.

Con toda esa oportunidad a su alcance, ¿por qué sólo robaron la plata y nada más? Los bandidos eran criaturas mucho más codiciosas que eso. Toda su existencia giraba en torno al desprecio por los demás; el autocontrol debería estar más allá de ellos. Actuaban en el momento sólo para satisfacer sus propios deseos, incluso a costa de sus compañeros. Su comportamiento no tenía sentido, a menos que...

A menos que la plata fuera su único objetivo en primer lugar.

“Si asumimos que Pilocolo y Eido trabajaban juntos, todo encaja.”

“Espera. Vas a una milla por minuto. ¿Te importa empezar de nuevo por nosotros?”

“Estoy muy de acuerdo. Aunque no le pido que simplifique los hechos, le agradecería que empezara su explicación por el principio.”

“Bien, lo siento. Veamos...”

“Dijiste que todo se pone en su lugar. ¿Todo sobre qué?”

Le pedían una explicación completa, libre de toda suposición. Llevaban ya suficiente tiempo con él como para saber que sus ideas eran algo más que bromas o las ingenuas reflexiones de un niño

“Me refiero al ataque a la aldea”, comenzó Arcus. “Estoy casi seguro de que Eido y Pilocolo lo planearon juntos”.

Arcus comenzó a explicar de dónde había sacado la idea.

“¿Por qué eso tiene que significar que estaban trabajando juntos?” Cazzy intervino. “Quiero decir, ¿quién puede decir que no fue una coincidencia?”

“Claro, podría haber sido, excepto cuando piensas en cómo los bandidos transportaron la plata. Había varios carros con ella. ¿Cómo se supone que los bandidos comunes y corrientes van a llevar todo eso?”

“El Sr. Pilocolo estaba en posesión de varios carros tirados por caballos para llevar su carga. Seguramente, los bandidos podrían haberse llevado también esos caballos”. Noah hizo una pausa. “No, eso sería bastante difícil”.

“Aunque estuvieran preparados para llevarse a casa una tonelada de cosas, no creo que hubieran podido con toda esa plata”, coincidió Cazzy.

La plata era pesada, incluso después del refinamiento. Además de los carros y los caballos que Pilocolo tenía a su disposición, se necesitaría mucha mano de obra para manejarlo todo.

“No hay manera de que puedan llevar algo tan pesado y difícil de manejar sin saber que está allí de antemano y prepararse para ello. Además, ralentizaría enormemente su huida, así que normalmente no debería ser ni siquiera un objeto a robar. Y no sólo eso, sino que el comercio de la plata se sigue de cerca”.

Eran delincuentes que tenían su hogar en el desierto— el tipo de gente que necesitaba vivir en movimiento, sin llevar nada más que lo absolutamente necesario. Si no tenían como objetivo la plata, al menos debían saber que estaba allí de antemano. Arcus sabía que eso no era suficiente para demostrar que estaban trabajando con Pilocolo, sin una última pieza.

“La pista más importante en todo esto es el comportamiento de Pilocolo”, dijo Arcus. “No hizo ningún intento de recuperar su plata. En cambio, se dirigió directamente a la capital para denunciar su robo”.

“Ese es un comportamiento poco natural”, dijo Noah.

“Tenía guardias con él; eso habría sido suficiente poder de lucha. Eido no estaba con los bandidos que se llevaron la plata, así que recuperarla debería haber sido posible. Lo menos que podían haber hecho era perseguirlos, pero se rindieron sin siquiera intentarlo”.

“Oye, sí. Además, aquí llevaban esas cosas para los gobernantes. La mayoría de la gente se tropezaría para recuperarlo”.

“¿Verdad? Pilocolo nunca tuvo la intención de recuperar la plata. Vino aquí para presentar sus excusas. Esa es la única explicación que tiene sentido, ¿no?”

Siempre había la posibilidad de que Pilocolo estuviera tan afectado por el robo que no pensara con claridad, pero a Arcus le costaba creerlo. Cualquiera con sentido común habría saltado para recuperar la carga, y eso debería haber incluido a Pilocolo. Él, sin embargo, se dirigió directamente a la capital. No era nada menos que desconcertante.

“Cuando los bandidos estaban en la aldea, los condujo a su carga mientras ayudaba a los aldeanos a evacuar. Esa es la única forma en que el proceso de romper las puertas, robar la plata y retirarse pudo ocurrir tan rápidamente y sin problemas”.

“Y por eso crees que estaban trabajando juntos, ¿verdad?”

“Pilocolo tenía los medios para hacerse con esa plata legalmente. Eido y los bandidos tenían los medios para transportarla. Tenían todo lo que necesitaban para llevar a cabo esto”.

Si la plata desaparecía sin motivo aparente, Pilocolo parecería sospechoso, pero si hacía que pareciera que había sido robada, podría salirse con la suya. Le habían regañado y multado por la pérdida, pero eso era una sentencia leve comparada con ser descubierto, y la multa sólo valdría una fracción de lo que se había embolsado. Si tenía suerte, tal vez incluso se le encargara volver a transportar plata.

“¿Qué pasa con ese tipo Gilles, entonces?” preguntó Cazzy.

“No creo que esté involucrado. Estuvo con nosotros todo el tiempo desde que aparecieron los bandidos, y Deet y sus hombres lo vigilaron de cerca después. Tampoco habría ninguna ventaja en que se mantuviera tan cerca de nosotros, y al final no hizo nada que interfiriera en nuestra investigación.”

“Como nunca tuvo la oportunidad de hacer nada importante, ¿es automáticamente inocente?”

“Así que no tiene nada que ver, ¿eh?” Cazzy frunció el ceño. “De acuerdo, ¿pero por qué estos tipos querían tanto esa plata en primer lugar? Tiene que haber formas más fáciles de conseguirla. Como comprarla”.

“Hm...”

Cazzy tenía razón— era un plan bastante complejo para algo que, aunque caro, debería haber estado dentro del presupuesto de un comerciante como Pilocolo. Podría haber obtenido un buen beneficio con un stock de plata legítima al por mayor. El material era un bien inelástico, incluso a su precio inflado, podría haber contado con su venta. La única conclusión era que Pilocolo no la quería para comerciar, y tenía que haber una razón para recurrir a tales medidas de ocultación para conseguirla.

Alguien necesitaba plata, y no podían dejar que nadie más se enterara. A Arcus le resultaba difícil creer que fuera el propio Pilocolo. Era un comerciante; no debería necesitarla tanto. Entonces, ¿quién la necesitaba?

Arcus podía pensar en alguien. Alguien cuyo nombre aparecía siempre en lugares inesperados.

“El resto de mi idea se basa en una tonelada de suposiciones en lugar de cualquier evidencia circunstancial. ¿Prepárense?”

Noah y Cazzy asintieron.

“Creo que el Conde Nadar podría estar conectado con todo esto”.

“Nadar... Se refiere al Conde Porque Nadar, ¿no es así?”

“¿Por qué piensas eso entonces?”

“Su nombre sigue apareciendo. Esos rumores sobre la compra de plata, y lo que dijo Deet sobre que el príncipe lo estaba investigando. Y luego Pilocolo lo mencionó hace poco. Además, su territorio está justo al lado de Rustinell”.

Aunque Arcus no tuviera pruebas sólidas, la frecuencia con la que oía ese nombre era motivo para sospechar *algo*.

“La investigación del Gremio sugiere que hay algo de verdad en los rumores de que estaba comprando plata. Por la razón que sea, está claro que el Conde Nadar quería plata. Lo que no está del todo claro es si *todavía* la quiere”.

“¿Crees que podría?”

“Sí. Pero antes estaba comprando tanto que causó un montón de rumores, ¿no? Lo suficiente como para desencadenar una investigación. Eso significa que ya no puede ser visto haciendo pedidos. Así que se le ocurrió un plan. Reunió a un mercader y a algunos bandidos, y les encargó que obtuvieran y transportaran algo de plata para él. Que consigan la plata legalmente... Si esa plata desapareciera sin dejar rastro, sería sospechoso, pero si puede culpar a un tercero, podría ocultar a dónde iba *realmente* esa plata”.

“Sí. Si no podía comprarlo, supongo que su única opción era robarlo”.

“Eso explica por qué los bandidos capturados se suicidaron también. Estaban protegiendo al noble de alto rango que los respaldaba. Es lo mismo que hacen los espías— los muertos no cuentan cuentos y todo eso. O eso, o...”

“Eido se deshizo de ellos”.

“Sí. No me sorprendería que ya tuviera un contacto dentro del pueblo”.

“Crees, entonces, que esos bandidos no eran bandidos, sino subordinados del Conde Nadar”.

A Arcus le convencía más la idea de que bebieran veneno para evitar que su amo fuera descubierto, pero quedaba por ver si eran hombres de Nadar o no. Como mínimo, tenía que haber algo grande entre bastidores, o no habrían necesitado morir.

“Por eso ha habido escasez de plata, aunque la producción se ha mantenido constante, ¿eh?”

“No es sólo Rustinell. Ha habido robos en todas las minas de plata de la zona. ¡Y es por eso que los hombres de la capital han estado luchando por averiguar adónde va toda la plata!”.

“Te entiendo. Apuesto a que los líderes de aquí tampoco quieren admitir en la capital que les siguen robando la plata”.

“Sí. Están siendo poco rigurosos a la hora de informar de los incidentes y falsean las cifras, esperando poder resolver el problema ellos mismos de alguna manera. Eso es lo que están investigando Deet y sus hombres, aunque no sé si sospechan de Nadar o no”.

“Parecía que estaban haciendo todo lo posible”.

En este mundo, el estatus social y la capacidad tienden a ir de la mano. Reunir a lo más alto de la alta burguesía en una fuerza de combate y darles tanto autoridad sobre los demás como cierto grado de autonomía daría lugar a un equipo capaz de resolver la mayoría de los problemas. Todo lo que ese equipo tenía que hacer era recuperar la plata para estabilizar el suministro, y el precio bajaría de forma natural. Eso ataría las cosas, y no habría necesidad de que las autoridades salieran a denunciar sus fallos.

Eso, por supuesto, también explicaría por qué la investigación estaba teniendo problemas. La corona aún no sabía dónde había ido a parar la plata, y nunca lo necesitaría, mientras los bandidos fueran capturados. Los que estaban en el poder no sabrían lo que había pasado con la plata, y por lo tanto tendrían problemas para averiguar lo que realmente estaba pasando entre bastidores. Era una forma astuta de manipular las lagunas de la burocracia estatal y la relación entre los monarcas regionales de aquí y la corona.

Suponiendo que las deducciones de Arcus fueran ciertas, Nadar debía tener algunos hombres muy astutos a su lado. De ser así, podría haber estado atesorando incluso más plata de la que Arcus imaginaba. ¿Qué planeaba hacer con ella? La explicación más probable era que quería ampliar el armamento de su ejército.

Pero la plata se produjo en este mismo lugar. Normalmente estarías más hambriento de recursos a los que no tuvieras fácil acceso.

Los ojos de Arcus se abrieron de par en par al recordar de repente algo que había dicho antes a Sue. Se trataba de establecer una buena relación con otros territorios para obtener

información de ellos. El comercio de bienes era una parte de eso. Pero, ¿y si todo iba demasiado lejos?

“Creo que el Conde Nadar podría estar vendiendo su plata al Imperio por debajo de la mesa”.

Si Nadar tenía un acuerdo comercial ilegal con el Imperio que incluía la venta de plata, todo tendría sentido. Si el Imperio seguía exigiendo más y más, entonces necesitaba alguna forma de obtener la plata fuera de sus medios habituales.

La plata era un recurso estratégico tan esencial como el petróleo en el mundo de ese hombre, y una fuente similar de problemas. El Imperio estaba en guerra con dos países distintos, así que era natural que quisieran mucha.

“Es muy posible”, dijo Noah.

“Sí...” Dijo Cazzy.

“Aunque probablemente lo esté pensando demasiado”, admitió Arcus, recostándose en su silla para dar un respiro a su cerebro.

Por mucho sentido lógico que tuvieran sus pensamientos, carecía de pruebas concluyentes, y muchas de ellas eran meras especulaciones. Era demasiado precipitado decidir que Pilocolo estaba trabajando con los bandidos, y que el Conde Nadar estaba moviendo los hilos.

Probablemente era la influencia de ese hombre; le encantaba leer, pero Arcus sabía que leer demasiado en las cosas sólo causaría prejuicios en su pensamiento. Así que decidió descartar la línea de pensamiento por ahora.

Noah, sin embargo, sonreía. “Yo también creo que todo es bastante fascinante”.

“¿De verdad?”

“Dicho así, no puedo negar la posibilidad de que lo que dices sea cierto. De hecho, creo que es bastante probable”.

“Tienes una mente más oscura de lo que tu cara delata. ¿Recuerdas aquella vez que dijiste que debíamos provocar un incendio para escapar de la torre? Nunca oí a un noble decir algo así”. Cazzy se rió.

“Lo siento si eso es algo malo”, suspiró Arcus.

“Este mayordomo tiene razón, sin embargo. Lo que dices es bastante fascinante”. Una voz familiar salió de la nada.

Fue ahora cuando Arcus se dio cuenta de que el extraño hombre de Imeria estaba sentado junto a ellos, con los pies sobre la mesa mientras se balanceaba en su silla.

“Gilles”.

Estaba jugueteando con una moneda de cobre, con aspecto de haber estado sentado allí el tiempo suficiente para encontrar la postura más cómoda que pudiera adoptar.

“¿Cuándo...?”

“¿De dónde has salido?”

Noah se levantó de su asiento y se adelantó, listo para proteger a Arcus si era necesario. Cazzy cogió su equipo.

“Este es sólo uno de mis muchos talentos. No se preocupen. Tampoco quiero causar problemas en este establecimiento, así que pueden calmarse. Sólo he venido a hablar con Arcus”. Gilles dejó la espada que tenía en el suelo y levantó ambas manos, y sólo continuó una vez que estuvo seguro de que Cazzy y Noah no iban a atacarle. “¿Así que crees que el Conde Nadar está enviando plata al Imperio? ¿No crees que es demasiado implicar al propio conde? Sé que es fácil asumir que los nobles son los malos, pero aún así...”

“Puede que tengas razón. Podría haber algún otro noble o líder o poderoso comerciante involucrado en su lugar. De cualquier manera, la plata es fácil de rastrear. No es algo que la mayoría de los ladrones buscarían, así que si ha sido robada, significa que va a parar a alguien lo suficientemente poderoso como para cubrir sus huellas. Además...”

“¿Además?”

“El príncipe ya está investigando a Nadar. Eso significa que hay razones para sospechar de él”.

“Supongo que sí. ¿Así que crees que el Conde Nadar lo está vendiendo al Imperio, o traficando con él?”

“Sí. Así nadie podrá rastrearlo dentro del reino. Los rastros desaparecen en cuanto entra en el Imperio”.

“Has pensado bien en esto, ¿no?” Gilles asintió. “De todos modos, ¿cuáles son tus planes ahora, Arcus?”

“¿Mis planes?”

“Pilocolo ha sido muy amistoso con esos bandidos, ¿verdad? ¿No te dan ganas de castigarlos, viendo que se están saliendo con la suya con la sociedad y todo eso?”

“No veo qué puedo hacer al respecto”. Arcus suspiró. Gilles tenía una imaginación muy activa. Incluso si sus deducciones eran ciertas, no era como si tuviera el poder de detener nada de eso. No sólo estaba totalmente fuera de su jurisdicción, sino que no era más que una especulación. Ya había personas cuyo trabajo era ocuparse de este tipo de cosas.

“Déjame preguntarte algo, Arcus. ¿Qué crees que hará el Conde Nadar si se descubre que realmente estaba vendiendo plata al Imperio?”

“Bueno, primero querrá protegerse, ¿no? Si es del tipo que hace ese tipo de cosas en primer lugar, estará buscando que le rebajen la condena, así que se inventará alguna excusa o algo, supongo”.

“Creo que lo mismo. Y el príncipe va a bajar a husmear él mismo, ¿no? ¿Y si el conde no puede poner excusas? ¿Entonces qué?”

“Él...”

Arcus se detuvo a pensar. Traficar con recursos estratégicos a una nación enemiga era nada menos que traición, y Nadar sería castigado con toda seguridad. Es más que probable que sea condenado a muerte. Con el príncipe pisándole los talones, el conde debía de estar sintiendo la presión. ¿Permitiría que se lo llevaran tranquilamente?

“¿Atacaría... al príncipe, tal vez?”

“Ooh, interesante. ¿Y luego qué?”

“Tal vez tomaría la cabeza del príncipe y la llevaría al Imperio como un regalo...”

“¡Eso sí que es espeluznante! No sabía que tenías ese tipo de pensamientos en tu cabeza, Arcus”.

Arcus sólo hablaba distraídamente mientras las posibilidades pasaban por su mente, pero Gilles parecía estar muy de acuerdo con sus ideas. Levantó la vista de repente para ver al comerciante sonriéndole de oreja a oreja. Arcus apenas tuvo tiempo de darse cuenta de a dónde iba todo esto cuando Gilles le hizo otra pregunta.

“¿Y luego qué? ¿Qué pasaría después, Arcus?” El tono de la voz de Gilles sugería que ésta era la pregunta más importante de todas.

“Bueno, tal vez el Conde Nadar sería atrapado e interrogado sobre la muerte del príncipe, o tal vez no. Pero el reino estaría obligado a intentar destruirlo. Por eso el Conde Nadar compraría todo el trigo y la sal, para preparar una guerra, y...” Los ojos de Arcus se abrieron de par en par.

“Oh, dios...”

“En serio...”

“*Prepararse*. Esa es la palabra clave”. Gilles se rió. “Voy a preguntar de nuevo ahora, Arcus. ¿Cuáles son tus planes ahora?”

“No puedo fingir que no tiene nada que ver conmigo después de todo eso. Eso es demasiado peligroso”.

“Sí”.

Arcus suspiró.

“No me mires así. Sólo te ayudé a ordenar tus pensamientos, ¿no es así?”

Tenía razón; sin esta conversación, Arcus podría haber tardado mucho más tiempo en averiguar lo que ocurría entre bastidores. Esto hizo que Arcus sintiera aún más curiosidad por saber quién era realmente Gilles, y lo puso doblemente en guardia.

Sin más, el mercader se levantó. “Quiero decirte algo interesante como agradecimiento por una conversación decente, Arcus”.

“¿Algo interesante?”

“Pilocolo está en un almacén en el norte de la ciudad ahora mismo. Y está con unas personas que me resultan muy familiares”.

Las cejas de Arcus se alzaron y la sonrisa sospechosa de Gilles se intensificó. “Interesante, ¿verdad?”

“¿Desde cuándo sospechas de Pilocolo?”

“Desde el principio. Pero lo supe con certeza cuando vi su permiso de transporte. Era falso. Aunque bien hecho. Y no supe nada de los bandidos hasta después”.

Arcus no pudo evitar preguntarse hasta qué punto esa afirmación era cierta. Era posible que fuera el destino de Pilocolo lo que alertara a Gilles de su falta de confianza.

Al ver que Arcus aún parecía cauteloso, Gilles bajó la voz. “Este es el único momento en el que puedes conseguir tus pruebas, ¿verdad?”

“¿Por qué?”

“Bueno, Pilocolo tiene un problema ahora. Tiene que conseguir esa plata que se llevó a la cuenta”.

Se necesitaría un esfuerzo considerable para transportar una carga tan pesada y difícil de manejar. Tenía que haber algo aquí en la capital más adecuado para la tarea que los carros.

“Ese 'nuevo material' que dijo que transportaba, y su 'próximo trabajo'... Si usa el río...”

“Uh-huh. Esa sería la forma más fácil, segura y natural para que se mueva, ¿no?”

La mayor parte del tráfico en el río pasaba por un distrito de almacenes en el norte de la capital. Si Pilocolo seguía en la ciudad, era posible que la plata también lo estuviera. Y si ese era el caso, ahora podría ser el único momento para descubrir sus crímenes.

¿Qué debemos hacer?

“Ahora, esto es sólo mi instinto hablando, pero ¿no crees que ese tipo Eido era un poco diferente de esos bandidos?”

“Sí. No me pareció un bandido en absoluto”.

“Es más que eso, como si estuviera actuando por separado de ese grupo que atravesó las puertas. Tengo la sensación de que los estaba utilizando. Como carne de cañón o algo así, ya sabes”.

“¿Crees que tal vez Pilocolo y Eido lideraban juntos a los bandidos?”

“No puedo estar seguro. Parecía un poco... independiente, como si hubiera algo diferente en él, incluso comparado con Pilocolo”.

“¿Cómo de diferente?”

“Digamos que Pilocolo es la mascota domesticada de alguien. Eido parecía más bien un tipo que *no podía* ser domesticado. ¿No tienes la misma sensación de él? Como si no fuera del tipo que se deja controlar fácilmente por nadie. No era de los que responden a nadie. Era como si sólo ayudara porque lo beneficiaba de alguna manera”.

“¿Tú crees?”

“Quiero decir, ¿por qué si no te prometería que ninguno de los aldeanos iba a ser dañado, como si tuviera un código personal al que quisiera atenerse sin importar nada? Era como si ese código fuera su maestro, y ninguna persona pudiera reemplazarlo”.

Arcus pensó en la pelea. Podía ver de dónde venía Gilles.

“Son sólo mis pensamientos”, dijo Gilles, “pero si están equivocados, no creo que estén muy lejos de la verdad”.

“Eido...”

“Mencionaste que ayudó a un tipo en el camino, ¿verdad? Sé que es difícil simpatizar con tu enemigo, pero vale la pena entenderlo antes de dejarlo. No puedes hacerles preguntas importantes cuando se han ido, por mucho que lamente haber perdido la oportunidad”.

“Podrías estar en algo ahí...”

Con eso, Gilles se giró hacia la entrada. “Intenta no morir, ¿de acuerdo? Te estaré animando desde las sombras”. Agitó una mano por encima del hombro antes de marcharse.

Gilles habló como si ya supiera lo que Arcus decidiría hacer. Arcus no le quitó los ojos de encima mientras se marchaba. De repente, Gilles se detuvo a mitad de camino y dio una palmada.

“¡Oh, claro! Olvidé mencionar algo realmente importante”.

“¿Qué es eso?”

“¿Recuerdas que quería vender tus herramientas de sellado y esas cosas? ¿Te importaría pensarlo bien? La próxima vez que nos encontremos, tendré algunas cosas muy buenas para ti”.

¿Otra vez eso?

“De acuerdo. Vuelve a verme cuando tengas tiempo”, dijo Arcus.

“¡Bien! ¡Te quiero, Arcus!”

“¡N-No me toques! Es espeluznante”

Fue como si el misterio que rodeaba al mercader se hubiera disipado en el momento en que se giró para abrazar a Arcus. Arcus lo espantó, aterrado por la forma en que frunció los labios, aunque fuera en broma. Eso fue suficiente para que el mercader se fuera esta vez, aunque hizo gesto de huir.

Es demasiado raro.

No estaría de más ser cauteloso con él, dado su comportamiento. Sin embargo, para bien o para mal, Arcus tenía la sensación de que sería necesario mantener los vínculos.

“Maestro Arcus”, comenzó Noah. “¿Qué vamos a hacer ahora?”

“Soy técnicamente noble, o al menos, me paga el Estado. Eso significa que tengo el deber de actuar”.

“¿No crees que ese tipo estaba diciendo tonterías?”

“No se me ocurre una razón para que nos engañe. Y si estuviera tratando de manipularnos, habría formas más fáciles de hacerlo. Podría haberse limitado a usar la escasez de plata contra mí sin meter a Pilocolo o a Eido en ello”, razonó Arcus. “Noah, Cazzy. Quiero que ustedes dos vayan a revisar el distrito de almacenes al norte ahora. Yo buscaré algunos refuerzos y luego me pondré en camino también”.

“¿Eh? ¿Quién es este 'refuerzo'?” preguntó Cazzy.

“Deet y sus hombres”.

“Ooh”.

“Eso es un pensamiento sabio. Su presencia puede ser necesaria”.

Puede que se tratara de una emergencia, pero estaban en lo más profundo del territorio de Rustinell. Arcus no podía hacer lo que quisiera sin permiso; primero necesitaba a Deet de su lado. Y si Eido seguía rondando por allí, necesitarían más poder de combate que ellos tres.

Arcus intercambió una inclinación de cabeza con sus asistentes antes de salir.

Después de separarse de Noah y Cazzy a la salida del restaurante, Arcus se apresuró a recorrer las calles para ver a Deet y sus hombres. Deet le había dicho a Arcus dónde estarían cuando se separaran, así que llegó rápidamente y sin necesidad de preguntar a mucha gente por el camino.

“Estaremos en la estación militar todo el día, así que pásate si nos necesitas. Te ayudaremos con lo que sea”.

“El maestro tendrá las manos llenas con la redacción de los planes y el papeleo para hacer frente a los bandidos”.

“¿No puede hacerlo otro?”

“No. Esto es su responsabilidad, Maestro”.

“¡Bueno, no puedo hacerlo! Tengo que ir a informar a mamá”.

“Me encargaré de eso, así que puedes seguir adelante y concentrarte en tu papeleo”.

“¡Nooo! Eres tan malo, Galanger!”

Con su única vía de escape bloqueada por Galanger, Deet se había hundido en las profundidades de la desesperación. Obligar a un niño de su edad a leer páginas y páginas de documentos repletos de cartas era poco menos que cruel. Aunque leer y comprender fuera su única tarea, no tardaría en desarrollar un dolor de cabeza. Si el trabajo fuera sencillo, tal vezno sería tan malo, pero Arcus apostaría que había mucho lenguaje difícil y técnico en esos papeles. Lo sintió por Deet, pero por mucha compasión que Arcus sintiera por él y por muy sombría que fuera la expresión de su rostro, no pudo escapar de las garras de los lores menores que lo arrastraron aquella tarde.

Faltaba poco para la puesta de sol, por lo que Arcus supuso que Deet debía haber terminado ya. La campana de la ciudad que anunciaba el crepúsculo acababa de empezar a sonar. Arcus se corrigió a sí mismo; si Deet estaba elaborando y ordenando sus propios informes y documentos, es posible que aún esté en ello.

Arcus llegó a la estación y se anunció ante los porteros, que parecieron reconocer su nombre enseguida. Deet debió advertirles que Arcus podría aparecer. Había traído su carta del rey por si acaso, pero al final había resultado inútil. Los guardianes fueron a avisar a Deet de su llegada, y no tardó en aparecer uno de los lores menores locales que Arcus había visto antes con Deet.

A Arcus le pareció un poco exagerado enviar a un lord a verle cuando él mismo era sólo un niño y el asunto era trivial, pero tal vez era así como hacían las cosas aquí en Rustinell.

Podría ser que no tuvieran suficiente personal de bajo rango aquí, así que recurrieron a usar a los lores como mensajeros, pero Arcus sospechaba que era lo contrario— al hacer que un lord transmitiera el mensaje como una vulgar sierva, Deet estaba demostrando cuánto poder tenía. Personalmente, Arcus podía pensar en formas más efectivas de hacer alarde de su poder, pero entonces tenía experiencia en un mundo donde el honor y los títulos no significaban tanto como aquí.

El lord habló brevemente con los guardianes de la puerta. Aunque parecían nerviosos en su presencia, tampoco hablaban de manera demasiado formal con él. Más que hablar con alguien con poder absoluto sobre ellos, era como si hablaran con un gerente en su oficina. Una vez que terminaron, intercambiaron una simple inclinación de cabeza antes de que el lord fuera a buscar a Arcus y le mostrara una sala de trabajo.

Lo primero que vio fue a Deet desplomado sobre el escritorio, aparentemente asfixiado físicamente bajo el peso de su papeleo. Su rostro estaba pálido y se tornaba violáceo aquí y allá, hasta el punto de que Arcus sospechó que se trataba de una cianosis. Arcus imaginó el alma de Deet escapando de su cuerpo en un penacho de ectoplasma. Para ser justos, el papeleo no parecía *tan* sustancial, pero Arcus recordó vivamente por qué odiaba la idea de

que los niños de su edad fueran obligados a realizar ese tipo de trabajos. Aunque este mundo fuera una meritocracia, le gustaría que hubiera leyes sobre el trabajo infantil. En primer lugar, necesitaban centros de bienestar infantil. Los sindicatos podrían venir después.

Deet volvió a la vida en cuanto vio a Arcus. Saltó por encima de su escritorio de un solo salto y abrazó a Arcus. “¡Arcus! Me alegro mucho de que estés aquí! Gracias! Gracias a ti. Muchas gracias”.

“Eh...” Arcus sólo pudo emitir un confuso graznido cuando los movimientos de Deet hicieron volar por los aires una ráfaga de papeles. Actuaba como si uno de los Fantasmas Gemelos hubiera aparecido para salvarlo de su situación. Arcus se sentía como un bombero que acaba de salvar al gatito de una mujer de un edificio en llamas.

Galanger, que parecía haber estado supervisando a Deet mientras trabajaba, suspiró. “Maestro, por favor, no me diga que sus amenazas de muerte de antes eran sólo una treta”.

“¡No estaban! ¡Estaba realmente a punto de morir! ¡Mis pensamientos se mezclaban y mi conciencia se desvanecía!”

“¿Estás seguro de que no te estabas quedando dormido?”

“¡No! ¡Me estaba muriendo!”

“Ya es hora de que empieces a acostumbrarte a este tipo de trabajo”.

“¡Prefiero usar mi cuerpo a usar mi cerebro!”

Con lo enérgico que era Deet, Arcus bien podía creerlo. Deet se escabulló detrás de Arcus para devolver la mirada a Galanger.

“Ni siquiera tú puedes hacer este tipo de trabajo, ¿verdad, Arcus?”, preguntó, haciendo que sonara más como una afirmación que como una pregunta.

Arcus sólo tenía duras verdades que compartir. “En realidad, he estado haciendo tres veces más que esto recientemente”.

“¡¿Ves?! Esto no es lo normal, ¿no?”

“Digo que yo también hago papeleo”.

“Espera, ¿en serio? ¿Y tres veces más? ¿Eh? ¿Qué?”

“Sí”.

En el caso de Arcus, sus trámites se referían al eterómetro y su producción. Pudo recuperar algo de tiempo tras compartir su técnica de éter templado, que comenzó poco después del aumento de la producción. Ingenuamente, pensó que podría utilizar ese tiempo extra a su antojo, pero en lugar de eso se llenó de papeleo adicional. Esos documentos incluían informes de pruebas, datos de inspecciones, solicitudes de permiso para utilizar el dispositivo en un campo determinado, etc.

Como Arcus no podía realizar ese papeleo en la residencia de Raytheft, tomó prestada una de las habitaciones de Craib. Entre la carga semanal de nueva burocracia y los informes que tenía que redactar antes de sus plazos, le quedaba tan poco tiempo libre como antes.

Ningún niño de su edad debería tener que hacer tanto trabajo, y éste no hacía más que aumentar. Arcus suspiró al pensar en ello, recordándose a sí mismo que debía cumplir con su plan de dividir eventualmente el trabajo.

Deet se quedó sin palabras ante él.

“¿Lo ve, maestro?” dijo Galanger. “Otros lo tienen incluso peor que tú. Ahora vuelve a ello”.

“¡No! ¡No tiene ningún sentido! Algo raro está pasando aquí!”

“Creo que ya es hora de que empieces a hablar con más propiedad, teniendo en cuenta tu estatus”, dijo Galanger.

“¿Por qué? ¡Es más fácil hablar así!”

Aunque Deet no había confirmado quién era a Arcus, no se podía dudar de su lugar en la escala social. Era el hijo de Rustinell, y los lores menores estaban por debajo de él. Aunque el propio Arcus era hijo de un noble, su padre no era uno de muy alto rango. Él y Deet no deberían haber conversado tan casualmente como lo hicieron.

“Pero amestro...”

“¡Bien, entonces te ordeno que me dejes hablar como yo quiera y que tú hables como quieras! ¡Ahora no puedes hacer nada al respecto! ¿Verdad?”

“Por favor, sé razonable...” La exasperación era evidente en el rostro de Galanger mientras miraba a Deet, aunque la sugerencia de su maestro también le facilitaría las cosas.

Por su forma de hablar, un espectador podría llegar a la conclusión de que Deet no entendía su propio estatus social. La posición de hijo de Rustinell contaba mucho, incluso en todo el reino. Deet superaba en rango incluso a Charlotte, que era hija de un conde— Arcus debería haberse dirigido a él con mucha más educación.

“¡No! ¡Hablaré bien cuando sea importante, pero *aquí* puedo hablar como quiera!” insistió Deet.

“Este es tu lugar de trabajo. Deberías tratarlo como un entorno formal, especialmente cuando estás trabajando”.

“¡Incorrecto! ¡Esta es mi habitación privada!”

“Estoy seguro de que ni siquiera nuestro visitante aquí podría creer una mentira tan escandalosa”.

Deet era tan inmaduramente terco como siempre.

Finalmente, Galanger cedió. “Por favor, habla con mi maestro de acuerdo con sus deseos”.

“De acuerdo. Pero debería hablarte a ti, y a la gente como tú, con más respeto”, señaló Arcus, principalmente a Deet.

“Si eso es lo que sientes...”

“Lo es, sir”.

“¿Oh?”

Con ello, la conversación parecía llegar por fin a su fin, hasta que Deet abrió descaradamente la boca para impedir que se zanjara el asunto.

¿” Sir”? No me gusta”.

“Te das cuenta de que yo también tengo un cierto estatus, ¿no es así, maestro?” señaló Galanger con una sonrisa. A pesar de lo que discutían, parecían estar en buenos términos, y la discusión finalmente terminó allí.

“¿Puedo pasar ya al tema principal?” preguntó Arcus, deseoso de no perder más tiempo.

“¿Es por lo de mañana con mi madre? Galanger ya se lo ha dicho”.

“Lo hice. Su señoría lo recibirá, y me he asegurado de que su visita sea confidencial. No hay necesidad de preocuparse”.

“Gracias. Pero en realidad estoy aquí por otra cosa”.

“¿Qué?”, preguntó Deet.

“Creemos saber dónde están esos bandidos ahora mismo”.

“¿De verdad?! ¡Dinos, dinos!” preguntó Deet con entusiasmo, claramente hambriento de cualquier pista que pudiera conseguir.

“¿Estás seguro?” preguntó Galanger. “Esto es un poco repentino...”

“No podemos garantizar nada, pero estamos muy seguros”, dijo Arcus.

Galanger llamó a la sala a una serie de personal importante. Cuando todos estuvieron reunidos, Arcus habló de lo que había aprendido y averiguado en el restaurante. Se aseguró de mencionar el papel de Gilles en el desarrollo de sus teorías.

“Todo eso parece muy lógico”, comentó Galanger una vez que terminó. “Así que los bandidos lograron escapar porque tenían un co-conspirador...”

“Creemos que sí. Sabían con precisión dónde estaría su objetivo, y por lo tanto fueron capaces de hacer los preparativos para llevar a cabo la plata”.

“Tengo que admitir que tengo curiosidad por la identidad de ese comerciante de Imeriano. ¿No pensaste en capturarlo?”

“Uh...”

Arcus no había pensado en eso. Su cabeza estaba demasiado llena de las nuevas revelaciones y de la amenaza al príncipe.

Sin embargo, tal vez eso no sea todo...

Gilles había compartido con ellos información útil. Arcus no podía llamarlo enemigo, pero tampoco aliado. Esa etiqueta impidió que Arcus considerara siquiera la posibilidad de capturarlo, pero podía ver que, desde la perspectiva de Deet, querrían interrogarlo de nuevo.

“No pensé en ello. Fue un descuido por mi parte y me disculpo”.

Deet se puso delante de Arcus de forma protectora. “Tampoco es que hayamos tratado a ese tipo con suficiente desconfianza, Galanger. Si quieres culpar a Arcus, nosotros también tenemos que asumir la responsabilidad. Además, si tratara de capturar a algún mercader aquí en nuestro territorio, probablemente se metería en problemas”.

Deet se giró para sonreír a Arcus. Arcus tenía que admitir que era un buen orador, pero eso era probablemente porque tenía experiencia en soltar excusas como esta.

“Es cierto. Tal vez fue un error de mi parte decir algo”.

“De todos modos no importa, porque no tenemos tiempo para hablar de esto ahora. Tenemos que ir a por ese tal Pilocolo”, dijo Deet. Se volvió hacia Arcus. “Ibas a ir a recoger pruebas ahora, ¿verdad?”

“Sí. Espero que no te importe, pero ya envié a Noah y a Cazzy al almacén”.

“Está bien. Es bueno que lo hayas hecho, de hecho”.

Arcus debía tener cuidado de no pasarse de la raya y de no hacer nada que hiciera avergonzar a Deet y a sus hombres. Sin embargo, era necesario vigilar a los bandidos y a Pilocolo por si cambiaban de rumbo. Después de esto, podría dejar que Deet se encargara del resto.

“¿Qué piensa, maestro?”

“¡Vamos a detenerlos, por supuesto! No podemos dejar que se paseen por aquí como si fueran los dueños del lugar”.

“Recuerda que este comerciante podría ser totalmente inocente”.

“¡Espera, Galanger! ¿Estás diciendo que no confías en Arcus?”

“En absoluto. Sólo estoy sugiriendo que podría estar equivocado”.

“Si no lo es, el príncipe podría estar en problemas. Al menos tenemos que comprobarlo, sobre todo porque este es nuestro territorio. ¡Tenemos que hacer algo!”

“Puede que tengas razón. En cualquier caso, nos falta mucha información, así que lo mejor sería actuar”.

Los otros lores menores expresaron su acuerdo. Aunque Arcus se equivocara, no sufrirían por correr ese riesgo aquí— eran demasiado poderosos. Para ellos era sencillo aplastar a

quienes abusaban de sus privilegios, e incluso si se equivocaban, éste no era el tipo de mundo en el que un humilde comerciante podía acusar a las autoridades de exagerar y ser escuchado.

Pero si Arcus tenía razón y no hacían nada, tenían un problema. El príncipe estaba saliendo de Rustinell. Incluso si era atacado después de abandonar el territorio, no había mucho que protegiera a Rustinell de las sospechas, y ese sería el peor resultado posible para estos lores. Como mínimo, estaban obligados a localizar a Pilocolo e investigar su carga.

A medida que avanzaba la discusión, uno de los lores que había abandonado temporalmente su asiento volvió con un documento, que le pasó a Deet.

“Aquí hay una lista de toda la carga que ha entrado hoy en la capital”.

Seguro que se ha movido rápido.

Deet abrió el documento para asegurarse de que todos pudieran verlo.

“Ahí está el nombre de nuestro mercader”, dijo uno de los lores.

“¿Qué dice de su carga?”, preguntó otro.

“Se describe como 'carga general'. Sin embargo, parece que tiene mucho”.

“Creo que deberíamos investigar esto”.

Con eso, Deet empezó a dar sus órdenes y todos se pusieron en marcha. Los soldados ya estaban preparados para ponerse a trabajar y se separaron rápidamente en tropas. Galanger los organizó aún más, dirigiendo a cada uno a una posición distinta. El grupo que iba a cargar estaba dirigido por Deet. Estaba formado por varios lores y algunos de los soldados más poderosos físicamente. Mientras tanto, otros grupos, dirigidos por lores, fueron enviados a sellar las puertas y el río.

Arcus siguió al grupo de Deet hasta el distrito de los almacenes. La noche ya había caído y el trabajo había terminado en la zona, dejándola casi desprovista de actividad humana. Los Sol Glasses iluminaban el camino, probablemente para disuadir a los posibles delincuentes, por lo que no era difícil orientarse a pesar de la oscuridad. Edificios uniformes con enormes puertas se alineaban en el camino, y carros y carretas habían sido dejados aquí y allá junto a ellos. El río cercano enviaba un viento fresco a través del aire. Si Arcus tuviera que adivinar sólo por la sensación, este tramo era dos o tres grados más frío que otras partes de la ciudad.

Mientras Arcus se acercaba a la entrada, Noah y Cazzy aparecieron de la sombra de una pared. Deben haber deducido que su amo vendría de esta dirección.

“Deet y su tropa están conmigo. ¿Han conseguido todo lo que les he pedido?”

“Lo hicimos”. Noah asintió, con el semblante tan tranquilo como siempre.

“¿Así que encontraste a Pilocolo y a los bandidos?”

“Sí. Cazzy me informó de que los neófitos suelen tomarse su trabajo en serio, así que buscamos a gente que pareciera ocupada. Fue inesperadamente sencillo localizarlos”.

“Vaya. Así se hace, Cazzy”.

“En efecto”.

“No soy tan inútil como parezco, ¿no?” Cazzy cacareó.

Confía en que Cazzy sabe cómo funciona la mente de un tipo malo...

“Hemos confirmado que el señor Pilocolo ha entrado y salido de ese edificio varias veces”, dijo Noah.

“Tiene una tonelada de cosas con él. Creo que está intentando cargarlo todo durante la noche para poder irse en cuanto salga el sol”.

Arcus comprobó el informe que había traído el lord menor. Las cantidades de las que hablaba Cazzy parecían coincidir con el cargamento que Pilocolo trajo por el río esta mañana.

“¿Están ahí los bandidos que atacaron la aldea?” preguntó Deet a Noah.

“Sí, estamos casi seguros de que lo son. Aunque su atuendo es diferente, he visto varias caras que reconozco”.

“No parece haber ninguna duda”, dijo Galanger. “Pensar que están llevando a cabo sus maldades delante de nuestras narices...”.

Parecía que este distrito de almacenes había sido un punto ciego para Deet y sus tropas.

“¿Viste a Eido en algún momento?” Arcus hizo la pregunta que le apremiaba.

“No. Ni nadie que se le parezca”.

“Podría estar escondido ahí dentro”, señaló Cazzy. “Es más seguro asumir que lo está”.

“No lo sé. Creo que podría no estar aquí”, dijo Arcus.

“¿Por qué?” preguntó Noah.

“Gilles nos dijo en términos inequívocos que Pilocolo estaba aquí, pero nunca dijo que fuera Eido. Sólo mencionó a Pilocolo y a algunos hombres conocidos. Sabía el nombre de Eido, así que debería haberlo mencionado por su nombre, y además de inmediato”.

“Eso no me parece una razón muy fuerte”, dijo Cazzy.

“Hay algo más. Si tengo razón en esto, no hay duda”. Arcus levantó la linterna de Gown.

En los últimos dos o tres días, la linterna se había comportado de forma extraña de vez en cuando. Se agitaba justo antes de que se encontraran con Eido y cuando los bandidos atacaban, como si tratara de decirle algo a Arcus. Más concretamente, Arcus supuso que quería advertirle de que se avecinaba un peligro, y que cuanto más violentamente se agitaba, más grave era la amenaza.

“¿Qué es eso, Arcus?” Preguntó Deet.

“Es un pequeño regalo que alguien me hizo. Si mi pensamiento es correcto...”

Arcus levantó la linterna en dirección al almacén. Empezó a temblar, aunque no con tanta violencia como antes.

“¿Lo hace por sí mismo?”

“Sí. Pero tembló mucho más las dos últimas veces, lo que significa que quien está en ese almacén no es una gran amenaza”.

“Recuerdo que la linterna reaccionó de manera similar antes de que esos bandidos atacaran”, comentó Noah.

“¿Ese regalo que te hizo Gown no era sólo para aparentar?” Cazzy se rió.

“¿Nos estás diciendo que el mago al que te referías no está con el grupo?” preguntó Galanger.

“Sí. No debería estar con ellos”, respondió Arcus. “Deet. ¿Qué quieres que hagamos?”

Lo único que Arcus había pretendido era llevar a Deet hasta Pilocolo. Su único objetivo en Rustinell era obtener plata, y Arcus era cauteloso a la hora de pisar los pies de alguien o involucrarse en asuntos en los que no tenía derecho a participar. Dejar que Deet y sus hombres se encargaran de las cosas aquí sería probablemente su mejor curso de acción. Además, probablemente no quedaría bien con Deet permitir que los invitados de su madre de otro territorio se enfrentaran a una situación peligrosa, pero la respuesta de Deet lo sorprendió.

“Ya estás aquí. ¿Podrías ayudarnos? Tú eres el que los encontró, Arcus, así que si te vas ahora, apenastendrás crédito por ello”.

“No me preocupa mucho eso...”

Parecía un punto extraño para sacar a relucir. Arcus no tenía ninguna relación con Rustinell. Por mucho que a Deet le preocupara el “mérito” de sus subordinados, no estaba obligado a preocuparse por ello cuando se trataba de este grupo de forasteros. Arcus incluso se atrevería a decir que era una tontería. Miró a Galanger para ver su reacción; se estaba pellizcando el puente de la nariz.

“Es una tradición aquí en Rustinell reconocer a aquellos que han hecho un gran servicio a nuestro condado. Está gravemente prohibido tomar el crédito de otros”.

“Sí, lo que él dijo. Hay que reconocer a los que obtienen resultados. Además Arcus, ¿no quieres ver esto hasta el final?”

“Supongo que...”

“¡Está decidido, entonces! ¡Reúnanse todos! Vamos a entrar!”

A la orden de Deet, los soldados armados empezaron a correr por el almacén. Arcus y sus ayudantes les siguieron, irrumpiendo tras ellos.

Rivel Coast, del ejército de campaña del sur del Imperio, dejó escapar un suspiro de agotamiento mientras realizaba su trabajo.

¿Qué he hecho para merecer esto?

Se quejó y refunfuñó inconscientemente en voz baja; no lo habría hecho si al menos pudiera tolerar el puesto que le habían asignado, pero le habían encargado catalogar el inventario, una de las tareas más sencillas y serviles que existen. Cualquiera podía contar y clasificar la carga.

Rivel se había graduado en la academia militar del Imperio con resultados sobresalientes, había ingresado directamente en el curso de élite del ejército y se había incorporado oficialmente como oficial de la compañía. Todo el mundo tenía grandes esperanzas en su futuro y esperaba que algún día se uniera a los rangos más altos.

Pero ahora estaba aquí, contando cajas en un almacén. Hacía sólo tres días que había empezado a desempeñar sus nuevas funciones, y nunca esperó que le dijeran que le iban a trasladar al sur, a Lainur, que no es un lugar muy animado en los tiempos que corren. Luego le dijeron que se mezclara con los lugareños y trabajara como ellos, como una especie de *espía*.

¡¿No han visto mis notas?! ¡Debería estar en el corazón del ejército o en algún campo de batalla probando mi temple!

Tras su graduación, la mayoría de los soldados continuaban estudiando o eran enviados al norte al mando de su primera compañía para unirse a la lucha contra imperios inferiores. En cambio, Rivel fue enviado directamente a un reino enemigo.

Su tarea consistía en observar y ayudar en el plan de apoderarse de la plata de Lainur, para lo cual el Imperio contaba con un aliado en uno de los condes del reino. En otras palabras, no era más que el ayudante de un ladrón de gatos.

Gran parte de la educación de Rivel había sido la preparación para dirigir una fuerza de combate. Nada de eso parecía ser útil aquí. No importa cómo se mire, este no era el lugar al que pertenecía un soldado de élite.

¡Todo esto es culpa de esos imbéciles! ¡Todo!

Rivel se detuvo en los compañeros que se habían graduado con él. Su relación con ellos iba mucho más allá de la simple antipatía— veían todo lo que hacía como un ataque contra ellos, y su único talento consistía en acosarle. No importaba lo bien que le fuera a Rivel en la escuela; nunca le aceptaban, sino que optaban por acosarle por su aspecto personal. Sabía que uno de ellos debía de haber saboteado las cosas para que le asignaran aquí, sin duda por celos de su excelente rendimiento. Lo más probable es que lo hayan calumniado ante un profesor o un oficial de alto rango del cuerpo.

Eran todos unos mimados e incompetentes que sólo habían conseguido entrar en la jerarquía gracias a su linaje. Sus padres simplemente habían ejercido un poco de presión para que entraran.

Era la única explicación que tenía sentido. Si no, ¿por qué un hombre con talento como Rivel se veía obligado a realizar un trabajo tan denigrante en un lugar como éste?

El Imperio era una meritocracia. Los que carecían de talento eran tratados con desdén, mientras que los que lo tenían podían ascender a un puesto respetable por muy bajo que fuera su linaje. Si ocurría lo contrario, significaba que algún despreciable de poca monta manejaba los hilos entre bastidores.

A Rivel no le cabía duda de que alguien le había tendido una trampa.

Es la única explicación que tiene sentido.

Rivel volvió a refunfuñar. Esto duró un tiempo hasta que se sintió más tranquilo, momento en el que miró a un lado. Los documentos y permisos, así como las instrucciones del conde, estaban apilados de forma desordenada sobre una caja de madera. Más adentro del almacén estaba la carga de plata robada. Estaba cubierto con un simple paño, como si no hubiera necesidad de pasar desapercibido en absoluto. Nadie había sido castigado por sus métodos descuidados; la mayoría de los implicados confiaban en que este escondite no sería encontrado.

El propio Rivel no sabía por qué habían elegido la capital de Rustinell, un lugar gobernado por la infame Louise Rustinell, como almacén temporal de la plata. Tal vez fuera por la comodidad del río para el traslado de la carga, o tal vez por la tendencia de la gente a pasar por alto lo que ocurría delante de sus narices. Sin embargo, como graduado de la academia militar, Rivel sabía que almacenar la plata aquí era buscarse problemas. Si había una buena razón para *que* ocurriera aquí, eso era otra cuestión, pero Rivel sabía que no era el caso. Le resultaba increíblemente difícil entender por qué la plata e incluso las instrucciones del conde tenían que guardarse aquí precisamente.

Puede que no haya supuesto nada más que el hecho de que este lugar era el más conveniente para recibir la plata. Las instrucciones debían quemarse al cabo de cierto tiempo, pero eso apenas importaba cuando la plata incriminatoria estaba allí mismo. Si se descubría, todos serían arrestados en el acto.

Una operación como ésta requería el mínimo riesgo posible. Rivel intentó razonar con los hombres para que hicieran precisamente eso, pero no le escucharon, posiblemente por pereza, posiblemente porque no tenían la previsión de *considerar* siquiera que podrían ser atrapados. Se limitaron a seguir sus instrucciones sin pensar.

Imbéciles, todos ellos...

Todos eran así— se apresuraban a despreciar a los demás y, por lo tanto, desechaban de plano todas sus opiniones. Sus órdenes primaban sobre todo lo demás y excluían cualquier

atisbo de pensamiento inteligente. El líder de esta manada de bufones era un mercader llamado Pilocolo.

“¡Ponganse a trabajar por favor, todos!”

Su tono carecía de un ápice de confianza; era dolorosamente obvio lo incómodo que se sentía dando órdenes. Los hombres que trabajaban aquí se hacían pasar por mercaderes, así que debían de haberlo elegido por su familiaridad con la profesión. Por su parte, Pilocolo parecía totalmente inadecuado para un trabajo tan poco sofisticado.

“¿De qué demonios estás hablando? Sabes que perdimos a algunos de los nuestros en el ataque de ayer, ¿verdad? ¡¿O tu memoria sólo se remonta a tres segundos atrás?!”

Precisamente por eso esos hombres no tenían ningún reparo en hablarle así.

“¡Si! Lo sé, pero... no pensé que tuvieran magos de su lado, así que...”

“¡Ese chico estaba arreglando sellos, imbécil! ¡Claro que era un mago!”, gritó el bandido.

“¡Gyaaa! ¡P-Por favor, perdóname!” Pilocolo se encogió como un animal herido.

Los bandidos habían perdido muchos hombres en el ataque de la noche anterior. Más tarde se enteraron de que un grupo de magos del reino se había alojado en la aldea y se alegraba de utilizar todos sus poderes para protegerla. Al parecer, la mayor parte del grupo que atacó la puerta sur fue derrotado y posteriormente capturado. Los capturados fueron asesinados con estricnina para que mantuvieran la boca cerrada.

El bandido que gritaba a Pilocolo era el líder del grupo, contratado al mismo tiempo que el comerciante. Era el típico villano de poca monta, de los que hacen la pelota a los fuertes y presionan a los débiles. Probablemente fue esa personalidad la que le hizo ganar su carrera. Pilocolo era de voluntad débil, por lo que el bandido aprovechaba cualquier oportunidad para desquitarse con él. Si Pilocolo tuviera algún tipo de espina dorsal, podría haber sido capaz de reprimir este tipo de faltas de respeto, pero en lugar de eso, recibía el abuso cada vez que cometía un mínimo error. El Conde Nadar había cometido un error de juicio al elegirlo para un papel de liderazgo.

Rivel ya podía ver cómo se rompía el comerciante si seguía trabajando en este entorno, y sin embargo nadie tomaba ninguna medida para mejorar las cosas. Era, sencillamente, una tontería. Rivel se encontró incrédulo de que otras personas pudieran ser realmente tan estúpidas.

“Oye, gruñón del Imperio”. Una voz gritó al lado de Rivel.

Rivel despreciaba que le llamaran gruñón, pero se tragó su enfado y se giró para ver quién se había dirigido a él. Este hombre delgado había sido enviado personalmente por el Conde Nadar. Estaba tumbado con displicencia sobre uno de los cajones de madera como si fuera su trono personal. Su cuerpo estaba cubierto de demasiados piercings como para llamarlo elegante, y la mitad de su cara estaba cubierta con un tatuaje de una bestia temible. Si hubiera

tenido una mujer esperándole a su lado, podría haber dado la impresión de ser algún pez gordo de los bajos fondos, pero Rivel no se fiaba de esa evaluación.

Todo el mundo a su alrededor se afanaba mientras él holgazaneaba. Sin embargo, nadie le llamó la atención por ello; era un mago.

“¿Qué?” preguntó Rivel con recelo.

El hombre se burló. “¿Ya has terminado de revisar la carga, eh? ¿No? ¿Qué, no has aprendido a acelerar el paso? Uf. Eres un total desperdicio de espacio”.

El mago no intentó mantener la voz baja mientras ridiculizaba a Rivel. Era como si advirtiera a los demás de que no siguieran el ejemplo de Rivel. Rivel abrió la boca para defenderse, pero el mago, que era mejor con sus palabras, intervino primero.

“Sabes, me siento mal por los tipos como tú que no saben hacer nada. Demasiado tonto para aprender cosas, no importa dónde vayas, y siempre serás tratado como basura mientras vivas”.

“Yo-yo no soy-”

“Tengo que estar en lo cierto, o no te echarían a un lugar como este. Oh, pero espera. Eres uno de los soldados de élite del Imperio, ¿verdad? Lo siento, me olvidé de eso”.

“¡Grgh!”

“Es lamentable, realmente. No importa lo que hagas, nunca llegarás a nada”. Su mirada de desprecio estaba llena de aversión.

Rivel sabía que no estaba trabajando lo suficientemente lento como para merecer que le llamaran “tonto”. Estaba seguro de que ése era el ritmo normal de cualquier persona que asumiera un trabajo al que no estuviera acostumbrada. A este mago sólo le gustaba irritarlo por cualquier cosa, y lo había hecho desde la llegada de Rivel aquí. Probablemente le gustaba mostrar su desprecio por gente como Rivel para aumentar su autoestima. Meterse con un soldado de élite después de su caída en desgracia debe haberle llenado de satisfacción.

Rivel pudo oír las risas despectivas a su alrededor mientras los otros hombres se unían al mago. Mientras Rivel se distraía con ellos, el mago tiró al suelo los papeles que acababa de amontonar.

“Ah...”

Los papeles volaron por el aire y se esparcieron por el suelo. Estaban tan bien ordenados, y ahora habría que ordenarlos de nuevo.

“¡Oh, lo siento!”, exclamó el mago, sonando todo lo contrario. “No los vi allí. Lo siento *mucho*, Snivel”.

Rivel no dijo nada. Cualquiera podía ver que lo había hecho a propósito.

“¿Qué, ahora estás enfadado conmigo? ¿Hm? Si estás enfadado, ¿por qué no me lo cuentas, eh?”, dijo el mago.

Rivel no podía dejarse irritar. Si lo hacía, el mago sólo aumentaría sus esfuerzos. Había soportado más que su cuota de acoso en la escuela. Si reaccionaba, nunca terminaría.

El mago chasqueó la lengua decepcionado por la falta de reacción de Rivel. “Cuando termines con eso, pasa también a este montón”.

“No eres mi superior. ¿Por qué no lo haces tú, ya que claramente no tienes nada mejor que hacer?”

“¿Eh? ¿Qué has dicho?” El mago se levantó de golpe y miró a Rivel. Rivel sospechó que las ruedas ya estaban girando en su cabeza, ensamblando la sintaxis de algún hechizo que lo pondría en cintura.

“¿Soy del Imperio! ¿De verdad que tu jefe va a estar contento cuando se entere de que te has burlado de uno de los habitantes del Imperio?”

El mago frunció el ceño y volvió a chasquear la lengua. Ni siquiera gente así querría que el conde Nadar pensara mal de ellos porque se enterara de que habían herido a un oficial imperial.

“Holgazanean y no aportan nada si quiera”, continuó Rivel, “pero espero que sepán lo que están haciendo. Una vez que estemos de vuelta en Nadar, las órdenes son que debemos atacar al príncipe de Lainur por la espalda”.

“¿Eh? ¿Qué, crees que *no* lo sé? Estoy luchando justo en el frente, a diferencia de ti”.

“Me alegro de que lo entiendas”.

“¿Eso es todo lo que quieres decir al respecto? Patético. Podrías haber pensado en una forma más inteligente de cambiar de tema”.

Rivel no respondió.

“¿Y ahora no dices nada?! Supongo que no importa; te perdonaré, ya que estoy de tan buen humor. No puedo esperar a darle al príncipe su siesta de tierra”. El labio del mago se curvó cruelmente como la sombra de una bestia hambrienta de sangre. “Ya puedo verlo. El príncipe y todos los que le rodean, destruidos por mi magia”.

“¿No eres un ciudadano de Lainur?” Preguntó Rivel. “¿Por qué tienes tanto interés en atacar a tu propio príncipe?”

“Es obvio, ¿no? Quiero devolver a este reino que se ha pasado tanto tiempo tratándome como basura cuando soy uno de los magos más poderosos que hay”.

“¿Devolver?” repitió Rivel.

“Sí. He estado usando la magia desde que era un niño. Nunca conocí a otro que pudiera superarme. Pero sólo porque no fui a su precioso Instituto, ¡los funcionarios de este país me tratan igual que a cualquier otro mago 'sin licencia'!”

“¿Esa es tu razón para atacar al príncipe?”

“Ese príncipe es el hijo del mayor mago de nuestra tierra. ¿Qué mejor objetivo para mi venganza podría haber?” El mago sonrió como un clásico villano de cuento, y de nuevo Rivel guardó silencio.

Pudo ver la profunda aversión que había en esa inquietante sonrisa. Toda esta charla sobre el talento no reconocido... No parecía algo por lo que sentirse tan resentido. Rivel dudaba de que ese hombre tuviera algún talento; de lo contrario, no habría necesidad de que se deshiciera metiéndose con el conde.

“¿Tienes algún problema?”, preguntó el mago.

“No.”

“Tch”. La gente sin talento... Sólo sirven para acurrucarse en un rincón y no estorbarnos”.

Lo único que hizo este mago fue lanzar insultos a Rivel y animar a otros a hacer lo mismo a sus espaldas. Era claramente inestable emocionalmente.

Rivel volvió a preguntarse por qué se veía obligado a trabajar con gente tan desagradable. Estaban obsesionados con sus propios deseos a corto plazo y su autoconservación, y ni siquiera intentaban ver el panorama general. Estaban en la cúspide de la insensatez. Peor aún eran los que se dejaban embaucar por estos imbéciles. La guarnición de este condado no tenía ni idea de que estaban tratando con un conde corrupto. Sólo suponían que los transportistas de la plata habían sido atacados en las montañas, donde ahora patrullaban en busca de bandidos.

Tonto, tonto, tonto. No, tonto era una palabra demasiado débil para ello.

“Los líderes de Rustinell probablemente *aún* no se dan cuenta de que la plata ha desaparecido. Y luego está el príncipe, corriendo de cabeza hacia el peligro...” Rivel empezó a refunfuñar de nuevo, como ya era su costumbre, antes de darse cuenta de que no debía hablar en voz alta y llevarse una mano a la boca.

“Una boca descuidada genera problemas”.

Así rezaba el proverbio en el Imperio. Si expresabas tu desprecio por los demás, algo iba a suceder que te demostraría que estabas equivocado. Este mundo y todo lo que ocurría en él estaba dictado por la Lengua Antigua. Todas las lenguas habían evolucionado a partir de ese origen, y cada palabra pronunciada tenía un pequeño grado de poder, el suficiente para influir en los asuntos con un empujón aquí y otro allá.

Los militares valoraban mucho esa filosofía. Se acostumbraba a no hablar nunca a la ligera del adversario, ni a decir nada que pudiera dar mala suerte, aunque se tuvieran esos

pensamientos en la cabeza. Aunque Rivel consideraba que eso no era más que una superstición, estaba de acuerdo con la idea de que subestimar al adversario podía acarrear verdaderos problemas, así que mantuvo la boca cerrada.

“¡Soldados de Rustinell! Fuera”, dijo una voz de repente.

“¿Qué?! ¿A esta hora de la noche?”

“¿Por qué?”

“¡Están armados y todo!”

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Rivel. ¿Había provocado esto con sus descuidadas palabras?

Uno de los bandidos agarró a Pilocolo. “¿Esto es culpa tuya? ¿Hiciste algo estúpido, viejo bastardo?”

“N-No, no creo...” Comenzó Pilocolo, pero llevaba desde ayer cometiendo metedura de pata tras metedura de pata. Ni siquiera él podía negar la posibilidad de haber metido la pata de nuevo. Si al menos hubiera sido capaz de tomar mejor el mando de estos hombres, no habría tanta discordia entre ellos. Pilocolo comenzó a dar órdenes. “Tenemos que ganar tiempo. Todo el mundo a la sala oculta”.

Antes de que nadie pudiera seguir esas órdenes, la entrada del almacén se abrió por la fuerza y las tropas entraron a raudales.

Aquellos musculosos soldados estaban dirigidos por un muchacho de pelo rojizo y una gran espada. Algunos de ellos coincidían con las descripciones que se habían transmitido a Rivel y a los demás antes de ser asignados aquí— lores menores que poseían un territorio en Rustinell, criados de confianza de Louise Rustinell y conocidos por su feroz destreza en la lucha. Rustinell no gobernaba de la misma manera que otros territorios; cada lord hacía las veces de comandante de su territorio para ser llamado a la acción en cualquier momento. Era un sistema antiguo que se conservaba desde antes del ascenso al poder de Rustinell, cuando aún era pequeño. Era una política que hacía un uso eficiente de la gente poderosa del territorio, la mayoría de la cual ostentaba un alto estatus o un linaje impresionante, y todo lo contrario al sistema reformado del Imperio de múltiples cadenas de mando que el gran tamaño de su ejército hacía necesario.

Rivel había aprendido todo sobre los sistemas militares eficientes en la academia militar; para él, los métodos de Rustinell parecían terriblemente anticuados.

Sin embargo, sus soldados ya estaban aquí, y era un espectáculo aterrador verlos irrumpir en el almacén con la fuerza de un centenar de hombres, aunque eran mucho menos que eso. Algunos eran regordetes y calvos, otros empuñaban espadas y llevaban ropas finas, otros estaban curtidos como rudos bandidos de río, otros eran abrumadoramente grandes y otros simplemente tenían un aspecto indescriptiblemente único, pero todos compartían el mismo

aire abrumador e intimidante. Rivel tuvo la sensación de que cualquiera de ellos podría haber venido solo y derrotado sin ayuda a toda la cuadrilla de bandidos.

Rivel se apresuró a esconderse detrás de una caja de madera cercana. Su educación en la academia consistía en dirigir a los hombres. Aunque había recibido formación básica sobre armas, no era ni mucho menos su especialidad. Se asomó por detrás del cajón para ver al hombre que estaba de pie junto al chico pelirrojo gritando.

“¡Somos las tropas de Rustinell! ¡Estamos aquí en una investigación especial! ¡Todos al suelo! ¡Cualquiera que no coopere será considerado un rebelde!”

¡¿Una investigación?!

Rivel no había oído hablar de ningún otro almacén que estuviera siendo investigado. ¿Por qué eligieron éste específicamente?

Todos los que le rodeaban guardaron un silencio total, demasiado sorprendidos para seguir las órdenes del lord. A este ritmo, sólo sería cuestión de tiempo que la tropa descubriera lo que estaba pasando aquí.

Pilocolo se adelantó. “Me llamo Pilocolo; estoy haciendo uso de este almacén. En primer lugar, me gustaría daros las gracias por todo el trabajo que hacéis. Sin su protección, no podríamos dedicarnos a lo que hacemos en paz, día tras día “. Pilocolo inclinó la cabeza de forma profunda y agradecida.

“Cállate y haz lo que se te dice”.

“Sí, bueno, es que no había oído nada sobre ningún tipo de investigación”.

“Esta es una investigación *especial*. Ponte en el suelo. Ahora”.

“Oh. Oh, Dios mío... No creo que pueda...”

Parecía que Pilocolo intentaba encontrar alguna forma de irse sin hacer ruido, mientras que el soldado trataba de mantenerlo en su sitio para no tener que recurrir a medidas violentas. Ahora que Rivel miraba, se daba cuenta de que había un soborno reservado para este tipo de situaciones. No debería haber esperado otra cosa de un mercader sin sangre.

Pilocolo continuó alabando y agradeciendo a los soldados, tratando de hacer girar la conversación a su favor. Mientras él parloteaba, la fila de soldados se separó, revelando un grupo de tres que no estaban vestidos como ningún soldado que Rivel hubiera visto. A la cabeza había un joven con el pelo plateado. Debía de ser un noble; los que estaban detrás de él, sus ayudantes.

La cara de Pilocolo se quedó sin color en el instante en que vio a aquel grupo. “T-Tú...”

“Nos encontramos de nuevo. Nunca imaginé que estuvieras aliado con los bandidos”, dijo el chico de pelo plateado, en un tono que sugería que sabía exactamente lo que estaba pasando aquí.

“No puedo entender qué está pasando aquí...”

“No puedes estar tratando de hacerte el tonto ahora. Tú y los bandidos que atacaron la aldea estaban trabajando juntos para poder fingir que te robaban la plata”.

“U-Um, escuche, Maestro Arcus. Creo que puede estar equivocado. No tengo nada que ver con esos bandidos de anoche...”

“¿Eh? ¿Me equivoco? Qué raro. Algunos de estos tipos son definitivamente los mismos de anoche. Ese tipo de ahí, y el que está al lado de ese puntal. Oh, y ese tipo boca abajo en el suelo allí”.

“Yo-yo puedo explicar...”

“Además, ¿no nos lo contaste antes? No parecía que estuvieras mintiendo entonces”.

De repente fue como si el aire explotara.

“¡Bastardo! ¡Pedazo de comerciante de mierda! ¡Todo esto es culpa tuya!”

“¡N-No! Debes quedarte atrás”. protestó Pilocolo.

“¡Cállate la boca! De todos modos, ¡hemos terminado por ahora!”

Un suspiro exasperado salió de los labios de Rivel. Qué idiota. También podría haber confesado directamente, y el intento de Pilocolo de encubrirlo no sirvió de nada.

Una sonrisa de satisfacción apareció en la cara del chico. “Hola. Nos conocimos ayer, ¿verdad?”

“Tú eres ese mocoso, ¿no?”

“¿Quieres saber lo que ese comerciante nos dijo antes en el restaurante? Dijo que iba a Nadar a trabajar”.

“¿Qué?!”

Un murmullo se extendió entre los bandidos, y todos volvieron su mirada hacia Pilocolo a la vez. Su mal genio les había empujado a hacerle el juego al chico de pelo plateado. Ni siquiera había mencionado el quid de todo este plan. Todo lo que había hecho era una insinuación. Los bandidos estaban tan asustados por un ataque que llegaron a la conclusión de que su enemigo lo sabía todo, probablemente debido a las pérdidas que sufrieron la noche anterior gracias a Pilocolo.

Una cosa era segura— aquel muchacho creía de verdad que Pilocolo estaba con esos bandidos, como demostraba la copiosa confianza con la que hacía la afirmación y el hecho de que esos hombres irrumpieran con tanto descaro. La cuestión era cómo se había enterado.

“Eido no está aquí después de todo, ¿eh?”, dijo el chico.

“Hmph. Ya estará en Nadar”, se burló el bandido.

“¿Así que no estaba trabajando contigo?”

“¿Quién querría trabajar con ese bicho raro grasiento? Tch.”

“¡Cómo os atreven a tratar a nuestro Rustinell como su patio de recreo!” Un grito furioso cortó el aire. Era el chico pelirrojo. Al segundo siguiente, un rayo plateado atravesó el aire, dejando una imagen posterior parpadeante. Una cabeza apareció en el suelo como salida de la nada, con la sangre brotando de su cuello y salpicando el suelo del almacén. Era la cabeza del bandido que había gritado a Pilocolo. Sólo ahora Rivel se dio cuenta de que el chico había blandido su espada. Era enorme; habría sido incómoda incluso para un adulto.

Una voz temblorosa se alzó entre la multitud. “La Guillotina de Rustinell...”

Era un arma legendaria aquí, en el extremo occidental de Lainur— la espada ancestral de la Casa Rustinell y su más firme ejecutor, cuya sombría sombra se cernía sobre los designios del Imperio en el reino. Era una obra maestra; había partido las cabezas de generaciones de soldados imperiales. Sobre todo, era la prueba de que el muchacho de pelo rojizo que estaba allí era el heredero del trono de Rustinell.

El muchacho y sus soldados se movieron como uno solo. Los bandidos y los guardias de Pilocolo tomaron sus armas, listos para contraatacar. El muchacho de pelo plateado abrió la boca y murmuró algo en la Lengua Antigua.

Debe ser un mago...

Rivel se preguntaba si ese muchacho era uno de los viajeros de los que había oído hablar y que había ayudado a capturar a varios bandidos. Parecía demasiado joven, pero allí estaba, entonando un conjuro.

“Niebla Brumosa”.

Artglyphs se elevó en el aire y estalló en un spray, envolviendo el almacén en niebla. Sucedió tan rápido que nadie tuvo tiempo de contener la respiración. Pronto se vio que la niebla no era dañina al ser inhalada. ¿Acaso ese chico acababa de lanzar un hechizo que no hacía más que empañar? Si es así, ¿por qué? Los bandidos observaban la niebla con cautela; de repente, una risa burlona llenó el aire.

“¡Eh, chico! Ese tipo de truco puede impresionar a tus amigos, pero no va a servir de nada contra nosotros”, se burló la voz.

Era el mago al servicio del conde. Debió de oír el hechizo del chico y comprender sus efectos a partir de ahí, pero aun así el chico de pelo plateado parecía imperturbable.

“¿De verdad?”

“De verdad. ¡No usaste ni una sola palabra ofensiva en el encantamiento! Sólo has lanzado un poco de niebla en el aire”.

Era tal y como Rivel sospechaba. No había que tener miedo de la niebla. Los bandidos se enderezaron, tranquilizados por las palabras del mago aliado, y se prepararon para atacar de nuevo a los soldados de Rustinell. El mago abrió la boca antes de que pudieran moverse.

“Entendiendo el camino de la oscuridad, revestido con el espiral de...”

Una vez realizado su conjuro, una ráfaga recorrió el almacén. No estaba claro si los Artglyphs invocaron ese viento o lo crearon ellos mismos. Todos se agarraron a sus adornos sueltos mientras el viento amenazaba con arrancarlos. El mago del conde permaneció totalmente imperturbable, aparentemente sin que le afectara el viento que se arremolinaba a su alrededor.

Finalmente, el hechizo parecía estar listo para lanzarse cuando el viento se reunió alrededor del mago como un manto. En un instante, lo puso cara a cara con el chico de pelo rojizo.

El chico rugió, y un destello de luz jugó a través de la superficie de su espada cuando su empuñadura se movió, pero el mago contraatacó, junto con el viento.

“¡Aargh!”

“¡Maestro!”

El chico consiguió saltar hacia atrás en el último segundo, evitando el ataque. Por lo que pudo ver Rivel, el chico se movió con demasiada ligereza teniendo en cuenta el peso de su espada, pero ahora no había tiempo para esos análisis. El lugar del suelo de piedra en el que había estado unos segundos antes estaba destrozado.

“¡Woah! ¡Esquivas bien para ser un niño pequeño! Buen trabajo!”

“¡C-Cállate, idiota!”

“¡Póngase detrás de mí, Maestro!” Uno de los lores le indicó al niño que se refugiara detrás de él.

Los demás avanzaron para atacar al mago sin dudarle. Estaba claro lo que estaban haciendo; la forma más habitual de derrotar a un mago era negarle su magia. Naturalmente, el mago también lo sabía.

"Viento. Cuerpo. Partido. Chocar. Aplastar. Vacío. Desgarrar. ¡Viento, crea una rueda de hierro!"

“Cuchilla-Giratoria de Alto Viento.”

Mientras recitaba su conjuro, el mago apuntó con su dedo al aire. Artglyphs lo rodeó y formó un torbellino silbante. Antes de que los soldados tuvieran tiempo de alejarse, tomó la forma de un enorme chakram antes de precipitarse hacia ellos.

Junto con su breve conjuro, el hechizo se manifestó rápidamente. Como arma hecha de viento, sus movimientos eran igual de rápidos. Esa velocidad cogió desprevenidos a los soldados, que se apartaron a trompicones, temiendo por sus vidas. La rueda giró en el aire

después de pasar por delante de ellos y regresó en sentido contrario, arrastrando el polvo que había arrastrado mientras atacaba a los soldados por detrás.

Los soldados hicieron todo lo posible para esquivarlo también en su vuelo de regreso.

El mago soltó una profunda carcajada. “¡Eso es! Baila para mí!”

Era como él decía; los soldados casi parecían bailar mientras se agachaban y se movían fuera del alcance del arma, y el mago parecía muy divertido.

Tal vez no estaba siendo un engreído después de todo, y realmente tenía talento. Con varios lanzamientos más del hechizo, conjurando aún más chakrams, mantuvo a los soldados bien sujetos. Corrían de un lado a otro, tratando de evitar que el viento los hiciera pedazos.

“La mano de un espíritu malvado para frenar la nave. Tú eres uno de los que flota en los cielos. ¡Que aparezca el enemigo de los marinos de este mundo!”

“Invoco el aire gélido de la noche. Enfría el viento. Viento, congélate. Aplasta lo que sopla contra ti.”

Dos nuevos hechizos se batieron contra las afiladas ruedas de viento, sus Artglyphs se introdujeron en ellos. De repente, un frío glacial surgió del suelo, y al segundo siguiente, los chakrams desaparecieron.

Los conjuros provenían de dos hombres con vestidos con chaquetas. Uno era un hombre de rasgos tan fríos que resultaba casi femenino, y el otro era un hombre de aspecto tan ruin como el mago al que se enfrentaban. Los lores menores los bendijeron por intervenir.

“¡Gracias! Eso podría haber acabado muy mal”.

“Es un placer. Por favor, apártense si quieren”, advirtió uno de ellos.

“¡Hay que combatir la magia con magia!”, dijo el otro, riéndose.

Los soldados siguieron el consejo del bello mayordomo y se retiraron detrás de ambos. Era cierto; los magos eran los más indicados para luchar entre ellos.

Los ojos del mago del conde se abrieron de par en par con incredulidad. “¿Eh, también tienes magos?”

“En efecto”.

“¿Qué, te has perdido los hechizos que acabamos de hacer?”

“Eso debe hacerte parte del grupo que causó estragos en el pueblo anoche”.

“Puedo atestiguar que no estuve personalmente involucrado en “hacer estragos”, como usted dice”.

“¡Podría haber hecho un poco para, eh, preparar el escenario, supongo!”

El chico de pelo plateado se adelantó mientras el menos refinado se consumía en risas. Tanto el mago como los bandidos que lo rodeaban fruncieron el ceño confundidos.

“Noah, Cazzy, ¿podrían volver a subir a Deet y a los demás?”

“¿Estás seguro?”

“Sí. Me encargaré de este tipo”.

“Lo que sea, pero si pasa algo, no creas que no voy a saltar para evitar que te maten”.

El chico asintió y dio otro paso adelante.

“¡Arcus!”

“Deet. ¿Me dejas esto a mí?”

“¿Seguro?”

“Sí. ¡Te mostraré la mejor magia que jamás hayas visto!”

Los ojos del chico de pelo rojizo se iluminaron de emoción ante su promesa. El mago del conde parecía exasperado por el hecho de que un chico de su edad se jactara en una situación como ésta.

“¿Eh? ¿Crees que puedes vencerme solo? ¡Todo lo que sabes hacer es poner un poco de niebla en el aire!”

“Yo puedo. Y sólo necesitaré un hechizo para hacerlo. Mis sirvientes tampoco tendrán que venir a salvarme”.

“Me impresiona que aún sepas ladrar después del relámpago engrasado que te acabo de enseñar. No me importa admitir que eres valiente si es lo que quieres”.

¿”Relámpago engrasado”? Se apagó en un abrir y cerrar de ojos. ¿Por qué estás tan orgulloso de ello?” El chico frunció el ceño.

“Qué...”

“bien, acepto que es rápido, pero no lo llamaría poderoso. El poder de un hechizo se trata de... fortalecer... No, tendría que ver... Hmm...” El chico se quedó pensativo y empezó a murmurar para sí mismo. Parecía tomarse a pecho las palabras del mago, pero éste reaccionó con impaciencia, claramente irritado por el comportamiento del chico.

“¿Te estás burlando de mí, mocoso?”

“Sólo te estoy pagando con la misma moneda”. El chico le sacó la lengua. Esta vez, sin embargo, el mago no jugó. Su ira se había convertido en una calma mortal.

"Viento. Cuerpo. Partido. Chocar. Aplastar. Vacío. Desgarrar. ¡Viento, crea una rueda de hierro! "

"Cuchilla-Giratoria de Alto Viento. "

El viento volvió a formar una rueda giratoria que el mago lanzó contra el chico. La rueda giró sobre el suelo de piedra en el ángulo perfecto para partirlo de pies a cabeza, levantando polvo blanco en el lugar donde la rueda destrozó el suelo. El chico saltó para apartarse sólo unos segundos antes de que pareciera que iba a ser golpeado.

“Eres rápido...”, dijo el chico, sin aliento.

“¡Ja, ja! Mi magia es la más rápida que existe. ¡Te voy a cortar en dos y hacer que te arrepientas de haberme desafiado! ¡Los mataré a todos! A ti, a esos soldados y al príncipe”.

El chico le miró fijamente. “Eres del reino, ¿no?”

“¡¿Y?! No importa quiénes sean; ¡voy a destrozarte a todos los que se atrevan a ponerme en ridículo!”, gritó maníacamente el mago.

“Bien...” La voz del chico bajó de repente un tono.

El mago comenzó a cantar de nuevo.

“¡Viento furioso! ¡Deslizamiento de tierra en cascada! ¡Roca astillada! ¡Agrúpanse en una corriente, háganse pedazos con los vientos fuertes y caigan!”

“Pozo de la Tormenta de Piedra.”

Se formaron nudos de viento ondulante en el aire, enrollándose con tal fuerza y velocidad que brillaban como una neblina de calor. Se dirigieron hacia el chico de pelo plateado como si fueran uno solo, pero éste se apartó de ellos como si ya conociera la naturaleza del hechizo sólo por su encantamiento. Incluso entonces, la velocidad a la que actuó fue impresionante. El hechizo era rápido y, sin embargo, el chico lo esquivó sin ni siquiera una pizca de miedo en sus ojos. Incluso siendo su enemigo, Rivel tuvo que admitir que le causaba admiración.

“Tch. ¿Otra vez?”, refunfuñó el mago.

“¡No me vas a golpear con hechizos así! Pero no dudes en seguir intentándolo”.

“¡Graaaaaaaaagh!”

Ni los lores de Rustinell ni los bandidos se movieron un ápice mientras los dos magos se enfrentaban, temiendo quedar atrapados en el intercambio. Como compañeros magos, los sirvientes del muchacho estaban en mejor posición para actuar, pero se limitaron a observar según las órdenes de su maestro.

Otra bobina de viento pasó volando por delante del chico. En ese momento, el muchacho blandió su puño. El mago del conde se encontraba a cierta distancia, y sin embargo, sin entonar ningún tipo de conjuro-

“¡Gah!”

El mago se agarró el estómago y tropezó, doblándose como si le hubieran golpeado las tripas. Hubiera sido una oportunidad perfecta para atacar, pero el chico no la aprovechó.

“¿Qué...?”, balbuceó el mago un segundo después, con la confusión coloreando sus palabras.

Tampoco sabía qué había hecho el chico. El chico, por su parte, seguía allí de pie y en silencio.

¡¿Por qué no aprovecha esta oportunidad para acabar con él?!

“¿Por qué te quedas ahí parado?”, enfureció el mago entre toses.

“No necesito hacer nada más. Te dije que sólo haría falta un hechizo para derrotarte, ¿recuerdas?”

“Qué...”

“Vamos, lanza otro ataque. ¿No quieres mostrar tu magia súper rápida?”

“¡Mocoso mocoso! Tú te lo has buscado”. El mago echó la cabeza hacia atrás y rugió.

Empezó a recitar de nuevo, con la cara muy roja. Su postura era exactamente la misma que antes; señalaba hacia el techo para invocar otra rueda.

Rivel no entendía por qué el chico le incitaba a lanzar otro hechizo. Rivel dudaba que el chico pudiera ser más rápido que él.

Su magia es tan rápida que nadie podría igualarla. Espera... ¿Podría ser...?

En la mente de Rivel surgió una idea. Este chico había provocado al mago una y otra vez, agitando y minando su inflado sentido del orgullo. En otras palabras...

"Viento. Cuerpo. Partido. Chocar. Aplastar. Vacío. Desgarrar. ¡Viento—

Los Artglyphs se reunieron y giraron en la punta del dedo índice del mago. Brillaban en plata, silbando con fiereza. Esos caracteres convocaron al viento, formando un anillo plateado cuando el hechizo estaba a punto de completarse.

Una sonrisa apareció en el rostro del mago. Estaba seguro de que este era el hechizo que cortaría el cuerpo de ese chico en dos. El chico podría empezar a recitar su propio hechizo ahora, pero no lo terminaría a tiempo. La confianza del mago era la misma razón por la que no se le pasaba por la cabeza que existiera una magia superior a la suya.

Era el tipo de hombre al que podías llevar durante kilómetros con la provocación adecuada. Una vez que sabías qué hechizo usaría, todo lo que necesitabas era usar uno más rápido, y podías derrotarlo. Ese había sido el objetivo del chico de pelo plateado al conseguir que lanzara este hechizo.

Al segundo siguiente, el razonamiento de Rivel quedó demostrado. Ni siquiera tuvo tiempo de gritarle al mago que se detuviera. El chico comenzó su conjuro justo después de que el mago hubiera comenzado el suyo.

“Infinitesimal”. Unir. Enfocar. Estallar suavemente. “

Artglyphs rodeó a su oponente en un círculo mágico, interrumpiendo la formación de los propios Artglyphs del mago. Estos estallaron en una luz plateada y sus fragmentos se dispersaron.

“¿Qué es este hechizo?!”



““¡Este es el hechizo que te va a hacer volar!”, dijo el chico.

“¡No seas estúpido! No hay ningún hechizo más rápido que...”

El mago no tuvo tiempo de terminar su queja. El chico de pelo plateado cerró su puño derecho abierto. El círculo mágico se contrajo bruscamente alrededor del cuerpo del mago. Al segundo siguiente, se oyó un estruendo y estallaron chispas de fuego.

“Nnrgh...”

El impacto fue tan fuerte que Rivel no pudo darse cuenta de lo que ocurría. Estaba demasiado concentrado en aguantar el viento y la ola de calor que le seguía. Oyó la voz del chico entre el ruido.

“Es fácil crear un hechizo de acción rápida con un tiempo de activación rápido si simplemente encadenas un montón de palabras. Pero esas palabras no necesariamente encajan si no tienes en cuenta su contexto, lo que hace más fácil que tu oponente desbarate tu hechizo... así.”

Ese era el punto débil de los hechizos del mago. Las imágenes secundarias que se agolpaban en la visión de Rivel comenzaron a desvanecerse, permitiéndole comprender su entorno. Hierro aplastado. Cajas de madera astilladas. Cristales rotos en las ventanas. Debería haber un hombre de pie en el centro, pero no lo había.

Lo único que quedaba eran los pequeños fragmentos calcinados que formaban su cuerpo, que quedaban aferrados a los alrededores.

Ese hechizo lo había incinerado. Ni siquiera tuvo la oportunidad de gritar en sus últimos momentos. El hedor del hollín llenaba el aire y el polvo caía desde arriba. Había otros que yacían inmóviles en el suelo y que habían sido alcanzados por la explosión.

Rivel sólo pudo soltar un gemido de terror. Aunque se tratara de un hombre que le había acosado constantemente, era aterrador pensar que alguien con quien había hablado no hacía ni unas horas había muerto de forma tan atroz ante sus propios ojos. El shock embotó su mente y oxidó sus pensamientos. No era sólo él. Oyó a sus aliados gritar de terror.

“¡Ha desaparecido! No... ¡No puede ser!”

Algunos cayeron al suelo donde estaban. Algunos temblaban y hacían ruidos inhumanos. Algunos intentaron tambalearse hacia atrás antes de caer estrepitosamente. Pilocolo, débil de voluntad como era, se había mojado. La mayoría de los bandidos ya no estaban en condiciones de luchar.

“¡Woah! ¿Qué fue eso?” Los ojos del chico de pelo rojizo estaban abiertos de par en par con asombro y admiración y desprovistos de cualquier miedo a la magia de su aliado. Las siguientes palabras que salieron de su boca fueron aún más aterradoras. “¡Hazlo de nuevo! Quiero verlo otra vez”.

El chico de pelo plateado lo apartó con una sonrisa incómoda antes de volverse hacia los bandidos, observándolos con atención.

Rivel había observado algunas de las prácticas de los magos durante su estancia en la academia militar. Simplemente decidían un número limitado de hechizos ofensivos y los disparaban a la vez contra el objetivo designado— Risa ardiente, Aguja perforadora de tierra, Locura fangosa...

Refinaban esos hechizos limitados para usarlos en la batalla, y se alineaban en una formación perfecta al lanzarlos. Según la experiencia de Rivel, así era como luchaban los magos, y creía que sus compañeros y profesores eran de la misma opinión.

Se acababa de demostrar que estaba equivocado. Esto no era como la magia del Imperio— muy regulada y limitada en su uso a unas pocas situaciones selectas. Estas técnicas fueron desarrolladas y refinadas por individuos con sus propios objetivos.

Estos eran los magos del reino.

Rivel se estremeció violentamente. No era un escalofrío que le recorriera la columna vertebral; era una escarcha que le envolvía el corazón y se extendía desde el centro de su cuerpo hasta recorrer cada centímetro de su piel. Podrían arrojarlo desnudo a la nieve del norte y aun así no sentiría un frío semejante.

El hermoso mayordomo se adelantó para elogiar al muchacho de pelo plateado. “Ha sido impresionante. Has llevado a cabo tu plan a la perfección”.

“Se enfadó cuando lo necesité; eso es todo. Ayudó que fuera un exaltado”.

“Seguro que tenía habilidades, pero su prosa era una mierda. No le habrían dejado entrar en el Instituto con hechizos así”.

“Estoy muy de acuerdo. Una de las primeras lecciones que reciben los alumnos del Instituto es que el simple hecho de cotejar palabras sin pensar disminuye la eficacia del hechizo; tanto más cuanto más largo sea.”

El de aspecto siniestro se volvió hacia el chico. “Ese hechizo sigue siendo demasiado espeluznante, especialmente en un lugar como éste”.

“Por eso empecé con Niebla Brumosa para que actuara como amortiguador”.

“Lo que significa que planeaste todo esto desde el principio. Eres demasiado aterrador, maestro”.

“Tengo que usar ese hechizo para acostumbrarme”, señaló el chico.

“Sí, ya no quieres que la gente lo esquive a diestro y siniestro como antes. ¡Pero eso no lo hace menos violento!”

“No puedo evitar añorar al maestro Arcus que conocí, cuyo rostro se iluminaba al ver los hechizos más sencillos”.

“¡Oye! ¡Todavía estoy aquí!”

Los tres hablaban de forma casual, como si los horribles acontecimientos de los últimos minutos no hubieran ocurrido. Parecía que este tipo de cosas formaban parte de su vida cotidiana. Su despreocupación destacaba entre los bandidos e incluso entre los soldados de Rustinell, que estaban tiesos de terror.

Finalmente, el rostro del chico de pelo plateado se ensombreció y dio un paso adelante. Los bandidos dieron un paso atrás. El chico los miró con desprecio. Tenía un rostro dulce, que cualquiera adularía en circunstancias normales. Sólo por su apariencia, carecía de una pizca de amenaza, pero la escarcha de sus ojos en ese momento generaba un terror crudo. Los bandidos se acobardaron.

“¡Si intentas defenderte, te destruiré con *dorfster* como hice con ese mago!”

Esas eran las últimas palabras que necesitaba decir. Los que aún tenían la voluntad de luchar estaban ahora asustados y vacilantes. Los lores de Rustinell no perdieron su oportunidad.

“¡Arréstelos a todos! Ahora”, ordenó el chico pelirrojo.

Los soldados salieron y sujetaron a los bandidos uno por uno, llegando incluso a amordazarlos para que no pudieran envenenarse. Esta vez no había forma de que escaparan ni medios claros para destruir las pruebas.

¡Maldita sea! ¿Por qué? ¡¿Por qué me enviaron aquí?!

Las quejas habituales llenaron la cabeza de Rivel mientras sacaba del interior de su chaqueta un encendedor grabado con un sello. Prenderle fuego a todo era la única opción que le quedaba. Las llamas consumirían todo rastro de su crimen y crearían el caos que necesitaba para escapar.

El mechero no funcionaba. Rivel sabía que lo estaba usando correctamente, pero no había llamas; ni siquiera una chispa.

¿Por qué? ¿Por qué precisamente ahora?

El pánico brotó en su interior, un pánico que, después de todo lo ocurrido, no pudo reprimir. Tenía que haber otros que pensarán lo mismo que él.

“¡Fuego! Que alguien encienda un fuego!”, gritó.

“Está húmedo...” fue la respuesta.

“¡¿Y bien?! ¡Usa las Herramientas de Sello! ¡¿Qué demonios estás haciendo?!”

“¡Te digo que no va a encender! Está demasiado húmedo”.

“H-Humid... Espera...”

Fue entonces cuando Rivel recordó el primer hechizo que el chico de pelo plateado había lanzado. Aquella niebla, que el mago del conde desestimó como un truco para la fiesta. Su

propósito no era sólo debilitar su propio hechizo; era impedir que los bandidos iniciaran un incendio.

¿Previó que podríamos intentar quemar las pruebas? ¡¿Un niño tan joven como él sería capaz de pensar con tanta antelación?!

No sólo había sabido manipular al mago, sino que incluso había pensado en lo que los bandidos intentarían después. Para cualquier adulto sería obvio que querrían quemar las pruebas, pero para un niño que apenas parecía tener más de diez años...

“¡La encontré! ¡La plata! Y eso no es todo...” gritó uno de los soldados.

Tenía razón— la plata no era lo único que habían planeado transportar. Había crestas falsificadas de otros territorios, permisos y otra documentación, y el documento que contenía sus instrucciones.

Los soldados comenzaron a vitorear. Habían encontrado las pruebas y habían dejado impotentes a los culpables. Rivel sabía que no podía seguir convenciéndose de esto. Era tal y como pensaba; este era un lugar estúpido para llevar a cabo el plan. Todo esto era culpa de esos imbéciles por no haberle escuchado.

“Se... Se acabó...”

La traición del conde sería expuesta por Rustinell. En cuanto a Rivel, no estaba dispuesto a dejar que las cosas terminaran aquí para él. Tenía que huir de alguna manera. Su captura alertaría al reino de la implicación del Imperio; sólo eso no era suficiente para que quisiera envenenarse.

Acababa de graduarse en la academia tras años de duro trabajo. Tenía un futuro brillante por delante. No podía morir aquí. Tenía que hacer algo.

Parte 3— La sombra de Eido

Louise Rustinell, la líder del territorio, atravesó a toda prisa la oscura ciudad con su guardia. La noche apenas comenzaba, y ella tenía la intención de tomar un poco de vino y relajarse después de terminar los últimos retazos de trabajo que le quedaban. Su mayordomo había estado revisando su elección de vino cuando recibió un mensaje de emergencia de uno de sus vasallos— Los lores menores de Rustinell habían informado de que Deet y sus hombres estaban asaltando el escondite de un grupo reprehensible.

Los informes sobre bandidos en el territorio habían aumentado últimamente, y no sólo tenían como objetivo las pequeñas aldeas o los viajeros. Han ido a por caravanas de mercaderes armados y a por cualquiera que se cruzara en su camino. Estos ataques se producían con tanta frecuencia que los comerciantes más avisados empezaban a difundir rumores. Los bandidos aparecían por todo el territorio y, una vez que huían del lugar, era imposible volver a encontrarlos.

Lady Rustinell contraatacó endureciendo las medidas sobre los alimentos y otros recursos necesarios y deteniendo por completo el flujo de provisiones militares, pero estas políticas no alcanzaron el resultado esperado. Lo único que consiguieron fue desalentar la actividad económica, empujar a la gente a hacer acopio y forzar la subida de los precios. Era una situación frustrante, y lo único que podía hacer Louise era sentarse a rechinar los dientes.

Mientras tanto, los bandidos se mostraban cada vez más confiados y aumentaban sus actividades, sin dejarse ni un pelo en el tintero por las autoridades. Fue entonces cuando Louise empezó a sospechar que había algo más grande entre bastidores, y fue *entonces cuando* recibió las buenas noticias de su vasallo.

Porque Nadar, conde de la vecina Nadar, era el cerebro de la epidemia de bandidos. Había tendido una trampa a los mercaderes y bandidos para que robaran la plata de Rustinell y otros territorios, y Louise se sorprendió al descubrir que el mercader que había venido a disculparse esa misma mañana era uno de ellos.

Una vez terminada su parte, el mercader habría pasado a emprender trabajos en otro territorio bajo otro nombre hasta que se calmara el calor. Se ganaría la confianza del Lord local y seguiría ganando su favor.

Ahora que lo pienso, este “Pilocolo” vino con una carta de presentación del Conde Nadar.

Si el conde lo enviaba de vuelta a Nadar para trabajar con otro nombre, Louise dudaba de que sospechara en absoluto del comerciante.

El “escondite” que Deet estaba asaltando era, al parecer, el lugar desde donde pretendían enviar la plata robada. Además, parecía que el grupo tenía la intención de atacar al príncipe más tarde, que en ese momento estaba de camino a Nadar. El conde saldría a “saludar” al príncipe antes de atacar, mientras que los bandidos lo acorralarían por detrás. ¿Qué habría pasado con el príncipe si Deet no hubiera encontrado el escondite de este grupo aquella noche?

Louise no tenía más que gratitud por el chico noble de pelo plateado que había informado a Deet de todo el plan tan pronto como se dio cuenta de lo que estaba pasando. Era joven y estaba bien vestido como cualquier noble, con un rostro dulce que podría confundirse fácilmente con el de una niña. Se llamaba Arcus Raytheft, el hijo mayor de la Casa Raytheft.

Mientras los hombres de Deet trabajaban para poner orden en el distrito de los almacenes, Arcus esperaba con sus sirvientes la llegada de Louise. En cuanto la vio, se quedó con la boca abierta. Probablemente nunca imaginó que una lady pudiera tener *este aspecto*— pelo rojo desordenado, un parche en el ojo y, para colmo, una gran espada. La capa que le rodeaba los hombros estaba hecha con la piel de una bestia salvaje. Louise no sólo no estaba vestida como una dama, sino que carecía de toda feminidad.

Galanger sonrió con complicidad mientras se acercaba. “El joven cree que usted parece una bandida, Madam”.

“¿Hm? Todavía no ha dicho nada”.

“No lo necesita. La mirada que tiene dice... ¡ouch!” El payaso fue recompensado con una dolorosa bofetada en la cabeza, tal vez merecida, ya que era el vasallo de mayor rango en Rustinell y no tenía derecho a hablarle así a su líder. Menos aún en un tono tan suave y arreglado. La dama volvió a golpearle, esta vez en su barriga panzuda. Al parecer, decidió que era suficiente, Galanger se agarró el estómago y se dobló.

Louise se volvió hacia el chico arrodillado ante ella. “Tú eres Arcus Raytheft, ¿sí?”

“¡Mi Lady!” Después de presenciar lo que tenía, el rostro de Arcus estaba tenso por la ansiedad, y se puso anormalmente erguido.

“Soy Louise Rustinell. Le agradezco su información sobre estas fechorías en nuestro territorio. Ahora veo por qué la Casa Raytheft está tan bien considerada”.

“Permítame disculparme por actuar con tanta impertinencia en el territorio de su señoría”.

“No hay nada que disculpar. Sin ti, habríamos tenido *verdaderos* problemas”.

Arcus volvió a inclinar la cabeza.

Había demostrado su integridad desde el momento en que informó de la ubicación de los bandidos y ayudó a Deet a reprimirlos. Y lo que es más importante, tuvo la oportunidad de enfrentarse a los bandidos y llevarse todo el mérito él mismo, o incluso trabajar para hacer caer a Rustinell. El hecho de que no hubiera hecho ninguna de las dos cosas le decía a Louise que tal vez era demasiado ingenuo para ser un muchacho noble.



Eso no tiene nada que ver. Es porque es muy joven.

Mientras Louise se enfrascaba en más pensamientos superfluos, uno de sus vasallos se acercó con documentos en la mano.

“Mi Lady. Hemos aprovechado sus instrucciones”.

Louise hojeó los materiales. Todo lo escrito allí coincidía con el informe de Arcus.

“Esto es una prueba sólida de que Nadar ha estado traicionando al reino por el Imperio. No puede haber escogido a hombres especialmente avisados para ello si han dejado pruebas como estas por ahí”.

No tomar las medidas adecuadas para destruir las pruebas fue algo más que un descuido, pero quizás contratar personal inteligente no era un lujo que los ladrones traidores pudieran permitirse.

Louise vio a Deet en la entrada del almacén y la miró fijamente.

“¡Ah! ¡Mamá!” Agitó los brazos en el aire con alegría mientras corría hacia ella. Parecía excesivamente feliz para alguien que acababa de pasar por un violento asalto después de una larga patrulla.

“¡Deet! ¡Te he dicho cientos de veces que dejes de llamarme 'mamá!'”

“¿¿Qué?! ¡Pero si eres mi madre! ¿Cómo se supone que debo llamarte?”

Un puño cayó sobre la cabeza del obstinado Deet. Las lágrimas llenaron sus ojos en cuestión de segundos mientras se agachaba.

“¡Owwwww!”

“¡Te llamas a ti mismo mi hijo, y todavía no sabes hablar correctamente!” refunfuñó Louise. Se dio cuenta de que sus vasallos la miraban con frialdad, como hacían siempre, por alguna razón, cuando surgía este tema.

Louise miró a Arcus, que se acariciaba la cabeza. Lo que Louise no sabía era que él mismo conocía muy bien el dolor de ese golpe.

“Has hecho un buen trabajo, Deet”.

“No, todo fue gracias a Arcus. Yo sólo acorralé a los malos después”. Deet le dedicó una sonrisa tímida, pero su sonrisa pronto se desvaneció. “Parece que estos tipos también estaban secuestrando mujeres”.

“¿Así es?”

“Encontramos a una mujer joven metida desnuda en una caja y temblando”.

“Su falta de respeto por nuestro territorio es peor de lo que pensaba. Asegúrate de que esa chica llegue a casa sana y salva”.

“Lo haré”.

Los escandalosos crímenes de estos bandidos iban mucho más allá del robo de plata, y además tenían la intención de dañar al príncipe. Louise se encontraba cada vez más enfadada con Porque Nadar.

“Voy a echar un vistazo más de cerca a las cosas aquí, y luego voy a reunir a los soldados para rastrear e informar al Príncipe Ceylan. ¿Quieres venir, Deet?”

“¡Sí, iré! ¿Arcus? Tú también vienes, ¿verdad?”

“¿Qué, yo?”

“No deberías hacer invitaciones tan precipitadas, Deet”.

“¡Pero mamá! Decían que un mago súper fuerte iba a por Su Alteza, ¡y sólo Arcus y sus sirvientes saben cómo es ese mago!”

“Parece que su presencia sería útil. De acuerdo. ¿Vendrás con nosotros?”

“Sí, por favor, si se nos permite”.

“Lo siento. Sé que probablemente tienes tus propios problemas de los que preocuparte”, dijo Louise.

“Le agradecemos la preocupación, Madam”.

Galanger ya le había dicho a Louise que Arcus prefería que este asunto se tratara con la mayor discreción posible. A ella le parecía que el muchacho de cara dulce y pelo plateado podía ser realmente ingenuo a veces, pero tenía una comprensión astuta de las cosas cuando se trataba de ellas. Era casi como si *actuara* como un niño inocente a propósito. Comparándolo con Deet, no se podría pensar que tuvieran una edad similar.

“¡Clayton!”

“Milady. Los soldados están levantados y esperando fuera de las puertas de la ciudad”.

“Bien. Asegúrate de que estén en formación y listos para partir para cuando termine de echar un vistazo rápido al almacén”.

“Sí, milady”.

La siguiente etapa sería la más crítica. Tendrían que cruzar a toda prisa la frontera con Nadar para poder adelantarse al príncipe y su tropa antes de que el conde pudiera hacer contacto. La vanguardia tendría que dar prioridad a la velocidad sobre el número para reunirse con el príncipe lo antes posible. Si fuera necesario, podrían llegar refuerzos para reforzar sus defensas y ayudar a extraer al príncipe. Una huida exitosa sería el mejor resultado posible. Alcanzar al príncipe antes de que se adentrara demasiado en Nadar era vital.

Tendrían que informar al príncipe del grave error que habían cometido al permitir que Nadar robara su plata, por supuesto, pero si interpretaban el papel de héroes épicos que venían a

salvar al príncipe, probablemente éste haría la vista gorda ante su error. Hacer que la amenaza parezca lo más grande posible minimizaría cualquier daño duradero.

Eso también elevaría el estatus de este chico, supongo... ¿Hm?

Louise estaba mirando el almacén con Galanger y planeando su próximo movimiento cuando notó algo extraño— una viga de hierro aplastada y materiales de construcción rotos. Parecía que se había producido un ataque muy feroz pero muy localizado. La ventana cercana había sido destrozada y los cristales habían salido despedidos. La mayoría de los elementos de madera estaban destrozados. Al inspeccionar más de cerca, vio carne carbonizada quemada en el suelo y en los objetos circundantes.

“¿De qué se trata todo esto, Galanger?”

“Este es el resultado de la magia de Arcus Raytheft”.

“¿Oh? ¿El chico hizo esto?”

“Sí, Madam. Durante la pelea con un mago contrario”.

La destrucción total tenía sentido si era causada por la magia, pero también planteaba más preguntas.

“Esto parece,” Louise hizo una pausa, “un poco demasiado fuerte para la magia de fuego”.

“Fue todo un espectáculo. No quedó mucho del mago después. Estos jirones de carne son todo lo que quedó”.

“Oh.” Eso sólo hizo que las cosas fueran aún más curiosas. “¿Qué tipo de hechizo era?”

“Pregunté a nuestros magos sobre ello, pero no tenían ni idea”.

“¿De verdad? ¿Así que no lo sabemos?”

“Los que estaban presentes dijeron que les *parecía* más o menos como magia de fuego. Pero no pueden estar seguros, porque causó una destrucción masiva en sólo un segundo”.

Galanger era un hombre al que le gustaba la precisión y las respuestas claras, pero ni siquiera él tenía una explicación. El primer hechizo ofensivo basado en el fuego que le vino a la mente a Louise fue Flamrune. Era popular entre los usuarios de la magia de fuego del reino por su doble golpe de llama voraz y golpe de gracia.

También formaba parte de la cartera militar arcana de Lainur; su poder destructivo era temido por otras naciones. Sin embargo, su efecto principal era quemar el objetivo en lugar de destruirlo; ese efecto venía en segundo lugar. Siempre existía la posibilidad de que algo explotara con Flamrune, pero no debería haber dejado lo que estaban viendo ahora. El daño se ajustaba más a lo que podría dejar una roca conjurada, pero eso tampoco tendría sentido.

Louise miró a Galanger y vio una gota de sudor que le caía por la frente.

“Es raro ver a un imprudente como tú sudando frío”.

“Yo sólo... Estoy pensando en cuando se usó el hechizo. No me avergüenza *admitir que me hace sudar frío*”. Galanger bajó la voz como si murmurara para sí mismo. “Según nuestros magos, un encantamiento corto como ese no debería haber sido capaz de crear un hechizo tan poderoso. Era la mitad de largo que el conjuro de Flamrune, y sin embargo creó algo tan o más poderoso. Si yo fuera más como el joven maestro, y pudiera seguir sonriendo tras un horror así”.

Sencillamente, Arcus Raytheft era un mago hábil.

“Qué raro”, dijo Louise. “Los rumores dicen que su éter es una chatarra, y que fue desheredado por carecer de cualquier tipo de talento”.

“He oído lo mismo”.

¿Eso hace que los rumores sean falsos? Algo no cuadraba.

“¿Cuál es tu opinión sobre el chico, Galanger?”

“Arcus Raytheft es inteligente más allá de su edad. No sólo es hábil en el arte de los sellos, sino que tiene el valor de meterse en una situación como la de esta noche. Su magia es como su Señoría ha visto aquí. Sólo puedo pensar que su desheredamiento debe ser algún tipo de broma pesada sin gracia, porque no veo otra razón para ello”.

“Tengo que estar de acuerdo”.

“Además, sus sirvientes son los mejores graduados del Instituto. Incluso los más grandes nobles tendrían problemas para conseguir sirvientes así, por lo que no puedo dejar de preguntarme cómo un chico como él lo logró”.

Craib Abend, uno de los Magos Estatales de Lainur y quizás más conocido como Crucible, también era un antiguo Raytheft, por lo que los sirvientes eran probablemente el resultado de sus conexiones. Incluso entonces, proporcionar a un chico que era famoso por su “falta de talento” un personal tan prestigioso no habría sido nada fácil.

“¿Qué hace Arcus Raytheft aquí en Rustinell?”

“No estoy seguro todavía. Tiene una carta del Rey Shinlu para Su Señoría, pero por supuesto no la he leído. Como dije, se suponía que iba a explicar su razonamiento en su audiencia con usted mañana”.

“Hmm...”

Estas cartas suelen ser compartidas entre personas de un estatus similar, y sin embargo era un muchacho noble desheredado quien tenía una para ella esta vez. No debería tener nada que hacer con una carta del rey, lo que sólo demostraba la alta consideración que el rey tenía de él.

“¿Madam?” Preguntó Galanger.

“Milady”. Te dije que 'Madam' suena demasiado como 'mamá'. Me recuerdas a Deet”.

“Oh, um. Mis disculpas”. Galanger sonrió tímidamente.

“Sinceramente. De todos modos, has oído el rumor sobre la infantería mágica de Lainur y su crecimiento exponencial de poder, ¿no?”

“Sí, así es. Al parecer, su mando y sus operaciones van muy bien, posiblemente porque han perfeccionado sus formaciones. También he oído que últimamente hay una gran cosecha de magos expertos en el sector médico”.

“Se dice que también hay algún vínculo con la plata”.

“¿Plata? ¿Podría ser eso lo que busca este Arcus Raytheft?”

“Está aquí con una carta sellada del rey. El momento coincide. La mayoría de la gente viene aquí buscando plata, después de todo; él podría estar involucrado en todo esto”.

Louise se dio cuenta de que podría ser un poco exagerado vincular a Arcus con las mejoras en el ejército de Lainur, pero lo mismo podría decirse de un joven desheredado que aparece con una carta oficial en primer lugar. Seguía siendo una suposición por su parte, pero la posibilidad estaba ahí.

“¿Pero entonces por qué le llaman sin talento?” se preguntaba Galanger en voz alta.

“Quién sabe. Tal vez sea una fachada. Tal vez sus amados padres lo 'desheredaron' porque reconocieron su verdadero poder y querían que estableciera su propia casa.”

“¡Eso no tiene ningún sentido! Por la forma en que se extiende ese rumor, tiene que haber algo más”.

“Yo también lo creo. Tal vez favorecieron a su hija para que se hiciera cargo de la familia por alguna razón”, murmuró Louise. “Ese vizcondado tiene una larga historia en el reino. Si ese chico no es lo suficientemente bueno para ellos, entonces su heredero elegido debe ser muy especial”.

Los Raythefts se remontan a varias generaciones, y sin embargo su casa sigue siendo un vizcondado. Floreciente no era la primera palabra que venía a la mente. Los vizcondes eran ayudantes de casas de mayor rango, lo que significaba que cada heredero debía ser poderoso y con talento. La hermana de Arcus debía ser igual de poderosa si había sido elegida antes que él. Aparte de eso, lo que había hecho aquí era asombroso para un chico de su edad. Pensando en el futuro, Louise supuso que podría ser ventajoso decirle a Deet que se hiciera amigo de Arcus.

Cuando Louise terminó de inspeccionar el almacén con Galanger, ya había un grupo formando fila y esperándoles fuera. Llevaban consigo un gran número de caballos de guerra. Su formación era perfecta; ni un solo cuerpo se movía.

Louise pasó la mirada por encima de la línea de sus soldados. “Bien hecho por reunirse aquí cuando podrían haber estado disfrutando de la vida nocturna. Siento hacerlos abandonar sus

flagelos, pero les aseguro que yo estoy en la misma situación. Si tan sólo me hubiera desmayado borracha, no tendría que lidiar con esta tontería...”

Una ola de risas recorrió a los soldados.

“Sin embargo, el Príncipe de Lainur está en peligro. Si lo hacemos bien aquí, podremos retirarnos sin luchar, y Rustinell se ganará el favor del reino. Confío en que harás todo lo posible para que quede bien aquí”. declaró Louise.

Los soldados respondieron con una alegría de buen corazón. Tenían suficiente moral para la misión que tenían por delante, tanto para el viaje de veinticuatro horas como para soportar la lucha posterior.

“Retirarse sin luchar...” El labio de Louise se curvó.

No tener que luchar sería el mejor resultado. Pero si *tuvieran que* luchar... Eso haría las cosas interesantes. La Guillotina era de Deet ahora, y aún no había tenido la oportunidad de saciar la sed de su nueva arma...

Pilocolo y los bandidos habían sido arrestados con seguridad, y Arcus y sus compañeros se habían unido a la marcha de Louise Rustinell para perseguir al príncipe de Lainur, Ceylan Crosellode. Su camino conducía aún más hacia el oeste, fuera de Rustinell, y hacia Nadar. Si la estimación de Louise era correcta, el príncipe ya habría cruzado a Nadar en este momento, en cuyo caso podría haberse enfrentado ya a los soldados o asesinos del conde.

Louise ya sabía la ruta que debían tomar, así que lo único que tenía que hacer el grupo de Arcus era seguirla, pero eso no hizo que el viaje fuera fácil. Las prisas les obligaban a moverse sin largos periodos de tiempo para comer o dormir, y tenían que cambiar de caballo varias veces. Arcus no tenía experiencia en viajar con tanta urgencia, y le resultaba difícil mantener el ritmo. Sólo era consciente del paisaje que les pasaba a toda prisa, y apenas tenía idea de lo que ocurría en cada momento.

Era la tarde del segundo día después de salir de la capital de Rustinell. Había un único puesto de control en la frontera entre Rustinell y Nadar, y lo atravesaron con sorprendente facilidad. Todo lo que Louise tuvo que hacer fue presentar la carta de Arcus del rey, y se les permitió el paso sin una pelea.

Unas horas después de pasar el control, la tarde se convirtió en noche.

Arcus jadeaba encima de su caballo. “No creo que vaya a lograrlo...”

Estaba agotado y hecho polvo por las sacudidas de su caballo, que había estado a todo galope todo el tiempo. El paisaje borroso que pasaba a su lado le hacía dar vueltas a la cabeza, y no dejaba de murmurar que su muerte se acercaba rápidamente.

Cazzy parecía estar pensando en lo mismo. “Sí, esto es muy duro. Creía que el entrenamiento del viejo me había endurecido y todo eso, pero esto de ser militar de emergencia es otra cosa”. Se rió, pero le faltó su espíritu habitual.

Noah se secó el sudor de la frente. “Debo estar de acuerdo con ambos en este caso”.

“Incluso tú estás luchando, ¿eh?”

“Hay que reconocer que sí. Experimenté marchas forzadas como ésta varias veces bajo el mando de Craib, pero no es algo a lo que uno se acostumbre con facilidad.”

“¿Cómo están hablando ahora mismo?”

“¿¿Cómo te mantienes?! Un niño de diez años no debería ser capaz de montar a caballo durante tanto tiempo, ya sabes”.

“¿Tengo doce años! ¡Doce años! Por lo menos, tienes en cuenta mi edad”.

“Ya sabes que eres un niño, así que ¿cuál es tu edad exacta?”

“Me parece que tienes mucha energía para seguir adelante”, comentó Noah.

Justo en ese momento, un corcel negro que venía por delante redujo su velocidad para caer junto a ellos. Era al menos una, si no dos, tallas más grande que el caballo de Arcus. Era como si él montara un perro y este caballo fuera un elefante. El caballo bestial estaba montado por Deet, de pelo rojizo. Su acompañante Galanger apareció un momento después.

“¿Cómo estás, Arcus?”

“Bien... más o menos. Te ves bien”.

“¿Esto es el paraíso comparado con todo ese papeleo! ¡Todo lo que tienes que hacer es sentarte en un caballo! Fácil de hacer”.

“¡No es fácil! Es agotador”.

“¿Eh? ¿Estás fuera de forma o algo así, Arcus?”

“¡Grggh! ¡N-No! No lo creo, de todos modos...”

“¿Seguro? Ninguno de nosotros está sudando así”.

“¿Eso no tiene ningún sentido! Algo raro está pasando aquí! Espera...”

“Ya hemos tenido esta conversación pero al revés, ¿no?”. Deet se rió.

Arcus deseaba poder reírse así ahora mismo. “¿Quieres hablarme de algo?”

“Sí. Mamá dijo que nos pondríamos al día en cualquier momento”.

“Eso significa que no tardará mucho, entonces”.

“¿Eh? ¿Qué no tardará mucho?”

“Maestro, pronto nos encontraremos con algunos magos. Las posiciones más peligrosas estarán en la parte delantera o trasera del grupo”, dijo Galanger.

“Oh...”

El momento antes de que entraran en contacto con el príncipe sería la mejor oportunidad para que les atacaran. Era probable que el Conde Nadar hubiera considerado que su propio grupo sería emboscado, y el destacamento de Rustinell tenía que actuar con eso en mente.

“¡Ya casi llegamos! No bajen la guardia”. Louise llamó desde adelante para despertar a sus soldados.

De repente, la linterna de Gown empezó a temblar.

“¡Cuidado! Hay un enemigo cerca”. gritó Arcus.

“¿Qué?”

“¿Esa cosa que nos mostraste en el almacén está reaccionando?” Preguntó Deet.

“Sí. Tiene que haber alguien acercándose a nosotros”.

“¡Galanger! ¡Ve a decírselo a mamá!”

“¡Sí, Maestro! ¡Deberías reunirte con Su Señoría también!”

“¡Prepárate para luchar, Noah, Cazzy!”

“¡Hombre, me voy a morir si tengo que luchar después de todo este paseo a caballo!” Cazzy cacareó.

“Este tipo de situación es de esperar. Debemos aguantar un poco más”.

Mantuvieron sus caballos en movimiento sin dejar de vigilar sus alrededores. Pronto llegaron a un claro rodeado de oscuros acantilados rocosos. Su aspecto sugería que la lava solía fluir por aquí. Había algo místico en él; una energía oscura se reunía y guisaba allí, como si estuvieran en la boca de la tierra de los muertos.

La linterna empezó a temblar con más violencia que antes. Sus enemigos debían de estar escondidos aquí; Arcus podía ver varios puntos donde podrían estar ocultos. Se preparó, y no tardaron en alcanzar al resto del grupo detenido frente a ellos. Los caballeros formaron un círculo alrededor de Louise, con sus jinetes recelosos.

“¡Mamá!”

“Deet”. Este lugar parece peligroso. Mantén la guardia alta”.

“¡Entendido!”

Arcus condujo su caballo hacia Louise. “Creo que hay enemigos escondidos aquí, Mi Lady”.

“Galanger me lo dijo. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?”

“Fui alertado por la herramienta que me pasó Gown. Reacciona cuando hay fuerzas hostiles cerca”.

“¿Oh? ¿El Duende Sepulturero? Parece una herramienta muy interesante”. Louise sonó intrigada al principio, pero luego respiró profundamente y dejó escapar un rugido. “¿Sabemos que están aquí! Dejen de esconderse y muéstrense”.

El grito de Louise rebotó en las oscuras rocas. Una sola sombra se deslizó desde detrás de una. Llevaba un gorro de punto y ropa negra.

“La bruja cazadora de cabezas, ya veo”.

“¿Eres el asesino enviado para eliminar al príncipe?”

“Lo soy. Bueno, uno de muchos”.

“Eido...”

“Arcus”. Qué sorpresa verte hasta aquí. Tal vez debería haber esperado lo mismo; no eres como ningún otro niño de tu edad”.

“Pilocolo y esos bandidos han sido capturados”.

“Eso parece. Mi suerte debe haber sido corta esta vez”.

“¡Arcus!” Deet gritó. “¿Es este el mago?”

“¡Lo es! ¡Tengan cuidado! ¡Es mucho más poderoso que el mago del almacén!”

“¡Galanger, Clayton!” Louise llamó. “Te dejo esto a ti. Asiste a Deet”.

“¡Sí, Madam!”, fue la respuesta de Galanger.

“Por favor, tenga cuidado, Mi Lady”, dijo Clayton.

“Si ataca, Deet, no te contengas”, dijo Louise. “¡Hazlo pedazos!”

“¡Yay! ¡No he luchado adecuadamente en años!” Deet se alegró. Al blandir esa enorme espada encima de ese caballo gigante de esa manera, parecía más problemático que heroico.

Louise debió dividir sus fuerzas aquí para poder seguir tras el príncipe. El príncipe era su prioridad; era una decisión sabia. Estaba a punto de irse cuando Eido habló.

“¿De verdad crees que te voy a dejar ir?”

Louise se detuvo. Al segundo siguiente, el camino rocoso que había delante estaba bloqueado por los subordinados de Eido. Algunos se deslizaron desde las sombras, mientras que otros estaban a la vista sobre las rocas. Cada uno tenía una ballesta apuntando directamente a Louise.

“Así que ese es tu juego, ¿verdad? ¡Están advertidos! Me estoy abriendo paso!” Louise gritó.

Los arqueros se prepararon para disparar, pero antes de que pudieran hacerlo, fueron atacados por una sombra de color blanco azulado.

“¡Guarrgh!”

“¿Qué?”

El rayo de luz pasó por encima de cada uno de los arqueros y los dejó inconscientes, estrellándose contra cada cuerpo antes de atravesarlo y pasar al siguiente objetivo. Eido fue el primero en reconocerlo por lo que era.

“Casi olvidé que tenías eso”.

Tribe el perro fantasma estaba en lo alto de una de las rocas más grandes del claro. Arcus había abierto la ventana en el momento en que la linterna empezó a temblar para estar preparado para soltarla en cualquier momento.

Los ojos de Deet se iluminaron de emoción cuando vio a Tribe. “¿Arcus! Arcus, ¿qué es eso? ¿Qué es?”

“¿Es el perro de caza de Gown! ¿Tribe, ve tras el Príncipe Ceylan con Su Señoría!” Arcus gritó.

Tribe dejó escapar un inquietante rebuzno y se alejó en una ráfaga de arcos de luz azul y blanca.

“¿Estoy en deuda con ustedes!” gritó Louise, antes de seguir a Tribe y desaparecer en la oscuridad con sus hombres.

Arcus quedó en el claro con sus sirvientes, Deet y su puñado de poderosos lores. Se enfrentaron a Eido y a algunos de sus subordinados.

“La habilidad de comandar una bestia de *la Era Espiritual*. ¿Quién eres tú, Arcus?”

“Sólo un niño desheredado por sus padres”.

“Te desheredaron por no tener talento. Esa no es una palabra que usaría para describir a alguien capaz de una magia tan extraordinaria, y que ha recibido tal poder de Gown. Me recuerdas al protagonista de alguna saga épica”.

“Gracias. Si tan solo mi pedazo de mierda de padre pensara lo mismo”.

“Oh, sí. Pero ya ves, el destino es cruel con absolutamente todo el mundo”.

Arcus condujo su caballo frente al de Deet.

“¿Arcus?” Preguntó Deet.

“¿Puedes darme algo de tiempo?”

“¿Eh? Uh, supongo que sí. Claro”.

Había algo que Arcus quería confirmar con Eido. Gilles había dicho que había algo en Eido que lo diferenciaba de Pilocolo y los bandidos.

“Eido”. ¿Por qué te diriges al príncipe? ¿Respondes a Porque Nadar? ¿O eres del Imperio?”

“Ya deberías haber resuelto eso por ti mismo”.

“Actúas solo. No recibes órdenes de nadie”.

“Así es. No soy un subordinado de Porque Nadar, ni soy del Imperio. Si quieres saberlo, nací y me crié en la capital de Lainur como tú”.

“¿Por qué estás detrás del príncipe, entonces? ¿Eres un mercenario a sueldo?”

“Sí y no”.

“Deja de hablar con acertijos”.

“Tengo un rencor personal”, explicó Eido sin dudar. “No con el príncipe, sino con Su Majestad el Rey”.

“¿Un rencor contra el rey Shinlu?” Arcus estaba tan sorprendido que había hecho la pregunta antes de pensar en ella.

Eido asintió, y sus ojos adquirieron una mirada lejana. “Todo ocurrió hace mucho tiempo, más de veinte años. Yo dirigía un grupo de vigilantes en la capital por aquel entonces”.

“¿Vigilantes?”

“Sí. Por aquel entonces, en aquellos días más conflictivos, surgieron barrios marginales en la capital donde muchos inútiles hacían su hogar. Era demasiado peligroso para que los niños anduvieran por las calles a su antojo”.

“He escuchado el mismo tipo de historias de personas mayores”.

“Seguro que sí. Los funcionarios del gobierno de entonces eran perros persiguiendo las sobras en las mesas de los nobles. No servían para nada y, además, el ejército real no estaba tan bien regulado como ahora. Aquella época fue probablemente la menos influyente de la corona”. Eido suspiró antes de continuar. “Otros, como yo, nos negamos a quedarnos de brazos cruzados y dejar que las cosas siguieran como estaban. Como éramos lo suficientemente poderosos para hacer algo al respecto, formamos un grupo y reclamamos territorios que los nobles y la burocracia conocían, pero se negaban a reconocer.”

“¿Qué tiene que ver eso con tu rencor hacia el rey?”

“Si estás dispuesto a escucharme, tienes que entender que esta historia no es corta”.

Arcus sintió una punzada de indignación, pero sabía que el hecho de que Eido estuviera dispuesto a hablar con él tenía valor, en primer lugar. Eido era su enemigo, y no merecía necesariamente una oportunidad para explicarse, pero Arcus se encontró deseando saber qué ganaba el mago con todo esto. Ese sentimiento provenía del tiempo que habían pasado juntos en el camino, aunque ese tiempo fuera muy corto.

“Había dos grandes grupos de vigilantes en la capital en ese momento. El mío, y uno dirigido por un hombre que se hacía llamar Lai. Nuestros grupos se formaron en momentos diferentes, pero ambos teníamos el mismo deseo de proteger la capital. El grupo de Lai fue

fuerte desde su concepción; el propio Lai era un mago absurdamente poderoso. Los hombres que le seguían tenían talento y mentalidad independiente, pero le idolatraban desde lo más profundo de su corazón. Había un aire misterioso en él. Era muy tosco, pero por alguna razón todos lo encontraban sumamente encantador, yo también, ahora que lo recuerdo. El grupo de Lai fue ganando poco a poco el control de los rincones más oscuros de la sociedad. Nuestro grupo llegó antes que el suyo, y me aferré al hecho de que habíamos contribuido a la seguridad pública mucho antes que él. Eso despertó en mí la competitividad, y dirigí mi grupo para seguir reprimiendo a los malhechores a nuestra manera”.

“Con el paso del tiempo, los lazos de nuestros dos grupos se profundizaron. Necesitábamos intercambiar información, compartir nuestro territorio y cooperar para llevar a cabo nuestro trabajo. Nos enfrentábamos de vez en cuando, pero bebíamos juntos y luchábamos juntos para proteger la capital. En cierto modo, era lo más satisfactorio que había hecho en mi vida”.

“Todo cambió con el predecesor del rey Shinlu, cuando sus políticas de reforma de la podrida aristocracia y la burocracia empezaron a surtir efecto. Su hora dorada se acabó, y toda la capital fue limpiada de sus villanos de un plumazo. Me identificaron como su líder”.

“¿Eh? ¡Pero si fuiste tú quien los atrapó!” protestó Arcus.

“Sí, lo era. Todo lo que he contado hasta ahora es cierto. Sin embargo, me tacharon de criminal. Pusieron carteles de “se busca” por toda la capital, e incluso en las ciudades y pueblos de los alrededores”.

“¿Quieres decir que te sacrificaron para que los burócratas pudieran reclamar tu captura como un logro?”

“Sí. Te pones al día rápidamente”.

Por lo que parece, cuando llegaron las reformas, no quedaba ningún villano que acorralar porque Eido y sus hombres ya habían hecho el trabajo. Eso dejó a la nobleza y a la burocracia con ganas de probar que estaban haciendo bien su trabajo. El grupo de Eido era grande y no estaba autorizado, lo que lo convertía en un objetivo perfecto.

“Le pedí ayuda a Lai. Ahora me siento tonto por ello, pero en aquel momento sentí que él podría sacarme de apuros. En lugar de eso, espoleó a sus hombres para que mataran a los míos, y el resto de los que sobrevivimos fuimos expulsados de la capital”.

“¿Pero qué tiene que ver eso con Su Majestad?”, preguntó Arcus.

“Vives en la capital, así que deberías saberlo— la verdadera identidad del príncipe de Lainur se mantiene en secreto hasta que es mayor de edad”.

“Bien. Es una costumbre... ¡Espera!”

“¿Te das cuenta ahora? Ese hombre, Lai, es de hecho el actual rey de Lainur— Shinlu Crosellode”.

“¡Así que ahí está la conexión! ¿Fue cuando conociste a mi tío también?”

“Sí. Craib Abend y Stronghold-Renault Einfast. Eran la mano derecha de Shinlu Crosellode en ese momento. Aunque tu tío aún no había desarrollado su famosa magia fundida”.

“¿El tío Craib era un vigilante?”

“Es cierto. Si crees o no, no es realmente de tu incumbencia. Sea lo que sea que tomes como verdad, tú y yo seguimos siendo enemigos”.

No tenía sentido dudar de Craib o de sus acciones pasadas en este momento, y todo lo que Arcus tenía para seguir era la palabra de Eido de todos modos. Fuera lo que fuera, los dos tendrían que luchar una vez que esta conversación terminara.

“Reconozco que nunca esperé que el sobrino de Craib se interpusiera así en mi camino. Qué extraño giro del destino”. El labio de Eido se torció sardónicamente. “Por eso estoy haciendo todo esto, Arcus. ¿Te satisface mi explicación?”

“Sí. Aprendí todo lo que quería”.

“Bien”. Los ojos de Eido examinaron las fuerzas que estaban detrás de Arcus.

“¿Sigues pensando en luchar?” preguntó Arcus. “Creo que está claro que esta vez tenemos la ventaja”.

“Por supuesto que no. Me enfrento a los feroces guerreros de Rustinell, a ti y a tus sirvientes. Estoy claramente superado, así que me despediré”.

“¿Crees que te vamos a dejar?”

“Quizás no... sin algún tipo de ofrenda”. Eido sacó algo de su pecho.

“¿Eh? ¿Qué es eso?” preguntó Arcus, pero luego se dio cuenta de que lo reconocía.

Para cualquier otra persona, parecería un fajo de papeles normal y corriente, como los que se pueden encontrar en una oficina. Pero cuando Arcus, sintió que su corazón se había detenido. Esos documentos se referían a su eterómetro, y debían estar en el Gremio de Magos.

“Esto es para lo que has venido a Rustinell, ¿no?”

“Espera... ¡¿Cómo conseguiste eso?!”

“Hay gente en este mundo que se dedica a robar objetos como éste. Gente como yo”.

“¡¿Quieres decir que entraste en el Gremio?!”

“Sólo hay dos lugares en la capital a los que no puedo entrar. Son los dormitorios del rey y del príncipe, y la Torre Sagrada. La Cofradía ha sido reconstruida y trasladada varias veces, pero mientras el agujero que hice en sus defensas hace tiempo siga sin ser detectado, bueno...”

Arcus sintió que se le iba el color de la cara. No podía estar seguro de que Eido estuviera fanfarroneando, y si su historia era cierta, ya se había medido con Shinlu y Craib antes. Con esa experiencia, asumiendo que había pasado su parte de ella perfeccionando su sigilo, colarse en el Gremio habría sido fácil.

“Tengo que admitir que me sorprende que esto fuera todo lo que pude encontrar. Repartir la información como tú lo hiciste en lugar de guardarlo todo hizo las cosas más difíciles. Si no fuera un mago, estoy seguro de que no estaría guardando estos papeles ahora”.

“¿Qué es eso, Arcus?” preguntó Deet con el ceño fruncido.

“No preguntes. Perderás la mano si tocas una estrella fugaz”.

“D-De acuerdo...”

Eso fue todo lo que Arcus necesitó decir para que Deet comprendiera lo peligrosos que eran esos documentos. La expresión procedía de una historia de las *Crónicas Antiguas*— una fábula sobre un hombre tan ávido de oro que perdió la mano por el fuego de una estrella que se había desprendido de los cielos. Era una advertencia de que actuar por avaricia o curiosidad podía causar un daño real, y se utiliza a menudo en este mundo para reprender a alguien que está a punto de cometer un error de este tipo.

“¿Y bien?” preguntó Eido.

“Si te ganamos en la batalla, no necesitamos hacer un trato”.

“Correcto. Pero si eso ocurriera y yo o alguien más con estos documentos escapara, estarías en verdaderos problemas”.

“Esos documentos acabarán siendo de dominio público de todos modos”.

“Eventualmente”. Todavía no. ¿Por qué, si no, te conformas con quedarte sentado mientras los rumores sobre tu falta de talento vuelan incesantemente sobre tu cabeza?”

Eido tenía razón; esos rumores fueron útiles para mantener a Arcus fuera de los focos mientras se decidía el momento adecuado para anunciar el eterómetro, según el criterio de Shinlu.

“¿Eso es todo lo que tomaste?” preguntó Arcus lentamente.

“¿Qué sentido tiene preguntarme eso?”

“Contéstame”.

“Esto es todo; aún no he hecho ninguna copia”.

Arcus no podía dejar ir a Eido sin más; era un enemigo. Sin embargo, el riesgo de que escapara era considerable. Si el Imperio se hacía con estos documentos, aunque no incluyeran instrucciones sobre cómo crear éter templado, se enterarían de su existencia. Eso sin duda les animaría a enviar más espías a Lainur.

Aceptar el trato de Eido era una opción, pero no tenía ninguna garantía de que el documento que tenía el mago en la mano fuera todo lo que tenía, y que no hubiera hecho ninguna copia. Todo podría resolverse si lograban capturar a Eido y sus hombres. Eido no estaría sugiriendo un trato así si no sintiera que estaba en peligro de perder.

Si Arcus lo rechazaba, las posibilidades de victoria eran altas. El problema radicaba en lo poderosos que eran los compañeros de Eido, y hasta qué punto estaban dispuestos a arriesgar sus vidas en la batalla. Arcus no podía descartar el peor de los escenarios si luchaban. Empezaba a arrepentirse de haber enviado a Tribe con Louise.

“No te preocupes. No miento cuando digo que esto es todo lo que tomé, y tampoco lo tomé para pasar a Porque Nadar o al Imperio. Simplemente lo tomé prestado para protegerme”.

“¿Para protegerse?”

“Sí. Para evitar que el conde o el Imperio me apuñalen por la espalda”.

“¿Así que guardas esos documentos para demostrarles que aún puedes ser útil?”

“Sí, y para hacer tratos como éste”.

La posición de Eido era precaria. Sus relaciones se basaban en el beneficio mutuo. Una vez que su trabajo estaba terminado o dejaba de ser valioso, no había nada que impidiera a la otra parte erradicarlo.

Arcus seguía lidiando con la indecisión. Lo que eligiera tenía que ser la respuesta correcta.

“Aceptaré con una condición”.

“¿Qué condición?”

“¡Arcus!” Deet protestó en voz alta, pero Arcus ya se había quedado sin opciones.

“Si te dejamos salir, no puedes ir directamente a por el príncipe”.

“No soñaría con ello. No me gustaría quedar atrapado entre tú y la bruja cazadora de cabezas”.

“¡Arcus!” Deet llamó de nuevo. “¡No puedo dejar que se vaya!”

“Tenemos que pensar en nuestras posiciones”. Galanger añadió su voz. “Me temo que no podemos dejarles hacer esto”.

“Lo siento, pero necesito hacer esto. Puedes preguntarle a Su Majestad sobre este asunto más tarde, si lo necesitas”.

“¿Su Majestad?” Galanger se hizo eco.

Una fina sonrisa estiró los labios de Eido. “Señor Galanger Uiha. ¿Entendería si le dijera que esto se refiere al pequeño truco que el ejército real está utilizando para potenciar a sus magos? ¿Que este chico ha creado algo revolucionario como eso?”

“¡Eido!” Arcus se desgañitó.

“Por favor, estoy tratando de salvar mi piel aquí.”

Un parpadeo de comprensión apareció en los ojos de Galanger. “Ya veo. Así que de eso se trata”.

“Um, er... ¿Galanger? ¿Qué está pasando?” Preguntó Deet.

“Si Nadar o el Imperio se hicieran con esos documentos, sería muy grave”, explicó. “Lady Rustinell tenía razón sobre esto todo el tiempo...”

Ahora también estaba claro para Galanger lo precaria que era la situación. El Gremio de Magos metió la pata al permitir el robo de los documentos en primer lugar, pero esto también podría tener graves repercusiones para Rustinell y su autoridad. Rustinell era un territorio vasallo al que se le había concedido autonomía del rey de Lainur, pero eso no significaba que pudieran desafiar su gobierno. Como tal, había que tener en cuenta en todo momento los valores propios del rey y su posible juicio.

Su mejor apuesta sería derrotar a Eido antes de que tuviera la oportunidad de vender la información, pero aunque tenían suficientes hombres aquí para suprimirlo, no tenían necesariamente los suficientes para eliminarlo. Había razones más que suficientes para pensárselo dos veces antes de tomar esa decisión.

“¿Está decidido, entonces? Pondré estos papeles en esa roca de allí. No te muevas hasta que termine, y ni se te ocurra lanzar ningún hechizo. Sólo hace falta que uno o dos de nosotros escapen para que estos documentos desaparezcan”.

Eido desapareció en las sombras detrás del afloramiento rocoso, y unos momentos después los documentos aparecieron en la roca que había señalado.

Arcus se adelantó para recogerlos y miró a su alrededor con cuidado, pero Eido no aparecía por ningún lado. Tampoco estaban sus compañeros caídos. “Ugh. Nos ha pillado bien”.

Deet suspiró. “¿Qué va a decir mamá cuando le diga que se ha escapado?”

“Fue mi culpa. Se lo explicaré”.

Arcus se quedó mirando la zona rocosa de la que desapareció Eido. Nada le impedía huir y llevarse los documentos. En lugar de eso, había optado por intercambiar esos documentos para que sus compañeros pudieran salir también.

“Huh. Realmente no es un tipo tan malo después de todo”.

“Tal vez no lo sea”, aceptó Noah.

“Quién sabe”, dijo Cazzy.

Pero Arcus estaba seguro ahora. Tenía que haber algo bueno en él, o no habría hecho ese trato, ni habría intentado salvar al aldeano acalorado. Fue sólo por su pasado que terminó en un camino más torcido.

El grupo volvió a ponerse en formación y fijó la vista en el camino.

“Ahora sólo tenemos que esperar que el rescate del príncipe vaya bien”.

“¡No te preocupes por eso!” Deet sonrió. “¡Mamá se encargará de ello!”

El optimismo de Deet dio confianza a Arcus. Sin embargo, no podía dejar de saber que algún día tendría que arreglar las cosas con Eido, y aún no sabía qué forma podría tomar esa confrontación.



Epílogo— El Leon y el cerdo

Cuando Leon Grantz entró en el salón, se encontró con que su anfitrión, Porque Nadar, ya estaba allí y estaba furioso.

Porque Nadar. Uno de los condes del reino, que ostentaba el territorio de Nadar en el lejano oeste. Su chaqueta abotonada, de un estilo popular entre los nobles del reino, no ocultaba su barriga panzuda, prueba de sus vicios poco saludables. Ciertamente, su estómago no era la única parte de su cuerpo con exceso de grasa, el salario de una vida indolente. Sus mejillas estaban caídas. Sus párpados eran delgados, aplastados por la grasa que los rodeaba. Tenía manchas oscuras en la cara, como si sus órganos estuvieran haciendo horas extras para mantenerlo vivo.

Porque le recordaba a Leon a un cerdo sobrealimentado, o quizás a una rana toro con una dieta poco saludable. La mayor parte de su grasa se acumulaba en su frente, dando la impresión de que estaba permanentemente inclinado hacia atrás. Eso sólo le hacía parecer más arrogante.

Porque estaba sentado profundamente en el sofá del salón y recibía un informe de uno de sus subordinados. Dicho subordinado se arrodillaba frente al conde, cuyo humo de cigarro barría al vasallo como un vendaval. Toda la habitación estaba suspendida en una bruma, ya que la escasa ventilación no podía seguir el ritmo de Porque. Parecía que el cigarro pretendía ocultar su irritación, pero, como de costumbre, era evidente, sólo por su actitud, que las cosas no iban bien.

“¿Ceylan logró escapar? Bastardo con suerte”.

“Mi Lord. Han vuelto a Rustinell para reunir a los lores. No me sorprendería que su objetivo sea invadir Nadar después de eso”.

“Tendría que estar de acuerdo. Ellos saben todo sobre mi traición. Dudo que me den la oportunidad de defenderme”. Porque Nadar dejó escapar otra columna de humo, espesando aún más el aire.

Su subordinado tosió ligeramente un par de veces antes de continuar. “Si me permite hacer una sugerencia, Mi Lord...”

“Habla”.

“Si el príncipe está reuniendo tropas, creo que es esencial que lancemos una contrainvasión antes de que sus hombres estén totalmente preparados. Puede que no tengamos tiempo de pensar mucho en nuestras formaciones, pero atacar tan pronto como podamos es una posibilidad a considerar.”

A Leon le pareció una idea bastante razonable. A Porque no.

“¡Hmph! ¡Ceylan no es nadie que merezca ser temido! Nos tomaremos nuestro tiempo, y entonces estaremos totalmente preparados para enfrentarnos a ellos. Eso también será más fácil para nuestros soldados”.

“M-Mi Lord, cuanto más tardemos, más hombres tendrán”.

“Soy muy consciente de ello. Pero no es el *rey* quien reúne estas tropas; es el príncipe. Los lores dudarán. Además, tenemos al Imperio de nuestro lado. Podemos refugiarnos y luchar desde aquí, pidiendo apoyo cuando lo necesitemos. Así es, ¿no es así, general Grantz?”
Porque abrió los ojos todo lo que pudo y se giró para mirar a Leon.

Estaba claro que tenía plena confianza en que el Imperio estaría dispuesto a apoyarle.

“Yo no contaría con ello”.

“¿Por qué no?”

“El Imperio ya ha decidido no enviar refuerzos para esta lucha”.

Porque golpeó con los puños la mesa que tenía delante en un vano esfuerzo por aplastar la dura y fría verdad. Sus ojos chispearon con una rabia aterradora, y mientras arremetía contra Leon, el general se sorprendió de que no le saliera espuma de las comisuras de los labios.

“¿¿Por qué?! ¡Con el apoyo del Imperio, Ceylan estaría como muerto! ¿Qué podría obligar al Imperio a dejar escapar esta oportunidad?”

“Conde”. El Imperio no busca actualmente una guerra abierta con el reino. Ya tiene suficiente con los dos campos de batalla del norte. Añadir otro correría el riesgo de socavar nuestro propio esfuerzo”.

“¿¿Y eso es razón suficiente para abandonarme?! Comprende el riesgo que he asumido por *su* Imperio, ¿verdad, General?”

“Lo hago”.

“¡Bueno, entonces!”

“Conde”. La decisión ya está tomada. Tengo mis órdenes de Su Majestad Imperial, y un humilde general como yo no puede ir en contra de ellas”.

“Eso... Tú... Es...” Porque intentó graznar una frase, pero en lugar de ello acabó sujetándose la cabeza con las manos.

“No vayas a agarrar el extremo equivocado del palo aquí. El Imperio no te abandona. Ya hemos preparado una recompensa por tu devoción”.

“¿Eso no significa nada si no gano esta batalla!”

“Entonces gana. Toma la cabeza de Ceylan como estaba previsto. Si lo haces, podrás conservar el título de conde cuando desertes. Y, aunque el Imperio no pueda enviar refuerzos, eso no significa que no esté dispuesto a ayudarte”.

El color volvió a la cara de Porque ante los ojos de Leon. Dejó escapar un profundo suspiro de alivio y angustia.

“No había necesidad de engañarme de esa manera”, dijo.

“Lo siento. Creo que dar las malas noticias primero es mejor”.

“¿Cuántos refuerzos puedes suministrarme?”

“Si hablamos de algunos de mis soldados de campo... Tal vez quinientos hombres”.

“¿Quinientos?! ¡*Sólo* quinientos?! ¡Deberías tener muchos más hombres bajo tu mando que eso! ¿Por qué sólo puedes ofrecerme tan pocos?”

“Mis hombres son suministrados por Su Majestad Imperial. Soy lo suficientemente poderoso como para comandar diez mil hombres, pero eso es sólo si se me ordena desde arriba. No puedo ordenar a los hombres a mi antojo. Quinientos es lo máximo que puedo ofrecer. Voy a tener que pedirle que lo tome o lo deje”.

“U-Ugh...” La cara de Porque se volvió de un tono rojo intenso.

Su subordinado lo miró implorante. “M-Mi Lord. ¿Qué debemos hacer?”

“Nrk... No podemos mantener un asedio aquí sin la promesa de refuerzos. ¡Nos iremos tan pronto como los soldados estén listos! Debemos forjar nuestro propio camino de supervivencia. ¡Mi fiel criado, Byle Ern! ¡Haz los preparativos!”

“¡Sí, Mi Lord!” El sirviente salió rápidamente de la habitación con sus órdenes en la mano.

Sin duda, iba a reunir y organizar las tropas, algo que le supondría un gran esfuerzo. Pero había que hacerlo, para evitar su muerte y la de su maestro en el campo de batalla, o salvo eso, su captura y ejecución.

“El príncipe nunca había reunido tropas sin esperar órdenes de su padre”, comentó una voz femenina juvenil.

La niebla se desvaneció, revelando una mujer con una máscara blanca— Aluas. Estaba de pie detrás de Porque Nadar, vestida de negro que tomaba su color de las sombras de las esquinas de la habitación. Habló como si hubiera estado escuchando toda la conversación.

Porque se estremeció, pero rápidamente dejó escapar un suspiro. “Sra. Aluas”.

“Ha pasado mucho tiempo, Mi Lord. Por favor, perdone mi insolencia”.

“Por supuesto”.

Lo que dijo Aluas era pertinente; el príncipe podía haberse excedido en su autoridad al reunir a los hombres. Reunir soldados y dar órdenes a los lores era un derecho que pertenecía únicamente al rey o a la reina de cualquier país, y no uno que se extendiera al resto de la familia real. Eso incluía al propio hijo del rey. Al fin y al cabo, reunir tropas sin permiso podía ser visto como un intento de alterar el equilibrio de poder, o incluso de incitar a una insurrección.

Ceylan había vuelto directamente a Rustinell para reunir a los lores. Debía de estar planeando atacar a Porque sin darle respiro, y ni siquiera estaba esperando la aprobación del rey— una contravención de la norma.

“Exactamente, Sra. Aluas. Ceylan está cometiendo traición contra su propio padre, y no creo que sea una exageración”.

“Eso hace que todo sea mucho más sencillo. Su Señoría sólo tiene que hacer uso de ese hecho”.

“¿Te refieres a animar a los de dentro y fuera de Lainur a criticar a Ceylan por burlarse de su padre?”

“Sí. El rey de Lainur no tendrá entonces más remedio que castigarlo”.

Si no lo hacía, la influencia de Ceylan se resentiría y Shinlu perdería prestigio, tanto en el reino como fuera de él.

“Imposible”, declaró Porque.

“¿Mi Lord?”

“Tu sugerencia habría sido posible hasta hace muy poco. Pero las cosas han cambiado con respecto a Ceylan”.

“¿Cambió?”

“Así es. Su posición dentro del reino es algo más que el príncipe ahora”.

“¿Entonces es verdad?” preguntó Aluas, dándose cuenta de lo que quería decir Porque.

“Sí”. Porque asintió.

Los rumores habían circulado durante un tiempo. Parecían lo suficientemente creíbles, pero nunca hubo pruebas contundentes. La historia decía que había algo en Ceylan y su linaje que lo hacía más poderoso que el propio rey Shinlu.

“Si es así”, dijo Leon, “entonces no hay duda de que las tropas cooperarán con él. Aunque no se haya confirmado nada oficialmente, estoy seguro de que hay lores como tú que saben la verdad”.

“No podemos estar seguros. Ceylan siempre ha tenido el derecho de convocar a los soldados de esta manera, pero esta es la primera vez que hace uso de él. Todavía habrá quienes duden en actuar sin la aprobación del rey. A diferencia del Imperio, nuestros líderes no gobiernan con una autoridad tan férrea; algunos lores se toman más libertades que otros en sus acciones. Hasta que no se aclare la posición de Ceylan, algunos lores permanecerán sin duda en la barrera”.

Por lo que decía Porque, los lores con recelos no serían pocos.

El conde levantó de repente una ceja. “Usted mismo debería saberlo, general”.

“Sí”.

“Entonces, ¿por qué hablar como si no lo fueras?”

“Sólo quería escuchar tu opinión. Tenía curiosidad por saber qué pensabas de Ceylan”.

Estaba claro, por la forma en que hablaba Porque, que no tenía una opinión *demasiado* baja del príncipe, pero Leon quería asegurarse de que el conde comprendía bien la situación actual. Era esencial que Porque tuviera alguna astucia rudimentaria, o el plan no funcionaría.

Porque parecía imperturbable la prueba de Leon. “General Grantz. Espero recibir sus refuerzos cuando llegue el momento”.

“Por favor, hágalo. Le aseguro que lo que les falta a mis hombres en número lo compensarán en habilidad”.

“Bien. No me falles”. Porque se levantó. “Ahora, si me disculpan, debo ponerme a trabajar”.

El conde dejó a Leon y a Aluas solos en el salón con los hombres de Leon. Sus sirvientes se mostraron ansiosos ante el aire de desconcierto de Aluas.

Aluas esperó hasta que los pasos de Porque dejaron de oírse desde el pasillo. “Siempre creí que Nadar era tan tonto como parecía, pero es sorprendentemente agudo”.

“Tiene que serlo, o Shinlu no le habría dado territorio en la frontera. Puede que sea un cerdo codicioso, pero seguro que es muy listo”.

“Parece que lo admira, General”.

“Tiene una buena cabeza sobre los hombros. Eso es todo”.

“El rey de Lainur no eligió especialmente bien al colocar a Nadar aquí. Tal vez no previó que el conde lo traicionara en sus propias narices”.

“Apostaría a que fue más bien un caso en el que al rey no *le importaba* ser traicionado. ¿Por qué si no los gobernantes vecinos se moverían sin dudarlo?”

El rey de Lainur, Shinlu Crosellode. Durante el gobierno del rey anterior, Lainur se acobardó bajo la influencia del Imperio durante un tiempo, pero Shinlu volvió a construir el reino hasta donde estaba hoy. Era imposible que un hombre así no considerara que Porque pudiera traicionarlo. Porque no era más que un sustituto del rey. Si no lo fuera, Shinlu habría hecho que el conde volviera a un territorio central en el momento en que las relaciones diplomáticas del reino fueran estables.

Había algo lamentable en el papel de Porque como peón de sacrificio para Lainur y el Imperio.

“La política puede ser muy profunda, y los puntos más finos son especialmente difíciles de entender para una simple maga como yo”, dijo Aluas.

Leon no pudo evitar preguntarse qué parte de su declaración quería decir. Parecía conocer bien lo básico para alguien que encontraba la política “difícil de entender”.

“Pero...” Al segundo siguiente, Aluas había bajado en picado para situarse justo detrás de Leon. Sus movimientos fueron tan rápidos que sus hombres tuvieron tiempo de detenerla.

Las siguientes palabras de Aluas llegaron en un débil susurro. “Ha sido usted demasiado codicioso, General”.

Leon no dijo nada, pero sabía que se refería a su promesa de refuerzos. El plan original era no suministrar nada a Porque y hacer que se enfrentara a todo solo. Eso protegería al Imperio de cualquier daño y le compraría la negación. Sin embargo, tomar la cabeza del príncipe en esta batalla supondría un gran golpe para el reino. Por eso Leon había pedido permiso al emperador para enviar tropas.

Tal vez fuera la codicia. Tal vez la codicia era la razón por la que Leon sentía que, si llegaba un poco más lejos, la cabeza del príncipe podría estar a su alcance. Aluas ciertamente parecía pensar así.

En cuanto al propio Leon, no podía pensar qué otra cosa podía ser.

Historia secundaria— La Prueba de Lecia

Lecia Raytheft se encontraba en un bosque del territorio de Raytheft, situado al este del reino. Este bosque se encontraba en lo más profundo del territorio y era espeso y tenebroso, incluso durante el día. Era tan oscuro que las palabras se quedaban cortas para describirlo.

La vegetación aquí era única dentro del reino. Las plantas que crecían aquí eran nativas de la Cordillera de la Cruz del noreste, también conocida como la columna vertebral del continente. Las hojas de los árboles no eran verdes, sino teñidas de púrpura y negro, y su corteza era inerte y cenicienta. Las enredaderas se enredaban en sus ramas, conectando un árbol con otro y llenando los huecos entre ellos, lo que sólo daba al sol aún menos espacio para brillar. Un día soleado aquí era sombrío; un día nublado era tan bueno como la noche. El laberinto bajo el dosel pertenecía a la oscuridad.

Los charcos que salpicaban el suelo eran negros incluso en los días más luminosos, y el agua mohosa mantenía el aire espeso y empalagoso. La humedad y el calor hacían imposible que los inexpertos pasaran un día entero aquí.

El camino que recorrió Lecia era un sendero de animales, casi invisible. Ya habían pasado dos horas desde que salió del campamento. El camino que seguía apenas podía llamarse ya sendero, y se sentía como una exploradora descubriendo nuevas tierras, algo que no había experimentado desde hacía tiempo.

Iba vestida con poca ropa, habiendo elegido sólo botas impermeables y una capa para protegerse de la suciedad y la arena. Dos hombres caminaban detrás de ella. Uno de ellos era un hombre en la flor de la vida cuyo rostro mostraba una oscura sombra de las cinco de la tarde. Era alto y de buena complexión. Sus ropas ligeras y su peto de cuero no disimulaban los tonificados músculos que recorrían su cuerpo. Una sonrisa despreocupada iluminaba su rostro, pero estaba tenso para responder a una amenaza en cualquier momento.

El otro era un joven tranquilo con una capa negra. Llevaba un pañuelo alrededor de la cabeza y la mitad inferior de su cara estaba completamente cubierta por el cuello de la capa. A diferencia de su compañero, rara vez hablaba. Sin embargo, Lecia se dio cuenta de que de vez en cuando miraba a su alrededor. Una luz aguda brillaba en ellos cuando lo hacía.

Estos hombres fueron contratados como guardias de Lecia por su padre. Habían sido mercenarios toda su vida. Joshua los reconoció como hábiles y fiables. Sus movimientos eran rápidos y precisos, sin que ninguno de ellos dejara la más mínima abertura para atacar. Rápidos e ingeniosos, habían ofrecido a Lecia frecuentes consejos de supervivencia durante el viaje desde la capital. También tuvieron cuidado de vigilarla a ella y al terreno local.

El trío siguió adelante a través del denso bosque hasta que finalmente llegó a un amplio claro. El suelo era negro. Aunque no había árboles, había charcos negros esparcidos como si fueran trampas. Según el mapa, el grupo no estaba lejos de su destino.

“Hay bestias cerca, Madam”, advirtió el mercenario más viejo y sin afeitar.

“¿Se nota?” preguntó Lecia.

“Sí. Por el olor y la... sensación en el aire, supongo. Hay un peculiar olor a animal que nos ha seguido, y si escuchas con atención, puedes oír una respiración agitada, como un perro frente a su comida”.

“Así que es un olor emparejado con un sonido...” Lecia concentró sus cinco sentidos. Efectivamente, podía oler lo que él describía y percibir que había algo allí. Olía como una mascota que llevaba días sin lavarse, combinado con un toque de orina. La respiración que escuchó era como la de un sabueso de caza sin entrenamiento. “Yo también puedo sentirlo”.

“¿Lo ves?”

“Es realmente fascinante que se pueda percibir todo eso sin ni siquiera estar muy cerca de la criatura”, dijo Lecia.

“Es mi trabajo. En esta línea de trabajo, habría muerto hace mucho tiempo si no pudiera detectar cosas como esta”.

El hombre tranquilo se movió de repente, extendiendo una mano para evitar que sus compañeros hicieran algún movimiento descuidado. “Precaución. Se acerca”.

“Bien”. ¿Madam? ¿Qué quiere hacer?”

“Si hay que luchar, yo también lo haré”.

No pasó mucho tiempo hasta que la maleza empezó a crujir y la criatura apareció. Era más grande que un sabueso o un perro guardián normal. Su pelaje estaba moteado y manchado de suciedad. Su larga y afilada lengua se movía de un lado a otro como una llama en la noche. Otros como él salieron de varias sombras, aparentemente parte de la misma manada.

“Tribreeds”.

“¿Estos son Tribreeds?”

Estas criaturas fueron mencionadas en *La Era Espiritual*. Originalmente descendían de los sabuesos favoritos de los elfos, que se habían asilvestrado en su ausencia. Parecían parecerse mucho al perro de Gown, Tribe. Joshua le había dicho a Lecia que aparecían a menudo en los remansos del territorio de Raytheft, pero éste era su primer encuentro con ellos.

“No necesita preocuparse por estos, Madam. Son inteligentes; no van a buscar pelea con un enemigo que saben que los supera”.

“¿Qué vamos a hacer entonces?”

“Bueno, ya que eres nuestra líder, ¿por qué no te aseguras de que sepan que realmente somos más fuertes que ellos?”

“Muy bien. Por favor, retroceda un poco”.

“Sí, Madam”, aceptó alegremente el primer mercenario.

El otro mercenario guardó silencio en su retirada.

Lecia echó un vistazo más a su alrededor antes de dejar que su éter se desbordara y abrir la boca.

“Que ese gran cuerpo sea envuelto en llamas y se convierta en un guerrero. Toma tu escudo en la mano izquierda y tu espada en la derecha. Que el carmesí ardiente del cielo ciña tu cuerpo. Estrangula a los cuatro demonios y destruye los tres obstáculos. Ocho conciencias como una sola. Apégate a tu razón, y conviértete en el origen. Oh, rey del fuego del polvo que se arrastra, vigila cuidadosamente nuestras espaldas. “

Un enorme pilar de llamas salió disparado en el aire detrás de Lecia. Rápidamente se transformó en forma humana, como un torso y una cabeza gigantescos hechos de fuego. Se inclinó hacia delante para rodear a Lecia con sus brazos y protegerla. Tal y como indicaba el conjuro, llevaba una espada en la mano derecha y un escudo en la izquierda. Cuando Lecia extendió el brazo hacia un lado, imitó su movimiento y blandió la espada. Era como si estuviera controlando un robot a través de un traje de poder.

El intenso calor de las llamas evaporó los charcos negros del claro en un instante, y el movimiento de la espada del gigante creó una ráfaga de viento que hizo volar hojas y ramas de los árboles.

Los Tribreeds se acobardaron ante el ardiente titán, lanzando un gruñido de advertencia mientras retrocedían antes de girar la cola y huir. Una vez pasado el peligro, Lecia dejó que el gigante se disipara.

“Bien hecho, Madam”, dijo el anciano con una sonrisa.

“No fue nada”.

“Fue un despliegue impresionante de magia. Pero quizás no sea nada para alguien bendecido con tanto éter como tú”.

“Sí. Podría ser un hechizo bastante difícil de usar para un mago promedio”, admitió Lecia.

Lecia se quedaba corta; para la mayoría de los magos sería muy agotador expulsar tanto éter. Se necesitaban al menos 1.000 para lanzarlo, y aún más para mantenerlo. La mayoría de los magos se acercan a los 2.000, por lo que no podrían utilizarlo a su antojo.

“Ese era El camino del Rey Flameante”, ¿no? Un hechizo tradicional de Raytheft. He visto a Su Señoría usarlo antes, pero fue sorprendente incluso verlo de nuevo ahora. Un hechizo perfecto tanto para atacar como para defender. Fue este hechizo el que permitió a Su Señoría destruir completamente a esos miserables Hans”.

“Se dice que los Raythefts crearon el hechizo ellos mismos”, dijo Lecia.

“No cabe duda de que en el pasado hicieron cosas fantásticas. Por supuesto, los Magos Estatales de hoy son igual de buenos”.

“Debo estar de acuerdo. He oído que cada uno de ellos es increíblemente hábil”.

“¿Debemos seguir adelante, Madam?”, sugirió el silencioso mercenario.

“Sí; vamos”.

Así lo hicieron, avanzando hacia su destino— una cueva aún más profunda en el territorio. Fueron las palabras de Joshua las que habían desencadenado la cadena de acontecimientos que condujeron a Lecia hasta aquí.

“Lecia. Sé que esto es repentino, pero me gustaría que viajaras al territorio de los Raytheft”. Esas fueron las primeras palabras que salieron de la boca de Joshua cuando Lecia se reunió con él en el salón de la finca capital de los Raytheft.

Frente a ella estaban sentados Joshua y su madre, Celine, y estaban rodeados de mayordomos y dos hombres que Lecia no reconoció.

Celine lanzó una mirada confusa a su marido. “¿Cariño? ¿Qué es lo que quieres que haga Lecia?”

“Me gustaría que completara la prueba requerida a todos los futuros herederos del nombre Raytheft”.

“¿Prueba?”, dijo Lecia.

“Teniendo en cuenta tu edad, quizá sea demasiado pronto para ti. Sin embargo, ha habido herederos en el pasado que tuvieron éxito a tu edad. Y tú, Lecia, tienes talento. Creo que puedes hacerlo, a pesar de tu juventud”. Joshua cerró los ojos y asintió solemnemente.

“¿En qué consiste este juicio, padre?” preguntó Lecia.

“Debes adentrarte en el territorio de Raytheft y llegar a un santuario que se encuentra dentro de una cueva en lo profundo del bosque”.

“¿Un santuario?”

“En efecto. Allí podrás recuperar la prueba de que has alcanzado tu objetivo. Toma esta ficha. Cámbiala por la prueba y vuelve”. Joshua colocó la ficha sobre la mesa, ganándose otra mirada de confusión de su esposa.

“¿Estás diciendo que sólo tiene que ir allí y volver? Eso suena bastante simple para algo que pretende ser una 'prueba'”.

“Ese bosque es el hogar de criaturas feroces, al igual que la cueva. Se necesitará estrategia para pasar”.

“¿Criaturas feroces? ¿Estás seguro de que Lecia no es demasiado joven?”

“Estoy seguro. Ya domina la magia ofensiva y domina el encantamiento con fluidez. Es una maga mucho más excepcional que yo a su edad”.

“No sabría decirte”, dijo Celine, “pero si insistes, te creeré”.

“¿No deseas poner a prueba tus habilidades, Lecia? Es natural que quieras tener la oportunidad de utilizar todo lo que has aprendido. Además, no puedes compararte con otros

de forma fiable sin saber primero de qué eres capaz. A su vez, será difícil que te mejores a ti misma”.

“Sí, lo entiendo”.

“Una vez que completes esta prueba, serás reconocido oficialmente como el próximo heredero por nuestras familias de la rama, como debes hacer antes de poder avanzar en la obtención de tu herencia”. Joshua le pasó la ficha a Lecia.

Era de madera y tenía el tamaño de la palma de la mano de un adulto. En ella estaba escrita una oración en la Lengua Antigua.

“Enviaré algunos guardias contigo”.

“¿Guardias?”

“Así es. No es necesario que completes la prueba sola. Somos magos, después de todo”.

“¿Quiénes serán esos guardias?”

“Los dos hombres que están detrás de mí, cuya presencia estoy seguro que ya han notado”.

Los forasteros bajaron la cabeza ante Lecia.

“El hombre de la derecha es Ralph. El de la izquierda es Chauger. Ambos son hábiles y atentos”.

Cada uno de los guardias dio un paso adelante.

“Un placer conocerla, Madam. Me llamo Ralph”. El hombre mayor habló, lanzando una sonrisa amistosa a Lecia.

“Soy Chauger”. El otro hombre claramente no sintió la necesidad de decir nada más.

“Puede que Ralph te resulte un poco exagerado, pero trata de verlo como si él hiciera las cosas menos tensas para ti. Aunque le perdonaría una patada en el trasero si se pone demasiado insolente. Más que perdonarlo, lo agradecería”.

“M-Milord...”

“Te he advertido varias veces que hables con el debido respeto. Hasta que no lo hagas, no puedo cambiar mi política de patadas en el trasero”.

Ralph se encogió ligeramente hacia atrás mientras Chauger resoplaba. Este último se excusó apresuradamente antes de perder la sonrisa en su rostro.

“Chauger” es... Bueno. Puedes pensar que es una parte de tu sombra, o quizás del aire que te rodea. El truco para llevarse bien con él es no hacerle caso. Así es como le gusta”, explicó Joshua.

Chauger asintió con la cabeza.

“¿Estás seguro?” preguntó Lecia.

“Lo que nos hace sentirnos cómodos es algo único para todos nosotros. Cuando somos superiores a alguien, la generosidad viene en forma de asegurar que su entorno de trabajo sea el mejor posible. No debemos imponer las cosas a los que están por debajo de nosotros”.

“Sí, padre”.

“Vas a ser la próxima heredera. Es importante que aprendas a tratar con la gente y a utilizarla eficazmente”. Joshua hizo una pausa y estudió detenidamente a Lecia antes de continuar.

“Lecia. Debes entrar en la cueva y volver con la prueba. ¿Puedes hacerlo?”

“¡Sí, padre! Lo haré”.

“Muy bien”.

Por eso, Lecia había emprendido un viaje hacia lo más profundo del territorio de Raytheft. Ella y los guardias tardaron más de diez días en entrar en el territorio en carruaje. Después de reunirse con el gobernador, Lecia se dirigió a enfrentar su prueba.

Durante el viaje, se enteró de que Ralph y Chauger se ganaban la vida como “aventureros”, o mercenarios especializados que trabajaban en el reino vecino de Sapphireberg. Crearon un gremio muy parecido al de los magos, en el que aceptaban peticiones de nobles, comerciantes y ciudadanos de a pie. Los pedidos más populares eran de convoys y guardaespaldas. También aceptaban trabajos de exploración de zonas en las que se sabía que aparecían espíritus oscuros, o de limpieza de antiguas ruinas en las que se habían colado. Ralph y Chauger eran aventureros experimentados, y eso se notaba en su forma de actuar.

Los tres entraron en la cueva.

“Por la forma en que le hablaste en el salón, parece que ambos conocen a mi padre desde hace mucho tiempo”, comentó Lecia.

“Su Señoría nos ha contratado mucho en el pasado”, explicó Ralph.

“También nos ha llamado a la batalla un buen número de veces, aunque sólo como retenedores”, dijo Chauger.

Joshua debía de confiar mucho en ellos. Era costumbre que los criados conocieran bien a sus maestros. Podían ser sirvientes aptos para la batalla u otro personal contratado por la familia, pero sobre todo debían ser personas a las que se pudiera dejar con una espada en la mano mientras se les daba la espalda. Al parecer, los hombres que Joshua había enviado con Lecia no habían sido elegidos sólo por su habilidad.

“No esperaba que vinieras hasta aquí conmigo”, dijo Lecia.

“¿No?”

“Esperaba entrar en esta cueva solo mientras ustedes dos esperaban en el bosque”.

“Es una práctica común para los magos tener una vanguardia. Creo que eso es lo que hay detrás de la decisión de Su Señoría”.

No parecía un caso de sobreprotección por parte de Joshua. En el campo de batalla, un mago podía contar con combatientes hábiles a corta distancia para mantener su línea de combate, lo que le permitía quedarse atrás y hacer conjuros. Era uno de los conceptos más básicos de la magia táctica, tanto que se consideraba de sentido común.

Ralph frunció el ceño y se acarició la barbilla llena de pelos. “Me sigue pareciendo raro que Su Señoría quisiera que hicieras esto. Me parece un poco exagerado, teniendo en cuenta que aún no has empezado en el Instituto. Oh, pero no dudo de tu capacidad, por supuesto. No después de lo que nos mostraste allí”.

“Estoy de acuerdo. Es demasiado joven”.

“¿Tú también? ¿Es realmente necesario esto de las pruebas? Está claro que es lo suficientemente hábil como para ser la próxima heredera por un solo hechizo”.

“Sí. Ese no era un hechizo que otros niños de su edad pudieran usar, superdotados o no”.

Lecia estaba de acuerdo con ellos. Ni siquiera sus compañeros de estirpe noble y con formación mágica recibieron la formación de combate que ella recibió. No sabía si eso se debía a que la línea Raytheft era especialmente estricta o a que su padre creía en la educación práctica por encima de la teórica. Por otro lado, tenía una idea de lo que había detrás de todo esto.

“Creo que padre se está impacientando”.

“¿De verdad?” dijo Ralph.

“Sí, aunque no creo que él mismo sea consciente de ello”.

“¿Impaciente? ¿Impaciente por ser nombrada oficialmente la próxima heredera?”

Lecia asintió. “Creo que padre quiere demostrar a todo el mundo que soy realmente digna”.

“¿Por qué será?”

“¿Sabes que tengo un hermano mayor?”

Ralph desvió la mirada con torpeza. “Oh, um... He oído rumores”.

“¿Lo sabías?”

“Bueno, paso mucho tiempo en la finca de Raytheft. Uno se da cuenta de estas cosas. En este caso, Su Señoría estaba... afligido por ello, en ese momento”.

“La impaciencia de papá tiene que ver con mi hermano”.

“¿Su hermano? ¿El hijo de su Señoría?”

“Padre desheredó a mi hermano en favor de mí. Creo que por eso desea que demuestre mi valía cuanto antes”.

“¿Cree que su Señoría se arrepiente de su decisión entonces, Madam?”

“No, no creo que haya pensado tanto en ello. Sin embargo, mi hermano está prosperando actualmente, y creo que... ¿Cómo lo digo? Creo que a mi padre le duele verlo”.

“Hmm”. Ralph seguía sonando confuso.

“Permíteme que te plantee algo. Imagina que ves a un joven desheredado que pasa horas practicando magia en el jardín, incluso mucho después de que se haya puesto el sol, o que se dedica de lleno a sus estudios de magia. Como su padre -como cualquiera, en realidad-, ¿qué pensarías?”

“Sería... Oh, ya veo. Su Señoría está enfadado con él por el lugar, y por eso quiere aplastarlo. Y quiere consolidar su posición para hacerlo”.

“Creo que sí. Dudo que mi hermano tenga ya apetito por la herencia de los Raytheft; creo que padre sólo intenta presionarle”.

“Su Señoría tenía razón, ¿no?” Dijo Chauger. “Perdóneme, pero he oído que su hermano no tiene talento”.

“Si mi hermano no tiene talento, yo tengo todo el talento de un guijarro en el camino”.

“¡Ah-No! ¡No, en absoluto! ¡Por favor, no hable así de usted, Madam!”

“Mi hermano es inteligente y un hábil usuario de la magia. Constantemente siento que no puedo aspirar a ser la mitad de la persona que él es”.

“Pero Su Señoría lo ha desheredado. Debe haber una razón seria para eso”.

“Su éter está por debajo del estándar esperado. Eso es todo”.

“Eso *es* serio”, insistió Ralph. “El éter es vital para una familia militar, ¿verdad?”

“No estoy seguro de ello; de hecho, siempre me ha parecido desconcertante. Si el éter fuera realmente lo más importante, ¿por qué mi tío habría tomado a mi hermano como alumno?”

“Tu tío... El renombrado Mago Estatal Crucible, ¿sí? Tú... Espera, ¿quieres decir que tu hermano está estudiando con *él*?”

“¿Tu hermano está recibiendo entrenamiento directo de un Mago Estatal?” preguntó Chauger.

“¿Estás seguro de que no es sólo porque siente una obligación familiar?”

“Creo que eso es lo que probablemente empezó, como mínimo”, dijo Lecia.

Probablemente así lo vio Craib al principio, y no podía culparlo. Empezó a enseñar a Arcus los fundamentos por compasión hacia su sobrino desheredado. Su tío valoraba mucho las relaciones familiares, y cuando Arcus le rogó que le enseñara magia, su hermano aún no había hecho nada para demostrar su valía. Siendo su tío quien era, ella dudaba que hubiera notado algún tipo de talento en Arcus y, sin embargo, talento terminó siendo la palabra perfecta para describirlo.

“¿Han oído hablar de los demonios del maleficio, por casualidad?”

Ralph tragó saliva audiblemente y Chauger permaneció callado, pero sus expresiones eran igualmente sombrías. Aunque ninguno de ellos respondió a la pregunta de Lecia, esas caras le dijeron todo lo que necesitaba saber.

“Los has visto, ¿verdad?”

“Sí, en Sapphireberg...” Ralph dijo.

“Fue una experiencia horrible. Perdimos a muchos”.

“¡Dios!”

“Fue Shurelia Rimaleon — Twisted Karma—quien dirigió una tropa de magos, soldados y aventureros para acabar con ellos. Así fue como sobrevivimos. Pero no me gustaría volver a cruzarme en su camino...”

“¿Hubo muchos daños?”, preguntó Lecia.

“Daño” no empieza a describirlo. Cualquiera que se acercara demasiado era tragado por el maleficio. El área se había vuelto inhabitable por la mancha del maleficio. Sin Shurelia, habríamos estado esperando refuerzos del reino. Si eso hubiera ocurrido... las cosas habrían sido mucho peores, seguro”.

“Dieciocho pueblos. Cinco pueblos. Destruídos. Innumerables personas murieron”.

Ambos guardias aprietan los dientes, con la tez apagada por la miseria. Aquel incidente con los demonios del maleficio era claramente una oscura mancha en sus recuerdos. Lecia se detuvo y elevó una oración silenciosa por las vidas perdidas.

“Los demonios del maleficio, ¿cómo se relacionan con su hermano, Madam?” preguntó Ralph.

“Hace poco, un demonio del maleficio apareció en la capital”.

“¿¿Qué?! ¡No! ¡Imposible! ¡Esas cosas son enormes! ¡Habría sido una carnicería!”

“Un demonio del maleficio podría destruir media ciudad, incluso con los Magos Estatales protegiéndola”, convino Chauger.

“Sí; si no hubiera sido porque mi hermano destruyó la cosa antes de que pudiera suceder”.

Los mercenarios la miraron boquiabiertos como si quisieran decir algo pero no supieran qué. Sólo cuando su cerebro hubo procesado las palabras de Lecia, Ralph habló.

“¿Destruído, dices?!”, gritó. “¿Ha destruido un... un demonio del maleficio?!”

“Sí”.

“¿Está bromeando, Madam! ¡Oh, pero es una buena! Ja, ja...”

“Te aseguro que no lo soy”.

“Hemos visto el daño que causan esas criaturas, Madam”, dijo Chauger. “No hay que darles importancia”.

“Puedo entender por qué estás molesto, Chauger; sin embargo, digo la verdad. Yo misma fui testigo de ello, y por lo tanto puedo describir a la criatura. Era un gran... Bueno, originalmente era un humano, por lo que se parecía mucho a un gigante, que utilizaba los maleficios que lo rodeaban para dañar y recoger los objetos cercanos, a la vez que absorbía más maleficios para crecer en tamaño.”

“Esa... es una descripción precisa. Pero...”

“Si no puedes creerme ni siquiera ahora, ¿podría llevarte al cementerio una vez que nuestro asunto aquí haya terminado?”

“¿Cementerio? ¿Qué cementerio?”

“Cualquiera será suficiente. Allí nos encontraremos con Gown; él puede dar fe de que lo que digo es cierto. Después de todo, fue él quien inicialmente pidió ayuda a mi hermano”.

Ante la mención del Duende Sepulturero, la duda de los mercenarios se disipó.

“YO... Disculpas. Tu historia es realmente cierta, ¿no?” Dijo Chauger.

“Es cierto, aunque puedo entender que te cueste creerlo”.

La confusión seguía dibujada en el rostro de Ralph. “Disculpe, Madam, pero ¿cómo derrotó su hermano al monstruo? Shurelia tuvo que lanzar una tonelada de magos contra él, y sólo pudo asestarle el golpe final después de debilitarlo. Lo hizo pedazos, y luego destruyó cada pieza hasta la última. Es difícil de creer que haya habido una batalla de esa magnitud en la capital”.

“Gown le prestó a mi hermano éter, que utilizó para crear un gran pilar de luz que atravesó los cielos. Esa magia de luz redujo al demonio del maleficio a la sal”.

“¿Sal?”

“¿Recuerdas un tipo peculiar de sal que se vendió en la capital durante un tiempo?”

“Lo recuerdo”. Chauger asintió. “Hablaron de que provenía del slu—Madam, ¿está diciendo que la sal estaba hecha de un demonio del maleficio?”

“Así es. Los vendedores sólo vieron una mina de oro de sal para vender, y no sabían de dónde venía”.

“Er... Yo... Compré algo de eso y lo usé...” Ralph tartamudeó.

“No te preocupes. Era seguro para el consumo. Gown habría dicho algo si hubiera sido peligroso. Hubo quienes en la escena lo probaron inmediatamente después del hecho”.

Ralph se llevó una mano al pecho y dejó escapar un suspiro de alivio.

Una pequeña luz apareció en los ojos de Chauger. “Un pilar de luz y sal... Eso me recuerda a un cuento de las Crónicas”.

“Gown” mencionó algo similar. Debe estar pensando en una de las Diez Fábulas. La *Luz de los Cielos* que purifica todo lo que está sobre la tierra. Mi hermano dijo que esa era la historia en la que basó su hechizo”.

“Usó magia vinculada a la propia creación. Eso suena como algo que haría un Mago Estatal”.

Ralph y Chauger se sumieron en un silencio pensativo, las palabras se les habían escapado. Tal vez la conversación los había conmocionado. Una criatura tan poderosa que había causado un daño incalculable ante sus ojos fue derrotada por un chico “sin talento”. ¿Qué debían sentir ahora?

Tras una larga pausa, Ralph volvió a hablar. “¿Está su señoría al tanto de esto?”

“No. Dudo que me crea aunque se lo diga. Detesta a mi hermano”. Lecia bajó la mirada.

“¿Está diciendo que cree que su hermano es más digno de la herencia que usted, Madam?”, preguntó Chauger.

“Así es. Aunque soy consciente de que ahora es imposible, creo plenamente que debería haber heredado el apellido Raytheft”.

Lecia no podía hacer otra cosa que suspirar. ¿Por qué su padre tenía que ser tan terco? Por mucho que lo intentara, no podía entenderlo. Gown había dicho que los humanos eran criaturas que actuaban de acuerdo con las emociones, pero ni siquiera eso era una explicación satisfactoria para ella.

“Si tuviera más éter...”, dijo.

Nada de esto habría ocurrido de ser así. Al mismo tiempo, Lecia se preguntaba si Arcus habría alcanzado alguna vez todo su potencial de no haber sido desheredado.

“Sé que no me corresponde decir nada, pero el hecho es que la mayoría de los magos, donde quiera que vayas, ven la cantidad de éter que tienes como algo realmente importante”.

“Destreza en la batalla, hechizos utilizables, hechizos *poderosos*... Mucho está influenciado por el éter de uno. Un éter bajo te arriesgaría a ser despreciado por otras casas mágicas militares”.

Lecia podía entender de dónde venían, pero sus ideas se basaban en una visión muy generalizada de la situación. Si vieran el poder de Arcus por sí mismos, tal vez cambiarían de opinión, pero ahora mismo no era más que un muchacho con poco éter y un buen dominio de la magia. Lecia ni siquiera podía estar segura de que estuvieran escuchando todo lo que decía.

La melancolía pesaba en su corazón, pero no tuvo tiempo de pensar en ello durante mucho tiempo.

Chauger dirigió la luz de su antorcha hacia el interior de la cueva. “Es aquí”.

Lecia siguió su mirada para ver un grupo de criaturas muy extrañas. Quizás *monstruos sería* una palabra más apropiada. Grandes arachmens portaban cuerpos parecidos a los de las muñecas que, con cada sacudida, se agitaban de un lado a otro como medusas golpeadas por las olas. Tenían el color oscuro y moteado de una araña doméstica común, pero sus ojos brillaban con un intenso color escarlata.

Según Joshua, las criaturas de la cueva no eran como las que se encuentran en las llanuras. Eran monstruos descendientes de los espíritus oscuros que aparecieron en la Cordillera de la Cruz. Sus movimientos y comportamientos estaban muy alejados de los de cualquier criatura ordinaria.

Ralph hizo una mueca al ver al monstruo. “¿Esas son... Arañas calvas?”

“No, no del todo. Descienden de esa línea”.

“C-Ciertp”. Sí, porque no hay maleficio... Uf, casi me hacen saltar del susto”. Aunque Ralph dejó escapar un profundo suspiro de alivio, su expresión seguía siendo cautelosa. Mantuvo la mirada en los monstruos y la respiración tranquila.

“Esta araña calva”, preguntó Lecia. “¿Es lo que estas criaturas solían ser?”

“Más o menos. Es un espíritu oscuro aterrador”.

“A diferencia de estas cosas, todo su cuerpo es negro como el carbón, y es aún más inquietante. Sin embargo, tiene la misma forma, por eso me confundí”.

Las bestias tenían un aspecto bastante desolador para Lecia, aunque no fueran el negro intenso que describía Ralph. Lo peor eran los torsos humanos de la parte superior, que se movían como si estuvieran guiados por cuerdas invisibles.

“Una araña calva puede tomar toda una vanguardia para matar, con cinco o seis magos”.

“¿Qué tal estas bestias, Chauger?” preguntó Lecia.

“Deberíamos ser capaces de derrotarlos. No son espíritus oscuros, lo que ya los convierte en una amenaza mucho menor”.

“Sí, tienes razón en eso”. Todavía sosteniendo su antorcha en una mano, Ralph desenvainó una espada que había preparado por su facilidad de uso en un espacio cerrado como éste. Como su compañero Chauger prefería los estoques, pero no tenía espacio para usar uno con mucho efecto, sacó de su capa un puñado de dagas arrojadas.

Chauger explicó que estas criaturas eran arachmen. Las partes humanoides luchaban con espigas en forma de lanza arrancadas de sus abdómenes, aprovechando el alcance y la movilidad que les conferían sus mitades inferiores. Eran tan diferentes a cualquier criatura que Lecia hubiera visto antes que se preguntaba si estaban vivos.

Había tres de las criaturas ante ellos. Seis ojos rojos que los observaban. Lecia fue incapaz de reprimir el miedo que surgió en su interior, o el escalofrío que hizo que se le pusiera la piel de gallina, una sensación que era demasiado fácil de confundir con el rasguño y el cosquilleo de ocho patas quitinosas.

Lecia dudaba que los arachmen tuvieran problemas para mantenerse de pie en las paredes inclinadas de la cueva con la forma en que se arrastraban a su antojo, sin perder el equilibrio ni una sola vez.

“Por favor, tenga cuidado, Madam”.

“Gracias. Haré un hechizo”.

El primer paso fue iluminar la zona.

“Alma errante. Una voluntad intocable; un destello silencioso.”

Del círculo mágico aparecieron bolas de luz amarillo verdoso. Flotaron en el aire e iluminaron la cueva. Aunque estaba muy lejos de la luz del día, era una gran mejora con respecto a las antorchas de los mercenarios, ya que les dejaba las manos libres para la batalla.

Ralph arrojó su antorcha a un lado y saltó hacia el arachmen más cercano. Su habilidad era evidente en la forma en que seguía con facilidad los calculados movimientos de la criatura. Mientras tanto, Chauger se posicionó junto a Lecia, lanzando sus dagas a los arachmen para retenerlos.

Lecia era su mayor fuente de potencia de fuego, pero no se movió inmediatamente; había recordado una advertencia vital de no usar magia de fuego en espacios cerrados bajo ninguna circunstancia. El fuego consumía el aire finito en un espacio cerrado, por lo que usar un hechizo de llamas demasiado potente supondría el riesgo de que tú y tus aliados se desmayaran, si no de que murieran. Con el espacio limitado que hay aquí, utilizar un hechizo demasiado potente de cualquier tipo era arriesgado en sí mismo. Lecia tuvo que pensar con cuidado para evitar duras consecuencias para su bando.

“Juicio de la espada que amenaza el paso. Desgarra y penetra salvajemente a nuestro enemigo. Permite que nuestras esperanzas lleguen a la tierra y edifiquen a los que nos preceden.”

“Espada afilada de piedra.”

Este era un hechizo que Lecia había aprendido en el salón de magos del sur al que la llevó su padre. Era uno de los hechizos básicos del sur, y perfecto para la lucha en formación.

Un círculo mágico apareció en el suelo justo debajo del arachmen cerca de Ralph. Al sentir el peligro, la criatura trató de alejarse de un salto, pero no antes de que una gigantesca espada de piedra atravesara el suelo. No alcanzó el cuerpo del arachman por poco, pero le arrancó varias patas y destruyó su equilibrio.

Ralph saltó hacia adelante para atacarla, rugiendo mientras lo hacía. Cortó los brazos de la parte humana y atravesó con su espada la cabeza de la araña, ahora indefensa. Parecía que la parte superior humanoide no era más que un apéndice, y que el cerebro del arachmen estaba en otra parte.

Lecia se preparó para lanzar otra Piedra-Espada Afilada. Era el hechizo perfecto para la situación. Los eran anchos para facilitar el movimiento, pero los convertían en blancos fáciles, e incluso si la espada fallaba en su objetivo, seguiría dificultando su maniobrabilidad, creando la apertura perfecta para que Ralph o Chauger terminaran el trabajo.

Lecia se dedicó a acorralar a los monstruos. Algunas de las espadas obstaculizaba a los arachmen de una fácil huida por las paredes, mientras que otras los atacaban más directamente. Si la magia de fuego estaba descartada, los ataques físicos eran la siguiente opción. Si los arachmen se acercaban demasiado, Lecia simplemente los bloqueaba con una espada de piedra e inmediatamente creaba otra para golpear sus espaldas. Si la criatura cercana a Ralph intentaba retroceder, encontraría su camino bloqueado por detrás. Lecia incluso creó varias espadas más pequeñas para que el suelo que la rodeaba a ella y a sus guardias fuera irregular y difícil de atravesar para las bestias.

En poco tiempo, los arachmen fueron reducidos a cáscaras sin vida.

Ralph envainó su espada. “Excelente trabajo, Madam”.

“Gracias”.

“Nos apoyaste bien”, dijo Chauger. “No perdiste la calma ni un segundo. Es difícil de creer que fuera tu primera pelea”.

“¿No es así como luchan todos los magos?”

“En absoluto”. Dijo Ralph. “Muchos magos tienen un sentido inflado de la autoimportancia; están convencidos de que tienen el mayor papel en la batalla. Se limitan a usar los hechizos que quieren y esperan que los demás les sigan el ritmo. Tú has adaptado tus hechizos a nuestras tácticas, y las cosas han ido muy bien gracias a ello. Me siento tan seguro contigo como con Su Señoría”.

“¿No es natural adaptar tu magia a la situación? Mi hermano me enseñó que es fundamental estudiar el entorno y aprovecharlo”.

“¿Tu hermano?”

“Sí. Si utilizas lo que ya tienes a mano a tu alrededor, podrás utilizar hechizos más cortos. Por lo tanto, esos hechizos serán más rápidos y no tendrás que gastar éter innecesario creando cosas”.

“Ya veo. Parecía que priorizabas eso sobre la magia en la que te especializabas”.

“Creo que las habilidades más importantes con las que deben contar los magos son observar el entorno y mantener la calma en todo momento”.

“Siento haberla subestimado, Madam. Si algunos de los magos del Gremio de Aventureros tuvieran la misma mentalidad”.

Los mercenarios siguieron prodigando elogios a Lecia. Parecía que los magos de otras tierras estaban mucho más atrasados que los de Lainur.

Lecia hizo avanzar.

“¿Oh?”

Sin previo aviso, el suelo se derrumbó bajo ellos.

Lecia apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que estaba cayendo antes de sentir una descarga en su trasero.

“¡Ah! ¡Ay!”

No había sido una caída vertical, sino que se había deslizado por una pendiente muy inclinada, por lo que el impacto no fue tan doloroso como podría haber sido. El verdadero dolor provenía de la vergüenza de que algo la golpeará de lleno en el trasero. Durante un rato, Lecia se quedó tumbada boca abajo, recuperando la orientación.

“Oh, ¿cómo he podido ser tan descuidada?”



El dolor era demasiado para ella como para moverse. Se suponía que era la próxima heredera, y sin embargo se había permitido cometer un error por descuido. Su única gracia salvadora era que no había nadie cerca para verla.

Una vez que el dolor disminuyó lo suficiente, se puso en pie. Ni siquiera se le había ocurrido pensar que habría un espacio tan vasto y vacío bajo ellos; su magia debía de haber desestabilizado el delgado corteza que se interponía entre ella y el vasto hueco de abajo.

“¿Madam?! ¿Está usted bien?!” una voz resonó desde arriba.

“¡Sí, así es! ¿Cómo están las cosas allá arriba?”

“¡Todo está bien! Agárrate fuerte por ahora; nos estamos preparando para subirte”.

“¡Entendido!” Lecia volvió a gritar al techo oscuro.

Utilizó su hechizo de antes para asegurarse una fuente de luz. El espacio volvió a estar bañado por una luz amarillo verdoso que le permitió estudiar su entorno. Lecia miró a su alrededor; este lugar era bastante abierto. El techo era alto y las paredes estaban muy separadas. Era completamente diferente del estrecho pasillo que los tres habían atravesado antes.

Ante ella se alzaba una estructura alta. Al inspeccionarla más de cerca, Lecia decidió que debía ser una especie de altar. Una caja desgastada por el tiempo se encontraba sobre ella.

“¿Qué es esto, me pregunto?”

La caja estaba tan decrepita que incluso un golpe bastante ligero la destrozaría ahora. Debía de ser lo que había frenado su caída; la débil hendidura en la parte superior era prueba de ello.

“Oh, cielos...” Lecia comenzó a estudiar la caja antes de que la vergüenza pudiera abrumarla.

Apartó la tapa y comprobó que estaba vacía. Lecia frunció el ceño, desconcertada. De repente, oyó ruidos de lucha desde arriba.

“¿Ralph? ¿Qué está pasando?”

“¡Hay más de ellos! Nos ocuparemos de ellos rápidamente, ¡así que manténganse tranquila!”

“¡Muy bien! Por favor, tenga cuidado...”

No era sólo la zona de arriba la que albergaba más arachmen.

Al oír un ruido detrás de ella, Lecia se giró para ver varias gotas de luz rojas y brillantes en la oscuridad que su hechizo no alcanzaba. No había duda de que eran las mismas criaturas de antes. Además, eran varias— cinco, seis... No, quizás incluso siete.

“¡Este debe ser su nido!”

No había duda con tantos de ellos frente a ella. Los que combatieron antes eran exploradores. Los que luchaban ahora con Ralph y Chauger eran la fuerza principal de combate, y los que estaban frente a Lecia eran los que se habían quedado en el nido.

Lecia liberó un poco de éter en el momento en que los arachmen hicieron un movimiento—una formidable muestra de amenaza. Aunque no causaría ningún daño físico, haría que el enemigo se acobardara. Los arachmen retrocedieron un poco, pero estaba claro que seguían teniendo la intención de luchar contra Lecia. Se escondieron en las sombras y mantuvieron la vista fija en ella. Lecia no se asustó, ya que habían conseguido ahuyentar a las primeras criaturas con bastante facilidad. Sin embargo, si se precipitaba demasiado, las cosas podrían ser diferentes esta vez.

Aunque esta parte de la cueva era más amplia, seguía siendo un espacio cerrado, lo que complicaba las cosas. La pared desnuda estaba detrás de ella. Estaba atrapada aquí. La Senda del Rey Flamígero prácticamente le daría la victoria, pero sería difícil maniobrarla en un escenario tan estrecho como éste.

El pánico empezaba a arañar la mente tranquila y racional de Lecia, y antes de que tuviera tiempo de hacer otra cosa, un arachmen saltó hacia ella. Lecia se lanzó hacia delante y rodó por el suelo para esquivarlo. La arenilla se le pegó a los dientes y a la lengua, y la escupió antes de volver a ponerse en pie.

“¡No caeré aquí! ¡No permitiré que me deje atrás!”

Tenía un objetivo inquebrantable. Era inteligente, ingenioso y, sin embargo, nunca dejó que se le subiera a la cabeza. Siempre tenía tiempo para la bondad, sin importar las luchas a las que se enfrentaba, y siempre avanzaba. En algún momento, Lecia empezó a temer que él la dejara atrás. Tal vez fue cuando empezó a crear y aprender sus propios hechizos. O tal vez fue cuando descubrió que él era el creador del medidor de éter. No importaba. Siempre sintió que él se alejaba más y más de ella, y antes de darse cuenta, se encontró ansiosa por ello.

A Lecia le preocupaba que ya no pudieran jugar juntos. Que ya no pudieran hablar libremente juntos. Que él se fuera a algún lugar donde ella no pudiera volver a verlo. El miedo crecía cada vez que él lograba algo nuevo, y ella lo odiaba. No debería haber ninguna razón para que no pudieran pasar más tiempo juntos, jugar juntos o hablar juntos. Esas cosas deberían haber sido tan normales y, sin embargo, a ella le preocupaba que él desapareciera antes de que tuvieran la oportunidad de intentarlo.

Lecia sabía que probablemente era una tontería tener miedo. Ni siquiera quería que la elogiara o fuera amable con ella. Sólo quería estar con él. Sólo eso sería suficiente. La idea de que incluso ese pequeño deseo pudiera no cumplirse le atravesaba el corazón. Por eso seguía persiguiéndolo. Por eso seguía avanzando. Aunque nunca pudiera alcanzarlo, al menos no se quedaría atrás.

“Convierte mi voluntad en llama. Que esta única lanza incendie el cielo y queme a todos los que se interpongan en mi camino.”

Lecia pronunció rápidamente el conjuro antes de apuñalar al arachmen que tenía delante con una lanza de fuego. Había recurrido a la magia de fuego sin pensarlo, pero razonó que una o dos veces estaría bien, teniendo en cuenta la zona abierta. Mientras intentaba predecir qué arachmen atacaría a continuación, oyó de repente una voz por detrás.

Cuidado con los lados. Si te concentras demasiado en lo que tienes delante, te dejas la piel.

La voz parecía pertenecer a un niño. Lecia miró a un lado y se encontró con un arachmen que blandía una espina y cuyos ojos brillaban. Saltó a un lado y le lanzó un hechizo. El hechizo falló, pero su impacto hizo retroceder a la criatura.

Buena maniobra. ¡Buen trabajo! Sigue así y ¡cuidado con la derecha!

Lecia no tenía ni idea de dónde venía la voz, pero tampoco tenía tiempo para averiguarlo. Lo único que necesitaba saber era que la estaba ayudando; sólo tenía que escucharla. Al girar a su derecha, vio que, efectivamente, un arachmen se dirigía hacia ella.

“Oh, arena, piedras y tierra de la tumba. Agrupaos por una mano invisible y volad. La tierra se agita violentamente al dar a luz a toda existencia. Que la tierra tome aliento y ruja. Que los espíritus que se desmoronan desciendan, urgidos por gritos furiosos.”

“Cementerio de velas”.

Lecia utilizó el hechizo que conocía de Gown para levantar una parte de la tierra, bloqueando el camino de los arachmen y sellando una sección de la cueva. Ahora que había limitado las zonas accesibles a los arachmen, no tenía que preocuparse tanto de que la atacaran desde un punto ciego o desde varias direcciones a la vez.

Tres arachmen se amontonaron y se arrastraron hacia ella por el estrecho espacio. Su movimiento sugería que no entendían que dejarse espacio entre ellos podía ser ventajoso. Se enganchaban en los cuerpos de los demás y se estorbaban mutuamente. Pasaría un rato antes de que alcanzaran a Lecia, pero su masa dificultaría que una maga como ella se defendiera a corta distancia.

Estas criaturas son débiles a la luz.

“¿Débil a la luz?”

Sí. Echa un vistazo. Están tratando de evitar las luces que creó antes. Ni siquiera están girando en la dirección de las luces. La mayoría de las criaturas que viven en lugares oscuros como este odian la luz fuerte.

“En ese caso...”

Lecia utilizó inmediatamente el hechizo cegador que le había enseñado su hermano.

“Trae el eco cegador del sol, ya sea de noche o de día. Llena el cielo y cubre la tierra. ¡Trae el sol a sus ojos!”

“¡Flash cegador!”

La luz resultante era varias veces más brillante que los pequeños orbes que Lecia había creado antes. Los movimientos de los arachmen se volvieron erráticos, como si estuvieran completamente cegados. Chocaron contra las rocas desnudas de la cueva y entre sí. Mientras tanto, Lecia se ocultó tras el extremo de una pared rocosa y utilizó la Lanza Afilada de Piedra para eliminar a cuatro arachmen uno por uno. Ahora sólo quedaban tres.

¡Bien hecho! Pero no bajas la guardia todavía. Ese que está en las sombras viene por ti. ¡Mira! ¡Está saltando hacia atrás y hacia la derecha!

La voz tenía razón; la criatura saltó, y al segundo siguiente había una espina afilada en el suelo justo donde había estado momentos antes. Si Lecia no hubiera escuchado la voz, esa espina estaría dentro de ella ahora mismo. Las instrucciones de la voz eran increíblemente precisas, como si tuviera una vista de pájaro.

“Golpea. Golpear. Golpear. Que todo lo que llena el cielo se convierta en una masa en forma de mano y dé un duro golpe. A medida que el brazo aplastante avanza, su poder se devuelve. Su viento es estruendoso e incesante incluso cuando está en calma. “

“Puño del Viento”.

El hechizo de viento obligó a los arachmen a retroceder, mientras que el muro de tierra creado por el Cementerio de Velas se disipó y desprecintó la zona que estaba bloqueada. A este ritmo, el resto de los arachmen se abalanzarían sobre ella. Lecia quería eliminarlos a todos con un solo hechizo. De repente le vino a la mente un hechizo. Un hechizo poderoso con un encantamiento corto. Y este espacio era relativamente abierto...

El hechizo que tenía en mente era uno que le había enseñado poco después del incidente con Gown. Su poder era tal que le dijo que tuviera en cuenta que no lo usara delante de un público, especialmente su padre. Si la usaba aquí, tenía muchas posibilidades de acabar por completo con todos los arachmen que tuviera delante. También le había advertido que no lo usara en un espacio cerrado como éste, pero no tenía tiempo de preocuparse por eso ahora.

“Infinitesimal”. Unir. Enfocar. Estallar suavemente. “

“¡Estrella enana!”

Lecia se tiró al suelo, se puso los tapones que le había dado su hermano y cerró su mano derecha extendida. El círculo mágico que había rodeado al arachmen se cerró sobre ella de inmediato y, al segundo siguiente, su cuerpo explotó. Lecia sintió que el impacto se extendía sobre su cabeza en una tormenta de polvo. El cuerpo del arachmen voló en pedazos, y los otros que estaban a su lado fueron alcanzados por la explosión y quedaron sin vida. El hechizo sacudió toda la cueva, enviando fragmentos de roca que llovían desde el techo.

Eso sí fue impresionante. Pensar que esas palabras juntas podían crear algo tan poderoso... Y la cantidad de éter utilizada estaba perfectamente sintonizada para crear ese efecto... Es un hechizo bien hecho, sin duda.

Toda la sensación de jovialidad había desaparecido de la voz ahora, un testimonio de lo mucho que la composición del hechizo había impresionado a su dueño. Parecía que los hechizos que hacía ese chico eran suficientes para atraer los elogios de cualquiera que los viera. Lecia se dio cuenta de que seguía oyendo la voz incluso con los tapones puestos. ¿De dónde venía?

En cualquier caso, los arachmen fueron aniquilados. Lecia examinó la zona por si había más escondidos y para asegurarse de que la cueva no iba a derrumbarse de repente sobre ella.

Así es; es importante comprobar tu entorno. Si no tienes ganas de morir, claro.

La voz era ronca, como si se burlara de los que habían muerto de esa manera. Lecia ignoró la voz y examinó la zona con cuidado. Quería asegurarse de que las partes arácnidas de los arachmen no se movían, por si simplemente estaban inconscientes. Cuando estuvo segura de que no había peligro inmediato, se dirigió a la voz.

“No sé quién es usted, pero ¿puedo confirmar que efectivamente me estaba hablando?”

“Así es, jovencita. Un placer conocerla”, fue la respuesta.

Mientras que la propia voz de Lecia rebotó en las paredes de la cueva, no hubo ningún eco en la respuesta, como si la voz estuviera confinada en su mente.

“¿Quién eres? ¿Y de dónde hablas?”

“Estoy detrás de ti. Aunque no creo que puedas verme”.

“¿No te veo?” Lecia dirigió uno de sus orbes de luz al espacio que había detrás de ella, pero, efectivamente, no había nadie. No importaba en qué dirección mirara, la voz siempre parecía venir de atrás. “¿Dónde estás?”

“Detrás de ti, como he dicho. ¿O quieres decir de dónde vengo? ¿Recuerdas haberte golpeado el trasero contra algo?”

“Mi tra...”

“Sí. Te retorcías en el suelo con el culo al aire. Fue bastante dulce en realidad. Especialmente la forma en que te esforzabas por no gemir de dolor”.

“¿Por favor, borra eso de tu mente!”

“De todos modos, de ahí vengo. Usted me liberó”.

Después de todo, la caja no estaba vacía. Lecia se encontró con la inquietud de haber liberado algún tipo de bestia terrible.

“Esta cueva se encuentra en el territorio de Raytheft. ¿Tienes algún tipo de conexión con este lugar?”, preguntó.

“¿'Raytheft'? Nunca había oído ese nombre, pero sé que se ha arruinado mucho en el mundo exterior...”

“¿Se ha ido a la ruina?”

“No te preocupes; sólo estoy hablando conmigo mismo. De todos modos, que sepas que no sé nada de esos Ray... algo así”.

Si eso era cierto, entonces esa caja debía estar aquí desde antes de que el primer Raytheft recibiera esta tierra de la corona.

“¡Me parece bastante cobarde que te ocultes de mí!” gritó Lecia. “¡Revélate de inmediato!”

“Cobarde o no, no hay nada que pueda hacer al respecto”.

“¿Qué quieres decir? ¿Eres una especie de fantasma?”

“Si lo fuera, la vida sería más divertida, creo. ¡Incluso podría poseerte! ¿Te gustaría que te poseyera?”

“¿Por qué no me lo permites?!”

“Sí. Empezaría desde tu hombro derecho así...”

“¡Aléjate de mí!”

“Oh no. Creo que sería muy interesante poseerte. No te preocupes, no te haré daño. Si te metes en algún peligro, te guiaré como antes. No creo que sea un trato tan malo, ¿verdad?”. La voz se rió.

“¡Me parece un trato de lo más problemático!”

“No te preocupes ahora. No te haré absorber nada divertido. De todos modos, no puedo. Y si encuentro a alguien más interesante para poseer, simplemente me iré. Sólo acógeme por ahora...”

“¡Hmph!” Lecia hizo un puchero. Este demonio, o lo que fuera, no la estaba escuchando en absoluto!

Se dio la vuelta y arremetió con los puños, pero por supuesto no le dio a nada.

La voz volvió a reírse. “Eso no va a lograr mucho, ¿verdad?”

“¡Puede que sí! Es un ritual para ahuyentarlos”. Lecia siguió golpeando el aire con sus puños.

La voz seguía riendo. “¡Eres demasiado adorable! Oh, ¡me gustas mucho!”

“¡No debo gustarte! No me hace feliz ni un poco!”

“No seas así. Seamos amigos”.

“¡Creo que he dejado bien claro que no quiero serlo!”

A pesar de sus protestas, Lecia no tenía forma de deshacerse de esa cosa. La magia podría funcionar, pero no tenía ni idea de qué *tipo* de magia funcionaría.

“Déjalo. No voy a ir a ninguna parte, no importa lo mucho que me mires”.

“Ngh...”

“Ahora, jovencita. ¿Cuál es su nombre?”

“Me niego a decírtelo”.

“No digas eso. No voy a dejar de preguntar hasta que me lo digas. ¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas?”

La voz repitió la pregunta con el volumen de un grito. A Lecia se le acabó la paciencia rápidamente.

“¡Bien! ¡Te lo diré! Si dejas de preguntar.”

“¿Cual es, entonces?”

“Lecia. Lecia Raytheft”.

“¿Lecia?”

“Eso es correcto. Y ya que te he dicho mi nombre, harías bien en decirme el tuyo”.

“Sí, es justo, ¿no? Mi nombre es... Hmm. Me pregunto cuál debería ser...”

“¿Tanto problema hay?”

“¡Por supuesto! Los nombres son importantes. Los nombres son la forma en que la gente te juzgará. Hmm... ¡bueno! ¡Ya sé! ¡Sólo llámame 'demonio!'”

“¿Demonio? ¿Eres un demonio?”

“Eso depende de tu definición de demonio. Pero supongo que lo soy. O, diremos que lo soy por ahora”.

Lecia no entendía por qué quería ser visto como un demonio. Los demonios eran entidades de *la Era Espiritual* hostiles a los Fantasmas Gemelos— seres paranormales que intentaban librar al mundo de la vida y sustituirla por espíritus malignos. Eso incluía a la humanidad; la idea de que un demonio intentara ayudar a Lecia era absurda. Además, estaba el hecho de que tardara tanto en pensar cómo debía llamarse. Con toda probabilidad, esta voz no pertenecía en absoluto a un demonio.

“¿No confías en mí?”

“¡No cuando estás leyendo mis pensamientos de esa manera!”

“Si no quieres que otros lean tus pensamientos, no deberías escribirlos en tu cara”.

Fragmentos de roca cayeron desde el agujero de arriba mientras Lecia hablaba con el demonio. Una cuerda colgaba hacia abajo, y Ralph se deslizó por ella momentos después.

“¿Está usted bien, Madam?”

“¿Hm? Ah, sí. Estoy bien”.

“Oímos un gran estruendo. ¿Fue un hechizo tuyo?”

“Sí. O mejor dicho, fue un hechizo que hizo mi hermano”.

“Hm... ¡Ah! ¿Qué es esto? Hay trozos de arachmen por todas partes...” Ralph miró embobado lo poco que quedaba de los monstruos. Lecia se dio cuenta entonces de lo terrible que era la escena. Ella también recordaba haberse quedado totalmente atónita cuando vio por primera vez de lo que era capaz el hechizo. “No deja de impresionar, Madam. Todos estos arachmen no eran nada para usted”.

“Casi pierdo la compostura. Había siete en total, ya ves”.

“¿Siete? ¿Y los venciste a todos tú sola? Ahora veo por qué Su Señoría estaba tan seguro de que podrías arreglártelas”. Ralph continuó alabando a Lecia durante algún tiempo antes de que, de repente, mirara a su alrededor. “Me ha parecido oírte hablar con alguien hace un momento. ¿Había alguien aquí?”

“¡Oh! Ya ves...”

Lecia estaba a punto de explicar cuando descubrió que no podía abrir la boca. Sentía como si hubiera algo que la mantuviera físicamente callada. Incluso cuando intentó explicar que había un demonio que la obligaba a callar, no pudo.

No puedes hablarle de mí. Tampoco te lo voy a permitir.

Lecia apretó los dientes. Al parecer, esa cosa realmente quería poseerla.

“¿Pasa algo, Madam?”

“No, nada. Volvamos al nivel superior”.

“Sí, probablemente no es una buena idea quedarse aquí abajo por mucho tiempo. Agárrate a mi espalda”.

“Gracias”.

Lecia se subió a la espalda que le ofreció Ralph. Enrolló la cuerda con fuerza alrededor de los dos antes de escalar la pared. Lecia siguió mirando detrás de ella mientras subían, pero no vio nada.

No te preocupes. Estaré aquí sin importar cuántas veces lo compruebes.

Estaba preocupada. No quería que estuviera allí.

Después de eso, Lecia logró llegar al santuario y recuperar la prueba que necesitaba, tras lo cual llegó a su casa. Pero siempre había alguien más detrás de ella.

Palabras Finales

Es un placer verles de nuevo. Soy el autor, Gamei Hitsuji.

El Mago Que Emergió Del Fracaso va ya por su tercer volumen! Muchas gracias por tomarse el tiempo de leer tres libros tan largos como estos!

En este volumen, el joven Arcus viaja al oeste con Noah y Cazzy para conseguir la plata que necesita para la producción del eterómetro. Es un viaje repleto de comida deliciosa, problemas complicados y nuevos encuentros. Por supuesto, Arcus no deja de hacer uso de su magia y sus amplios conocimientos en el camino.

Al igual que con los otros volúmenes, he añadido partes que no estaban en las novelas web. Nuevos personajes, nuevos hechizos y nuevas batallas. También escribí el objeto que Arcus obtuvo de Gown al final del volumen anterior. También intenté que las nuevas peleas fueran más espectaculares, así que acabaron con un montón de hechizos extra...

Al igual que en los volúmenes anteriores, estuve trabajando en los hechizos hasta el último momento. La elección de las palabras era, por supuesto, importante, pero también quería que los hechizos fluyeran al ser pronunciados en voz alta. No podía juntarlos al azar. (Este viejo chuunibyuu vuelve a divagar, me temo...)

De todos modos, creo que incluso los que hayan leído la novela web quedarán satisfechos después de leer esta versión. Y ahora pasamos al siguiente volumen mientras los cabos de este volumen siguen sueltos. Los lectores de la novela web ya lo sabrán, pero en el próximo volumen es donde comienza a desarrollarse la parte bélica del subtítulo "*Cuentos de guerra y magia*".

Los que acechan en las sombras al final de los volúmenes 2 y 3 empezarán por fin a hacer sus movimientos, y Arcus se enfrentará por fin a ya sabes quién... También se revelará cómo encaja Eido en todo esto.

Ah, y si te preocupa que las niñas se pierdan, quizá no sea necesario que lo hagas.

Para terminar, me gustaría dar las gracias. A GC Novels; a mi editora, K; a mi ilustradora, Saika Fushimi; a mi empresa de corrección, Oraido; y a todos mis lectores que me apoyan. Muchas gracias.

Glosario

Sándwich de pato

Una comida callejera que Arcus comió con Sue en la capital. Hace generaciones, el rey de Lainur comió un plato en la gran Unión Bailesa del Este, y quedó tan prendado de él que se puso a trabajar para intentar recrearlo por ensayo y error. El sándwich de pato es el resultado de ello. Consiste en pato frito bañado en una salsa tradicional y envuelto en un gran bollo de trigo cocido al vapor, muy parecido a una albóndiga de carne. Es famoso como comida rápida procedente de la capital.

Aventureros

El nombre que adoptaron los grupos de mercenarios después de formar un gremio; en su mayoría realizan sus actividades en la tierra vecina de Lainur, Sapphireberg. Se clasifican en función de sus logros, siendo los rangos inferiores tratados como buscavidas y los rangos más altos son reconocidos como iguales a los líderes mercenarios de primera clase, incluso por el estado. No hay restricciones para unirse al gremio, y el éxito depende de la habilidad individual, por lo que es una ocupación popular entre la gente común. Una gran variedad de peticiones provienen de nobles, mercaderes y gente común por igual, y a veces, los aventureros incluso se encargan de tareas como exterminar espíritus oscuros. Los aventureros tienden a ser salvajes y rudos, pero aun así son muy apreciados en Sapphireberg.

Dunweed

Un mercader ambulante descrito en la segunda Crónica Antigua, *La Edad Espiritual*. Un hombre desinteresado, viajaba por los pueblos empobrecidos y les vendía artículos de primera necesidad a bajo precio. Sus actos benévolos le valieron la gratitud de muchos. Las historias de Dunweed siguen siendo queridas por muchos, y los plebeyos las utilizan a menudo para enseñar a sus hijos la moral.

Monarcas regionales

Un grupo de lores feudales bajo el dominio del reino. Sus territorios suelen ser más extensos que los de los nobles, y tienen más poder y fuerza militar. Entre ellos se encuentran familias poderosas que han sido dueñas de sus tierras desde tiempos inmemoriales y reinos que posteriormente cayeron bajo el dominio de Lainur. Los Diez Monarcas que juran lealtad a la familia real de Lainur también entran en esta definición.

Guillotina

La gran espada de Dietria Rustinell. Se ha transmitido a los jefes de la Casa Rustinell durante generaciones y está cubierta de arriba a abajo con sellos. Es increíblemente resistente y parece algo fuera de lugar en el mundo moderno. El arma va acompañada de un brazalete. Se sabe que la hoja pertenecía a una guillotina para ejecutar prisioneros hasta que fue reutilizada, y ha decapitado a muchos soldados del Imperio. Sus sellos se han vuelto menos efectivos con los años de uso, y su poder se habría disipado por completo si Arcus no los hubiera restaurado.

Tribreed

Criaturas encontradas por Lecia que se parecen mucho a los caninos. Son inteligentes y evitan pelearse con los que saben que son más fuertes. Se dice que son de la misma manada que el sabueso fantasma de Gown, Tribe.

Arachman

Una bestia que Lecia y sus compañeros encontraron en las cavernas del territorio de Raytheft. Su aspecto es inquietante— el de una marioneta colocada sobre el cuerpo de una gran araña. Con sus numerosas patas, ha pasado años vagando por donde le place y convirtiéndose en algo mucho más corrupto que el espíritu oscuro en el que se originó.

Libro de hechizos

Flechas en cascada

Un hechizo utilizado por Eido varias veces a lo largo de la historia. Un hechizo ofensivo inspirado en las armas. Está diseñado para luchar contra múltiples enemigos, enviando flechas que llueven sobre la zona objetivo. Añadiendo frases adicionales al conjuro, se puede hacer que cubra un rango más amplio. Simple pero poderoso, es uno de los favoritos de Eido. El encantamiento es— *“La urraca canta una melodía sencilla. Esa canción fluye desde los cielos y llega a los oídos de todos los que se interponen en su camino. Una ronda interminable. Los aleros empapados de lluvia. La desesperación de los cielos. La lluvia que cae sabe a hierro.”*

Señal De Advertencia

Un hechizo que Arcus utilizó para defenderse de la caída de rocas. Un hechizo defensivo que utiliza señales. Se basa en las diversas señales de advertencia que Arcus vio en el mundo de ese hombre. Cada signo brota del suelo y atrae la magia apropiada que ataca al lanzador.

Ya sean animales, peligros derivados de las obras, desprendimientos o caídas de rocas, vientos fuertes o superficies resbaladizas o irregulares, este hechizo puede defenderte de todos ellos. Aunque no puede proteger contra todos los peligros, es muy eficaz para limitar los fenómenos mencionados y, por tanto, es más conveniente de lo que parece a primera vista. El conjuro es— *“Peligro en la carretera más adelante. Cruce de animales; obras en la carretera más adelante. Cuidado con la caída de rocas y los vientos cruzados. La carretera está resbaladiza cuando está mojada. Manténgase alerta. Más vale prevenir que curar.”*

Muñeca Resistente A La Lluvia

Un hechizo que Arcus utiliza para defenderse de las Flechas en Cascada de Eido. Un hechizo defensivo que se utiliza mejor contra la magia en el exterior. Su propósito es defender al usuario contra la lluvia y los hechizos similares a la lluvia creando una gran muñeca en el aire. En este caso, desvía las flechas de Eido. Aunque sus efectos pueden recordar a un espantapájaros, su aspecto se asemeja a la imagen mental de un niño de un simple fantasma de hoja. El conjuro es— *“Ya sea flecha o una pistola, la lluvia es lluvia— desagradable,*

húmeda. Poner fin a la lluvia. Trae cielos despejados sin pensar en el mañana. Que la oración del encanto de la lluvia se calle. “

Pabellón negro

Un hechizo que Eido utilizó mientras intercambiaba golpes con Arcus. Un sencillo hechizo de apoyo que utiliza la oscuridad para causar confusión. El objetivo se sumerge en la oscuridad y queda inconsciente. El conjuro es— *“Baja el colorín sobre la tinta derramada. Nubes oscuras galopantes. Arrojen pesadas capuchas sobre los ojos. Los rodeados no pueden moverse con discreción. “*

Flash cegador

El hechizo que Arcus utilizó para contrarrestar el intento de Eido de arrebatarse la visión. Es un hechizo de apoyo que utiliza el poder de la luz para interrumpir. En la historia, Arcus lo utilizó para anular el Pabellón Negro. Arcus se basó en una técnica que vio en cierto manga del mundo de ese hombre. Originalmente quería combinarlo con Burbuja Desconcertante para recrear los efectos de una granada aturdidora, pero sus experimentos no salieron bien, y acabó separando los conceptos en dos hechizos distintos. El conjuro es— *“Trae el eco cegador del sol, ya sea de noche o de día. Llena el cielo y cubre la tierra. ¡Trae el sol a sus ojos! “*

Polvo de esquina

El hechizo que Eido utilizó para contrarrestar el Armas desechadas de Arcus. Se trata de un hechizo de apoyo de uso cotidiano, que arrastra la basura a un lugar determinado. No es un hechizo combativo, sino que fue creado para ayudar a la gente normal a limpiar la basura dispersa, pero Eido lo reelaboró sobre la marcha tras escuchar el conjuro de Arcus. Podría describirse como el hechizo perfecto para los perezosos. El conjuro es— *“La escoria y la basura no deben ser arrojadas donde se complace. Llévelo al vertedero, donde debe estar. Cuanto más grande sea la papelera, más cabrá en ella. “*

Guante izquierdo de la transparencia

El hechizo que Eido utilizó para contrarrestar la hoz cortadora de hierba de Cazzy. Un hechizo defensivo inspirado en las armas. Crea un protector invisible en el brazo izquierdo del lanzador para defenderse del ataque del oponente. Para los espectadores, parece que el lanzador lleva un guantelete invisible, pero sólo puede usarse para defenderse y, por tanto, no es muy versátil. El conjuro es— *“Guantelete incoloro, ¡retira la espada! Hierro sin forma. Ornamento ostentoso. ¡Protégeme con una fuerza invisible! “*

El abanico gigante de Curcelrus

Un hechizo que Arcus utilizó para dificultar los movimientos de Eido. Un hechizo ofensivo basado en el viento. Crea un fuerte viento que se precipita hacia el adversario para hacerlo volar. Para activar el efecto del hechizo, hay que girar la mano como si se agitara el viento antes de agitarla con un movimiento amplio como un abanico. El conjuro es— *“Un abanico de diez en la mano. Desde la arena hasta la nieve, sopla todo. “*

Aliento de Descongelación Primavera

El hechizo que Eido utilizó para anular el Sprint Congelado de Noah. Un hechizo de apoyo destinado a descongelar la nieve y el hielo. Replica la brisa primaveral que afloja el agarre del invierno, obligando a que el hielo y la nieve se derritan. Aunque no fue lo suficientemente rápido como para descongelar por completo el Sprint Helado, le dio a Eido el tiempo suficiente para salir ileso. El conjuro es— *“Brisa de primavera. Un viento suave para derretir la nieve y el hielo.”*

Cascarón de escape

El hechizo que Eido utilizó para escapar de Estrella Enana. Un hechizo defensivo que cambia el objetivo de su oponente. Es similar a ciertas técnicas ninja que se asemejan a los insectos que mudan de piel. Acertar con el conjuro es difícil, pero Eido lo consiguió en parte por su habilidad, y en parte porque el tiempo de activación de Estrella Enana es relativamente predecible. El encantamiento es— *“El sueño de un embaucador. Ilusiones en la oscuridad. Burbujas flotantes. Sombras crepusculares. Mudar la piel vacía y dejarla caer.”*

Mano prestada

El hechizo que Arcus utilizó para pasarle a Cazzy su hoz. Un hechizo de apoyo que puede mover objetos, y una versión mejorada de Psicoquinesis. Crea una gran mano en el aire, que el lanzador puede utilizar para agarrar y mover un objeto de su elección, haciéndolo más rápido que el hechizo en el que se basa. El conjuro es— *“Trabajo, trabajo. Un solo par de manos es insuficiente. Préstame una mano más. No me importa la fuente. Dámela.”*